DEL AUTOR DE *NO DORMIRÁS*

ORIOL CANALS

EL QUINTO CORAZÓN



Rocaeditorial

ORIOL CANALS VAQUER

EL QUINTO CORAZÓN

Traducido del catalán por
Noemí Sobregués

Rocaeditorial

Escanea este QR y descubre
un mensaje del autor en exclusiva:



Para Roger, Guillem, Martí y Max;
nunca dejéis de perseguir vuestros sueños

Guardaré el máximo respeto a la vida y la dignidad humanas. No practicaré, colaboraré ni participaré en ningún acto o maniobra que atente contra los dictados de mi conciencia.

JURAMENTO HIPOCRÁTICO

1

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Eres el mejor cardiólogo que conozco, Jesús. Ya sabes la respuesta.

—Y tú, además de mi amiga, la mejor cirujana cardiovascular que conozco. Quiero saber tu opinión. ¿Cuándo crees que entraré en código cero?

La pregunta era de esas que cuesta responder, pero Carla Sala sabía que él quería que fuera sincera; no hacía falta que allanara el terreno para que la bofetada fuera más suave.

—Calculo que te quedarán unos diez meses. Un año como mucho. Dentro de poco empezarás a tener un bajón importante.

—Es lo que había imaginado, sí.

—Tienes que estar preparado. Y rezar para que llegue un donante.

—No creo en Dios. Ni tampoco en la suerte, ya lo sabes.

—Pues tendrás que creer en la ciencia, Jesús.

—Qué remedio… Y he tenido que enterarme precisamente hoy.

—No es el mejor regalo de cumpleaños, la verdad. Por cierto, felicidades y que cumplas muchos más.

—¿Muchos más? De momento, uno. O diez meses.

Jesús Maria Barceló dio por terminada la conversación y, como era habitual en él, colgó el teléfono sin despedirse. El silencio cayó como una losa y la nada lo atrapó un buen rato con la mirada fija en un punto indeterminado de su amplio despacho de la planta noble del Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona.

La cuenta atrás había empezado.

Su labio leporino, protagonista de tantas mofas a lo largo de su vida, empezó a temblar hasta que un ligero llanto le rasgó la cara y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Necesitaba a un donante de corazón. Por narices, alguien debía morir para que él viviera. Si no, se publicaría su obituario y directo al cementerio.

Un buen baño de realidad, el horizonte más jodido que uno pueda imaginarse. La vida podría irse rápidamente por el desagüe. Doce meses —o diez, vete a saber— son un chasquido de dedos que, cuando te das cuenta, ya ha pasado. Un final cercano es una fuente de la que mana angustia a chorro y de la que nadie puede escapar. Y quien no lo vea así es que no es de este mundo.

Un suspiro actuó a modo de clic imaginario para rescatarlo de las suposiciones sobre el futuro y devolverlo al presente, al día de su cumpleaños. Se secó las lágrimas con los puños de la camisa y resopló un par de veces como para darse ánimos.

Peinó con la mirada un montón de regalos que le habían llegado, todos bien expuestos encima de la mesa. Cincuenta años no se cumplen todos los días, y amigos, conocidos, saludados y también alguna autoridad querían quedar bien con el considerado mejor cardiólogo del mundo. Una eminencia. Un referente. Un maestro de maestros, ahora mismo condenado a muerte.

Un cardiólogo que necesita un corazón. Qué caprichosa es la vida cuando quiere.

Entre los presentes esparcidos por la mesa, uno le llamó especialmente la atención. Era rectangular, de un palmo de alto y unos tres de largo. Estaba envuelto con papel charol rojo de lo más chillón y rematado con un lazo dorado. Todo muy llamativo, como a él le gustaba. Parecía hecho a medida.

Pese a las malas noticias, se permitió esbozar su sonrisa desfigurada, ese movimiento de labios con el que siempre había tenido que cargar frente al espejo.

Deshizo el lazo y retiró el papel charol con la delicadeza de un pianista y la emoción de un niño. La caja era metálica, de color plateado mate, fría al tacto y estaba cerrada herméticamente. La abrió y una bofetada de repulsiva putrefacción se cebó con su olfato trepando por sus fosas nasales. Al ver el macabro contenido, un escalofrío le recorrió cada centímetro de la columna vertebral.

Náuseas, mareos y después un vaivén lo balanceó hasta que la visión se fundió a negro. De inmediato perdió la consciencia y se desplomó en la silla del despacho.

«Feliz cumpleaños, Jesús. Bienvenido a la realidad», decía la tarjeta que acompañaba el regalo.

2

Quedaban una vez al año para follar. Solo una. Un día, en un hotel, siempre el mismo, reservado de un año para otro. Se preguntaban cómo les iba la vida, se ponían al día lo justo y necesario, y al lío. Los otros trescientos sesenta y cuatro días del año no se dirigían la palabra. Ni redes sociales, ni un wasap, ni una llamada, ni un feliz Navidad. Ni, por descontado, un te quiero. Nada. Sus vidas ya eran bastante complicadas para considerar siquiera la posibilidad de meterse en ese jardín. La pareja, los hijos y las hipotecas —las firmadas con el banco y las firmadas con la vida— eran un lastre demasiado pesado. Sin ese equipaje todo habría sido infinitamente más cómodo. Pero quien sepa cambiar el pasado que explique cómo se hace.

Es fácil colgarte de la persona con la que te entiendes follando, y ellos dos se entendían muy bien en la cama. El nivel de compenetración era absoluto, sin fisuras. Ese era sin duda el día más esperado del año. Después dosificarían el perfume del recuerdo durante los once meses y veintinueve días de espera hasta la siguiente cita.

Llevaban ya un largo rato en la habitación y, conociéndose como se conocían, los dos sabían que estaban a punto. Pero muy pronto

empezarían las sorpresas; el móvil de Omar sonó con insolencia, más de la habitual.

—No lo cojas, no lo cojas.

Las palabras de Gabriela, entre gemidos, tenían el tono de una súplica y el trasfondo de una orden.

No.

Ahora no.

Hoy no.

No me jodas.

El teléfono, tozudo, seguía reclamando atención percutiendo con ese timbre molesto como él solo. Omar sentía que una espiral de mala leche le subía por dentro, y no era para menos: llevaba un año esperando ese momento. Un puto año, y el móvil de las narices se lo estaba echando a perder. Tenía a Gabriela cabalgando encima de él, gimiendo, con la boca desencajada y esos pechos que le hacían perder el norte botando arriba y abajo. Esto no se hace, hombre. Mierda de móvil y mierda de trabajo.

—¡Mierda! ¡Hostia!

Omar salió del cuerpo de Gabriela y se levantó de un salto para responder a la llamada.

Sentado en el borde de la cama, escuchaba y asentía con cara de malas pulgas. Ella lo miraba con inquietud, intuyendo que una mala noticia estaba a punto de hacer saltar la cita por los aires.

Al cabo de unos minutos, Omar colgó por fin. No sabía cómo decírselo. No quería que Gabriela se cabreara, que se sintiera despreciada o que pensara vete a saber qué. Le daba pánico pensar que el siguiente encuentro ya no llegara a producirse. Pero en el trabajo había habido cambios y lo mejor era mantener un perfil bajo;

debía tener paciencia y esperar a que el temporal amainara. Mientras tanto, tenía que tragarse algún que otro sapo. Y este era de largo el más grande.

—Tengo que marcharme. Lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo. —Se lo habría repetido un millón de veces para que le quedara muy claro.

—No jodas… Es una vez al año, Omar. Es hoy.

—Lo sé, hostia. No quisieron cambiarme la guardia. En fin… Ya te imaginas cómo van estas cosas.

—Sí, sí. No pasa nada. De verdad. —Lo decía de todo corazón. Cuando bajaba la guardia, la cara de Gabriela era el espejo de lo que sentía—. Un muerto, supongo.

—Tres, para ser exactos.

Tres cadáveres. De una tacada. El instinto hizo que Gabriela abriera sus ojos oscuros como platos; la mirada que le devolvía Omar, en cambio, era tierna y, por qué no decirlo, tenía un punto de desesperación. No podía creerse que tuviera que dejarla allí, desnuda, y esperar otro año para volver a tenerla entre sus brazos. Sentía un no sé qué en la boca del estómago, entre bonito y angustioso. Un año era mucho tiempo. Una Navidad, unas uvas, un Carnaval, un 14 de febrero —sin regalo, claro—, una Semana Santa, una declaración de la renta, un verano, un volver a la normalidad en septiembre, una Castañada y un puente de diciembre. No quería esperar tanto para volver a verla y sabía cómo conseguirlo.

—¿Sabes quién es el doctor Barceló?

—¿El del ICIB? ¿El jefe de Cardiología del Hospital Sant Jordi?

Omar asintió con la cabeza y después soltó un señuelo relleno de información con extra de picardía.

—Ha recibido una cosa y tengo que ir a inspeccionarla.

—¿Una cosa?

—Una caja, un regalo de cumple…

—¿De cumpleaños?

—Venga, va, ya sabes que no puedo hablar.

Aunque, astuto él, no hubiera completado la palabra, ya se sabe que, si a una periodista le das un dedo, te coge todo el brazo. Y de eso se trataba.

—Pero ¿él está bien?

—No me tires de la lengua, Gabriela.

—Hay cadáveres. Tres, has dicho.

—Más o menos.

—¿Qué es eso de más o menos? ¿Hay cadáveres o no?

—De hecho hay tres. En algún sitio.

—Tío, no te sigo, la verdad.

—Te lo cuento si me prometes que volveremos a quedar. Antes de que haya pasado un año, quiero decir.

Gabriela se quedó un largo rato en silencio. Eso suponía romper el pacto, con todo lo que podía implicar. El ángel y el demonio, el trabajo y el placer, el corazón y la cabeza, el querer y el poder. Las puñeteras contradicciones de este viaje agridulce que es la vida. Al final, mientras se vestía, Gabriela asintió con una media sonrisa, que Omar interpretó que sellaba el trato.

—Ha recibido una caja de regalo con tres corazones humanos.

—Hos-tia.

—Bestia, ¿eh?

—Cuéntame, cuéntame… ¿Qué más?

—¿Cómo que qué más? ¿Los periodistas nunca tenéis bastante o qué? Te he dejado a medias, pero te he dado una buena exclusiva para el periódico. Venga, no te quejes. Si quieres saber más, tendremos que volver a quedar.

Haciendo equilibrios entre las ganas de decirle que perdía las bragas por él y la cobardía de descarrilar su vida con Kilian, Gabriela, derritiéndose por dentro, se dejó abrazar. Era exactamente ese lugar, entre los brazos de Omar, donde siempre querría estar. Malditas hipotecas.

Se abrazaron con fuerza en la clandestinidad de la habitación. Siempre lo hacían en el momento de despedirse; a saber si sería la última vez. Fuera de allí actuaban como dos desconocidos. Por mucho que les doliera. Un pacto era un pacto. Un pacto para una vida más fácil, más cómoda y más triste.

Omar salió a toda prisa hacia el Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona para inspeccionar el regalo de cumpleaños de Jesús Maria Barceló. Cerró la puerta detrás de él y Gabriela se quedó sola en la habitación de la decimoquinta planta del AC Hotel Barcelona Fòrum. Alejado del centro, de sus respectivos barrios y de sus respectivos trabajos.

Soltó un largo suspiro que combinaba una buena maraña de sentimientos contradictorios: emoción, frustración, ilusión, pena y excitación a partes iguales.

Contempló la cama deshecha; aún percibía el olor de Omar. Su cabeza se trasladó a apenas un rato antes, en plena acción mientras se devoraban con la mirada. En adelante esos pensamientos la ametrallarían.

Terminó de vestirse y, cuando estaba a punto de marcharse, afloró su parte más racional. Mirando por la ventana de la habitación —un balcón con vistas al litoral barcelonés y al barrio de la Mina—, marcó un número y se acercó el móvil al oído. Después de un par de tonos, descolgaron.

—Deja lo que estés haciendo y ve al Arc de Triomf —dijo Gabriela —. Vamos al Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona. Nos encontramos allí. Vale la pena, créeme.

3

Omar aparcó el coche patrulla delante del complejo sanitario Antoni Gaudí, un mastodonte de sesenta y cinco mil metros cuadrados, proyecto estrella del gobierno de la década anterior y que debía paliar, dijeron entonces, la asfixia crónica que sufría el sistema público de salud. La realidad, maldita sea, acabó siendo otra y demostró que quizá hacía falta algo más: más médicos, más sanitarios y más recursos para la investigación.

El complejo sanitario albergaba el Hospital Sant Jordi, el Centro Nacional de Investigación Biomédica y el Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona. Un lugar de esos que a los políticos les encantaba inaugurar para sacar pecho e incluirlos como activos de peso en la siguiente campaña electoral para arañar votos.

Una zona ajardinada daba la bienvenida al complejo que acogía a las tres instituciones. De derecha a izquierda: el Centro Nacional de Investigación Biomédica —siembre usted hoy y recoja vaya a saber cuándo—, el Hospital Sant Jordi —público y de referencia— y el ICIB —privado y pionero.

Privilegios de conducir un coche de los Mossos, Omar aparcó en medio de la acera. Con el motor parado, llegaba el ritual; se aseguró de que todos los reguladores del panel de control estuvieran inclinados a la izquierda: el del aire acondicionado, el de la

calefacción y el del conducto de la ventilación. Después, las rejillas de la ventilación hacia abajo, los parasoles recogidos y el retrovisor centrado. Lo revisó una, dos y hasta tres veces. Con todo en su sitio, se quedó tranquilo y se adentró en los jardines que daban acceso al complejo, donde pacientes y sanitarios hormigueaban ajenos al regalo de cumpleaños que una eminencia de la cardiología había abierto esa mañana.

Atravesó el exterior y llegó a la entrada del ICIB. Era grande, con aire futurista y puertas de vidrio logotipadas. Una vez dentro, ascensor y para arriba hasta el sexto piso. El último. Los poderosos, como siempre, arriba, y el populacho, como siempre, abajo. Hay cosas que nunca cambiarán.

Un tintineo y las puertas se abrieron. Después de haber tenido que pasar de un lado a otro del complejo sanitario entre el gentío, el silencio sepulcral de la planta principal del ICIB le pareció un contraste enorme. El lugar, amplio y fastuoso, tenía una gran recepción, luz natural, sofás de piel, plantas exóticas y mobiliario de estilo escandinavo en el que debían de haberse gastado un pastón. En el ala derecha de la planta había varias puertas que daban acceso a despachos y salas de reuniones. En el ala izquierda, una gran cristalera con vistas privilegiadas al parque de la Ciutadella.

Omar reconoció a Jesús Maria Barceló, que estaba sentado en uno de los sofás. Pensó que, al margen del susto por el regalo, comprensible, estaba muy cambiado desde la última vez que lo había visto en la televisión. Fue cuando Antoni Bassas lo entrevistó en el programa *La Marató* que dedicó a las enfermedades cardiovasculares. No hacía tanto tiempo, pero estaba bastante más delgado y demacrado. Tenía bolsas violáceas bajo los ojos y una

barba canosa de tres días que no casaba demasiado bien ni con el mostacho plateado ni con el poco pelo clareado que todavía le poblaba parte de la cabeza.

Sentada con Jesús estaba la cabo Sandra Rovira, de la División de Investigación Criminal, que en ese momento empezó a tomarle declaración.

—¿Cómo se encuentra, doctor Barceló?

—Mejor. Mejor, gracias. Ha venido un compañero del Sant Jordi y ya me ha explorado. Todo bien. Un desmayo. El impacto, supongo. Hoy está siendo un día muy estresante.

Los de arriba habían decidido enviar a los peces gordos desde Egara para investigar el caso. En el Complejo Central de los Mossos d'Esquadra, Egara en la jerga, estaba la élite de la investigación criminal. Los que mandaban se tomaban el asunto del regalo muy en serio.

Mientras Jesús prestaba declaración, Omar se identificó a uno de los agentes mostrando la placa.

—¿Hay novedades de la sala de mando?

—No.

—¿Dónde está?

—Allí —le contestó señalando el despacho de Jesús.

Omar se disfrazó con la indumentaria de batalla habitual de la Científica: mono, guantes, mascarilla, patucos y todos los trastos de siempre. Antes de entrar al despacho no pudo evitar preguntar indirectamente por qué lo habían llamado a él.

—¿Dónde están Xavi Garriga y los demás?

—Ocupados. ¿Es que no has visto las noticias? Se han cargado a un matrimonio a hachazos en un piso de la zona alta. ¿Dónde has

estado todo el día?

Omar chasqueó la lengua en una clara señal de desaprobación.

—Hicieras lo que hicieses, lo continúas cuando acabes esto y listos.

Y listos, decía. Le habría soltado una fresca, pero Omar no era de mecha corta. Hizo lo que llevaba haciendo toda la vida: agachar la cabeza y callar.

El despacho de Jesús parecía sacado de un catálogo de los que circulan por esas tiendas del paseo de Gràcia en las que te cobran por respirar. A Omar le dieron ganas de ponerse a ordenar un montón de cosas. Era de los que tenían la ropa interior clasificada por colores y los botes de cocina con las etiquetas alineadas, y no podía dormir si veía un cuadro unos milímetros torcido. Y allí le dolían los ojos al ver libros de diferentes tamaños colocados en las estanterías de cualquier manera.

Una unidad del Área Básica Policial de Ciutat Vella destacada en el ICIB había hecho una descripción bastante precisa del regalito de cumpleaños. Bastante precisa, sí, pero no exacta, y este matiz acabaría siendo importante.

Omar se plantó delante de la mesa para examinar la caja con los tres corazones dentro desde un plano cenital. Era alargada y estaba dividida en compartimentos, como si fuera un joyero macabro. Cada corazón en un compartimento diferente. Su mirada la radiografió con detenimiento. Luego frunció el ceño, apretó los labios con fuerza y negó ligeramente con la cabeza. Después de tantos años trabajando en la investigación criminal desde la mirada de la Científica, solo había que sumar dos más dos para darse cuenta de que la pesadilla

no había hecho más que empezar. Auguraba el peor de los escenarios. La cosa pintaba mal.

4

—Su asistente me ha dicho que han recibido el paquete esta mañana —siguió diciendo la cabo Rovira.

—Si lo ha dicho él…

Jesús se encogió de hombros.

—Lo hemos corroborado en recepción.

—Pues así será.

—Necesitaremos los nombres de los que lo han tenido en sus manos e intentaremos saber cuál ha sido el recorrido antes de que llegara a la oficina.

Jesús asintió con la cabeza con la convicción de a quien le importa un rábano el procedimiento policial.

—¿A qué hora ha llegado al despacho, doctor?

—A las dos y media.

—¿Es su hora habitual?

—Más o menos. Por la tarde vengo al instituto y por la mañana voy al hospital, al Sant Jordi. Soy el jefe de Cardiología. Como vivo cerca, normalmente a las siete y media de la mañana ya estoy por allí, pero hoy no he ido.

—¿Por?

—Tenía hora con el médico.

—Ah…

—Los médicos también vamos al médico. —Era tan obvio que la cabo se sintió ridícula—. Nada más llegar aquí he llamado a una buena amiga, la doctora Carla Sala, para comentar con ella los resultados de unas pruebas.

La cabo hizo un gesto con la mano para que Jesús continuara con la explicación. Omar los miraba desde el despacho con un ojo en la declaración y el otro en el regalo de cumpleaños. Acercó la cara hasta colocarla a un palmo de los órganos. El tufo metálico de la sangre traspasó la mascarilla y le castigó las fosas nasales. Suele creerse que el olor metálico de la sangre se debe al hierro que contiene, pero en realidad es por un compuesto químico llamado trans-4,5-Epoxi-(E)-2-decenal. Un perfume ideal para atraer a depredadores.

Se acercó todavía un poco más y entrecerró los ojos con fuerza para fijar la mirada. Llevaba tantos años viendo todo tipo de atrocidades que tenía muy pocas manías.

Los cortes de las venas y las arterias de todos los corazones se habían hecho con una precisión poco habitual. Cuando el mercado de la Boqueria todavía no era un parque temático, su familia tenía una carnicería en uno de los puestos. Pasillo central, horarios infernales y vianda de primera, nada de gato por liebre. Con el paso de los años, sus padres se jubilaron y, donde antes estaba la carnicería, ahora vendían zumos de fruta para turistas a ocho euros el vaso, pero las horas detrás del mostrador se quedaron grabadas en su disco duro de por vida. De cortes sabía un rato. Lo había mamado desde chaval. Sabía reconocer un corte limpio a un kilómetro de distancia. Solo era un humilde agente de la Policía Científica —y por cómo soplaban los vientos en comisaría, ni ganas

de más—, pero, si se pusiera a hacer el trabajo de los investigadores, apostaría fuerte por un perfil de sospechoso hábil en estos menesteres y con un cuchillo en las manos.

Una imagen de la mañana se paseó fugazmente por sus pensamientos. Su cabeza, obstinada, cuando bajaba la guardia se empeñaba en proyectar a Gabriela.

Recorrió con la mirada la mesa del despacho. La pantalla de la lámpara estaba un poco torcida y tuvo el impulso de colocarla recta, pero un sexto sentido hizo saltar todas sus alarmas internas. Estaba de servicio y no podía tocar nada.

Volvió a centrar toda su atención en los tres corazones. Tenía que llamar al Instituto de Medicina Legal para que fueran a recogerlos. Nadie tocaría esos vestigios hasta que llegaran allí. Los trasladarían en una nevera para evitar que el proceso de putrefacción se acelerara y, por supuesto, se fijaría una cadena de custodia que no podría saltarse nadie bajo ningún pretexto, porque en caso contrario un juez podría decir que tararí que te vi en una vista, y los restos quedarían inhabilitados como prueba.

Omar decidió que la llamada podía esperar unos minutos. Seguía con la oreja puesta en la declaración de unos metros más allá.

—Cuando he colgado con la doctora Sala…, bueno, ya lo sabe. He abierto la caja.

—¿Quién cree que puede haberlo hecho?

—Sinceramente, no sabría decírselo, cabo.

—Un hombre de su posición podría tener algún enemigo…

Jesús negó con la cabeza a cámara lenta.

—¿Problemas en su vida personal?

—No tengo padres ni hermanos.

—¿Una antigua pareja despechada?

El doctor sacó el móvil del bolsillo y le mostró la pantalla.

—Nelson. Mi marido desde hace más de diez años. El único amor de mi vida. Pongo la mano en el fuego por él. Estamos muy enamorados. Nunca hemos tenido ningún problema.

Negro, pelo canoso cortísimo, alto como un pino, fuerte como un roble y con los dientes blancos y largos como las teclas de un piano. Jugando al juego de los prejuicios, la investigadora se preguntó qué hacía un tiarrón como ese con un tapón poco agraciado como Jesús. La cabo observó la foto de ese pedazo de hombre y en un gesto espontáneo levantó las cejas como quien dice sí, señor.

—¿Algún paciente resentido?

Jesús rebuscó un buen rato en los cajones de su memoria hasta que encontró un recuerdo de sabor amargo.

—Hace ya unos años, pero…

—Cuénteme, doctor.

—Los San Isidoro.

—Perdón, ¿quiénes?

—Los San Isidoro. Un clan familiar. Una panda de… Bueno, el caso es que tenían a su madre ingresada en el Hospital Sant Jordi. Fue hace años, unos meses antes del covid. Tuvimos problemas con los familiares de la mujer y ordené que la trasladaran.

—¿Qué problemas?

—Había unas diez personas en la planta día y noche. De un lado a otro del pasillo, haciendo ruido, niños jugando. Los demás internos y sus familiares no dejaban de quejarse, y con razón. Personas operadas del corazón que no tenían tranquilidad y no podían descansar. Después de varios intentos cordiales para que dejaran de

alborotar y de recibir muchas quejas de los demás pacientes, decidí pedir que trasladaran a la mujer a otro hospital. Encontramos una habitación individual y aislada en el Vall d'Hebron. La situación era insostenible. El día del traslado se montó la de Dios es Cristo y los familiares agredieron a las enfermeras. Tuvieron que intervenir la seguridad del hospital y los Mossos.

—Menudo percal, doctor, pero de ahí a enviarle tres corazones humanos…

—La mujer estaba muy débil y murió durante el traslado. —Jesús apretó los dientes, consciente de que ese era uno de los errores del pasado que habría podido manchar su brillante carrera.

—Y la familia de la mujer lo culpó a usted de su muerte —dio por hecho la cabo Sandra Rovira.

—Efectivamente. Aunque me gustaría señalar, como ya dije en su momento, que el estado de la paciente en ningún caso impedía su traslado. Puede ver los informes cuando quiera y pedir una segunda opinión.

La investigadora tomó una serie de notas en la libreta con una caligrafía que ríete tú de la de los médicos. La más importante, subrayada y en mayúsculas: «Investigar a los San Isidoro».

Después dirigió la mirada hacia el despacho donde Omar, con la oreja pegada a la declaración, hacía tiempo para llamar al Instituto de Medicina Legal, en la Ciutat de la Justícia.

—Por cierto, ¿por qué tiene tantos obsequios en la mesa?

—Hoy cumplo cincuenta años.

—Pues le han hecho un buen regalo. En la caja hay cinco espacios, cinco compartimentos, pero solo tres corazones. ¿Sabe lo que significa?

Jesús creía saber la respuesta, pero levantó la barbilla invitando a la investigadora a verbalizarla.

—Que dos personas tienen las horas contadas.

Desde el despacho, Omar asintió con la cabeza. La cabo Rovira y él habían pensado lo mismo.

5

A diferencia de otros arcos de triunfo de marcado carácter militar, el de Barcelona tiene un gran componente civil caracterizado por el progreso artístico, científico y económico. Allí, bajo los monumentales treinta metros ideados por Josep Vilaseca, Gabriela se sentía una insignificancia minúscula sumida en sus pensamientos. Entre todos ellos, una gota malaya que no dejaba de repetir lo largo que es un año.

—Más te vale que sea bueno, porque me has hecho venir hasta aquí, a mi edad, echando el hígado por la boca.

La característica voz de Rai, muy grave y muy potente, le llegó desde atrás. Gabriela respondió sin girarse hacia los dos metros y ciento no sé cuántos kilos que tenía a su espalda.

—Merece la pena, Rai. Créeme. —Le hizo por fin el honor de darse la vuelta—. Por cierto, buenas tardes para ti también.

—Sí, sí. Buenas tardes, buenas tardes.

Gabriela y Rai empezaron a caminar por el paseo de Lluís Companys abajo en dirección al complejo sanitario Antoni Gaudí.

—¿Me dirás de una vez qué coño hacemos aquí?

—El doctor Jesús Maria Barceló ha recibido un regalo de cumpleaños con tres corazones humanos.

Pam. Como titular era imbatible. Necesitas unos instantes para procesar algo así. Después, Rai silbó a modo de exclamación mientras se peinaba la calva con la palma de la mano.

—La madre que me pa… ¿El cardiólogo?

Gabriela asintió con cierta condescendencia en su expresión, que, de no haber sido por la confianza, Rai habría reprobado con un rapapolvo de los que tiempo atrás solía echar, de esos que marcan los límites del respeto, de los de no te pases ni un pelo o sabrás lo que es bueno. Pero se limitó a sonreír porque ahora, quién lo habría dicho, incluso le hacía gracia ver la jeta con la que subía la generación que empujaba por detrás. Rai deseaba jubilarse más que nada en el mundo y, a sus sesenta y cuatro años largos, lo tenía muy cerca. Estaba de vuelta de casi todo. El matiz del «casi» era importante, porque con un caso así no se había encontrado nunca en sus cuarenta años en el oficio. Pero, por muy mayor que lo pillara, subiría a ese tren. Claro que subiría.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo nosotros.

—Hostia, Gabriela… Esto es bueno de cojones. ¿Y cómo sabes que ha sido un regalo de cumpleaños?

—Dejémoslo en que lo sé. Además, viniendo hacia aquí he mirado la web del ICIB. Mira, justo hoy cumple cincuenta años.

Gabriela levantó el móvil guiñándole un ojo. Aún tenía abierta www.icib.com/miembros. En la parte de arriba de la web, las fotos de los dos peces gordos del ICIB: Jesús Maria Barceló, el director médico, y Carla Sala, adjunta a dirección. Rai miró por encima de las gafas con sus ojazos azules y señaló la foto de Jesús.

—Es este, ¿verdad?

—Hombre, tú mismo. No será la mujer…

Rai volvió a mirar el móvil como si su cerebro escaneara las caras de los doctores. Fotos de estudio, sonrisas falsas, batas blancas y toneladas de suficiencia en la mirada.

—¿De dónde has sacado la información?

Gabriela pensó en Omar, desnudo y hablando por teléfono en la habitación del hotel.

—Eso ya no te lo puedo decir.

El jefe de Investigación del periódico *La Tribuna* y su segunda llegaron al final del paseo de Lluís Companys, frente al parque de la Ciutadella, y por lo tanto a la entrada del complejo sanitario Antoni Gaudí. Reinaba una normalidad impostada; todo parecía en orden y no se veía presencia policial por ninguna parte. Avanzaron hasta la recepción del ICIB, y también allí la vida fluía con absoluta normalidad.

—¿Estás segura de lo que dices?

Gabriela riñó a Rai con la mirada. ¿Cuándo le había fallado? No le dio tiempo a soltarle una fresca porque por delante de ellos pasó la doctora Carla Sala: pelo corto, nariz aguileña y hecha un guiñapo. Los dos proyectaron la imagen de la web del ICIB. Era ella, seguro. La segunda de a bordo. A Gabriela y Rai les bastó con intercambiar una mirada y salieron disparados detrás de ella.

—Doctora Sala —gritó Gabriela.

—¿Nos conocemos? —le preguntó sin dejar de dirigirse hacia la salida del complejo sanitario.

—Somos Gabriela Palau y Raimon Ventura, periodistas de *La Tribuna*.

Periodistas. Puaj, qué asco. Si Carla Sala tenía alguna duda sobre si hablar con ellos o no, acababa de desvanecerse del todo. A esta gente ni agua, que solo puedes salir escaldado.

Bajó la cabeza y aceleró el paso. Sabía lo que querían, los muy carroñeros. No era idiota. Hacía tiempo que peinaba una buena mata de canas.

—Nos gustaría hablar con usted sobre la recepción de restos humanos dirigidos al doctor Barceló.

Carla siguió adelante ignorando a esas dos moscas cojoneras.

—Doctora Sala, ¿puede confirmarnos la recepción de tres corazones humanos por parte del doctor Barceló?

—No sé de qué me hablan.

—Claro que lo sabe… Venga, va, que será solo un momento, doctora. Unas declaraciones y listo.

El último intento de Gabriela fue en vano. Carla subió a un taxi y cerró la puerta como si fuera una habitual de la prensa del corazón perseguida por paparazis. El taxi se alejó a toda pastilla por el paseo de Pujades en dirección al zoo y dejó a Rai y a Gabriela con la palabra en la boca y las manos vacías para volver a la redacción. Mal negocio que dos periodistas se queden con un palmo de narices.

—Déjame tu móvil.

Rai tendió la mano a Gabriela. Por su tono y su gesto, más que una petición era una orden en toda regla. Y ella obedeció, claro. Conocía esa mirada y no era momento de andarse con chiquitas. Rai hizo una consulta en la web del ICIB, que Gabriela todavía tenía abierta, y enseguida encontró el nombre que buscaba.

Los dos periodistas de *La Tribuna* volvieron a la recepción del ICIB decididos a hablar con el jefe de comunicación.

—Venimos a ver a Ismael Valdés, por favor.

—¿De parte de quién?

Rai recitó los nombres, los cargos y el medio de comunicación vocalizando cada una de las sílabas para que no quedara ninguna duda de con quiénes se las estaba viendo el recepcionista. El chico, un espárrago con un campo de granos plantado en las mejillas, pulsó una extensión, dio el encargo, escuchó, asintió obediente y colgó.

—Me dice que no tienen cita.

—Eso ya lo sé, pero es de vital importancia que hablemos con él.

—Lo siento. —Y remató las calabazas negando con la cabeza.

Gabriela miró el nombre que el fideo tenía escrito en la placa identificativa que llevaba en el pecho.

—Joan Monfort, ¿verdad?

—Sí.

—Escúchame bien, Joan. Vas a volver a llamarlo. Vas a decirle que en unos minutos se publicará una noticia sobre los gravísimos hechos que han sucedido hoy en el ICIB y que, dado que la doctora Sala se ha negado a hacer declaraciones, queremos que él nos dé el punto de vista del ICIB.

—¿Qué hechos?

Gabriela, que ya estaba hasta el gorro, miró a ese saco de huesos con expresión desafiante.

—¿Me tomas por idiota, Joan? Mira, la doctora Sala ya nos ha toreado, y te aseguro que no estamos para gilipolleces. O le dices a Ismael Valdés que baje ahora mismo y hable con nosotros, o publicaremos en *La Tribuna* que por tu culpa el ICIB no ha dado su

versión de los hechos. —El índice levantado podría homologarse como amenaza.

—Pero…

—Móntatelo como quieras, pero o consigues que baje ahora mismo o quedarás retratado. Tú eliges.

—Pero si la doctora Sala… Además, yo solo soy el recep…

—Tú eliges.

6

Mientras llamaba al director de comunicación, el recepcionista sintió que unos hilos invisibles lo movían como si fuera una marioneta, porque era exactamente en eso en lo que acababa de convertirse. Le habría encantado mandar a la periodista que estaba al otro lado del mostrador a freír espárragos, pero hay veces en la vida en las que no queda otra que abrazar el pragmatismo. No sabía quién era, ni los contactos que tenía, ni la mala leche que se gastaba. Mucha, a juzgar por las apariencias. Y él de ninguna manera podía permitirse dejar de llevar los poco más de mil euros de su sueldo a casa.

—El señor Valdés me ha dicho que baja en unos minutos. —El recepcionista consiguió proyectar un tono amable, sin ninguna grieta que supurara enfado.

—¿Ves como no era tan difícil, querido?

A Gabriela no le bastó con ganar; quiso recrearse.

El chico sintió brasas en las mejillas, fruto de una furia que emergía en su interior. Era jovencito y acababa de estrenarse en el bonito arte de callarse, agachar la cabeza y consolarse con eso tan gastado de la nómina a final de mes. Él aún no lo sabía, pero le esperaban humillaciones similares a paladas a lo largo de su vida laboral, así que más le valía empezar a endurecerse la piel.

Entretanto, esa tarde tenía orgullo con patatas para merendar. Que aproveche.

Mientras esperaban a Ismael Valdés, Gabriela y Rai pasearon la mirada por la recepción del ICIB. Tenía aspiraciones minimalistas y estaba presidida por un enorme busto de mármol blanco en memoria del doctor Toni García. Los periodistas se acercaron con el mismo respeto con el que lo harían en una tumba.

«Al doctor Toni García. Siempre entre nosotros, amigo», rezaba la inscripción de la placa. Por orden de la dirección, siempre había flores frescas velando el busto. Mientras lo observaba desde cerca, Rai recordó el día que conoció a Toni García en la gala De Todo Corazón que cada año organizaba el ICIB. Tenía muy presentes su rostro y su expresión; pensó que la escultura estaba francamente conseguida. Si eso lo había parido alguien con una escarpa y un martillo, era para quitarse el sombrero.

—Fue el primer famoso que murió de covid —recordó Gabriela ante el trozo de mármol esculpido.

—Ostras, sí, ya me acuerdo. Creo que lo sacamos en portada. De hecho, creo que lo publicó todo el mundo.

—En esa época solo se hablaba del puto covid.

—Lo conocí. —Rai señaló el busto con la barbilla—. Un crack, el tío. Un relaciones públicas nato. Él solito montó todo esto.

—Creo que ahora el Ayuntamiento va a dedicarle una calle. Como a Freddie Mercury y a Montserrat Caballé. Aunque este ha tardado menos.

—Sí, leí que el pleno del Ayuntamiento lo había aprobado. —Rai chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Nunca he entendido eso

de que solo te dediquen una calle si la has palmado. Joder, la gracia es verlo, ¿no?

Por detrás de los dos periodistas sonó un tintineo y, *voilà*, del ascensor salió Ismael Valdés, que se dirigió directamente hacia Rai y Gabriela.

—Hola, soy Ismael Valdés, el director de comunicación del ICIB. Me han dicho que quieren hablar conmigo. ¿Les parece bien que vayamos a un sitio más tranquilo?

Si iban a tratar lo que temía que iban a tratar, mejor en un sitio más discreto que una recepción con gente circulando de un lado a otro.

Ismael —bien plantado, de apretón de manos fuerte y mirada transparente— y los dos periodistas entraron en una sala de reuniones de la planta baja del ICIB: luz fría, mesa con cuatro sillas, paredes desnudas y para de contar.

Por aquello de que quien golpea primero golpea dos veces, nada más sentarse, Gabriela disparó sin dejar que Ismael abriera la boca.

—Sabemos que los Mossos han estado aquí porque el doctor Barceló ha recibido un regalo de cumpleaños: una caja con tres corazones humanos.

Un directo a los morros. Primer asalto para Gabriela.

Ismael la miró fijamente a los ojos durante unos largos segundos sin abrir la boca. Parecía analizar cómo plantear una batalla que sabía desde el principio que era desigual. De primeras, pintaban bastos.

—¿Puedo preguntarles de dónde lo han sacado?

—Poder puede, pero usted ya sabe que no le revelaré mis fuentes. El caso es que lo sabemos, y más le vale que no nos lo

niegue, porque empezaremos con el pie izquierdo.

Gabriela sacó el móvil y se lo mostró a Ismael. Iba a por el segundo asalto.

—Ya tenemos la noticia escrita. Si queremos, podemos colgarla ahora mismo. Hoy en día…, un clic y empieza a correr por todas partes. Ya sabe cómo funcionan estas cosas.

—Pero hemos venido a hablar con usted porque queremos que nos dé su versión de los hechos. —Rai había adoptado el papel de poli bueno.

Ismael tenía una edad en la que la vida ya le había enseñado a verlas venir, así que el numerito de la noticia tampoco es que lo impresionara demasiado. Se ajustó las gafas y dedicó toda su atención al móvil de Gabriela.

Una noticia maquetada para colgar en la web de *La Tribuna*. «El doctor Jesús Maria Barceló recibe un regalo con tres corazones humanos en su despacho del ICIB el día de su cumpleaños». Todos los elementos para hacer daño en un titular a cinco columnas: el nombre del doctor y el nombre de la institución salpimentados de amarillismo. Y con foto del protagonista, claro. Todo a un solo clic. Qué fácil y qué rápido es hacer daño hoy en día.

El director de comunicación leyó la noticia con detenimiento. Mientras tanto, Rai, con cara de póquer, pensó que él ni siquiera sabía que ya estaba redactada. En otros tiempos le habría pegado una sarta de gritos a Gabriela en cuanto hubieran puesto un pie fuera de esas cuatro paredes. Pero, si ponía las luces largas, veía la fecha de su jubilación, y por lo tanto no iba a hacerlo. Para qué generar un conflicto con la despedida en el horizonte. Cómo

cambian las cosas. Definitivamente, se había convertido en un blando.

Ismael terminó de leer la noticia y por un instante se quedó mudo, maquinando sus opciones en esa partida, aunque lo cierto era que no tenía buenas cartas. Los periodistas lo sabían todo y él tenía poco que ofrecer. Aun así, no podía bajarse los pantalones hasta los tobillos a la primera de cambio, así que empezaría pidiendo lo imposible y ya iría bajando el listón. Tenía claro, eso sí, que tendría que tragarse más de una. Pronto sabría cuántas.

—¿Puedo pedirles que no lo publiquen?

—Estoy convencido de que usted es bastante listo y ya sabe la respuesta.

Efectivamente, la sabía, pero tenía que intentarlo. Esta se la tenía que envainar. La primera.

—¿Cuándo lo recibieron? —Gabriela puso la directa.

—Hoy por la mañana.

—¿Alguna sospecha de quién ha sido?

—No tenemos ni idea.

Los periodistas miraron a Ismael con cara de pocos amigos.

—Les digo la verdad. Se lo juro.

La mirada transparente del director de comunicación jugó a su favor y los dos periodistas pusieron cara de creérselo. Pensó que, si ese par descubría que a la caja le faltaban dos corazones para completar los cinco compartimentos, el revuelo mediático sería de los que marcan época. Y precisamente eso es lo último con lo que un director de comunicación quiere lidiar. Cruzaba los dedos. Entretanto, debía conseguir que los daños fueran los mínimos posibles.

—Quiero pedirles que no mencionen al doctor Barceló.

—Me temo que nos pide demasiado. —El tono de Rai no dejaba margen para la negociación. La segunda que tenía que envainarse.

—Pues eviten el tema del regalo de cumpleaños, que no hará más que alimentar las especulaciones y la alarma social. Es puro morbo.

—Sí, lo es. Pero el morbo da audiencia. ¿Qué nos ofrece a cambio? —Gabriela no se anduvo con rodeos.

—Pueden volver a la redacción con una campaña de publicidad solo para *La Tribuna*. Seríamos muy generosos con la inversión.

—¿Es que tenemos cara de comerciales de publicidad? No se equivoque con nosotros.

—Señora Palau, ¿puede decirme entonces con qué podemos llegar a un acuerdo?

Esta sería la tercera que Ismael tendría que tragarse.

7

Cuando una persona famosa se veía salpicada por un marrón, en los principales despachos de la comisaría de Les Corts sonaban todas las alarmas. Los de arriba querían conocer cada detalle por aquello de que, cuando explotara en los medios de comunicación —porque tarde o temprano todo acababa explotando—, no los pillara con el paso cambiado. Por esta regla de tres, Omar tuvo que explicar con todo detalle lo que había hecho esa tarde en el ICIB. Entre una cosa y la otra, salió de la comisaría pasadas las once de la noche.

A esa hora, en la Travessera de Les Corts no había ni un alma. Aunque el día había sido larguísimo y estaba reventado, decidió volver a casa paseando tranquilamente. Si hubiera querido autoengañarse, podría haber fingido que era por tomar un rato el aire después de un día pesado, pero en el fondo era consciente de que en buena medida era porque no quería encontrar a Alba despierta. Ojos que no ven, corazón que no siente. O eso dicen.

Caminó por la Travessera de Les Corts y la avenida de Sarrià hasta llegar a la calle Urgell, que bajó haciendo un repaso mental de lo que habían dado de sí las últimas doce horas, y no estaba nada mal. Nervios previos al encuentro, hotel, sexo interrumpido, llamada, despedida precipitada, comisaría, ICIB, comisaría, informe y explicaciones a sus jefes. Todo ello agotador.

Pasadas las once y media llegaba por fin al portal de su edificio, justo delante del mercado de Sant Antoni. Al entrar en el ascensor se topó con su rostro reflejado en el espejo. Se leía cansancio; consecuencia de la culpabilidad, de la tristeza y de sentirse un puto traidor. Mientras subía recordó que le tocaba ponerse la máscara de no haber roto nunca un plato y fingir que aquí no ha pasado nada. Era el pacto que había hecho consigo mismo y, por mucho que lo machacara mentalmente, no lo rompería ni por Dios.

Con un poco de suerte, Alba estaría durmiendo y todo eso que se ahorraría esa noche. A las seis le sonaba el despertador para ir a nadar, y decía que, si no dormía ocho horas, no era persona. Que ni café ni hostias. Omar nunca había entendido eso de meterse en el agua cuando aún no ha salido el sol. A esa hora, él no era más que un moribundo gobernado por la mala gaita irrefrenable de quien tiene mal despertar.

Ascensor en el sexto, rellano y entró en casa. Todas las luces estaban apagadas. Alba ya debía de estar en la cama. Bingo. Resopló aliviado. Primer golpe de suerte del día. Menos mal, porque no tenía el cuerpo para actuaciones.

Se puso cómodo y pensó que probaría a ver si se le abría un poco el estómago. Con cualquier cosa calentada en el microondas le bastaba. En la cocina puso la tele de fondo. Ni la miraría ni la escucharía, pero el murmullo le haría más compañía que un silencio que amplificaría la carretada de reproches que la voz de la conciencia le tenía reservada.

Quería mucho a Alba. Más que a nada en el mundo. Nunca le haría daño, y precisamente por eso no debía enterarse de la existencia de Gabriela. No se lo perdonaría. Sería un antes y un

después, un cruz y raya, un te me has caído a los pies. Omar no estaba dispuesto a afrontar la conversación ni los lloros, ni a responder a la puñetera pregunta de por qué. Y esta solo sería la primera. Después llegaría una buena retahíla. ¿Es que el pasado no significa nada? ¿Es que solo piensas con la polla? Y la madre de todas las preguntas: ¿y ahora qué? Todo para acabar en el callejón sin salida del inevitable «o ella o yo». Y no. Por ahí no estaba dispuesto a pasar. No quería tener que elegir porque la decisión sería demasiado traumática.

La culpa lo martirizaba. Era una emoción dolorosa fruto de haber transgredido las normas impuestas por una sociedad, hipócrita como ella sola, que veía con malos ojos que él tuviera una amante. Alba era frágil. Se lo tomaría fatal, sí. Pero ¿y él qué? Tenía derecho a ser feliz, joder. Y qué coño, tenía todo el derecho del mundo a echar un polvo fuera de casa de vez en cuando; no era un pecado. Se lo había repetido una y mil veces. Pero a ver cómo se lo contabas a Alba sin que el mundo se le viniera abajo.

Terminó de cenar ya pasada la medianoche. Aunque estaba reventado, tuvo que fregar los platos sí o sí. Si hubiera sido capaz, los habría dejado en el fregadero para el día siguiente encantado de la vida. Pero la angustia lo habría torturado y habría acabado levantándose de madrugada para fregarlos, así que trabajo hecho. Después recogió la cocina, limpió la mesa y el mármol, dobló todos los trapos —como siempre, con la etiqueta por dentro y en tres pliegues— y ya podía meterse en la cama. Pero antes no quería dejar de hacer algo que llevaba quince años haciendo. Entró en la habitación y le dio un beso de buenas noches. Por el rabillo del ojo miró la foto que estaba en la mesita de noche. Omar, Alba y Maria

partiéndose de risa. Un escalofrío lo recorrió por dentro; cuando una persona a la que has querido ya no está, piensas en ella cada día de tu vida. El puto cáncer se cebó con ella. Los dos echaban de menos a Maria; Alba como madre y Omar como esposa. Estaba convencido de que ella se alegraría de que rehiciera su vida. La pena había dado paso al recuerdo de una etapa que fue maravillosa, pero formaba parte del pasado y ahora quería, necesitaba, mirar hacia delante. Y eso no significaba olvidar. Pero Alba se lo había dicho mil veces: no estaba preparada para ver cómo su padre sustituía a su madre. Omar llevaba cinco años atrapado en esa cárcel.

8

El trayecto se le estaba haciendo eterno. Desde la calle Beethoven hasta Travessera de Les Corts, pasando por la Diagonal y la calle Déu i Mata, no eran más de diez minutos andando; quince como mucho. Pero cada bocanada de aire propagaba la angustia en su interior y cada paso costaba como si cargara el peso del miedo sobre los hombros. Dicen que el alma pesa veintiún gramos, pero ¿y el miedo cuánto pesa? Probablemente lo bastante para acelerar la respiración, dilatar las pupilas, aumentar la presión sanguínea y disparar el ritmo cardiaco. El miedo es muy jodido. El miedo a perder lo que más quieres, a que la vida cambie en un chasquido de dedos, a que los presagios más oscuros que se edifican dentro de ti se conviertan en realidad.

Santi Nadal esquivaba a toda prisa a peatones sumidos en problemas que seguro que no eran ni de lejos de la magnitud del suyo.

Lo envolvía una camisa de fuerza invisible que le apretaba, le apretaba y le apretaba. Una negrura en forma de pegajoso sudor frío que no lo dejaba en paz.

Se santiguó un par de veces y besó el crucifijo de plata que le colgaba del cuello. Acompañaba el paso ligero con ruegos a la Virgen. Si alguien podía escuchar sus plegarias era ella. Santa María,

madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Mal final para un momento como ese.

A la altura de la calle Entença sintió la tentación de cruzar en rojo; estaba impaciente por llegar cuanto antes. Como si el desenlace dependiera de los sesenta segundos que tarda en cambiar un semáforo, como si fueran a cambiar algo. Pero en esa jungla que era la Diagonal de Barcelona convivían bicicletas, patinetes, repartidores, motos, tranvías, coches y autobuses. Esquivar a tanta bestia sobre ruedas con el semáforo en rojo era misión imposible.

Verde. Por fin. Aceleró el paso. Aunque hacía fresco, sentía que el asfalto le quemaba los pies. No podía quitarse las malditas suposiciones de la cabeza. Las coincidencias no existen. Las piezas encajaban. Dos y dos siempre son cuatro, hostia.

Sentía el cuerpo en tensión, el pecho cerrado y le flaqueaban las piernas. Aun así seguía. Quería agarrarse al «esto no puede estar pasándome a mí», creer que había esperanza, que al volver a casa la encontraría apoltronada en el sofá leyendo un libro y le contaría cualquier historia inverosímil que lo justificaría todo. Pero, en su interior, Santi Nadal sabía que sus sospechas eran más que razonables. Él era una persona racional. Un hombre de orden.

No era una cuestión de cuernos, estaba seguro. Ni el tedio de una vida aburrida que ella quisiera dejar atrás. Se querían, coño. Mucho. Había pasado algo. Todo iba como la seda entre ellos. Y de ahí no lo sacabas.

Hacía ya unos días que había presentado una denuncia en la comisaría de Les Corts. Incluso le mostró al mosso un mensaje de WhatsApp la mar de azucarado y un poco subido de tono de un día antes de la desaparición para dejar constancia de que se había

esfumado en contra de su voluntad. Pero el noventa y ocho por ciento de las desapariciones denunciadas se resolvían favorablemente, así que la mayoría de las veces el tema se solucionaba solo, y a otra cosa, mariposa. Por lo tanto, que la primera respuesta de la policía fuera eso tan gastado de «si nos enteramos de algo, ya lo llamaremos» era de manual. Pero no lo habían llamado, y lo que acababa de leer en el periódico le había dado la vuelta a todo como un calcetín.

Se adentró en la Illa Diagonal, templo del consumismo de la zona alta de la ciudad. Allí, gente de buena familia deambulaba comulgando con la cultura de la moda y con la creencia de que consumir por encima de las necesidades aporta felicidad. Santi Nadal iba dejando atrás a personas con bolsas logotipadas de papel reciclado que llevaban ropa fabricada en la otra punta del mundo; nueve mil kilómetros en barco consumiendo doscientos cincuenta mil litros de combustible al día. Pero la bolsa, de papel reciclado, no vaya a ser que contamine. Viva la sostenibilidad.

Una vez cruzado el centro comercial, salió por la calle Déu i Mata, avanzó cien metros más a pie y llegó a la comisaría de Les Corts echando el hígado por la boca. Nada más pisarla, se dirigió a la mossa que estaba detrás del mostrador de la entrada, empapado en sudor y con el habla entrecortada.

—He leído una noticia que ha publicado *La Tribuna*. Creo que uno de los tres corazones que le han enviado al doctor Jesús Maria Barceló es de mi mujer. Se llama Montse. Montserrat Casanovas.

9

Veinticuatro horas después, y según lo pactado con el director de comunicación del ICIB, Gabriela y Rai volvían al Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona dispuestos a cobrarse el olvido consciente en la redacción de la noticia de que los tres corazones eran, en realidad, un regalo de cumpleaños para Jesús.

El suceso publicado por *La Tribuna* había marcado la agenda informativa de las últimas horas, y los demás medios de comunicación se habían hecho eco. Las especulaciones sobre el responsable del macabro envío se habían convertido en el deporte nacional, y la mafia, el tráfico de órganos o sencillamente alguien que no rulaba del todo eran las principales apuestas de los lectores en los comentarios de la noticia. Estaba incluso el graciosillo de turno que le sugería a Carles Porta empezar la próxima temporada de su programa de televisión *Crims* con este caso. Aun así, pocos se habían preguntado de qué desdichados eran esos corazones, cuyos cuerpos todavía no se habían encontrado.

En la planta desde la que se capitaneaba el ICIB, los dos periodistas y dos operadores de cámara esperaban delante de la enorme vidriera con vistas al parque de la Ciutadella en un set con cámaras, focos y micros preparado para una entrevista exclusiva que culminaría el *quid pro quo* entre el ICIB y *La Tribuna*.

Mientras esperaban, Gabriela sacó el móvil. En la pantalla de inicio le salió una foto de Kilian con ella y las niñas. Los cuatro sonriendo como una familia feliz. La daga punzante de la mala conciencia le atravesó el corazón. Sintió las mejillas como brasas. Después soltó un largo resoplido. ¿Tenía narices para mandarlo todo a tomar viento? ¿Se puede querer a dos personas? ¿Kilian la quería tanto como para permitirle «ampliar» su vida amorosa y sentimental? Gabriela negó con la cabeza, autocensurándose; no era el momento para hacerse esas preguntas. Para cambiar el chip, consultó el programa interno de *La Tribuna* para ver las audiencias de cada una de las noticias publicadas. Aquello era un bulevar de los aciertos y las vergüenzas de cada miembro de la redacción; quedaban al aire para escarnio o elogio de los demás periodistas.

Los datos situaban la información de los tres corazones en el número uno de visitas y de tiempo de lectura, pulverizando récords históricos del periódico; una buena dosis de amarillismo suele ser imbatible. Gabriela sintió que la sombra de la vanidad se paseaba por su rostro con una sonrisa que la zambulló en un mar de dulce autocomplacencia. Le mostró el móvil a Rai, que se levantó las gafas para leer los datos con una mueca de esas que le almendraban los ojos y le arrugaban la nariz.

—¡La puta de oros! Lo estás petando. Muchas felicidades.

—Gracias, socio —le contestó guiñándole un ojo.

Los datos de audiencia convencieron a Rai para que siguiera su intuición. Llevaba dándole vueltas desde el día anterior y al final se lo comunicó a Gabriela. Era lo justo.

—Oye, la entrevista a Jesús Maria Barceló la haces tú sola. ¿Cómo lo ves?

¿Que cómo lo veía? Pues de coña. Habría querido dar botes de alegría, gritar, soltar vivas a diestro y siniestro, pero tenía un máster en control de las emociones. Nunca se mostraba como un libro abierto. Poner el freno de mano, censurar la más mínima euforia y medir las palabras eran imperativos para disimular las intenciones. Siempre había creído que no es bueno que la gente sepa exactamente lo que piensas. Si se te ven los sentimientos, eres débil. Gabriela optó por dar muestra de falsa modestia. Era un papel que clavaba.

—Lo veo bien, Rai. Me siento perfectamente capaz…, pero ¿y tú? Eres el jefe de Investigación. —La falsa modestia siempre incorporaba un «pero» en la frase y un tono de pánfila.

—La entrevista la has preparado tú y el tema es todo tuyo.

Gabriela estiró los labios en un gesto que no podríamos llamar sonreír, pero por dentro estaba de fiesta mayor. El día anterior, Rai ya había decidido que la noticia la firmaría solo ella, y ahora le decía que la entrevista la haría solo ella. Le parecía el tránsito natural. Cuando un periodista renuncia voluntariamente a la voracidad, está en el ocaso de su carrera profesional, y el relevo generacional es cuestión de tiempo.

Jesús llegó por fin a la última planta del ICIB. Era evidente que tenía dificultades para andar; cada paso iba acompañado de su correspondiente resoplido, en el que parecía dejarse el alma. Iba del brazo de su marido, Nelson, y detrás de ellos, Ismael Valdés. Jesús se sentó en el sofá, delante de las dos cámaras a las que se enfrentaría para explicar en exclusiva lo sucedido. Nelson le dio un beso y se situó en una prudente segunda fila, detrás de las cámaras. Después, Ismael le susurró al oído los últimos consejos que un

director de comunicación puede dar. Recuerda decir esto, prohibido decir lo otro, cuidado aquí, puede pillarte por allá. Jesús, obediente, asintió mirando fijamente a Gabriela, que, frente a él, estaba ya preparada para empezar la entrevista. Pero antes la periodista se levantó para intentar romper el hielo estrechando la mano del doctor.

—Gabriela Palau. Encantada, doctor Barceló.

Jesús le devolvió un apretón débil, más propio de un octogenario que de un cincuentón. No hacía falta ser médico para darse cuenta de que el cuerpo no lo acompañaba.

—Me ha metido un buen gol, ¿eh? La felicito. Los medios no hablan de otra cosa, y todo por su culpa. Su director debe de estar contento con usted.

—Es nuestro trabajo, doctor. Y a veces lo hacemos muy bien.

La respuesta de Jesús fue una mirada que era una oda a la condescendencia. A esa periodista todavía le faltaba tomar mucha sopa para sentarse a la mesa de los que cortaban el bacalao, pero tenía un punto de descaro y parecía ambiciosa. Seguro que sería alguien que tener en cuenta en un futuro cercano.

El director de *La Tribuna*, Ernesto Makaroff, estaba muy contento con Gabriela. Pero de eso ella se enteraría más adelante. Ahora todo giraba en torno al protagonista, Jesús, que, pese a su precaria salud y a las circunstancias adversas, dominaba la escena a la perfección. Sin miedo a la cámara ni a los focos ni a las preguntas malintencionadas de los periodistas, que estaba convencido de que buscarían el titular llamativo. Si miraba atrás en el tiempo, debía admitir que no había sido fácil alcanzar esos niveles de autoconfianza. No hacía tanto, cargaba sobre los hombros un capazo

de complejos, de los que poco a poco pudo irse desembarazando. Y mira que las había pasado canutas. Había sido un niño enfermizo, con gafas de culo de vaso, dependiente de su madre, negado para los deportes y con un labio leporino que lo obligaba a arrastrar la lengua. Feo, tullido, enmadrado e incapaz de pronunciar la ese: el blanco perfecto de burlas crueles. Las sufrió en la infancia, la adolescencia, la juventud y también de adulto. La crueldad no tiene edad. No siempre había estado rodeado de buena gente. Fue Nelson quien amainó la nube negra que siempre lo había acompañado; con él salió el sol. Y ya superados los cuarenta, rompió una dinámica gris que parecía que iba a durar para siempre. Gracias a Nelson había aprendido a ser un orgulloso retaco afeminado y a mirar a los demás desde una perspectiva contrapicada de forma empoderada. Su madre, una santa que lo crio sola, habría estado muy orgullosa de él.

Uno de los operadores de cámara preparaba el plano mientras el otro le ajustaba el micro de corbata al doctor. Cuando todo estuvo a punto… Tres, dos, uno, dentro.

—La primera pregunta es obligada, doctor: ¿cómo están los ánimos en el ICIB después de lo que ha pasado?

—Pues ya puede imaginárselo. Ha provocado una gran consternación en todo el ICIB y en el Hospital Sant Jordi. —Un suspiro se deslizó entre las palabras de Jesús—. Por suerte, el asunto ya está en manos de los Mossos d'Esquadra, que están haciendo las investigaciones pertinentes para intentar encontrar a los autores.

—¿Quién cree que puede estar detrás?

—El tema es muy grave, señora Palau. Y, precisamente por eso, la policía nos ha pedido máxima discreción mientras siga investigando.

—Pero ¿tiene alguna sospecha?

Con su amaneramiento habitual, Jesús unió el índice y el pulgar y cerró una cremallera imaginaria que sellaba sus labios.

—Usted es director médico y presidente del Instituto Cardiológico Internacional de Barcelona y jefe de Cardiología del Hospital Sant Jordi. ¿Cómo cree que puede afectar este incidente a la imagen de estas dos instituciones?

—Gracias a la labor que el doctor Toni García, que en paz descanse, y yo mismo llevamos a cabo mano a mano durante muchos años, puedo decir que actualmente algo así no afectará al día a día ni del instituto ni del hospital, y tampoco a sus bien merecidas reputaciones.

—Ha mencionado al doctor Toni García. ¿Cómo ha cambiado el ICIB desde su muerte?

—El doctor García era un modelo como médico, como humanista y como persona. Yo, como presidente y director médico, quiero que el ICIB mantenga su visión. La que creamos entre los dos. Cuando Toni murió, fue como si me hubieran arrancado un brazo. Un ICIB fuerte es una manera de mantener vivo su legado.

—La vida ha seguido sin el doctor García.

—Claro que ha seguido. Me he volcado en apoyar a médicos e investigadores jóvenes para atender a los pacientes al más alto nivel y para responder al gran reto de la prevención. Y lo he combinado con la introducción de técnicas innovadoras para el diagnóstico de enfermedades cardiovasculares y terapias de las que espero que algún día yo mismo pueda beneficiarme.

—¿Quiere usted decir que deberíamos preocuparnos por su salud?

El ojo periodístico de Gabriela supo leer entre líneas y tocó la tecla correcta. Detrás de las cámaras, Rai enderezó la espalda y prestó atención a la respuesta. Su pupila había sido muy hábil, oliendo la noticia como el tiburón huele la sangre.

—Una buena periodista como usted se habrá dado cuenta de que he llegado del brazo de mi querido marido, Nelson. No lo he hecho público, pero creo que es un buen momento para anunciar, ironías del destino, que un cardiólogo como yo sufre una cardiopatía. Tengo una insuficiencia aórtica.

Una noticia bomba. Gabriela sintió un ligero cosquilleo en la nuca, una reacción espontánea. Le acababan de servir en bandeja de plata el titular que buscaba. Muchas gracias, doctor. Dios se lo pague.

—Vaya… Ante todo, muchos ánimos, doctor Barceló. Para los no iniciados, ¿podría explicarnos en qué consiste esta cardiopatía?

—Es un defecto en la válvula aórtica. La válvula aórtica debe ser perfecta. Si se corta, debe tener tres velos, como el logotipo de Mercedes, sin querer hacer publicidad y para que los espectadores nos entiendan. Cuando se abre y cuando se cierra —acompañó el gesto con las manos— es perfecta porque encaja como una flor. Pero aproximadamente un dos por ciento de la población no tiene tres velos, sino solo dos. A esto lo llamamos bicúspide. Y es mi caso. En lugar de abrirse como una flor, se abre como una boca de pez y no se cierra de forma perfecta. El problema es que, cuando la sangre sale, castiga la arteria. Este proceso hace que la aorta se dilate, que es lo que llamamos «insuficiencia aórtica». —Jesús fue señalándose el pecho como si su caja torácica fuera transparente y los espectadores pudieran seguir la explicación.

—¿Y qué implica para su salud, doctor?

—Pues, a causa de esta cardiopatía, necesito con urgencia el corazón de un donante. Sin un trasplante mi vida no tiene un horizonte muy lejano. Lo que me empuja aún más a creer en la misión y el trabajo del ICIB. Animo a todo el que haya seguido esta entrevista a que haga una donación. Es fundamental poder financiar la investigación. Llevo mucho tiempo salvando la vida a otras personas; ahora tengo que salvar la mía.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—No más de un año. Si no consigo un corazón antes, moriré.

10

En la declaración prestada en comisaría, Santi Nadal corroboró punto por punto la versión que Jesús Maria Barceló había dado a la cabo Sandra Rovira el día que recibió el regalo de cumpleaños. Poco antes de que el mundo se detuviera por el covid, su mujer, Montse Casanovas, sufrió una cardiopatía y compartió habitación en el Hospital Sant Jordi con la señora San Isidoro, a la que todo el mundo llamaba doña Carmen, y otra paciente. Unas diez personas rondando por la habitación y el pasillo; Santi lo denunció, Jesús ordenó el traslado de doña Carmen a otro centro, los San Isidoro se cabrearon, montaron una batalla campal y la mujer murió durante el traslado.

Las versiones de Jesús y de Santi cuadraban de cabo a rabo.

Unas horas después de haberle tomado declaración en comisaría, Sandra y Omar fueron a casa de Santi en busca de restos biológicos de Montse, que después se contrastarían con cada uno de los tres corazones en el laboratorio de genética forense. Si del análisis de la muestra y de la interpretación de los resultados de un facultativo se derivaba que el ADN coincidía con uno de los corazones enviados al ICIB, confirmarían la identidad de una de las víctimas y a la vez la línea de investigación de los San Isidoro quedaría reforzada.

La cabo y el agente de la Científica no tuvieron que caminar mucho para llegar a casa del matrimonio, a apenas seis calles desde la comisaría de Les Corts. La finca, esquinada y de obra vista, la había edificado la constructora de un expresidente del Barça hacía unas décadas, y, aunque por fuera daba bastante el pego, nada más entrar en la portería saltaba a la vista que no había envejecido bien precisamente. Baldosas de cenefas, lámparas superornamentadas y la joya de la corona: una pared tapizada con una escena noble de caza de ciervos. Un puzle de lo que decorativamente fueron los años setenta.

Los investigadores se plantaron en el segundo piso y, después de llamar al timbre, la puerta se abrió con un chirrido. Detrás, Santi mostraba una cara de la que colgaban bolsas violáceas bajo los ojos, con la mirada perdida y la barba descuidada de quien está preocupado por saber si oficialmente se le podía considerar viudo.

—Hola, señor Nadal.

Y nada más. Ya sabía por qué estaban allí. Se lo habían dicho unas horas antes en comisaría. Santi, resignado, asintió con la cabeza. Sin decir ni pío y con la mirada vacía, extendió el brazo abriendo la palma de la mano en un gesto que invitaba a los dos mossos a entrar en su casa.

El lugar, como el inquilino, había tenido su momento de esplendor hacía ya unos años, y ahora el parqué estaba desgastado, las paredes sudaban estuco y el caoba de los muebles se había descolorido. Cruzaron el pasillo —sin luz natural, una especie de cueva alargada— y llegaron al comedor. Al recorrerlo con la mirada, se detectaba una manera de hacer y de ser. Omar reconoció tres imágenes religiosas: una virgen, un san Pancracio y un cristo de

palmo y medio. Cuando desvió la mirada hacia el sofá, sintió una inquietud correteándole por dentro al ver tres cojines colocados de cualquier manera. Pero el colmo del despropósito era el aparador: monedas, gafas de sol, clavos y caramelos esparcidos por aquí y por allá sin una triste bandeja donde caer de forma cuidadosa. Semejante desorden estaba poniendo a Omar a prueba. Empezaba a ser perro viejo, sí, pero tenía que admitir que estas cosas todavía le crispaban los nervios.

Santi acompañó a los policías a la habitación de matrimonio. Estaba sobrecargada de fotos colgadas por todas partes que no dejaban un metro de pared libre. Sandra las revisó una a una: el álbum de una vida juntos. En todas se veían sonrisas de oreja a oreja. Siempre el matrimonio, ningún niño por ninguna parte. La cabo no pasó por alto que, aunque los mejores años de Santi habían quedado atrás, las facciones esbeltas, los ojos verdes y el pelo rubio, ahora ya escaso, eran los vestigios de una juventud que había tenido su esplendor.

La mirada de Omar se desvió hacia una de las mesitas de noche, superpoblada con una botella de agua, una lámpara de lectura, un libro, auriculares y un cargador de móvil. Negó ligeramente con la cabeza, aquello era un no parar. En medio de la habitación y presidida por un cabezal a juego con el mobiliario, la cama de matrimonio estaba deshecha solo por una mitad, como si Santi no se hubiera atrevido a traspasar la línea imaginaria que separaba la parte de Montse de la suya.

—Necesitaría inspeccionar el lavabo.

Santi, cabizbajo, accedió a la petición de Omar. Eran unos cuatro metros cuadrados de alicatado blanco, olor a ambientador y luz de

fluorescente. Un revistero con diversas publicaciones que acompañaban los momentos de soledad en la taza del váter. Vio un ejemplar de *La Tribuna* de vete a saber qué domingo e instintivamente su cerebro proyectó una imagen de Gabriela. La consecuencia fue un escalofrío la mar de placentero que le cosquilleó la columna vertebral. Enseguida se propinó un pescozón imaginario y volvió a centrarse en el trabajo. Abrió su maleta, repleta de los trastos que un miembro de la Científica puede necesitar. Cogió unos guantes —azules, de nitrilo y de un solo uso— con los que se enfundó las manos para abrir el armarito con puertas de espejo colgado en la pared. Después peinó el contenido con la mirada.

—¿Cuál es el cepillo de dientes de Montse?

—El rosa.

El otro era azul. Azul, niños. Rosa, niñas. La manera de hacer de una generación.

Omar fotografió el cepillo rosa para el expediente. Después lo cogió por el mango con el índice y el pulgar y lo depositó en una bolsa de papel. El papel siempre era mejor que el plástico, porque aguantaba mejor la humedad. En comisaría lo etiquetaría y lo documentaría.

—¿Peine o cepillo de pelo de ella?

Santi se limitó a señalarlo con el dedo. Omar entrecerró los ojos y fijó la mirada para detectar si el pelo del cepillo tenía raíz y, por lo tanto, ácido desoxirribonucleico, conocido universalmente por las siglas ADN.

Efectivamente, la tenía, y Omar repitió el procedimiento. Fotografía y cepillo al sobre de papel. Luego observó el lavabo con todo detalle: la taza del váter tenía la tapa levantada; el lavabo,

pasta dental seca, y el espejo, rastros de huellas de dedos. En un extremo, al lado de la ducha, vio un cubo de aproximadamente un metro de altura.

—¿Aquí está la ropa sucia? —Lo señaló con la barbilla.

—Sí.

Quizá debería haber pedido permiso, pero Omar tiró millas y levantó la tapa. Estaba lleno hasta arriba.

—Lo siento. Sin ella… Las tareas domésticas no son mi fuerte.

El azul para ellos, y el rosa y las tareas del hogar para ellas. Omar, que tenía un máster en labores domésticas, prefirió morderse la lengua. Seguramente no era ni el sitio ni el momento adecuados. Bajo la mirada de Sandra, vació el cubo en el suelo e inspeccionó la intimidad ajena revolviendo ropa interior, calcetines y otras prendas. Encontró una camiseta rosa y con el cuello de pico con manchas de sangre. Por la dinámica de la casa, supuso que era de mujer.

—¿Y esto? ¿Es de ella? —le preguntó la cabo.

—Sí. Hace unos días se hizo sangre mientras cortaba una pata de jamón.

—Me lo llevo. —Omar no lo dudó ni un segundo. Los restos de sangre eran perfectos para contrastar ADN.

Los resultados de las pruebas de ADN tardarían en llegar. Prioridad uno, un par de semanas, con suerte. Prioridad dos, unos meses. Prioridad tres, espera sentado un año. El regalito de cumpleaños de un doctor mediático acompañado de la noticia de *La Tribuna* ya había hecho descolgar más de un teléfono, así que el caso iba directo a la primera posición de la lista de prioridades de la policía. En cuestión de días tendrían el resultado.

La justicia puede declarar la muerte de una persona después de diez años desaparecida, pero, en el caso de Montse, Santi estaba convencido de que tardarían mucho menos. Su mente, traicionera como ella sola, anticipaba catástrofes aún por anunciar y se preparaba para una vida sin ella.

11

Todo ascenso al poder suele estar envuelto de hipocresía, y el suyo no sería una excepción. Al día siguiente de publicar la entrevista con Jesús, Gabriela entraba en la redacción de *La Tribuna*, y los periodistas que en ese momento estaban trabajando se pusieron de pie para aplaudir acaloradamente a la estrella emergente del periódico. Aquello era elixir de la vanidad en vena, pero, por obra y gracia de sus dotes de actriz, nadie en la redacción habría dicho que Gabriela no se sentía abrumada.

La entrevista exclusiva al doctor había marcado la agenda informativa de las últimas horas e incluso, cosas de la globalización, había traspasado fronteras y eran muchas las cabeceras internacionales que se habían hecho eco de ella. El morbo vende aquí, en Suecia y en el culo del mundo.

Gabriela sonrió —con calculada timidez de cara a la galería, y de oreja a oreja de puertas adentro— mientras avanzaba entre las mesas. Ella, que solía ir a paso ligero, caminaba por el pasillo de periodistas casi a cámara lenta para paladear el momento. Al final del recorrido la esperaban Ernesto Makaroff, el director de *La Tribuna*, y Rai, el jefe de Investigación y su superior directo. Los dos la aplaudían desde la puerta del despacho más importante de la redacción. Como el deportista en la ceremonia de entrega de

medallas, Gabriela llegó al podio para recibir su premio en público: el director la esperaba con los brazos abiertos para darle un abrazo que, la verdad sea dicha, era más interesado que sentido.

—Buen trabajo, Gabriela. Sigue así. Muchas felicidades.

—Muchas gracias, Ernesto.

—Felicidades, socia.

—Muchas gracias, socio.

Gabriela y Rai chocaron los puños como si fueran jugadores de baloncesto. Gabriela, que sabía que nunca debe hacerse sombra al superior directo, se dirigió a su mesa una vez recogida la medalla y recibidos todos los honores. Siempre había procurado que los que estaban jerárquicamente por encima de ella se sintieran cómodos con su sensación de superioridad. Los dos jefes entraron en el despacho de Ernesto, cerraron la puerta y se apoltronaron en el sofá.

—He pedido a los de Datos un seguimiento de la noticia de los corazones y de la entrevista a Jesús Maria Barceló. ¿Y sabes qué, Rai? Son las más vistas de los últimos tres años. Todos los programas matutinos de la radio y los telediarios han abierto con este tema. Y todos mencionan a *La Tribuna*. No sé cómo lo has hecho, pero lo has petado.

—Todo el mérito es de Gabriela.

—No me vengas ahora de modesto.

—Te digo la verdad, Ernesto. Esta chica tiene madera. Sirve para esto.

—Promete. Sí, promete, no te digo que no. Pero todavía está verde.

—Por Dios, que tiene cuarenta y dos años… No es una becaria. Si no la valoras, *El Universal* te la robará. Además, a mí me queda poco tiempo aquí. Es la mejor para ocupar mi puesto.

—¡Venga, hombre! No me jodas, Rai. Retrásalo unos meses. Hasta que encuentre a la persona adecuada.

—Ya tienes a la persona adecuada. Te lo estoy diciendo.

—Rai, retrásalo…

—Ya lo hemos hablado —lo cortó él.

—¿No voy a convencerte?

—Estoy cansado, Ernesto. Quiero jubilarme. Pasear por Sitges, junto al mar. Leer, jugar al golf… Estoy convencido de que Gabriela sería una gran jefa. Lleva tiempo a mis órdenes. Créeme. No vas a cagarla.

—La verdad es que no sé cuál es su fuente, pero haber salido en todos los medios… ¿Sabes lo que nos habría costado si hubiéramos tenido que pagarlo?

—Un huevo, supongo.

—¿Un huevo? ¡Muchísimos huevos! En términos económicos y de reputación. Te aseguro que una campaña de relaciones públicas así no podemos pagarla. En *prime time* de todos los medios «según la exclusiva que ha publicado *La Tribuna*». Por no hablar del poder de prescripción y del prestigio que nos da. Noticias como estas son las que nos convierten en referentes.

—Pues ya lo has conseguido.

—De ninguna manera, Rai. Esto no puede acabar aquí. —Ernesto gesticulaba con energía—. No podemos permitirnos que otro medio se apropie del seguimiento de la noticia. Debe ser nuestro. Desde el

principio hasta el final. ¿Me oyes? Debemos estirarlo. ¿Qué tenéis en marcha ahora?

—Lo que tenemos más avanzado y está dándonos más trabajo es la investigación sobre los narcopisos del Raval.

—Déjalo.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Totalmente. Además, no podemos ponernos de culo con el Ayuntamiento. Al menos mientras Adela Codina sea la alcaldesa. Quiero que te centres en el caso del ICIB. Tenéis carta blanca.

Rai pensó que de ninguna manera dejarían el tema de los narcopisos. Eran ya demasiados años trabajando con Ernesto. Lo conocía bien. Sabía que era insaciable y sobre todo impaciente. Cuando un tema moría, enseguida quería otro, y nunca había querido entender que el periodismo de investigación, salvo contadas excepciones, se cocina a fuego lento.

—Está bien. Como quieras. Lo dejamos todo y nos centramos en el ICIB —mintió—. Ya sabes que nos ponemos al servicio de la casa cuando es necesario.

—Gracias, Rai. Necesitamos un buen chute de audiencia, y esto nos la está dando. Entre nosotros, y que no me oigan los de Cultura: ¿de qué cojones me sirve enviar a una persona a cubrir la Berlinale, la Feria del Libro de Frankfurt o la Bienal de Venecia? Ya te lo digo yo: en términos de audiencia, de absolutamente nada. Los culturetas de este país son cuatro gatos, no nos engañemos. En cambio, la historia de los corazones —llámala historia, llámala morbo— ha calado en la gente. Necesitamos este chute de audiencia, Rai. Te propongo lo siguiente: cada noticia sobre este tema que supere los trescientos mil clics supondrá una paga doble el mes siguiente para

ti y para Gabriela. Tres noticias que superen los trescientos mil, tres pagas dobles. La oferta estará vigente hasta el próximo estudio general de medios, cuando salgan las audiencias.

Rai fijó la mirada en un punto del techo. Después de unos segundos de silencio, verbalizó lo que se le pasaba por la cabeza.

—Hablamos de casi tres meses.

—Exacto. Es muy ambicioso. Pero sé que puedes hacerlo.

—Que podemos hacerlo —puntualizó Rai.

—Eso, que podéis. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el reto?

Rai asintió con la cabeza. ¿Quién dice que no a un buen pellizco antes de jubilarse? En el mundo laboral, cuando pidas ayuda, no lo hagas en nombre de la gratitud; hazlo en el del egoísmo, que en este caso era el dinero. Apelar al dinero es una carta segura. Siempre lo es. En otra época, Rai habría reclamado la parte de Gabriela para él, que por algo era el jefe de la sección, pero sabía que sin ella la investigación no iba a ninguna parte; ella tenía la fuente y, por lo tanto, la sartén por el mango. Rai le ofrecería a Gabriela todo el apoyo que necesitara y extendería la mano. Y, como siempre, a la cultura le tocaría pagar el pato. Adiós Berlinale, adiós Feria del Libro de Frankfurt y adiós Bienal de Venecia. El dinero destinado a viajes para informar de estos eventos iría a la cuenta corriente de los periodistas de investigación. Si cumplían, claro.

12

Ricard Pedrola vertió con la pipeta el volumen exacto de reactivo sobre las muestras de tejido de la placa de Petri para después generar los cultivos. A partir de ahí, coge una silla y espera sentado, que no estás en el cine. Desde hacía unos años, los especialistas forenses hablaban del efecto que series como *CSI* habían causado en la población. Se había extendido la idea de que la ciencia forense era infalible y sobre todo inmediata, lo que podía generar una visión distorsionada de la prueba frente a jueces, fiscales y, en especial, jurados de los tribunales de justicia.

Hacía años, muchos años, que Ricard Pedrola sabía que entre las cuatro paredes de un laboratorio no se puede correr más que el reloj. Por mucha prisa que tuviera, los cultivos no se generarían más deprisa. Allí dentro todo necesitaba su tiempo, y quien no quisiera entenderlo tenía un problema.

Cerró la tapa de la placa de Petri, la colocó en posición invertida para evitar la condensación de agua en el agar, la dejó en una incubadora y en adelante paciencia, santa paciencia.

Una señal acústica del móvil interrumpió su concentración, que estaba focalizada en el reactivo. Como era un culo inquieto, tenía que leer los mensajes al instante y responderlos de inmediato. Todo

tenía que ser para ya mismo. Así funcionaba. Fuera del laboratorio, eso sí. Dentro ya hemos dicho que la ley no la hacía él.

Tras pasar el índice por la pantalla del teléfono y leer el mensaje, sintió ese no sé qué que le daba sentido a todo en el momento de la vida en el que se encontraba. El riesgo de que te pillen, jugar a la ruleta del destino y forjar tu propia suerte. Los trapecios de la tentación no tienen red de seguridad, pero cuando ya sabes tu fecha de caducidad y la pensión que va a quedarte, y eres consciente de que en muy poco tiempo ya no serás ni un triste recuerdo para tus compañeros, que, por cierto, te han mostrado respeto con cuentagotas, no tienes nada que perder. Ese juego, además de un punto de morbo, le daba poder. El poder de señalar a alguien que te debe una y de hacer cruz y raya a quien te ha tocado lo que no suena.

A su edad, de inocente le quedaba poco y, qué coño, no tenía nada que perder. Dicen que, a medida que vas haciéndote mayor, las cosas te resbalan cada vez más, que todo te da igual. Pero en su caso se acumulaba un patrimonio que él llamaba «hostias y decepciones». Era un patrimonio incómodo, intangible e intransferible que le alimentaba el espíritu de forma negativa. Algo así como un depósito bancario con interés compuesto; su capital de odio crecía a base de acumular intereses.

Efectivamente, Ricard Pedrola estaba de vuelta de todo. Vivía instalado en la amargura, apurando los últimos meses como facultativo del laboratorio de genética forense. En el Complejo Central de los Mossos d'Esquadra, en Egara, los de su especie eran una *rara avis*: especialistas que formaban parte del cuerpo de Mossos pero que no eran agentes de la autoridad. Las personas

como él desempeñaban un papel crucial en la investigación criminal, ya que analizaban ADN para identificar a sospechosos y aclarar casos, tanto criminales como de interés social.

Miró el reloj. Hora de marcharse. Ese día no regalaría ni un minuto. De hecho, hacía tiempo que había dicho basta, que no regalaba uno más. Con el saldo de horas que tenía acumuladas a su favor podría pegarse unas vacaciones del copón. Siempre había estado al pie del cañón y nunca lo habían honrado con un gracias ni con una triste palmadita en la espalda, así que a las cinco y media clavadas colgó la bata blanca, apagó el ordenador, móvil, cartera, llaves y adiós muy buenas, que mañana será otro día. Uno menos para la jubilación y para perder de vista algunas caras.

Con la cojera que lo acompañaba desde el maldito accidente, atravesó el laboratorio de genética forense del complejo policial, un espacio amplio, luminoso y con vistas al patio interior de la sede central de los Mossos. Su paso lento y oscilante saltaba a la vista. Nunca podría volver a marcharse deprisa de ningún sitio, cruzar el semáforo en ámbar ni jugar con los veteranos de balonmano. A menudo coqueteaba con la idea de que iba superándolo, pero cuando se miraba en el espejo sabía que de momento era un espejismo a años luz de hacerse realidad.

En la sala principal dejó atrás una gran mesa con cajones llenos de reactivos y después una sala contigua en la que un cartel anunciaba ALMACÉN DE EVIDENCIAS. Allí dejaban las pruebas que podían servir para la investigación de los casos que tenían entre manos. Justo al lado había otra habitación con un frigorífico en el que se guardaban partes de cadáveres sin identificar. Y sí, en efecto, allí estaban los tres famosos corazones que había recibido el doctor

Jesús Maria Barceló. Miró la sala y no pudo evitar esbozar una sonrisa canalla con la comisura de los labios. Si no le fallaba el olfato —y no solía hacerlo—, este era el motivo del mensaje que lo esperaba fuera, estaba seguro. Que en la vida más vale una onza de práctica que una libra de gramática.

Ya fuera, se dirigió al aparcamiento. Tenía el coche habilitado, plaza reservada y un nivel de discapacidad que le desgravaba un buen pellizco en la declaración de la renta. El sistema había cumplido, cierto. Pero la vida se había pasado de la raya con él. ¿Cuánto vale una pierna? ¿Y las miradas de condescendencia? ¿Y las burlas a tus espaldas cuando solo tienes ganas de llorar?

Salió del complejo central. Avenida de la Pau, carretera de Terrassa y llegó al campo de golf El Vallès. Al entrar en el aparcamiento, enseguida detectó el coche que lo esperaba. No era la primera vez que quedaban allí. Quizá sería la última. En esta vida nunca se sabe. Aun así, siempre está bien que alguien te deba un favor. Sobre todo si ese alguien tiene un ventilador muy grande con capacidad para esparcir mierda suficiente para provocar una reacción en cadena. Y en este maldito mundo eso solo pueden hacerlo los periodistas. Que un tío de estos te deba una es tener un riñón cubierto.

Ricard Pedrola aparcó en paralelo al coche de Rai. Uno mirando a la derecha y el otro a la izquierda para que las ventanas de los conductores quedaran encaradas.

—No sé por qué no me ha sorprendido que quisieras verme. El caso de los corazones del doctor Barceló, ¿me equivoco?

—¿Cuánto me va a costar esta vez?

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Rai? ¿Veinte años?

—Más o menos, sí.

—Veinte años son muchos… Eso quiere decir que me queda poco para jubilarme.

—Mira, ya somos dos.

—Qué ganas… Estoy quemadísimo, ¿sabes? Quiero cobrarme algunas facturas, así que esta vez haremos un intercambio.

—¿*Quid pro quo*?

—Sí, *quid pro quo*. Ahí dentro hay gente que me las ha hecho pasar muy putas. Sobre todo desde el accidente. —Se señaló la prótesis—. Gente que tiene muertos en el armario. Cuando llegue el momento, que será cuando me haya jubilado, me devolverás el favor. ¿Podrás devolvérmelo?

—Un periodista nunca deja de serlo. Y menos si es para sacar mierda.

Era exactamente la respuesta que Ricard Pedrola esperaba escuchar.

El laboratorio de genética forense lo integraban mossos que hacían una parte del proceso de extracción de las muestras y los facultativos que analizaban dichas muestras y elaboraban el informe final con los resultados obtenidos. Hacían unas tres mil analíticas de ADN cada año, pero algunas de ellas estaban en el centro del escenario de ese teatro llamado actualidad.

—¿Cuántas muestras tienes para contrastar?

—Dos.

—¿Dos? Pero si hay tres corazones.

—Solo se han denunciado dos desapariciones que tengan relación con el entorno del Sant Jordi. De estas personas tenemos el ADN. Han ido a su casa y han conseguido vestigios que pueden

contrastarse. Las dos eran pacientes de Jesús Maria Barceló y estuvieron ingresadas en el hospital en el mismo momento.

—¿Sabes cómo se llaman?

—Montserrat Casanovas y Olga Mir.

Rai ya tenía trabajo: averiguar quién demonios eran esas Montserrat Casanovas y Olga Mir.

—¿Cuándo sabrás si los corazones son suyos?

—Con el follón que se ha montado, le han dado máxima prioridad, pero tardará unos días. Calculo que unos diez para saber si el ADN coincide. Tranquilo, serás el primero en saberlo.

Pues eso. Paciencia, santa paciencia. Que *CSI* era cosa de la tele.

13

Carla Sala vivía instalada en el día de la marmota. Hospital Sant Jordi por la mañana, ICIB por la tarde, casa por la noche, cena, lectura y, a las diez como muy tarde, a la cama. Como una autómata. Así un día tras otro. Un año tras otro. Y ya llevaba unos cuantos. ¿Dónde está escrito que una no pueda ser feliz así? No necesitaba mucho más que pensar en los enigmas del corazón humano y descifrarlos a través de la cirugía cardiovascular. Tener la cabeza ocupada todo el santo día en esto la llenaba. Tan fácil de entender para ella y tan difícil para la mayoría. Estaba destinada a ser la «rarita» y hacía ya tiempo que se había acostumbrado a lucir el traje de oveja negra; podía decir con orgullo que le gustaba lo que veía en el espejo. Seguramente por eso no había encontrado a la media naranja que la completara. Se había enamorado, sí. Una vez, pero la hostia fue tan grande que cerró el chiringuito para siempre. No quería a ningún tío a su lado. Nunca más. Viento fresco y buena mar. Y, como estaba escaldada, por mucho que hubieran pasado los años, la herida seguía supurando rencor. Toda una vida era demasiado poco tiempo para perdonar tantas humillaciones.

Como cada día, esa mañana había hecho su jornada en el Hospital Sant Jordi, y allí mismo se había comido un menú, que, por norma general, consistía en verdura al vapor y pescado a la plancha

regados con agua mineral, y café descafeinado con sacarina como traca final. Después, a primera hora de la tarde, se dirigió al ICIB. Sabía perfectamente que Jesús iría a trabajar. Él aconsejaría reposo a un paciente en su misma situación, pero las eminencias tienen estas cosas. Pocas personas pueden toserles y son expertos en hacerse los longuis.

Carla entró en el despacho de Jesús y se apoltronó en el sofá. Miró a su alrededor. Era bonito, imponente, y representaba el Everest de la profesión. Inspiró profundamente, cerró los ojos y se dejó acunar por las suposiciones. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de ocupar ese despacho algún día. Tenía que admitir que alguna mariposa le aleteó en el estómago solo de pensarlo, pero de inmediato movió con fuerza la cabeza de un lado a otro. Nada une más que un enemigo común, y eso había forjado una relación con Jesús que creía indestructible.

Pocos minutos después de lo que había calculado, apareció el patrón por la puerta.

—¿Qué haces aquí? Tienes que descansar —le recriminó Carla.

—Ya me conoces, trabajar me distrae. En eso somos clavaditos. —Jesús le guiñó un ojo y cerró la puerta tras de sí—. No sé estar en casa.

—¿Y la silla de ruedas? ¿Y el respirador?

—Mañana. Te lo prometo.

—Venga, hombre, que sabes que solo será para las noches, los esfuerzos o las descompensaciones puntuales. Hazlo, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

Jesús se llevó la palma de la mano al pecho y lanzó un beso al aire para escenificar la promesa.

—¿Cómo estás?

—Pues haciéndome a la idea. —Resopló largamente mientras se sentaba a paso de tortuga—. Tantos años dando malas noticias a los demás y ahora me toca a mí aceptarlas.

—Confiemos en que aparezca un donante.

—Cada uno forja su futuro, Carla.

—La cardiopatía no es culpa tuya.

—Yo ya me entiendo.

—He visto tu entrevista en *La Tribuna*. ¿De verdad era necesario?

—Si era necesario ¿el qué?

—Hablar abiertamente de la caja con los corazones.

—La entrevista es un mal menor. No han publicado algunas informaciones a cambio de la entrevista.

—Tanto elogio a Toni me dio urticaria.

—En esta vida, cariño, es imposible luchar contra un mito. Aprovechémoslo. Y recuerda quién es el muerto y quiénes son los vivos.

—No llevo bien eso de que le dediquen una calle. Era una mala persona, Jesús. Además de un tarado… que tenía permiso de armas, hostia. Nos robó durante muchos años. No sé qué mierda vi en él.

—Lo de CardioAdvance fue un buen susto, sí.

—Casi un millón de euros nos trincó, el muy hijo de puta. Más el regalito de la inspección fiscal. Recuerda lo acojonados que estuvimos.

—Lo recuerdo bien, Carla. Pero, mira, por suerte, muerto el perro, se acabó la rabia, y el proceso judicial terminó. Supimos capearlo. La verdad es que habría sido un buen escándalo.

—Y encima le dedican una calle. Es que…

—Déjalo correr, Carla. Si la alcaldesa está contenta…

—Pero…

—Hay que vencer con actos, no con argumentos. Y nosotros ganamos.

—Aún tengo su mirada aquí. —Se señaló la sien—. Y aquel lunar rojo por encima de la ceja…

Carla chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Sabía que Jesús tenía razón. Siempre la tenía. Así que prefirió pasar página.

—¿Y estás seguro de que tenías que hablar de tu enfermedad?

—Creo que nos humaniza. Ayudará a las donaciones al ICIB y a la cena de la gala, que, por cierto —Jesús miró el reloj—, tenemos que preparar con Isma. Debe de estar al caer. Tenemos que hablar de los invitados.

Como si lo hubiera oído, en ese momento llamaron a la puerta e Ismael asomó la cabeza.

—¡Hombre! Hablando del rey de Roma… Pasa, pasa.

Ismael entró en el despacho y Carla se levantó del sofá.

—Pues os dejo trabajar.

—Puedes quedarte si quieres. Así te pones al día de la gala.

—Uf, paso, Jesús. Ya sabes que a mí eso de las relaciones públicas… En fin, que te lo dejo a ti.

Carla levantó la barbilla para despedirse de Jesús y de Ismael, que se sentó en el sofá.

El doctor y el director de comunicación habían quedado para hablar sobre la preparación de la gala De Todo Corazón, que recaudaba fondos para la investigación del ICIB. La gala, en su momento idea de Toni García, era un evento social de primer orden.

Muchos eran los famosos que querían sumarse a la causa. Salir en la foto era importantísimo.

—¿Cómo van las confirmaciones, Isma?

—Tenemos bastantes caras conocidas confirmadas: Ferran Adrià, Clara Segura, Pau Gasol…

—¿Vendrá Pau Gasol?

—Sí, confirmado. Tiene previsto estar en Barcelona y vendrá.

—Qué bien. Nunca lo habíamos conseguido.

—Pues este año lo tendremos. La mala noticia es que vamos flojos de políticos. Tengo la sospecha…

—… de que el asunto de los corazones nos está pasando factura —terminó la frase Jesús.

Ismael asintió con la cabeza.

—Pero la consejera de Sanidad, Sara Mauri, ha confirmado su presencia, ¿verdad?

—Sí, sí. Esta sí. Nunca falla.

—Más le vale no fallar. No puede permitírselo.

Y así era. Jesús no abriría la caja de los truenos mientras Sara Mauri cumpliera. Es el problema de tener un muerto en el armario y que todo esté perfectamente documentado.

14

Ese podía ser un gran día. Si todo iba bien, Ricard Pedrola terminaría el análisis de ADN y pondría nombre y apellidos a dos de las personas cuyos corazones habían regalado a Jesús Maria Barceló. La máquina había procesado automáticamente los datos y había hecho el trabajo mecánico y de lectura, pero la interpretación final, sobre todo en entornos forenses, siempre recaía en un especialista que pudiera justificar los resultados ante un juez.

Ricard atravesó el laboratorio de genética forense del complejo policial de Egara con su andar lento y oscilante. El sol, generoso esa mañana, se filtraba por la amplia vidriera que daba al patio interior. Un buen presagio, tal vez. Uno a uno, Ricard fue dejando atrás a los tres desgraciados que le habían amargado la existencia en los últimos tiempos. Solo podía desearles lo peor. Carles Capella, Òscar Solans e Ivan Arañó. El trío de ases de la hijoputez. Si todo iba bien, caería uno detrás del otro.

Carles Capella, jefe de los facultativos del laboratorio. Recordaba perfectamente cuando lo humilló en público en el caso del crimen del Camp Nou, uno de esos que acaparan horas en los medios de comunicación y que ponen a prueba los nervios de todo el cuerpo de Mossos. «¡Pedrola! ¡No tienes ni puta idea!», le soltó a pleno pulmón ante una veintena de compañeros. «¡Pero ni puta idea!», le repitió

para que quedara muy claro. Los gritos se oyeron por todas partes y lo convirtieron en la diana de las risotadas durante mucho tiempo. Desde entonces, cada apreciación de Ricard recibía un «calla, que tú no tienes ni puta idea» por respuesta. Y la consecuente carcajada, claro. Lo retiraron de la investigación y pasó meses y meses en el purgatorio llevando casos que eran morralla para principiantes. Las muestras de las analíticas acabaron dándole la razón, pero enmendarle la plana a Capella era como pedirle a una divinidad que reconociera que era mortal, así que enterró conscientemente la cagada en el panteón de los olvidos. Pero, caprichos del destino, en 2024 Capella manipuló pruebas de un caso de violación de una prostituta en el que estaba involucrado el heredero de un gran empresario de la comunicación. Manipular las pruebas supuso falsificar el resultado de las investigaciones criminales. Evidentemente, entre una furcia de carretera y el hijo de un millonario influyente, todo el mundo sabe quién ganó. Maldita realidad. Ricard, tocapelotas, revisó los procedimientos del laboratorio y obtuvo evidencias de que Capella había alterado las pruebas para favorecer la exculpación del heredero del magnate. La maquinaria mediática que tenía a su servicio se encargó de lo demás, y la imagen del chaval y el honor de la familia quedaron limpios como una patena. Ricard nunca supo si Capella se embolsó un buen fajo de billetes, pero solo había que sumar dos más dos.

Òscar Solans, segundo de a bordo de los facultativos del laboratorio. Gracias a él, Ricard cayó en el pozo de los antidepresivos y de creerse la mierda más grande sobre la faz de la tierra. Un inútil, un despojo humano. «Haz tú de subdirector del laboratorio, si tanto sabes», le decía a menudo Solans en tono burlón ofreciéndole la

silla. Llegó a amenazarlo con dejarlo sin la otra pierna. «Caminarás con los cojones», le dijo agarrándolo por la pechera. Ricard no podía ni mirarlo sin que se le acelerara el pulso y se le encogiera el estómago. Solans era un tarado. Un psicópata de manual. Hay muchos camuflados entre las personas que se autodenominan sensatas. Cuando las campanas de un ascenso sonaban con fuerza, Solans manipuló unos análisis de ADN y otras pruebas forenses del caso Àbac para encubrir un error (otro) de Capella. Lógicamente, afectaron a las investigaciones criminales y, por consiguiente, a la sentencia. El azar quiso que un técnico de laboratorio se estampara barranco abajo con el coche y, para seguir con los casos abiertos, que Ricard pudiera acceder a su correo electrónico, donde descubrió el pastel: allí estaban los análisis sin manipular. Vete a saber si aquello fue un accidente o no, pensaba a menudo Ricard.

Ivan Arañó, sargento de la División de Investigación Criminal. Una rata de alcantarilla. Cuando Ricard volvió al trabajo después de la muerte repentina de su padre, Arañó, en lugar de darle el pésame, le echó una bronca de mil demonios porque aún no había pedido los reactivos para unas muestras. La excusa de la muerte de su padre no le sirvió. «A mí no me cuentes tu vida». Más de una vez lo había pillado burlándose de su manera de andar. Ricard todavía guardaba, con enorme placer, unas capturas de pantalla en las que Arañó, el cerdo de Arañó, le insistía a una técnica de laboratorio recién salida de la facultad para que se fueran a un hotel, y para convencerla qué mejor que una fotopolla. «Puedo hacer que prosperes mucho aquí». La técnica le contó el percal a Ricard y le mostró la retahíla de pruebas. ¿Qué harías tú? Pues denunciarlo. Pero recibió una oferta

de un laboratorio privado y, pies, ¿para qué os quiero?, se marchó sin denunciarlo. ¿Quién quiere tener problemas con la policía?

Ricard llevaba un largo rato revisando el electroferograma, interpretando el perfil genético y comparando perfiles entre la muestra problema y la muestra de referencia hasta que llegó a la conclusión de que los tejidos y las muestras coincidían. La probabilidad de error era de una entre mil millones. Bingo. Ya tenía los nombres de dos de las víctimas.

Un escalofrío la mar de agradable le cosquilleó la nuca. Por mucha que hubiera sido la humillación recibida, todavía tenía su orgullo profesional. Después, una sonrisa le iluminó la cara, el alma y sobre todo el espíritu de venganza. Inmediatamente pensó en Rai y en su acuerdo.

Alfred Hitchcock decía que la venganza es dulce y no engorda. Más razón que un santo, porque, al ver los resultados, Ricard empezó a salivar de lo lindo. Ni Capella ni Solans ni Arañó sabían que el desvergonzado de Pedrola tenía sus trapos sucios perfectamente documentados. Se lo había ido apuntando todo en la libreta del rencor, que sacaría a pasear cuando llegara el momento de los reproches. Estaba muy cerca. Medio añito, más o menos. Disfrutaba solo de pensar en la lluvia de guantazos que les caerían a esos tres cuando *La Tribuna* lo publicara.

Ricard llevaría a cabo su plan a escondidas y de manera sutil. Incluso delicada. Porque sería anónima. No hay peor tortura que no saber quién te la ha clavado ni por qué. Sospechas de todo el mundo y te vuelves loco. En su caso, la venganza no perseguía hacer justicia, sino gozar del placer de ver hundidos y destruidos a

los que le habían destrozado la moral después del accidente, en el peor momento de su vida.

Pobres infelices, no sabían que disfrutaban de sus últimos meses de paz, justo los que le quedaban a Ricard para jubilarse. Entonces les hundiría la vida.

Desde su sitio, en el laboratorio de Egara, cogió el móvil y tecleó con delicadeza saboreando el dulzor de cada palabra: «ADN coincidente. Uno de los corazones enviados al ICIB para Jesús Maria Barceló era de Montserrat Casanovas y otro de Olga Mir».

Cuando tuvo escrito el mensaje para Rai, lo leyó un par de veces y, con la sonrisa más puta que había esbozado en años, pulsó el icono de enviar. Empezaba el mambo.

15

—¿Qué podemos hacer para conseguir que algunos políticos confirmen su asistencia a la gala?

Ismael hizo el gesto de contestar, pero en el último instante se tragó la respuesta por prudencia. Jesús, perro viejo en eso de leer las intenciones de las personas, habló por él.

—Tengo que hacer llamadas, ¿verdad?

—A ver, doctor, iría bien, la verdad. Barahona i Fumanal, la agencia de relaciones públicas que nos lleva la gestión de los invitados, puede insistir todo lo que quiera, pero una llamada tuya abre puertas. Al final, si los de arriba habláis, todo es más fácil. Aunque, para serte sincero, en tu estado no sé si es lo que más te conviene. No me atrevo a pedirte este esfuerzo.

—Ya me dirás qué gran esfuerzo es hacer unas llamadas. Estoy hablando contigo, ¿no? Pues puedo hacer unas llamadas. Venga, pásame la lista y me pongo.

—Pero, doctor, si te cuesta hablar. ¿Estás seguro de que…?

Hacer que la gente dependa de ti es un activo que muchos querrían pero que muy pocos consiguen. Jesús abrió y cerró la mano repetidamente e Ismael le dio la lista impresa.

—Yo me encargo, no te preocupes.

—Gracias, doctor.

Hay sonrisas que lo dicen todo, y la que le dedicó Jesús a Ismael era de esas. Por esta razón decidió aceptar la oferta de volver a llevar la dirección de comunicación del ICIB después de que Toni lo despidiera de forma abrupta. «Será una nueva etapa», le prometió Jesús. Y sin Toni bien sabe Dios que lo era. La vida sin el diablo al lado siempre es mejor.

El director de comunicación se marchó agradecido y dejó al doctor en la soledad de su despacho.

Después de que hubiera cerrado la puerta, Jesús hizo una mueca acompañada de un gruñido y se llevó la mano al pecho. Hacía rato que no se encontraba bien. Los nervios son traicioneros como ellos solos y, cuando se está tan jodido, cualquier reacción del cuerpo dispara las señales de alerta. Jesús era consciente de que en adelante caminaría entre la niebla de un futuro incierto, pero una cosa era saberlo y otra muy distinta tenerlo interiorizado, por muy buen cardiólogo que fuera. Y conocimientos para asimilarlo tenía de sobra. Sabía mejor que nadie que la insuficiencia aórtica que sufría no era como un infarto, que te dejaba el corazón hecho un guiñapo de un día para otro. Su cardiopatía avanzaba despacio, silenciosa como una serpiente y nociva como una gota malaya. Antes del diagnóstico, a menudo sentía presión en las mandíbulas y las cervicales, pero no en el pecho. Lo minimizaba atribuyéndolo a los nervios y al estrés. Que si trabajaba catorce horas diarias, que si viajes, que si congresos, que si la tensión de dirigir un transatlántico que salva vidas, que si Toni por aquí o Toni por allá. Pero, en una enfermedad como la suya, el proceso era progresivo, y el cuerpo, sabio como siempre, iba adaptándose instintivamente a sus necesidades sin que él se diera cuenta. Subía menos escaleras,

caminaba menos y así un montón de cosas, hasta que un día, sin más ni más, empezó a darle vueltas la cabeza y al final se desmayó.

El susto fue mayúsculo y Carla Sala dijo basta y lo obligó a pasar por el aro. Le hicieron una ecografía y le detectaron la enfermedad. Pero su corazón estaba tan desgastado que ya no podía aprovecharse. Había pasado demasiado tiempo sin que le llegara la sangre suficiente, y eso le había causado lesiones irreversibles. Había formado parte del Programa de Insuficiencia Cardiaca del Instituto Catalán de la Salud, donde se plantearon si valía la pena operarlo y si, llegado el caso, saldría adelante. Pero desde el programa rápidamente vieron que, aunque le arreglaran la válvula, el corazón estaba tan deteriorado que no lo aguantaría y que lo único que podía salvarlo era un trasplante. El peor de los escenarios, la última esperanza, una ruleta rusa. El asunto del regalo de cumpleaños había sido la guinda de un pastel macabro.

Se concedió unos instantes y las molestias cesaron por fin. Una vez recuperado, repasó la lista de invitados que le había dado Ismael. Era extensa, pesada, una colección de cromos de los personajes que habían protagonizado los titulares de las noticias durante la tira de años. Estaban el gobierno autonómico en pleno, antiguos consejeros y todos los expresidentes vivos. En definitiva, todo aquel que había cortado el bacalao durante las dos últimas décadas. Entre tanto animal político, un nombre le llamó la atención: Toni de Casacuberta i Moll, actual consejero del Interior. Metro ochenta y pico coronado con una bola de billar reluciente y una sonrisa que era la encarnación de la condescendencia. Habían coincidido en más de un acto institucional de esos que duermen a las ovejas y, como el roce hace el cariño, su relación había acabado

siendo bastante cordial. Era intuitivo, listo y sin duda un buen padrino en caso de necesitarlo, que en esta vida nunca se sabe quién tendrá que bautizarte.

Decidió empezar por él. Zigzagueó el índice por el móvil, llamó y, bingo, descolgó a la primera. Confiaba en que fuera un buen presagio.

—Buenos días, consejero Casacuberta.

Las conversaciones entre «los de arriba», como había dicho Ismael, siempre tienen ese previo protocolario y superfluo que allana el camino hasta llegar al tuétano. En algunos ambientes ir al grano se considera grosero. Una vez agotada la pantomima introductoria, llegaba el momento de coger el toro por los cuernos.

—Mi equipo está persiguiendo al suyo para que venga a nuestra gala anual, De Todo Corazón, en el Gran Teatre del Liceu. Usted ya ha asistido en otras ediciones.

—He ido, sí.

—El caso es que no conseguimos confirmar su presencia para la edición de este año.

—Debo admitir que me pilla en fuera de juego, doctor. El que me lleva la agenda es mi jefe de gabinete.

—Si me permite que le hable con sinceridad, consejero, creo que el asunto que desgraciadamente hemos sufrido en el ICIB y el correspondiente alboroto mediático están pasando factura a la hora de conseguir la confirmación.

—Hombre, doctor…

—Estaremos de acuerdo, consejero —le cortó Jesús sin darle opción—, en que su presencia como titular de la cartera de Interior, pero sobre todo como jefe político de los Mossos d'Esquadra, sería

un mensaje muy potente de cara a la opinión pública. Todos sabemos que el desagradable incidente de los corazones es un contratiempo, pero no queremos que, por culpa de unos criminales como los San Isidoro, la investigación médica, que yo mismo necesito ahora más que nunca, se vea perjudicada, ¿verdad? Ayer hice pública mi cardiopatía. Ironías del destino… Un cardiólogo que sufre una cardiopatía. Usted sabe que los recortes de su gobierno han afectado a las ayudas públicas en la investigación. Lo sabe perfectamente. Y esta falta de inversión la estamos supliendo entidades como el ICIB con acciones como la gala. Y nunca, consejero, nunca nos hemos quejado públicamente. Para nosotros sería muy sencillo hacer llegar un estudio a los medios detallándoles lo que le estoy diciendo, pero por lealtad a las instituciones no lo hemos hecho. En pro de esta lealtad, le pido, como también se lo pediré al presidente, que con su presencia ayude a recaudar dinero para la investigación. Se lo pido como director médico, pero sobre todo como paciente que espera a un donante de corazón.

El tirón de orejas fue de los buenos. El punto justo de amenaza, victimismo y sacudida de conciencia. Claro que esto último, en el caso de un político, tiene el valor que tiene. Costó, pero al final al otro lado del teléfono se rompió el silencio. La habitual vehemencia del consejero se desvaneció.

—Está bien, doctor. Hablaré con mi jefe de gabinete para que me haga un hueco en la agenda la noche de la gala.

—Muchas gracias, consejero. Nos sentiremos muy honrados con su presencia.

—Será un placer.

Con el primer objetivo en el saco, la tentación llamó a la puerta de Jesús. La muy puñetera está pavimentada de hielo y, cuando se transita por ella, todo volantazo puede hacerte perder el control. Durante toda la conversación, Jesús había repicado en la mesa con los dedos sopesando si caer en ella o no. Pros, contras, consecuencias, lastres y reproches. Con todos los elementos en la balanza, decidió que sí. Que qué caray. Que quien no se arriesga no come peces.

—Consejero, aprovechando que lo tengo al teléfono, quería preguntarle cómo van las investigaciones sobre el incidente que sufrimos.

—Es un tema que corresponde a los Mossos d'Esquadra, doctor.

—Lo sé, pero quería preguntarle si saben los nombres de las víctimas para darles personalmente el pésame a las familias.

—No lo sé, doctor. No lo he preguntado. Sería una injerencia que el mayor no toleraría. Y, créame, la gestión del cuerpo de Mossos d'Esquadra ya es lo bastante compleja para buscarme aún más problemas. Además, el juez ha decretado el secreto de sumario. Mientras no lo levante, es mejor que dejemos trabajar a los investigadores.

—Naturalmente. Claro. Pero permítame sugerirle que paren los pies a los San Isidoro. Esa gente no tiene límites.

—No se preocupe. Cuando llegue el momento, ya se enterará de las actuaciones que se hayan llevado a cabo. De hecho, lo sabremos a la vez, cuando se haga público.

—¿Cuando se haga público?

—Cuando se haga público, sí.

Y hasta aquí. Tono seco, respuestas cortas, ni un nombre, nada. Un muro. Saber la identidad de las víctimas significaba saber el objetivo que perseguía el regalo de cumpleaños. Pero, sin esta información, Jesús no podría anticiparse a los siguientes movimientos. Tendría que estar atento. Y eso sería «cuando se hiciera público». Y hasta entonces, a joderse. Maldita sea la separación de poderes y la madre la parió.

16

«Toda una vida contigo». Gabriela se topó con el eslogan que acompañaba a las campañas publicitarias del Banco de Barcelona nada más poner un pie en la oficina de la calle Beethoven. Pensó que, si con una persona ya tienes que reflexionar muy bien eso de pasar toda una vida, imagínate con un banco, que, no nos engañemos, esos sí que solo te quieren por la pasta.

Con la información conseguida por Rai de la misteriosa fuente de Egara, Gabriela había ido a la sede bancaria para hablar con Santi Nadal, el viudo de la difunta Montserrat Casanovas, cuyo corazón era uno de los tres que había recibido Jesús.

Una mujer la recibió detrás del mostrador de la entrada con una sonrisa falsa bajo una tonelada de maquillaje que pretendía disimular el paso de los años.

—He quedado con Santi Nadal.

—¿De parte de quién?

—Gabriela Palau, periodista de *La Tribuna*.

Al escuchar la palabra «periodista», la mujer —una pequeñaja con el pelo cardado y una perla colgando de cada oreja— no pudo evitar una mueca de desaprobación. Casi de asco, podríamos decir. Bastante pena tiene para que encima vengáis a molestarlo, parecía

pensar. Después de clavarle una mirada llena de desconfianza, marcó un número de extensión en el teléfono.

—Santi, tienes aquí a una tal Gabriela Palau. Dice que es periodista de *La Tribuna*.

«Una tal», «dice que». Gabriela sintió la llama de la irritación propagándose en su interior. Menuda ignorante. ¿Es que no había leído un periódico en su vida o qué? Con el teléfono pegado a la oreja, asentía con la cabeza sin perder el contacto visual con Gabriela. Por suerte, no tardó mucho en colgar.

—En la sala de reuniones. La puerta del fondo.

Así, en crudo. Ni por favor ni hostias. Gabriela la miró como si fuera una cucaracha y se dio el gustazo de dejarla con la palabra en la boca. Hay quien se cree mierda y no llega ni a pedo, pensó.

Mientras avanzaba por la oficina, le llamó la atención que los trabajadores estaban divididos en dos grupos claramente diferenciados: inexpertos recién graduados y aspirantes a jubilados. No había término medio. Supuso, sin demasiado riesgo a equivocarse, que la juventud cobraría cuatro perras —y con eso págalo todo—, mientras que los demás arrastraban sueldos de los de antes y de ahí no los sacaban ni con agua caliente —cotizando los últimos años de la vida, muy comprensible.

De camino a la sala que le había indicado la amargada, oyó cómo uno de los veteranos intentaba embaucar a un octogenario para que dejara un buen colchón de dinero a plazo fijo a cambio de un televisor de chichinabo fabricado en China. Y aún pretendería ser un asesor financiero en lugar de un timador, el muy jeta. Suerte tiene el que puede dormir tranquilo.

Atravesada la oficina, Gabriela se plantó delante de la puerta de la sala de reuniones. Llamó un par de veces con los nudillos y enseguida una voz desde dentro le dio permiso para entrar. La sala tenía una decoración ramplona en la que predominaba el beis y el caoba. Santi Nadal se levantó y le tendió la mano a Gabriela.

—Señora Palau, gracias por venir.

—Al contrario. Gracias a usted por recibirme.

El hombre le apretó la mano con fuerza. Su mirada parecía transparente. Se sentaron en un sofá de piel a juego con la sala.

—¿Cómo está, señor Nadal?

Santi miró al vacío unos largos segundos que culminaron en un suspiro. Después volvió a mirarla.

—Haciéndome a la idea, la verdad. Digiriéndolo. No es fácil, ya se lo imagina. Pero esto no para. —Señaló con el índice fuera de la sala.

—¿Se refiere al trabajo?

—Al trabajo, sí. El puto trabajo. ¿Cree que a alguno de los de arriba le importa una mierda cómo me siento? ¿Que a mi mujer la secuestraran, la asesinaran, le arrancaran el corazón y lo enviaran como si fuera un… trofeo? Ya le digo yo que no. Una corona de flores, un par de días para arreglar papeles y te quieren de vuelta al cien por cien. Que la vida sigue, oye. Quieren resultados, resultados y resultados.

Por la cabeza de Gabriela pasaron Rai, las audiencias y la promesa de Makaroff. Si hacía un mínimo de autocrítica, debía admitir que ella también había subido a la maldita rueda de hámster.

—Usted sí tiene suerte. Se nota que Ernesto Makaroff es una persona íntegra.

Si hubiera podido, Gabriela le habría pegado una buena colleja. Íntegro, decía. El pobre infeliz se haría cruces si viera cómo se caen las caretas en cuanto las cámaras funden a negro. Cincuenta años largos y todavía se creía lo que veía en la tele. Santa inocencia.

—Por cierto, ¿cómo encontró mi teléfono?

—Lo tiene en el perfil de LinkedIn.

—Ah, LinkedIn. Claro. Aquí nos obligan a ponerlo por si nos llama algún cliente. Ahora resulta que al banco le viene de ahí. En fin… Me dijo que quería hablar de la desaparición de Montse.

—Sí, eso es. Estoy investigando el caso de su esposa. Quisiera saber si estaría dispuesto a colaborar.

Santi la miró fijamente. Con el índice y el pulgar de la mano derecha hacía girar, nervioso, el anillo de casado que llevaba en el anular izquierdo.

—Ya hablé con los Mossos.

—Lo supongo, pero podría mencionarle multitud de ocasiones en las que los periodistas hemos llegado más lejos que la policía. Al fin y al cabo, estoy convencida de que usted quiere que se haga justicia.

—No tuvimos hijos de los que deba ocuparme… Dios nunca nos los dio. Que se haga justicia se ha convertido en el único objetivo de mi vida. No tengo otro.

Se miraron de nuevo, largamente, bajo un silencio pesado. Santi, convencido de que no había cruz más grande que la que tendría que cargar el resto de su vida, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Dispare.

Gabriela se esforzó por no esbozar una sonrisa. Que ese hombre colaborara era importante para obtener resultados. Los resultados

traerían audiencia, y la audiencia, una paga doble. O varias. La rueda de hámster.

17

Cuando alguien muere, se piensa en informar a familiares y amigos, en el certificado de defunción, en preparar el funeral con la cantidad de mandangas que comporta, en el entierro, en notificar el traspaso a la Seguridad Social, en gestionar las cuentas bancarias, en abrir el testamento y en pelearse con la compañía de seguros, que seguro que querrá escatimar un montón de euros amparándose en la letra pequeña de la póliza, que no se lee ni con lupa. Y todo esto solo es la bienvenida. El sistema y sus facilidades. Después llega el duelo, el procesamiento emocional, la gestión de los recuerdos y de los objetos personales. Con toda la pesca, que no es poca, en lo último en lo que uno piensa es en internet. Facebook, X, Instagram y TikTok siguen activas. De todas ellas, Rai, como buen aspirante a jubilado, donde se sentía un poco más cómodo era en Facebook. Buscó uno de los dos nombres que le había filtrado Ricard Pedrola: Olga Mir. Por suerte, un apellido poco común. No le resultó difícil encontrar su perfil. La última publicación era de hacía cinco semanas. Sus principales temas de interés eran la lectura, el cine y la decoración de interiores, aunque un grupo de cuentas llamaron la atención de Rai: Federación de Enfermedades Raras, Plataforma Unitaria para la Discapacidad, Rare Diseases Europe y toda una larga lista.

Mira por dónde, Rai, enemigo declarado de las redes sociales, de los me gusta y de todas esas chorradas, encontró un hilo del que tirar gracias a Facebook. Así pues, mientras Gabriela había ido a visitar a Santi Nadal al Banco de Barcelona, él dejó la redacción de *La Tribuna* y cogió el metro hasta la parada de plaza de España. Un trayecto rápido, apenas quince minutos.

Nada más salir de la estación, se encontró al pie de las dos torres venecianas de Ramon Reventós, situadas en la intersección entre la plaza de España y la avenida de Maria Cristina. Recordó haber leído en algún sitio que su denominación popular se debía a la similitud con el *campanile* de la plaza de San Marcos de Venecia.

Caminando Maria Cristina arriba y con el Palau Nacional de Montjuïc en el horizonte, Rai pensaba en la información que debía sustraer y sobre todo en las toneladas de empatía que debía transmitir para generar confianza. Ser coherente, honesto, transparente y escuchar activamente; la teoría se la sabía, pero, sintiéndolo mucho, ese día la guardaría en un cajón. Transparencia y honestidad no casaban con el arte de sustraer información, y él iba allí a lo que iba. La zanahoria de Makaroff con las pagas dobles era demasiado golosa para no perseguirla.

Rai llegó a la fuente mágica de Montjuïc, el punto del encuentro. Después de años cerrada por la sequía, ahora, con los pantanos llenos, el Ayuntamiento había decidido volver a abrirla. El agua de la fuente brotando a chorro —rítmica y tranquilizadora— jugaba con la luz creando unos destellos brillantes con los que Rai se entretuvo unos instantes mientras inspiraba profundamente el perfume de piedra mojada que flotaba en el aire. Tenía el Museu Nacional d'Art de Catalunya y las cuatro columnas de Puig i Cadafalch a la

izquierda, y el pabellón Mies van der Rohe al fondo. Con el sonido constante del goteo de la fuente como banda sonora, peinó el perímetro con la mirada. Mucho turista y ningún autóctono. Japoneses, yanquis, británicos, rusos. Gente de todas partes. Un retrato de la Barcelona de los cruceros, de los apartamentos turísticos, de la masificación, de la pérdida de identidad local y de los *expats*. Entre tanto guiri detectó a un hombre que lo miraba fijamente. Debía de estar a unos veinte metros. Rai, sin perder el contacto visual, se acercó a un quiosco de bebidas y pidió un café, por el que pagó el gusto y las ganas. Lavativa a precio de caviar, a juzgar por el aspecto aguado.

El extraño no le quitaba ojo de encima mientras él daba el primer trago, con el que confirmó sus sospechas. Rai se sentó en un banco delante de la fuente mágica y el hombre, hasta entonces al acecho, decidió acercarse a él.

—¿Raimon Ventura? Soy Teo Mir.

Le tendió una mano, que el periodista le estrechó. Después Teo se sentó en el banco. Rai pensó que su aspecto era diferente al de las fotos que había fisgoneado en Facebook. Se había afeitado la barba, y donde antes había media melena, ahora a duras penas había medio dedo de pelo, que le dejaba las entradas al descubierto. Aunque, visto de cerca, Olga Mir y él tenían el mismo mentón cuadrado, los mismos ojos marrones y la misma napia encorvada.

—Ha estado observándome.

—Perdone, señor Ventura…

—Rai. Mejor Rai. —Hablar de usted imponía una barrera imaginaria y tenía que generar empatía.

—Pues perdona, Rai. Uno acaba volviéndose un poco paranoico, ya sabes. Desde lo de Olga…

«Lo de Olga», para no pronunciar la palabra «muerte» o «asesinato». Las tragedias son difíciles de asimilar y el subconsciente se defiende como puede, pensó Rai.

—Me lo imagino. ¿Cómo lo llevas?

—No sé qué decirte… Es muy bestia. Mucho. Olga y yo hablábamos a menudo. No sé, como todos los hermanos, supongo. Una vez por semana o cada dos. De repente, un día me llaman y me dicen que está muerta y que han enviado su corazón a un doctor que la trató hace años. —Negó con la cabeza mientras miraba el agua de la fuente mágica, como si allí fuera a encontrar algún consuelo.

—¿Han encontrado el cuerpo?

Teo volvió a negar con la cabeza, esta vez mirando al vacío. El silencio fue largo y Rai lo respetó.

—No podemos ni enterrarla. Todo esto es una locura —soltó por fin.

—El duelo es oscuridad y luz a la vez. Siempre te acompañará. La oscuridad de haber perdido a alguien y la luz de haberlo querido. Tienes que dar tiempo al tiempo, Teo.

—Supongo que tienes razón. —Pero no parecía muy convencido.

—Me ha sorprendido que me respondieras tan rápido por Facebook.

—Estos días estoy pendiente de todo. Y, sinceramente, cuando me has dicho que eras de *La Tribuna*, no quería dejar pasar la oportunidad de hablar contigo. Los Mossos me han pedido discreción mientras estén investigando, pero te juro que en cuanto nos den luz

verde pienso hacer que este caso no deje de estar en los titulares de las noticias.

Miel sobre hojuelas, pensó Rai.

—¿Olga ha dejado hijos o pareja?

—No. Estaba soltera y no tuvo hijos. Los médicos se lo prohibieron cuando le detectaron la enfermedad, y sentimentalmente… vivía al día. Una noche loca hoy y mañana Dios dirá. No quería ataduras.

—He visto en Facebook que tenía que ir a menudo al hospital.

—Mi hermana tenía una enfermedad genética.

—¿Qué enfermedad?

—Una rara y minoritaria. No la conocerás.

—¿Cómo se llama?

—TRAPS. Es un acrónimo en inglés. Traducido es «síndrome periódico asociado al receptor del factor de necrosis tumoral», un trastorno genético inflamatorio que causa episodios recurrentes de fiebre de larga duración y otros síntomas inflamatorios.

Efectivamente, no lo había oído en su vida, como el 99,9999 por ciento de la población. Rai puso una cara como si le hablara en chino, algo que Teo había visto ya demasiadas veces.

—Tranquilo, es normal. Se pueden contar con los dedos de una mano los médicos que pueden hablar de esta enfermedad con un mínimo de propiedad. Los demás hablan por hablar para no admitir que no tienen ni puta idea. Tienen demasiado ego para decir «no lo sé». Además, estas enfermedades solo las tienen los desgraciados.

—No digas eso, hombre.

—Dicen que tienes una posibilidad entre cien mil de que te toque la lotería y vivir como un marqués el resto de tus días sin dar un

palo al agua. La probabilidad de tener esta enfermedad es de una entre un millón ochocientos mil. Desgraciado, pringado…, ponle la etiqueta que quieras. Si la tienes, olvídate de hacer vida normal.

Lo cierto era que la sociedad se preocupaba de otras cosas que creía más importantes que ese insignificante 0,000055 por ciento de la población. Una putada si te toca una de estas enfermedades minoritarias y raras. Rai anotó las cifras para vestir un posible reportaje con el traje del rigor.

—Hay menos de ochocientas personas con TRAPS en todo el mundo. En España, las diagnosticadas son veintitrés. Mira si son pocas que están todas en un grupo de WhatsApp. —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. En fin, el caso es que esta enfermedad genética provoca la inflamación aleatoria de órganos vitales. Y a Olga le tocó el corazón. Sufrió un infarto agudo de miocardio y la ambulancia la llevó al Sant Jordi directamente. Allí le trataban el TRAPS, así que, si tenía cualquier problema de salud, debía ir a ese hospital. Pero esa fue una de tantas veces. Ir al hospital formaba parte de su rutina. Una putada, pero lo tenía asumido.

—¿Sabes si conocía a una mujer llamada Montserrat Casanovas?

—Montserrat Casanovas… —El nombre le resultaba familiar. Se concentró para escarbar en sus recuerdos durante unos segundos hasta que se le encendió la bombilla—. Sí, claro. Montse.

—No sabes nada, ¿verdad?

—¿De ella? No. Recuerdo haberla visto cuando estaban ingresadas, hace unos años. Antes del covid. Pero no volví a verla. Sé que mi hermana hablaba con ella de vez en cuando. ¿Por qué me preguntas por ella?

—Siento ser yo quien te lo diga, pero Montserrat Casanovas también está muerta.

El peso de estas palabras dejó a Teo profundamente ensimismado. La amiga de su hermana también estaba muerta. Se le pasaron mil opciones por la cabeza durante un rato que pareció eterno.

El reloj iba goteando segundos de un silencio que no convenía romper con palabras vacías. Era un silencio profundo y humano pero inoportuno. Estaban en un punto clave de la conversación y Rai no podía perder a Teo.

—Teo.

—…

—Teo.

—…

Al final levantó la mirada y volvió a centrar su atención en Rai.

—Uno de los corazones que enviaron al ICIB era de Montserrat Casanovas y otro de Olga. ¿De qué se conocían?

—Fueron compañeras de habitación en el Sant Jordi cuando las operaron del corazón.

18

En la sala de reuniones del Banco de Barcelona parecía que el aire llevara semanas estancado. Cada vez que respiraba, Gabriela sentía que le entraba en los pulmones una pesadez polvorienta, pero, ahora que Santi Nadal se había decidido a hablar, no levantaría el pie del acelerador.

—¿Qué relación tenía Montse con el doctor Barceló?

—Fue su médico cuando estuvo ingresada en el Hospital Sant Jordi.

—¿Cuánto hace de esto?

—Seis años. Acabábamos de empezar las vacaciones cuando a Montse le dio un infarto. Estábamos en el Born, delante de Santa Maria del Mar, tomando algo en una terraza. «Santi, no me encuentro bien, me estoy mareando. Me falta el aire. Santi, me encuentro muy mal». Estaba empapada en sudor y tenía náuseas. Una vez leí en un artículo que los síntomas de un infarto son diferentes en hombres y en mujeres; los suyos coincidían, así que no me lo pensé dos veces y la llevé al Hospital Sant Jordi. Estábamos cerca. Cuando entramos en urgencias, por lo que me dijeron, pintaban bastos… Tenía muy pocas opciones de sobrevivir. Entre nosotros, yo la daba por desahuciada. Pero el doctor Barceló la salvó. Gracias a Dios. Los días siguientes estuvo en la UCI y después

en la UVI hasta que la subieron a planta. Ella era una fumadora empedernida, encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. Uno tras otro. Una auténtica chimenea. Pero con el infarto le vio las orejas al lobo. No volvió a llevarse un cigarrillo a la boca nunca más. Lo llevó mucho mejor de lo que yo había imaginado, la verdad. El doctor Barceló le dijo que tenía que cambiar radicalmente de vida: dieta saludable, descanso y sobre todo nada de estrés. Y ahí fue cuando chocamos con los San Isidoro.

—Perdón, ¿con quién?

—Con los San Isidoro. Una familia gitana.

—¿Y cuál fue el problema?

Trasladarse a los peores momentos de la vida siempre es complicado, en especial cuando son recientes, pero Santi hizo un esfuerzo. Tomó impulso y siguió con la explicación.

—La mujer, doña Carmen, había sufrido un ataque al corazón. Al parecer estaba jodida.

—¿Y?

—Pues que toda su familia se pasaba los días y las noches en el hospital. Entraban y salían de la habitación pegando gritos. Les importaba un bledo que los enfermos necesitaran descansar. Una mañana conté catorce personas rondando por allí.

—Cator…

—Sí, catorce, y montaban un follón… Hablaban, gritaban, niños corriendo de un lado a otro… Joder, ¿es que esos críos no van al colegio o qué? Montse necesitaba descanso y tranquilidad y se ponía cada vez más nerviosa. No podía pegar ojo. Pero un día se montó un buen pollo. Ahí se torció todo.

—¿Qué pasó?

—Vinieron unos familiares a visitar a doña Carmen. Otros distintos. Ya ni cabíamos. Y se pusieron a ver un partido de fútbol en el móvil con el volumen a toda pastilla. Comentaban las jugadas, gritaban cuando marcaban goles… Era surrealista. Montse y Olga Mir, la otra compañera de habitación, porque eran habitaciones triples, empezaron a ponerse de los nervios. Tenían la tensión por las nubes. Las dos estaban recuperándose de un infarto. A Montse empezó a dolerle el pecho. Salí al pasillo y les pedí que pararan. Las enfermeras les dijeron que se marcharan, que estaban molestando a los enfermos. «Estaremos al lado de doña Carmen. De aquí no se mueve nadie», les contestaron. Yo no tengo nada de racista, pero esa gentuza no atiende a razones. En fin, que la tensión fue a más. Entonces una enfermera, Helena Soto, recordaré su nombre toda la vida, se enfrentó a ellos. Era una tirillas que no levantaba dos palmos del suelo, pero debo decir que los tenía muy bien puestos. Como le decía, Helena Soto les plantó cara, y uno al que llamaban Yuri sacó una navaja y se la clavó aquí, en el brazo. —Se señaló el bíceps—. Yo corrí a pedir ayuda a la seguridad del hospital e inmediatamente después llamé a los Mossos. Helena Soto sangraba muchísimo, pero pudieron bajarla a urgencias para que la atendieran. Nunca había vivido algo así, todo fue muy rápido. Sentí mucha impotencia. Nos rodearon y empezaron a darnos patadas y puñetazos. No solo los adultos. También los niños. Nos pegaban, nos insultaban, nos escupían… Nos tenían acorralados. El rato hasta que llegaron los Mossos se hizo eterno. En cuanto llegaron, desalojaron a todos los San Isidoro… Se montó un follón de padre y muy señor mío. Una batalla campal en pleno hospital. Tijeras y sillas volando. De locos.

—¿Y cómo acabó la película?

—Con una batalla campal, ya le digo. Mientras echaban a los San Isidoro, el hombre que apuñaló a la enfermera, el yerno de la ingresada, Yuri, nos amenazó con la navaja y nos dijo que volverían a por nosotros. Al día siguiente, el doctor Barceló nos citó en su despacho y nos dijo que iban a trasladar a la mujer a otro hospital. El doctor Jesús Maria Barceló es un ángel; nos ayudó en todo momento, no como el doctor Toni García. Pero, bueno, esa es otra historia.

—¿Qué pasó con el doctor García?

—Era… —Buscó en su interior hasta encontrar las palabras adecuadas para desahogarse—. Era un desgraciado. Una mala persona.

—Tenía fama de ser un gran cardiólogo.

—Puede que fuera un gran cardiólogo… Que Dios me perdone, pero también era un gran hijo de puta. —Esta vez ya no buscó tanto las palabras.

—Vaya, ¿por qué?

—Cuando Montse estaba en la UCI, pasó tres veces a visitarla para hacerle el seguimiento. El doctor Barceló se había ido a un congreso, creo. El doctor García fue un auténtico desgraciado. Hasta el punto de que lo denunciamos.

La madeja seguía liándose mientras el instinto periodístico de Gabriela mojaba pan con el relato de Santi Nadal.

—¿Lo denunciaron a los Mossos?

—A los Mossos y a la dirección del Hospital Sant Jordi. En su tono, soberbio como la madre que lo parió, le dijo a Montse que era una drogadicta porque fumaba como una carretera. Que, si por él fuera,

las personas que no se cuidaban podrían acabar todas bajo tierra. Pues, mira por dónde, este hombre acabó sus días con los pulmones como una piedra y murió conectado a un respirador. Es lo único que le agradezco al covid. No me da ninguna pena, la verdad. —Se santiguó.

—No conocía esa faceta de Toni García.

—Poca gente la conoce. De cara a la galería parecía todo bondad y sonrisitas, pero era la peor persona que he conocido nunca. Por su culpa, los días en el hospital fueron un infierno.

—¿Con quién siguió Montse el tratamiento una vez en casa?

—Con el doctor Barceló.

—Pero ellos dos eran amigos.

—Eso dice siempre el doctor Barceló, sí.

—¿Y no intercedió entre ustedes?

Santi apretó los labios, hizo una mueca y se encogió de hombros, como si la cosa no fuera con él. A continuación, una colección de delatores afloró por todas partes: desvió la mirada, tragó saliva, su expresión cambió y cruzó los brazos. El enigmático silencio, acompañado de la comunicación no verbal, encendió todas las alarmas de Gabriela.

—Permítame que le sea clara, señor Nadal. Tengo la sensación de que hay algo que no termina de contarme. Dígame, ¿por qué el doctor Barceló no intercedió entre ustedes y el doctor García?

El viudo miró fijamente a la periodista. Hay cosas que cuesta contar, y más a una periodista, pero al final Santi tomó impulso y lo soltó.

—Prometí que haría caer a Toni García como fuera. Además, por lo que lo denunciamos era demasiado fuerte para que el doctor

Barceló intentara detenerlo.

—Aparte de lo que me ha contado, ¿por qué más denunciaron al doctor García?

—Por agresión sexual.

19

—¿Por qué alguien querría matar a Olga y a Montse?

La pregunta del millón. Cuando a tu hermana le han arrancado el corazón y se lo han enviado a un extraño, es normal que surjan dudas. Todo es demasiado bestia. Invitaba a sumergirse en el barro de las suposiciones, y «quizá» se convertía en el adverbio rey que encabezaba todas las frases.

Quizá estaba metida en alguna secta.

Quizá tenía un lado oscuro que yo no conocía.

Quizá frecuentaba malas compañías.

El chorro de agua de la fuente mágica de Montjuïc seguía siendo la banda sonora de la conversación entre Rai y Teo, que aún desvelaría alguna sorpresa más del pasado.

—Hubo problemas mientras estuvieron ingresadas en el Sant Jordi.

—¿Qué problemas?

—En aquella época, yo viajaba mucho por trabajo y me pilló fuera. Olga… Bueno, me lo iba contando, pero no era de las que se explayan demasiado. Sé que el marido de Montse, Santi Nadal, tuvo algo que ver. Yo sé poco de lo que pasó, la verdad. Y ahora, como puedes imaginarte, siento no haber preguntado más. Solo sé que la otra compañera de habitación murió y que sus familiares

denunciaron al ICIB por negligencia. Incluso hubo un proceso judicial. Ahora bien, de ahí a hacer la animalada de ir arrancando corazones a la gente… —Remató la frase encogiéndose de hombros.

—Hombre, cuesta creerlo.

—El caso es que el follón no acaba ahí. Hay más. Olga denunció al doctor García.

—¿A Toni García?

—Sí.

—¿Por?

—¿Tienes tiempo?

—He venido para escucharte.

Teo tomó impulso mental para enfrentarse a una narración que iba a hacerse pesada debido a la colección de antecedentes que debía mencionar. Pero tenía sentado a su lado a un periodista de *La Tribuna* que le prestaba toda su atención, y no podía desaprovecharlo. Resopló y se puso a ello.

—Para todo lo referente al TRAPS, su enfermedad, a Olga la llevaba el doctor Segundo Ribas. Es el único médico de todo el Sant Jordi con conocimientos para tratar esta patología.

—¿Solo hay uno?

—Y gracias. Hay gente que vive a cinco horas en coche de Barcelona y tiene que venir a tratarse. El caso es que el doctor Ribas estaba de vacaciones. El pobre estaba en todo su derecho, digo yo… El doctor Barceló había ido a una convención en Estados Unidos, así que Toni García trató a Olga por lo del corazón. Era un hombre…, ¿cómo decirlo?

—¿Difícil? —Rai lanzó este adjetivo como reacción a la cara de asco de Teo.

—Difícil, sí. Si no se quiere decir «cretino integral», puede decirse «difícil». Dio la casualidad de que yo estaba en Barcelona, y tanto mi hermana como yo le hablamos del TRAPS. Insistimos en que hablara con el doctor Ribas, pero él decía que no era necesario, que estaba de vacaciones. Sospecho que no quería dejar al descubierto su ignorancia sobre la enfermedad que sufría mi hermana. Se creía un semidiós que lo sabía todo, pero cuando le hablé del fármaco biológico que se pinchaba Olga, el canakinumab, puso cara de haber visto a un marciano. A mí me daba miedo que algún medicamento interaccionara con este. En fin, yo qué sé. No soy médico. Simplemente quería que conociera los antecedentes.

—¿Y?

—«Ya lo he leído en el historial clínico de su hermana, pero, mire usted, nadie sabe más de corazones que yo», me dijo. Y se quedó tan ancho. Iba a lo suyo.

—No era esta la imagen que tenía del doctor García.

—En absoluto. Fue una gran decepción. Siempre con esa cara de buena persona, con una sonrisa y el ingenio a punto… Pero al tratar con él me di cuenta de que cuando tenía una cámara delante era un hombre diferente. Era la peor persona con la que me he topado nunca.

—¿Cuál era la razón de la denuncia contra el doctor García?

—Por ponerle un titular, por vejaciones y por el trato recibido. Si tengo que concretar, lo llamaría atención inadecuada, abusos emocionales, actitudes intimidatorias, gritos, trato despectivo, no informar del tratamiento que iba a administrar… A ese tío le faltaba psicología para tratar con los enfermos. No los escuchaba. De hecho, los trataba como una mierda. A Olga llegó a decirle: «No sé por qué

perdemos el tiempo con un bicho como tú. Te salvaremos hoy y mañana te dará un brote de esa cosa rara que tienes y la palmarás igualmente. Y si no, ya se encargará de ello un cáncer dentro de poco». Esto delante de mí, ¿eh? No se cortaba un pelo. A mi hermana no la llamaba por su nombre, la llamaba la RDC.

—¿La RDC?

—Rara de cojones. Por la enfermedad. Y no en tono simpático.

Rai pensó en el reportaje que le hizo a Toni García con motivo de la inauguración del ICIB. Parecía que él había entrevistado al doctor Jekyll y que a Olga la había tratado mister Hyde.

—Ya te digo, Rai, no era una buena persona. Solo te diré que Montse lo denunció por agresión sexual.

Pam. Acababa de salir el gordo. Rai no se lo esperaba. Si Gabriela había hecho bien su trabajo con Santi Nadal, a estas alturas ya lo sabría. Ya visualizaba el titular a cinco columnas. Empezaba a oler la primera paga doble.

—¿Agresión sexual? Coño, Teo, me dejas de piedra.

—Normal. Es que nadie se lo podía esperar. Parece que hacía exploraciones íntimas innecesarias. Se recreaba demasiado.

—¿En los pechos?

—Sí, eso me dijo mi hermana. Con la excusa de examinar la cicatriz de la operación.

—¿Y Olga sufrió alguna agresión sexual por parte del doctor García?

—No, Olga no. Ella siempre dijo que no, vaya. Pero lo que sí hizo fue corroborar la versión de Montse en la denuncia.

—¿Ella estaba delante?

—Corrieron la cortina entre cama y cama, pero quedó una rendija y lo vio.

—¿Y lo confirmó delante del juez?

—Sí. Tanto ella como una enfermera de la planta.

—¿Recuerdas su nombre?

—Rosa Vila. Denunció a Toni García porque en la fiesta de después de esa gala que organiza el ICIB en el Liceu, creo que se llama De Todo Corazón, él intentó abusar de ella. Pero ella se resistió y consiguió escapar. Lo llaman tentativa de agresión sexual con penetración.

Rai anotó el nombre de Rosa Vila en mayúsculas y después lo subrayó tres veces. Tenían que investigar a esa enfermera sí o sí.

—Perdona, Teo, pero ¿cómo sabes lo de Rosa Vila?

—Ella misma nos lo contó durante el juicio contra el ICIB.

—¿Qué juicio?

—El de los familiares de Carmen San Isidoro, la compañera de habitación de Olga y Montse, contra el ICIB. Tanto Olga como Montse y su marido, Santi Nadal, testificaron a favor del ICIB. También las dos enfermeras que las atendieron aquellos días: Helena Soto y Rosa Vila. Los testimonios de los cinco fueron clave para que el jurado fallara a favor del ICIB.

—Es decir, que hubo dos procesos judiciales: uno contra el ICIB por la muerte de la compañera de habitación mientras la trasladaban al Vall d'Hebron y otro contra el doctor García por vejaciones y agresión sexual. ¿Correcto?

—Exactamente, sí.

—¿Y Montse Casanovas, Olga y Rosa Vila testificaron en contra de Toni García?

—Sí, en la comisaría de los Mossos de Les Corts. Montse y Rosa como víctimas, y Olga como testigo. Pero el juicio no llegó a celebrarse.

—¿Por qué?

—Todavía no se había fijado la fecha de la vista cuando estalló el follón del covid.

—Y entonces el doctor García murió.

—Efectivamente, nunca lo juzgaron.

20

El día y la hora habían llegado. Uno de los epicentros del poder en Barcelona, el Gran Teatre del Liceu, se engalanaba para reunir a lo más selecto de la sociedad civil con motivo de la gala De Todo Corazón que organizaba cada año el ICIB para recaudar fondos para la investigación de enfermedades cardiovasculares.

En medio del majestuoso vestíbulo del Liceu, Jesús hacía un pomposo *rendez-vous* a la larga fila de personalidades que asistían a un acto que se había convertido en una cita obligada para la flor y nata de la ciudad. Anclado en una silla de ruedas y flanqueado por Ismael Valdés, el mejor cardiólogo del mundo inspiraba oxígeno de un respirador portátil entre apretón y apretón de manos. No sustituía totalmente la respiración, solo la apoyaba. La mecánica era sencilla: susurro al oído de Ismael anunciando al siguiente invitado, bienvenida, cumplido y foto de rigor con sonrisa impostada pero perfectamente ensayada. Carla Sala y Nelson, como siempre en un prudente segundo plano, estaban pendientes de Jesús.

—Míralo…, sentado en una silla de ruedas, enfermo, con oxígeno y todo el mundo haciéndole fotos. No es bueno que se exponga así ante los medios. La imagen que quedará de él será esta.

—¿Ya lo estás sentenciando?

Carla puso cara de no saber dónde meterse ante el reproche de Nelson. Maldito subconsciente. Si un día Jesús faltaba, sería ella la que tendría que encabezar todo ese show. Negó con la cabeza, contrariada ante la perspectiva.

—Es lo que él quiere. Esperemos que no, pero, si vienen mal dadas, esta será la última vez que podrá hacerlo. Así que… —Nelson se encogió de hombros como diciendo hágase su voluntad.

—Tienes razón, qué caray. Y ahora que no está Toni, que lo disfrute, que bastante putas nos las hizo pasar.

El vestíbulo del Liceu, de estilo ecléctico y basado en el Renacimiento, estaba alicatado en blanco y negro, como un inmenso tablero de ajedrez. Era uno de los pocos espacios que habían sobrevivido al incendio de 1994. Unos operarios torpes, una chispa en el telón, mucha mala suerte y en cosa de tres horas ya no quedaba Liceu. Esta fue la versión oficial que pasaría a la historia como verdad (o posverdad, según las malas lenguas).

La previa a la gala era un desfile de personalidades ametralladas por los flashes de fotógrafos y cámaras de televisión. En una ciudad como Barcelona, pocos eventos tenían ese poder de convocatoria. Actores, cantantes, políticos, deportistas, periodistas estrella y empresarios con ciertas aspiraciones querían tener su foto con Jesús para publicarla en las redes sociales. Tan importante era estar como decirlo y colgarlo. En medio de ese batiburrillo llegó la consejera de Sanidad. Sara Mauri era un pedazo de mujer de elegancia innata, cerebro privilegiado y ambición desmesurada. Aunque no había cumplido los cuarenta, los rumores, cada vez más insistentes, la situaban como futura candidata a la presidencia del Gobierno, apoyada por unas encuestas que le sonreían de oreja a oreja. Junto

con el empresario tecnológico Robert Piqué, formaban la pareja de moda en el mundo empresarial y político catalán. Casados, dos hijos, apuestos, con buenos trabajos, sueldos de seis dígitos y futuros brillantes. Todo de color de rosa. Asquerosamente perfectos.

Como consejera de Sanidad, Sara Mauri era uno de los puntales que sustentaban el ICIB con generosas aportaciones anuales en nombre del apoyo gubernamental a la investigación. Jesús no era tan hábil como Toni García en el arte de las relaciones públicas, pero lo cierto era que en los últimos años se había convertido en un experto en la materia. Aun así, en el caso de Sara Mauri, había pensado de antemano lo que quería decirle. Su relación era frágil como un jarrón de porcelana, pero a ninguno de los dos les convenía que se rompiera. Él perdería mucho dinero, y ella, su vida asquerosamente perfecta. A pesar de los equilibrios, Jesús era de los que pensaban que era importante dejar claro quién tenía la sartén por el mango.

—Consejera Mauri, muchas gracias por venir. Sé que tenía muchas ganas. Un placer contar con su presencia, como siempre.

—El placer es mío, doctor Barceló. Vaya montaje han organizado. Lo felicito. Cada año se superan. Aunque este año veo que no cuentan con CardioAdvance entre los patrocinadores.

—El asunto de CardioAdvance es un mal recuerdo del pasado. Actualmente, por suerte, tenemos a personas como ustedes, que, sin pedir nada a cambio, nos echan una mano para poder seguir investigando.

Jesús —mirada a los ojos y sonrisa de cabrón— se dirigió a ella antes de insuflarse una buena dosis de oxígeno. Después le ofreció la mano. La consejera no podía soltarle la fresca que muy a gusto le

habría salido de dentro. Como buen animal político —lo de animal había quien lo cambiaría por serpiente—, Sara Mauri sabía contar hasta diez y obedecer a la cabeza en lugar de al corazón, así que se limitó a tirar del manual de pragmatismo con una risita forzada y un apretón formal. Se concedió, eso sí, la pataleta de apretarle la mano mucho más fuerte de lo estrictamente necesario. Cuando sintió crujir los nudillos de la débil manita del cardiólogo y vio su mueca de dolor, sintió fuegos artificiales en su interior celebrando esa pequeña victoria. Jesús, devoto ferviente de la religión del donde las dan las toman, utilizó al marido de la consejera para marcar territorio.

—Señor Piqué, no sabe cuánto me alegro de verle esta noche junto a su esposa. Hacen tan buena pareja… La familia perfecta, podríamos decir. De esas que no querrías ver que un día se rompen.

A Sara le faltaban dedos en las manos para contar las veces que había deseado la muerte de Jesús y de Toni. No tuvo más remedio que encajar el dardo mientras su marido, muy inteligente pero poco listo, sonreía sin saber de qué iba esa contienda.

Después, en una oda a la hipocresía, Sara Mauri y Robert Piqué se fotografiaron con Jesús en un *photocall* repleto de patrocinadores que donaban morteradas por la causa y, solo faltaría, para lucir logotipo en todas las publicaciones de los medios y las redes sociales. Después, los equipos de marketing y publicidad harían un informe sobre impactos, KPI, alcance y toda una sarta de métricas para valorar si la inversión había sido rentable. Dinero para la investigación a cambio de aumentar el valor de la marca. Altruismo, en el mundo empresarial, el justo y necesario. Que los Reyes son los padres.

Cuando la pareja de moda hubo cumplido con el ritual, subió por la escalera central de mármol que conducía al primer piso. En cuanto dejó atrás la *Musa de la música* de Venanci Vallmitjana y el Salón de los Espejos, recorrió el alfombrado pasillo en forma de herradura que daba acceso a los palcos.

El desfile de invitados por el vestíbulo se prolongó hasta las ocho y media, la hora de inicio de la gala, conducida por Laura López Sedano y Sergi Grimau. El telón de terciopelo diseñado por Antoni Miró se abrió y los dos presentadores estrella del momento dieron una solemne bienvenida anunciando lo que tendría lugar esa noche en el escenario: actuaciones musicales, charlas divulgativas y una exhibición a cargo de un chef de altos vuelos encargado del cóctel posterior. Pero antes de nada era el momento de Jesús, al que presentaron con gran ceremonia. Los aplausos de los asistentes acompañaron la salida del reputado cardiólogo al escenario con Nelson empujando la silla de ruedas. Fue una ovación larga y aparentemente sentida. En el ambiente flotaba esa sensación de las últimas veces. Ese quizá, ese vete a saber, ese regusto a despedida que solo un donante de corazón podría evitar.

Una vez solo, bajo la boca del escenario, el doctor dejó que el aplauso se alargara. Se tocó el pecho con la mano derecha mientras asentía con la cabeza, y la ovación aumentó de decibelios hasta que los asistentes se pusieron de pie. Hay que ver lo que había aprendido sobre el dominio de la escena. Quién lo había visto y quién lo veía. Cuando la ovación hizo conato de disminuir, se dirigió a los asistentes.

—Muchas gracias… Muchas gracias. Es una alegría ver el Gran Teatre del Liceu lleno a rebosar. En nombre del Instituto Cardiológico

Internacional de Barcelona, muchas gracias a todas y a todos por venir.

La gala coincidía con la emisión del telediario, que conectó en directo durante el discurso de Jesús. En televisión, como en la vida, nada es azaroso. Todo atado y bien atado.

—Mi padre murió cuando yo era muy pequeño. No tengo recuerdos de él; apenas conservo algunas fotografías juntos. Se lo llevó un ataque al corazón demasiado pronto. Pero si hoy estoy aquí es sobre todo gracias a una mujer valiente: mi madre. Ella salió adelante sola con un bebé recién nacido, con una fuerza y una dignidad que me han acompañado toda la vida. Su ejemplo ha sido siempre mi guía. Cuando empecé a entender lo que significaba realmente la ausencia de mi padre, también descubrí lo que quería hacer con mi vida. Fue entonces cuando decidí que quería ser cardiólogo. Quería entender los secretos de este órgano misterioso que nos da vida y, si era posible, ayudar a evitar que otras familias tuvieran que pasar por lo mismo que yo. Lo conseguí junto con el doctor Toni García. En un día como hoy, no puedo ni quiero olvidarme de Toni. Era un hermano para mí. Un hermano gemelo, podríamos decir. Nacimos el mismo día del mismo año y en el mismo hospital. Incluso, cosas de la vida, teníamos exactamente la misma altura y el mismo grupo sanguíneo, AB+. En contra de lo que podría pensarse, no éramos gemelos.

La mochila de burlas por su físico y su condición sexual era dolorosamente pesada. Gay, calvo, papada muy pronunciada y labio leporino. Antagónico a Toni García. Un Brad Pitt de la vida. Quitarle importancia con ese tono sarcástico era de una impostura de matrícula de honor.

—Toni y yo fuimos a la misma escuela, jugamos juntos al balonmano y estudiamos medicina en la misma universidad. Compartimos sueños… Y los hicimos realidad. Juntos ideamos el ICIB. Muchos nos decían que estábamos locos, que la medicina de primer nivel era cosa de los estadounidenses. Ahora, veinte años después, nos sentamos a la mesa de los mejores. Hace tiempo que nos dieron la bienvenida al grupo de personalidades que engrandecen la historia de la medicina, de la investigación y del humanismo. Lo digo con modestia pero con orgullo. No es una opinión subjetiva, es una realidad objetiva. Por el descubrimiento de la descripción del algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto, yo mismo fui merecedor del Premio a la Trayectoria Científica de la Federación Mundial del Corazón, me nombraron doctor *honoris causa* por la Facultad de Stanford, considerada la mejor facultad de medicina del mundo, y gané el Premio Lasker de Medicina.

El auditorio interrumpió el discurso de Jesús para aplaudir la mención de los tres premios, dos reconocimientos internacionales de primer nivel y el segundo premio más importante del mundo en medicina, que automáticamente lo situaban como candidato al Nobel. Mientras honraba los reconocimientos con aplausos, él aprovechó para acercarse la mascarilla de oxígeno.

—El descubrimiento del algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto, que he tenido el honor de liderar, supone una auténtica revolución en el campo de la medicina en lo que se refiere a la prevención de muerte por infarto y cambiará radicalmente la prevención cardiovascular de los infartos, porque de este modo se podrá aplicar un tratamiento precoz a las personas en riesgo. Este

descubrimiento supone tener un marcador que prevé si una persona sufrirá un infarto. Si da positivo, se le aplicará un tratamiento preventivo. El resumen de todo esto es que la investigación salva vidas. Desde el ICIB salvamos vidas. En nuestra tierra, en Barcelona, hacemos una medicina de la que se beneficia todo el mundo. Y para hacerla necesitamos financiación. —Los segundos de pausa y la mirada fija a Sara Mauri estaban estudiadísimos—. Necesitamos galas como esta. Gracias a la generosidad de todos los que estáis aquí se salvan vidas todos los días. Pero hoy, caprichos del destino, soy yo quien necesita un donante de corazón para sobrevivir. Si no lo consigo, muy probablemente no estaré entre vosotros el año que viene. —El amargo presagio flotó durante los segundos de un silencio milimetrado—. Así pues, como cardiólogo, pero sobre todo como enfermo, os pido que os impliquéis en esta lucha que empecé hace veinte años con Toni. Cinco años después de su muerte, su legado sigue más vivo que nunca. Los dos siempre tuvimos claro que, aunque la tecnología avanza rápidamente, es necesario asegurar que este avance esté alineado con los valores éticos y el respeto a la dignidad humana. Están surgiendo grandes brechas en ciencia y salud, entre las tecnologías digitales y la creatividad cognitiva, que debemos afrontar entre todos. Y para afrontarlas, repito: valores éticos y respeto a la dignidad humana. Valores y respeto. Esto es y será siempre el ICIB. Os confieso que ver tantas caras conocidas aquí reunidas me llena de energía para seguir luchando. No puedo hacer otra cosa que dar las gracias. Gracias a los donantes particulares, gracias a los voluntarios, gracias a las caras conocidas por la visibilidad que dais a la investigación y gracias a la administración por estar aquí. Como sabéis, el año que viene

tenemos elecciones. Consejera Sara Mauri, todo indica que en la próxima gala, si estoy, le daré el tratamiento de Muy Honorable Presidenta. Cuando ostente este cargo, confío en que seguirá renovando su confianza en el ICIB desde la presidencia exactamente igual que lo ha hecho desde la cartera de Salud.

Jesús le dirigió una mirada traviesa a Sara Mauri, que le devolvió una sonrisa de cartón piedra y una mirada cargada de odio. Los dos sabían por qué. Pero de cara a la galería había que guardar las apariencias, que en este maldito mundo lo son todo.

21

«Continúa la búsqueda del interno que huyó del Centro Penitenciario Valencia II hace dos semanas. El fugado tiene varias condenas por delitos contra la propiedad y estaba recluido en el módulo tres, que acoge a presos conflictivos. Fuentes penitenciarias apuntan que el preso, que responde a las iniciales J. S. I., aprovechó el revuelo que suele producirse en la cárcel cuando los internos siguen desde las celdas por la radio un partido de fútbol destacado, como fue el clásico entre el F. C. Barcelona y el Real Madrid, para escapar sin que el ruido lo delatara. Según la reconstrucción de la huida, entre las nueve de la noche, cuando se hizo un recuento en el que el recluso todavía estaba en su celda, y las once, hora de la primera ronda nocturna de seguridad, el interno consiguió abandonar su celda y, después de forzar los barrotes de una ventana haciendo palanca con una barra, se descolgó hasta el patio con una cuerda de sábanas. Una vez fuera, se dirigió a la puerta de mercancías del centro penitenciario y, después de forzarla, abandonó el recinto sin que la Guardia Civil se diera cuenta. Según ha podido saber Radio 25, hace más de un año que los sindicatos denunciaron ante Instituciones Penitenciarias que el centro está obsoleto, que las instalaciones son viejas y que muchos sistemas de seguridad pasiva

no funcionan. Alegaban que en la actualidad no está en condiciones para acoger a internos con perfiles conflictivos».

El taxista bajó el volumen de la radio y silbó a modo de exclamación antes de mirar a Gabriela a través del retrovisor.

—A los picoletos que estaban de guardia se les va a caer el pelo.

Pese a sus evidentes ganas de conversar, recibió silencio por respuesta. Gabriela se hizo la desentendida mirando por la ventana, concentrada en el encuentro que tendría en unos minutos. Pero el hombre, que no se callaba ni debajo del agua, volvió a intentarlo.

—Y estos periodistas… ¿Ahora sacan eso de que la cárcel está hecha una mierda? ¿Ahora lo dicen? ¿Y antes qué, eh? Callados como putas.

Pero de nuevo punto en boca. El segundo intento de entablar conversación también fracasó. Esta vez sí, mensaje recibido.

El silencio se prolongó hasta que el taxi llegó al complejo sanitario Antoni Gaudí. El lugar, como siempre, era un hervidero de pacientes, acompañantes, médicos, enfermeras y trabajadores. Para acceder había que atravesar una alfombra de colillas, gentileza de la legión de fumadores enganchados a esa droga llamada tabaco. La mayoría de ellos con bata blanca, a pesar de las reiteradas advertencias de la dirección. La bata, en teoría, era de uso hospitalario por el riesgo de exposición a gérmenes. Sacarla del ámbito sanitario podía contribuir a propagar infecciones. Pero no nos engañemos: a la dirección le preocupaba mucho más la imagen del centro que la propagación de gérmenes. Fuera por lo que fuese, parecía que quitarse y ponerse la bata de las narices suponía un trabajazo impresionante.

Gabriela se fijó en uno de los fumadores, un mosso uniformado que aspiraba como si no hubiera un mañana: metro ochenta y pico,

ojazos y una espalda para mojar pan. Enseguida pensó en Omar tumbado debajo de ella mientras follaban en el hotel del Fòrum y sintió ese no sé qué que le erizaba cada centímetro de la piel. Estaba convencida de que tenía más conexión con él de la que tendría nunca con Kilian, pero, cuando se planteaba dejarlo y pedirle a Omar que lo intentaran, se abría la mochila en la que cargaba todas sus dudas y volvía a alzar esa barrera mental que abortaba toda tentativa de revolución. Que si lo tienes idealizado, que si el pasado es pasado, que si en realidad no lo conoces a fondo, que si ahora tampoco estás tan mal, que si mandarlo todo a tomar viento es un follón de campeonato. Y las niñas, Emma y Paula. Claro. Ah, y el dinero. Que a Kilian le caía una buena pasta a final de mes. Y eso, no nos engañemos, lo hacía todo mucho más fácil. Negarlo sería contar unas películas que no se creía ni ella.

Sacudió la cabeza con fuerza para intentar centrarse en la entrevista. No era el momento de entrar en un bucle del que sabía por experiencia que costaba Dios y ayuda salir.

De repente, un par de toques en el hombro hicieron saltar por los aires sus cavilaciones. Al girarse, una retaca de pelo canoso y cara arrugada la miraba fijamente.

—Gabriela Palau, ¿verdad? He visto tu foto en el periódico. Soy Helena Soto.

El marido de Montserrat Casanovas, Santi Nadal, había mencionado a la enfermera Helena Soto en su conversación con Gabriela en el Banco de Barcelona. No le resultó difícil contactar con ella a través de las redes sociales. Facebook e Instagram abiertos y tan feliz. Luego hay quien se queja de ciberacoso, *phishing* o suplantación de identidad, pero este ya era otro tema.

Tenía la voz áspera de quien ha fumado durante años como una carretera y ha ido procrastinando sistemáticamente lo de cuidarse hasta convertirlo en un hábito de vida. Gabriela peinó a Helena Soto de arriba abajo con la mirada y después le tendió la mano. Su apretón fue firme, y su piel era rugosa al tacto.

—Muchas gracias por venir, señora Soto.

—Helena, si no te importa. Mejor Helena. Lo de hablar de usted suena burgués de cojones.

—Pues muchas gracias por venir, Helena.

Gabriela hizo el gesto de invitar a la enfermera a sentarse en uno de los bancos que abrazaban los jardines del recinto hospitalario.

—¿Te importa si vamos a otra parte? No me hace puta gracia que me vean hablando con una periodista.

En nombre de la prudencia, Gabriela y Helena salieron del complejo sanitario Antoni Gaudí y bajaron paseando hasta adentrarse en el parque de la Ciutadella por la entrada del paseo de Pujades. Dejaron el castillo de los Tres Dracs y el Hivernacle a la derecha y se sentaron en un banco de madera situado delante del Umbracle. Nada más colocar el culo, Helena se encendió un Ducados, que aspiró con avidez.

—Debes de pensar que estoy sonada. Que qué coño hace fumando una persona que cada día ve a gente diñándola.

Todo se lo decía ella. Después soltó una bocanada larguísima. Lo cierto era que a Gabriela le importaba un bledo, pero se limitó a poner cara de tonta, que de eso sabía un rato.

—Es el único vicio que tengo. Antes bebía mucho. Whisky sobre todo. Y farlopa… llegué a meterme mucha. Pero hace ya tiempo que

solo bebo agua y que por la nariz no entra nada, pero esto… —otra calada— me recuerda que soy humana.

—Y el trabajo también te lo recordará, supongo.

—Ni te cuento… Sin el hijo de puta de mi ex y con pasta suficiente para no tener que trabajar nunca más sería la tía más feliz del mundo. ¿Por qué querías hablar conmigo?

—Estoy investigando unos hechos que ocurrieron hace unos años en el ICIB.

—¿Unos hechos…?

—El conflicto con los San Isidoro.

—Buen eufemismo eso de «conflicto». ¿Es para el periódico? —Detrás de esos ojos oscuros estaba la mirada desconfiada de quien ha vivido toda su vida con una nube negra encima.

—Sí, es para *La Tribuna*. Creo que te tocó pagar el pato.

La enfermera contrajo todos los músculos de la cara esbozando una sonrisa sarcástica y se remangó la bata blanca hasta dejar al descubierto una cicatriz de un palmo en el bíceps.

—Aquí lo tienes, el trofeo de guerra. Un recuerdo de los San Isidoro.

—¿Qué pasó?

—Se montó un buen follón. Uno de la familia, Yuri Casasín, me sacó una navaja. Un angelito, el tío. Podía romperte las costillas con solo un abrazo.

Helena le contó con todo detalle la batalla campal que provocaron los San Isidoro, cómo les plantó cara y, con todo el rencor del mundo, cómo Rosa Vila la dejó en la estacada.

—La rata de mi compañera se fue corriendo. Acojonada viva. Se cagaba por la pata abajo, la muy hija de puta. Fue entonces cuando

Yuri Casasín sacó la navaja y me la clavó.

Helena, venga a fumar, volvió a mostrarle la gran cicatriz blanquecina que tenía entre el hombro y el codo. Con un corte de ese calibre podía perderse sangre suficiente para que la vida pendiera de un hilo.

La enfermera lo estaba cantando todo. Tres mujeres jodidas del corazón, la tira de personas rondando por la habitación, doña Carmen San Isidoro, una familia instalada en la marginalidad, una discusión que acaba saliéndose de madre, un follón de padre y muy señor mío y Yuri Casasín atacándola con una navaja…

Ponía los pelos de punta. Coincidía de pe a pa con la versión de Santi Nadal. Solo tendría que comprobar si el nombre de Rosa Vila había salido en la conversación entre Teo Mir y Rai.

—¿Qué hiciste?

—Pues aguantar como pude. Hasta que llegaron los de seguridad pasaron bastantes minutos. No sabría decirte cuántos. Perdí sangre a punta pala. Uno de ellos me sacó de allí y los compañeros de urgencias del Sant Jordi me atendieron. Un rato más y no sé si lo habría contado. Minutos después llegaron los Mossos.

—¿Estuviste hospitalizada?

—Sí. Siete días. Me metieron sangre a granel, transfusiones, y por suerte mi cuerpo reaccionó bien. Un susto de tres pares de cojones.

—Fuiste muy valiente.

—¿Valiente? Más bien inconsciente.

—Valiente, Helena, valiente. No me jodas. Hay que tener mucho valor para enfrentarse a gente así.

—Para lo que sirvió…

—Mujer, a ver, supongo que tanto las enfermas como el doctor Barceló estarían muy agradecidos contigo.

—¿Agradecidos? De desagradecidos está el infierno lleno. No me hagas hablar…

Era periodista. Naturalmente que la haría hablar, sobre todo ahora que había encontrado un hilo del que tirar. En este maldito mundo todos tienen un precio, y Helena no sería la excepción.

22

Nelson pasó las seis horas y media de vuelo conversando con su demonio interior, que, como la carcoma, le reprochaba lo que iba a hacer. La cita con Stéphane Fournier era clandestina, y ya sabemos que todo lo furtivo lleva intrínseca una espada de Damocles que puede destrozar esa ruleta azarosa a la que llamamos vida.

Dubái lo recibió con un bochorno árido y abrasador, molesto incluso para un caribeño como él. Nada más aterrizar, taxi y del aeropuerto directo al encuentro.

Los veinte minutos de trayecto le bastaron para darse cuenta de que la ciudad parecía nueva a estrenar. En unas décadas había pasado de pequeño pueblo de pescadores a centro global de negocios (opacos y legales) donde los rascacielos parecían crecer como setas después de un episodio de lluvia. Decían que era una de las ciudades más impresionantes del mundo por su arquitectura innovadora, su lujoso estilo de vida y su ubicación estratégica en los Emiratos Árabes Unidos. El milagro se había producido por obra y gracia de Mohammed bin Rashid Al Maktoum. Con la inestimable ayuda del petróleo, claro. Dame pasta infinita, imaginación y ganas de ostentar, y prepárate, que vas a flipar. El jeque y el oro negro impulsaron el desarrollo de numerosos proyectos en la ciudad, incluida la creación de un parque tecnológico, una zona de libre

comercio, el Dubai International Finance Center, el hotel Burj Al Arab —tres veces más alto que su hermano pequeño de Barcelona, el Vela—, las islas Palm y el Burj Khalifa, el edificio más alto del mundo, donde tendría lugar el encuentro de Nelson con Stéphane Fournier.

El taxi lo dejó en la entrada de ese mastodonte que ascendía hasta una altura de ochocientos veintiocho metros. La recepción era el último grito en diseño y combinaba lujo, modernidad y elegancia. Los techos altos y las paredes de cristal transmitían una sensación de amplitud. Allí habían metido pasta gansa. No había que ser muy espabilado para darse cuenta.

Nelson miró el móvil para confirmar la habitación de la cita. Un ligero escalofrío lo embistió sin avisar; seguro que eran los nervios. Si, por lo que fuera, algún día llegaba a saberse lo que Nelson había ido a hacer a Dubái, las consecuencias serían nefastas.

Un ascensor cohete lo subió a cuarenta y cinco metros de altura en tres segundos. Sintió como si una fuerza lo absorbiera hacia abajo, haciendo escalar la presión del estómago hasta el pecho. Una sensación muy intensa y un poco desagradable, pero por suerte pasajera. Un tintineo la interrumpió para anunciar su planta, la ocho.

Al salir del ascensor, buscó la habitación por el rellano enmoquetado y con un sutil olor a vainilla. Por fin, la ochocientos doce. Inspiró profundamente, resopló y llamó a la puerta con los nudillos. En los cinco segundos que tardaron en abrir, un carrusel de pensamientos le pasaron por delante: su familia, su infancia en La Habana, las cartillas de racionamiento y lo mal que lo había pasado en el ejército cubano después de la caída de la Unión Soviética. Cuba le había dado una buena formación, cierto, pero tuvo que

hacerse militar para ganar cuatro perras. Hasta que conoció a Jesús y su vida se dio la vuelta como un calcetín. Muchos lo creían un pinguero que había cazado al europeo a base de excursiones a la bragueta, pero él conocía su historia mejor que nadie. Y de pinguero nada. Bastante putas las había pasado en el ejército para ocultar su homosexualidad.

La puerta se abrió dos dedos, y un par de ojos azules lo escanearon en tiempo récord.

—Pase.

Tanto por su acento francés como por su aspecto físico, interpretó que esa montaña humana era Stéphane Fournier, que lo cogió del bíceps y lo arrastró hacia el interior de la habitación en un visto y no visto. Máxima discreción, que nunca se sabe.

Ya dentro y con la puerta cerrada, Stéphane Fournier recorrió el pequeño pasillo hasta llegar a la habitación, equipada con una cama como un campo de fútbol, una mesa rodeada de tres sillas y unas vistas alucinantes a la Fuente de Dubái. Sentado en una de las sillas estaba un hombre vestido con kandura, una larga túnica de color blanco que lo cubría desde los hombros hasta los pies. Se levantó y se dirigió hacia él.

—*As-salamu alaykum*.

—*Wa alaykum as-salam*. —Esta Nelson se la sabía.

—Rashid Al Nahyan.

—Nelson Sotomayor.

Se estrecharon la mano.

—Yo no me he presentado, *monsieur* Sotomayor, pero creo que ya sabe quién soy.

Claro que lo sabía. Stéphane Fournier: cincuenta y tres años bien llevados, natural de Ginebra, alto como un pino, vestido de tres mil euros para arriba, antiguo pez gordo de la Société Bancaire Helvétique. Cuando en 2019 Suiza tomó medidas para mejorar la transparencia financiera y cumplir estándares internacionales, decidió que las reglas no estaban hechas para él y se convirtió en un sicario de las finanzas.

—Lo conozco. Usted es Stéphane Fournier.

—Correcto, *monsieur*. ¿Cómo está mi querido doctor Barceló?

—Digamos que no pasa por su mejor momento.

—Lo sé. He visto que ha hecho pública su enfermedad. Si hay algo que pueda hacer por él, solo tiene que decírmelo. ¿Sabe?, él salvó a mi hija. Viajó a Suiza y la operó.

Nelson conocía la historia. Géraldine Fournier sufría una miocardiopatía hipertrófica y necesitó una cirugía llamada miectomía septal. Cuando le has visto las orejas al lobo y a una hija en el otro barrio, el agradecimiento es eterno. Y, en este caso, también era sincero.

—Creo que ha traído algo, *monsieur* Sotomayor.

Nuevo en esas artes, Nelson asintió como un niño el primer día de clase. Introdujo la combinación que abría el maletín de piel, del que no se había separado en todo el viaje, y entregó a Stéphane Fournier una carpeta con documentación. El suizo la examinó para verificar que todo estaba en orden. Su cara era un bloque de hielo que no filtraba emoción alguna.

—Rashid.

Stéphane entregó a Rashid Al Nahyan, representante del Dubai International Bank, las coordenadas de una cuenta bancaria secreta

en la que la identidad del titular se ocultaba detrás de un código. El agente bancario se sentó delante del ordenador e hizo una serie de comprobaciones. El silencio granítico en la habitación del Burj Khalifa se prolongó hasta que Rashid Al Nahyan hizo el anuncio esperado.

—Dos millones ciento cincuenta mil dirhams.

Automáticamente, Nelson miró a Stéphane para que hiciera la traducción simultánea con la calculadora que tenía por cerebro.

—Quinientos mil euros, *monsieur* Sotomayor. ¿Es lo que se había pactado?

Nelson esbozó una sonrisa a caballo entre la alegría y el alivio. Después asintió con la cabeza.

23

—¿Qué puedo ofrecerte?

La oferta de Gabriela a Helena Soto parecía una invitación a poner una cifra en un cheque en blanco. No era la primera vez que se encontraba en situación de negociar un soborno. Hizo el ejercicio mental de imaginar cómo lo gestionaría con el director de *La Tribuna*, Ernesto Makaroff. Estos temas eran cada vez más complicados. Los periódicos siempre habían manejado dinero negro para sobornos. Antiguamente, el dinero en B se sacaba de la venta de publicidad en las páginas de contactos; en los ochenta se inventaron este eufemismo porque decir «prostitución» era muy feo. La contratación solía hacerse directamente en las oficinas de los periódicos e iba acompañada del añadido «¿Con o sin factura?». Todo el mundo puede imaginarse la mayoría de las respuestas en un gremio que, aunque no estaba expresamente prohibido por la ley, tampoco estaba regulado ni reconocido como actividad legal. Algunos periodistas incluso habían publicado los anuncios de contactos por intercambio en especies. Y sí, esa gente formó parte de la edad de oro del periodismo.

Con los años, la muerte de las páginas de contactos, la digitalización de la sociedad y Hacienda haciendo de poli malo, estas prácticas fueron cayendo en desuso, y ahora *La Tribuna* sacaba los

cuartos para sobornar de las cuatro suscripciones que vendían en la recepción del periódico y de ir sacando en cajeros montos de seiscientos euros hasta llegar a la cantidad pactada. Esto implicaba que el gilipollas del director financiero estuviera al tanto de absolutamente todo, lo que a menudo suponía depender de él, y después ya se sabe: reproches, moralidad, «¿seguro que vale la pena?», rematado con la reina de todas las chorradas: «¿Lo monetizaremos con la venta de ejemplares?». Una mierda, vaya. Sobornar a las fuentes era tan viejo como la propia prensa, pero a los burócratas no les entraba en la cabeza.

En el parque de la Ciutadella se levantó una ráfaga de viento fresquito a modo de recordatorio de que el verano tenía los días contados. Helena llevaba el pelo tan corto que no se le movió ni uno solo. Miraba a un punto indeterminado mientras aspiraba su tercer Ducados y la cabeza le carburaba a toda máquina. Después de unos instantes, verbalizó lo que le rondaba por la cabeza. La propuesta dejaría a Gabriela con la boca abierta.

—¿Quieres que te diga lo que puedes ofrecerme? Que *La Tribuna* publique una cosa.

—¿El qué? ¿Sobre qué?

—Sobre las condiciones laborales que tenemos en el hospital. Vamos con la lengua fuera y ya estamos hasta los ovarios. Tenemos un treinta por ciento más de pacientes por atender y no contratan a más personal. Y, para rematarlo, la dirección del hospital se plantea cerrar una planta y quirófanos. Desde el sindicato no dejamos de quejarnos, pero la dirección… como si oyera llover. Como siempre, vaya. Si esto lo publica un periódico como *La Tribuna*, verás como se ponen las pilas.

La enfermera —pobre como una rata, no había más que verla— podría haber salido con cualquier cantidad y embolsársela sin que nadie se enterara. Sin embargo, mira por dónde, resultó ser una persona con principios. Ese día, prejuicios con patatas para comer.

Gabriela era consciente de que *La Tribuna* se cambiaba de chaqueta cuando le convenía y de que desde hacía un tiempo se inclinaba hacia el centro derecha. Costaría Dios y ayuda colarle a Makaroff un reportaje como ese. Pero en el periodismo mandaba el cortoplacismo, así que aseguró algo que aún no sabía si podría cumplir para salir del paso y que Helena le contara con pelos y señales todo lo que sabía.

—Puedes contar con ello, Helena. Es un tema de interés.

—¿Seguro?

Sabe más el diablo por viejo que por diablo, y a Helena ya le habían tomado el pelo demasiadas veces en la vida. Las cosas nunca eran tan fáciles. Gabriela se quedó unos segundos en silencio y después interpretó un papel que nunca le había fallado.

—Mírame a los ojos. Mírame —insistió mirando fijamente a Helena —. Puedes confiar en mí. Te doy mi palabra. Y yo nunca falto a mi palabra. ¿Me has oído? Nunca.

Helena observó con atención a Gabriela. La enfermera parecía ajena al ir y venir de gente por el parque de la Ciutadella, al tabaco y a las agujas del reloj. Concentrada en esa periodista que le pedía que confiara en ella. Le habían metido tantos goles a lo largo de los años que ya era gata escaldada, pero también era idealista. Quizá este era su principal defecto en esta maldita sociedad. Aun así, acabó asintiendo.

—Muy bien. Trato hecho.

—Gracias, Helena. Mi compañero de la Sección de Sociedad, Xavier Manzanero, hablará contigo. Lo pondré en antecedentes y le daré tu contacto.

Helena se limitó a asentir con la cabeza y Gabriela aprovechó para reconducir el tema. Había llegado el momento de acorralar a la enfermera y que se lo contara todo.

—Las pacientes y el doctor Barceló. Nos habíamos quedado ahí. Te decía que debían de estar agradecidos contigo después de que te jugaras el pellejo por ellas.

—¿Agradecidos? ¡Y una mierda! Y eso que testifiqué a favor de la dirección después de que Carmen San Isidoro la palmara durante el traslado. Una representante sindical como yo… Quién me ha visto y quién me ve. Además, la verdad es que las dos pacientes eran unas gilipollas de marca mayor. De esas que te llaman chata para tratarte como si fueras su criada. «Chata, la comida. Chata, cierra la puerta». Me cago en todo, ¿es que a esta gente no la han enseñado a decir por favor? Y el marido de una de ellas, de Montse Casanovas, madre mía… Qué pedazo de idiota. El señorito banquero… A mi barrio lo llevaba yo.

—Pero tú las defendiste.

—Naturalmente. Una cosa no quita la otra. Es que tenían razón. Además, esas mujeres estaban a un paso de la taquicardia, y en su estado era peligroso. Eran imbéciles, sí, pero las defendí. Las mujeres aún pasaron dos o tres de semanas en el Sant Jordi después de aquello. El caso es que, justo después del traslado y la muerte de Carmen San Isidoro, el doctor Barceló se marchó unos diez días a Estados Unidos y el doctor García hizo el seguimiento de las dos pacientes. Y ahí se torció todo.

Gabriela, que no iba a conformarse con el titular, guardó un silencio que invitaba a desarrollarlo con una buena argumentación.

—El doctor García era una persona difícil. Llevaba a la gente al límite. Era tremendamente exigente y se creía una divinidad. De hecho, la mayoría de los médicos creen que lo son. No todos, ¿eh?, pero sí la inmensa mayoría. En la carrera deberían tener una asignatura que se llamara Humildad y Respeto. En el caso del doctor García se añadía que no tenía ningún filtro de puertas adentro del hospital. Otra cosa era cuando tenía una cámara o a un político delante. Entonces podía parecer la persona más encantadora del mundo.

—Tenía una doble cara, vaya.

—Muy bestia, además. Exageradísima. Era un gran cardiólogo, de eso doy fe, pero en el hospital la psicología no era su fuerte. El caso es que lo denunciaron tanto a la dirección del Sant Jordi como a los Mossos. ¿Recuerdas a Rosa Vila? ¿La compañera que huyó corriendo cuando Yuri Casasín me apuñaló?

—Sí.

—Pues al cabo de un tiempo de lo que te he contado, el doctor Barceló la fichó para el ICIB y le subió el sueldo. Justo cuando le faltaban cinco años para jubilarse, a la tía casi le duplican el sueldo. Yo me juego la vida y me quedo igual. Bueno, igual no: con cara de imbécil. Ella huye como una rata cobarde y la premian. ¿Tú lo entiendes?

—Mujer, a ver, no. No lo entiendo. Y empresarialmente, cuando le faltaba tan poco para jubilarse, todavía se entiende menos. La gente no es tan generosa.

—Yo no soy servil con los doctores. No los trato como a divinidades ni les río las gracias, y así me ha ido. Soy una desgraciada. Pero ese cambio con ese aumento desproporcionado no tenía ni pies ni cabeza. Casualidad o no, al poco tiempo Rosa Vila denunció al doctor García por agresión sexual.

—¿Al doctor García?

—Sí… No me lo imaginaba, la verdad. A mí nunca me lo pareció —la cortó en seco la enfermera—. Nunca. El doctor García podía ser exigente y déspota, que lo era, podía llevar a las personas al límite… Decían que incluso tenía permiso de armas, pero yo nunca vi que fuera un guarro o un agresor sexual. Y mira que estuve casi veinte años trabajando a su lado.

—¿Te crees a Rosa Vila?

—Ya sabes lo que pienso de ella.

Una jubilación dorada y, al poco tiempo, una denuncia que dejaba a Toni García en el centro de la diana. Demasiada casualidad. Vamos, hombre, ¿y qué más? Al olfato periodístico de Gabriela le llegaba el tufo a un kilómetro de distancia.

24

Dos millones ciento cincuenta mil dirhams —quinientos mil euros, redondeando— en una cuenta numerada y secreta en el Dubai International Bank de los Emiratos Árabes Unidos, un paraíso fiscal gobernado bajo la bandera de la opacidad financiera. A partir de ese momento, Nelson se convertiría en el máximo responsable de las actuaciones que Stéphane Fournier ejecutaría en un plan que le detalló en siete pasos.

Paso uno. Confirmado el pago, Stéphane ordenaría transferir los fondos a través de una sociedad pantalla a una sociedad receptora: la Health Heart, una compañía emiratí ya constituida. Sería a una cuenta numerada del Dubai International Bank sin vinculación directa con el nombre Nelson Sotomayor Valdés, que solo aparecía como beneficiario final de un trust fiduciario. Ninguna autoridad extranjera podría saber que Nelson estaba detrás de la cuenta sin una orden judicial emiratí, y los Emiratos seguían sin cooperar plenamente con España. Así que todo el mundo tranquilo.

El tránsito hacia la legalidad seguiría con el juego del gato y el ratón mareando el dinero por los laberintos de las operaciones *offshore*, disciplina en la que Stéphane Fournier era un consumado artista. Abriría otra sociedad llamada Proximity Investments en la Ciudad de Panamá. El propietario legal sería un director nominal;

registraría la empresa, figuraría como representante local en los registros públicos y, por descontado, sería sobornado con un buen fajo de billetes.

Paso dos. A través de la sociedad de Dubái, Health Heart, se haría una aportación de capital a la panameña Proximity Investments por valor de trescientos veinticinco mil dólares, y el motivo declarado sería «inversión en activos digitales». Mediante SWIFT, la transferencia pasaría por un banco con sede en las Islas Caimán. Después, Health Heart abriría una cuenta bancaria corporativa en el Central American Bank de Panamá.

Paso tres. Una vez en Panamá, el siguiente movimiento sería eliminar el rastro original del dinero. Aquí entraría en escena el mundo de los activos digitales. Stéphane haría compras controladas de criptomonedas utilizando plataformas como Binance, Bybit y Kraken a través de cuentas empresariales. Espaciaría las operaciones para no levantar la liebre.

Paso cuatro. A través de una cartera multifirma, Stéphane vendería los criptoactivos en plataformas que permitieran el intercambio de criptomonedas de manera descentralizada, como Uniswap y PancakeSwap, y blanquearía su origen cambiando bitcoins por monedas estables como los USDC. Después fraccionaría los activos en varias carteras.

Paso cinco. Seguimos mareando la perdiz. En cuanto hubiera «lavado» las criptos, Stéphane prepararía una salida legal a Europa para conseguir la repatriación a España. Aquí debería crear una historia fiscal verosímil. Simularía una inversión legalmente declarada. Nelson firmaría un contrato de inversor privado con una empresa maltesa que simularía una inversión en fondos de

criptoactivos por valor de doscientos veinte mil euros declarados como inversión privada con rentabilidad variable; crearía una factura y un extracto financiero de las ganancias de capital.

Paso seis. Nelson abriría una cuenta en España como persona física, y la empresa maltesa le transferiría las ganancias simuladas desde un banco europeo intermediario, el Bank of Valletta, para evitar la trazabilidad directa desde paraísos fiscales.

Paso siete. Los ingresos se convertirían en ganancias de capital derivadas de activos digitales y declararía la entrada en el modelo 720, pagaría un veintiuno por ciento de impuestos sobre la ganancia de capital y, alehop, el dinero pasaría a estar completamente limpio y ser operativo en España.

Siete pasos.

Enrevesado de cojones.

Todo limpio y pulido. Blanco como la nieve.

Liquidados los gastos de estructura, las comisiones, los intermediarios y los impuestos pagados en España, el importe neto final sería de doscientos noventa y dos mil euros. Una ganancia legítima a ojos del Estado.

—Así es como vamos a proceder, *monsieur* Sotomayor. ¿Lo ha entendido?

Nelson se limitó a asentir.

—Para la justicia, usted habrá cruzado varias líneas rojas tanto fiscales como legales: soborno y corrupción, blanqueo mediante estructuras *offshore* y simulación de inversiones. Dado que cuando termine la operación el dinero estará a su nombre, si lo pillaran se enfrentaría a pena de prisión de seis meses a seis años y multa de

hasta el triple del valor del dinero blanqueado. Sabiendo esto, ¿quiere que procedamos?

—Adelante.

Un apretón de manos selló el pacto. Si todo iba bien, Nelson tendría un buen botín al final del camino.

Stéphane se puso manos a la obra y Nelson se levantó para marcharse. El ascensor lo bajó a toda pastilla; tanto, que casi echa el hígado por la boca. Ocho plantas más abajo, salió de la lujosa recepción del Burj Khalifa. En la calle el aire era tórrido, pero con el montón de dinero que acababa de caerle a él no se lo pareció. Con los más de ochocientos metros de hormigón del edificio más alto del mundo escoltándolo y la operación ya en marcha, lo primero que tenía que hacer era llamar a Barcelona.

—Jesús, buenas noticias. Han pagado.

Al otro lado del teléfono, a siete mil kilómetros de distancia, Jesús sonrió complacido y después dio una larga bocanada a la máquina de oxígeno a la que vivía enganchado.

Era exactamente lo que el doctor esperaba escuchar. Medio millón de euros. Contantes y sonantes. Menos los que se fueran perdiendo en cada paso, claro. Casi trescientos mil. No estaba nada mal.

Pensó fugazmente en el asunto de CardioAdvance y las barrabasadas de Toni García. Cómo tenía que verse. Nunca habría pensado que haría algo así. Pero eso era antes de que la desesperación llamara a su puerta; una cosa es la necesidad y otra la avaricia.

Con el dinero ingresado, tocaba la contrapartida. Jesús colgó a Nelson y a continuación llamó a Carla Sala para darle instrucciones.

—Prepáralo todo para que Teresa Alsina pueda ingresar en una habitación individual del ICIB. Y que no le falte de nada. El tratamiento para las arritmias ventriculares graves se lo haremos en el hospital, en el Sant Jordi.

25

Las Vele di Scampia de Nápoles, cuatro edificios mastodónticos en forma de vela latina donde la mafia se hizo fuerte a partir de los años ochenta, son el corazón del tráfico de drogas en Europa. Desde allí, los tentáculos de la Camorra manejan toneladas de cocaína, cannabis, LSD y quién sabe cuánta mierda más que abastecen a adictos de todo el continente. En Scampia, quien dicta la ley es la Camorra. Y pobre de ti si te la saltas, que allí los juicios son sumarísimos y no se lleva eso de los alegatos de defensa.

Barcelona tiene sus Vele di Scampia en el bloque Saturno del barrio de la Mina. Un monstruo de hormigón de diez plantas dividido en seis escaleras, cuatro pisos por rellano y doscientas cuarenta y cuatro viviendas. Ni una más ni una menos. Ni punto de comparación con los napolitanos, aunque los tiroteos, los homicidios y la delincuencia son males cronificados.

Con este panorama no era raro que en el bloque Saturno la policía no fuera bienvenida y que pasarse por allí con uniforme supusiera un riesgo que no podía tomarse a la ligera. Hacía apenas un mes, un tiroteo entre bandas rivales de narcotraficantes —ciento cincuenta balas en cinco minutos— había sembrado el pánico entre los vecinos.

Tres semanas después del macabro regalo de cumpleaños enviado a Jesús Maria Barceló, todos los indicios llevaban a ese rincón abandonado de la ciudad donde hacía años que la palabra «futuro» había perdido su significado.

A las tres y media de la madrugada, la temperatura había caído hasta los diez grados y el calorazo del verano ya era un recuerdo reciente que no volvería hasta el año siguiente. A la cabo Sandra Rovira, el frío se le coló por la nuca hasta provocarle un escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Sentía el punto justo de tensión y nervios antes de un operativo con el despliegue de las grandes ocasiones: antidisturbios, coches patrulla, drones y un buen grupo de agentes con pocas contemplaciones.

A la hora fijada, un pelotón de dieciséis miembros del Grupo Especial de Intervención, la unidad militarizada de la policía, armado hasta los dientes, accedió a la portería medio a oscuras, donde la mezcla de olores a humedad y orina convertía el aire en irrespirable. Los parpadeos de un fluorescente impedían ver a más de unos centímetros alrededor. En la entrada, el GEI se encontró una colmena de hierro oxidado empotrada en la pared que un día fueron buzones, y por el suelo, cartas, botellas, envases y colillas esparcidas por todas partes. Los dieciséis policías fueron subiendo rellanos donde techos desconchados, grafitis en las paredes y telarañas en las barandillas daban la bienvenida a viviendas en las que abundaban problemas persistentes de penurias y tráfico de drogas. Sí, esa Barcelona también existía. Vivía de espaldas al esnobismo de la Fórmula 1, al dinero del Mobile World Congress, a la modernidad del Primavera Sound y al glamur de la 080 Fashion. Pero allí estaba,

arrinconada y cargando con el muerto de ser la oveja negra de una ciudad que habría deseado esconderla debajo de la alfombra.

Camuflado en el silencio de la noche, el pelotón seguía subiendo pisos.

Cuarto.

Quinto.

Sexto.

En medio del rellano, un agente oyó un aullido apagado y notó que algo se movía debajo de su bota. Al levantar el pie del suelo, una rata de palmo y medio y cola larguirucha huyó corriendo.

Séptimo.

Octavo.

Noveno.

Décimo.

Los miembros del GEI se plantaron delante de la puerta, ocho en cada lado, armas a punto, que sea lo que Dios quiera. A la de tres, un mazazo destrozó la puerta y el grito de «¡Policía!» resonó en todo el edificio. En la primera habitación, dos niños dieron un bote en la cama al ver que los apuntaban con subfusiles de asalto, pero los críos no eran el objetivo, así que el pelotón siguió adelante.

Cocina, vacía.

Lavabo, vacío.

Nada más entrar en la segunda habitación detectaron al objetivo. Los policías encañonaron a una bestia de tío que intentaba coger una pistola de la mesita de noche para librar un enfrentamiento desigual: cuatro contra uno, subfusiles contra pistola, un cuerpo de élite contra un quinqui de barrio.

—¡No, Yuri!

Honorinda San Isidoro, que conocía los golpes de genio de su marido, no quería un baño de sangre allí. Los niños, la pena, criarlos sin padre y ejercer de viuda. Válgame Dios, qué follón. Si alguien podía parar los pies a Yuri era ella. Y, por suerte, el macho obedeció, levantó las manos y un agente lo esposó. Acto seguido, hicieron lo mismo con Honorinda. Las maneras —hablamos de un cuerpo militarizado que no se anda con hostias— fueron las que fueron, y ella ya visualizaba la colección de moratones que le saldrían.

Yuri, encendido, se puso como una fiera al ver que le ponían la mano encima a su mujer. Porque era suya. Desde lo más profundo del alma le salió una retahíla de «hijos de puta» a pleno pulmón, pero, al llegar a la media docena, un mosso decidió que ya había sido suficiente y le administró jarabe de palo para que se callara.

Ya reducidos, llevaron a los detenidos al comedor y los sentaron en el sofá.

Con la situación controlada, Sandra Rovira entró en escena. Peinó el piso con la mirada. Parecía nuevo y no tenía nada que ver con la estética del edificio: suelo de parqué, carpintería exterior de aluminio, televisor plano de cincuenta y cinco pulgadas y electrodomésticos alemanes de gama alta. La cabo se acercó al matrimonio con paso firme y les plantó un papel delante de los morros.

—Señora San Isidoro, señor Casasín, aquí tienen la orden del juez para proceder a…

Antes de que la cabo hubiera terminado la frase, Yuri emitió un ruido gutural asqueroso y a continuación estampó un escupitajo en el documento. La cabo puso los ojos en blanco y reprimió las ganas de pegarle un mamporro con el puño cerrado. Santa paciencia.

—No empezamos bien, señor Casasín. Se les acusa de ser responsables del envío de restos humanos al señor Jesús Maria Barceló.

Sandra miró a Yuri a los ojos bastante más segundos de los necesarios. Después le frotó la orden judicial por la mejilla para limpiar el escupitajo.

—No tienen pruebas. Es imposible que las tengan.

Sandra miró largamente a Yuri con la sonrisa traviesa de quien va tres pasos por delante. Claro que tenían pruebas. Con la triangulación de la señal de los móviles de Yuri y Honorinda, los Mossos habían comprobado que los San Isidoro estaban en el complejo sanitario Antoni Gaudí la tarde en la que se dejó el regalo de cumpleaños en la recepción del ICIB. Pero todo esto el quinqui lo sabría llegado el momento. El clan de los San Isidoro tenía la motivación y la capacidad para materializar la venganza contra las personas que forzaron el traslado que le provocó la muerte a doña Carmen. El juez Simón Llanos de Alcázar compró el relato de Sandra y enseguida redactó la orden de detención y de registro. Yuri ya podía decir misa.

La cabo les leyó sus derechos a los detenidos y a continuación un contingente de agentes procedió al registro de la vivienda. Lo que encontrarían no ayudaría al matrimonio Casasín-San Isidoro.

26

—Estamos educando a una generación de imbéciles y yo soy cómplice de ello.

—¡Venga, hombre! ¿No crees que te flagelas demasiado?

—Joder, Josep, poner y quitar la mesa, tender, recoger y doblar la ropa y mantener la habitación ordenada… No pido tanto, coño.

—Ya sé lo que es ser ordenado para ti…

—Res-pon-sa-bi-li-da-des. Quiero que asuma responsabilidades. Pues la señorita cree que se le pide demasiado. Por no hablar de los estudios.

—Pero si lo aprueba todo…

—Perdona, solo faltaría… Que el nivel de hoy en día es bajísimo. Solo les preocupa que sean felices y se sientan realizados. No sé quién coño nos pagará las pensiones.

—Hablas como un viejo.

—Si tú lo dices…

—Lo que le pasa a tu hija es que echa de menos a su madre.

—Claro que la echa de menos, y lo entiendo. —Omar negó con la cabeza y después siguió desahogándose—. El problema es que no sabe lo que es el esfuerzo y la obligación. Muchos derechos, pero pocos deberes… Con tanta tontería, estoy criando a una pánfila.

—Pero no se te ocurra…

—No se lo diré. Tranquilo.

Suerte tenía Omar de contar con el agente Josep Alemany. Se conocían desde los tiempos de la academia, donde habían jugado partidos de baloncesto memorables que forjaron una buena amistad. Un tío llano. De los pocos a los que podía decirles las cosas tal como las pensaba, sin filtros. Claro que todo lo que se dice todo no se lo contaba. Omar prefería guardar algunas cosas a cal y canto en el baúl de las vergüenzas.

Dependiendo de la persona que te acompañara, los ratos en el coche patrulla podían dar mucho de sí. Problemas, confesiones, confidencias, consejos, ¿y tú qué harías? De vez en cuando, por la comisaría corría algún rumor de revolcón y, como en todas partes, se ponía en marcha la maquinaria del chisme.

Me han dicho que…

Esta persona con esta otra.

Se les ve de lejos.

Y, por descontado, un clásico del género: lo sé de buena tinta.

El coche patrulla con Omar al volante y Josep de copiloto se incorporó a la Travessera de Les Corts desde la calle Entença y, dejado atrás el colegio Pare Manyanet, entró en el aparcamiento de la comisaría rampa abajo.

Después de aparcar, Omar, como siempre, hizo el ritual de colocar todos los reguladores del panel de control hacia la izquierda. Josep, que había visto ese ceremonial una infinidad de veces a lo largo de los años, lo miró negando con la cabeza, como si su amigo fuera un caso perdido.

Cuando bajaron del vehículo, a Omar se le fueron los ojos hacia la antesala del área de custodia, la zona enrejada donde aparcaban los

coches patrulla que llegaban con detenidos. Detrás de la reja se había montado un buen follón. Cuatro agentes trasladaban a un hombretón musculoso y a una mujer bajo la supervisión de Sandra Rovira. Al ver a la cabo, a Omar le saltaron todas las alarmas y la relacionó con los corazones enviados a Jesús Maria Barceló. El caso que Gabriela destapó en exclusiva porque él le había cantado *La traviata*. Desde la cita anual en el hotel del Fòrum, no había vuelto a tener noticias de ella. Una vez al año. Una y basta. Puto pacto. Rápidamente vio la posibilidad de conseguir información o, dicho de otra manera, una excusa para hablar con ella. En su último encuentro, él le había proporcionado aquel notición a cambio de que accediera a volver a verlo antes de un año. Y Gabriela había aceptado. Joder si había aceptado. ¿A quién le amarga un dulce?

Era perfectamente consciente de que, si ese traspaso de información acababa sabiéndose, se exponía a recibir un buen palo de los de arriba y a que le cayera encima toda la ira de los de la DAI, la División de Asuntos Internos. Conocía el riesgo, pero por algo dicen que tiran más dos tetas que dos carretas.

—Ve subiendo, Josep, que voy enseguida —le dijo Omar, que se quedó mirando la escena desde una distancia prudencial.

Los cuatro agentes —grandes como armarios— sacaron del coche a Yuri Casasín y a Honorinda San Isidoro esposados. La mujer, con muchas más luces, era un corderito obediente, pero él era un caballo desbocado y, con su corpulencia, difícil de domar.

—Casasín, no me toques los ovarios que no tengo ganas de bronca. —Sandra Rovira levantó el índice muy recto.

Pero el tío ni caso; era un aspersor de testosterona. Cuando un agente lo cogía por el brazo, él intentaba soltarse. Pero las ganas de

tocar la pera duraron hasta que la paciencia de su mujer dijo basta.

—¡Yuri, basta, joder!

Y entonces Yuri se cuadró.

El jefe de turno ya había autorizado la entrada del matrimonio, y los cuatro gorilas los llevaron a la sala de recepción de detenidos.

—Vosotros dos, escuchadme. —Sandra chasqueó los dedos hasta que consiguió tener contacto visual con ellos—. Esta sala tiene un doble sistema de cámaras con micrófono incorporado. Aquí y allí. —Las señaló—. Lo que hagáis y digáis podrá verlo y escucharlo un juez. ¿Queda claro? Quedáis advertidos. Ahora poneos esto.

Les dio un chándal y una camiseta negra, y después los fusiló con la mirada de quien está hasta el gorro. Honorinda y Yuri obedecieron y se pusieron esa ropa. Luego la cabo les tomó las huellas con un escáner y el sistema detectó rápidamente los lofogramas. Efectivamente, no era la primera vez que los detenían.

—¡Vaya! ¡Ha salido el gordo! Por lo que parece, ya habéis visitado el hotel de la comisaría antes, ¿verdad? Ya sabéis cómo va esto: a la mínima, os lo advierto, a la mínima os las veréis conmigo. ¿Queda claro? A la mínima. —Como si repetirlo tres veces fuera garantía de algo.

Sandra no esperaba respuesta, así que dio media vuelta y no presenció cómo la penumbra de los calabozos engullía a los detenidos. A partir de ese momento, todo quedaría anotado en una ficha: comidas, incidentes de salud y encuentros con abogados, aunque la cabo solo esperaba saraos y trifulcas de Yuri Casasín.

Tanto Sandra como Omar se pasaron el resto de la mañana con el culo pegado a la silla por obra y gracia de la burocracia. A la cabo le parecía una absoluta pérdida de tiempo. Un error del sistema. Un

mientras hago esto no estoy persiguiendo a los malos. Para Omar, en cambio, era una bendición que le permitía catalogar el trabajo realizado fuera de la comisaría. Un sistema sin orden no es un sistema ni es nada. Para gustos, los colores.

Las tareas administrativas se prolongaron hasta la una y media. A esas alturas ya hacía rato que el estómago de Omar gruñía, así que decidió bajar al comedor con la fiambrera bajo el brazo.

A la hora de comer, allí se juntaba toda la diversidad de trabajadores que poblaban la comisaría: investigadores, agentes de la Científica, mossos, administrativos e incluso guardias urbanos que habían dejado a algún detenido en la única comisaría de Barcelona que tiene celdas.

Omar barrió el comedor con la mirada. Era de los que preferían comer solos a tener que improvisar cualquier conversación de ascensor que, después de un rato hablando de chorradas, acababa inevitablemente con su pensamiento proyectando un mono tocando los platillos. Mejor solo que mal acompañado. Siempre. Detectó un sitio libre justo detrás de los cuatro agentes que habían llegado con Sandra Rovira. Parecía que estuvieran comentando la jugada. Pues allá voy. Se sentó y extendió la comida en la mesa.

Fiambrera de vidrio (muerte al plástico).

Carbohidratos a la izquierda y proteínas a la derecha. Perfectamente diferenciado.

Trescientos cincuenta gramos en total. Gramo arriba, gramo abajo.

—¿Sabes lo que se ha encontrado en el piso de los San Isidoro?

—Pasta en metálico, tres pistolas, armas blancas y droga; dosis de cocaína, heroína, hachís y crack.

—Menudos perlas… ¿Muchas dosis?

—No lo sé exactamente. Sospechan que para abastecer los narcopisos que creen que tienen por esa zona.

—Debe de controlarlos ese Yuri Casasín. Joder, mira que está fuerte, ¿eh? Qué roca de tío, por Dios. Seguro que les arrancó el corazón él mismo con las manos. Como el tarado aquel de la segunda peli de Indiana Jones.

—Hombre, no es ningún angelito, aunque admito que ella me ha sorprendido.

—¿Quién? ¿Honorinda San Isidoro? ¿Por qué?

—Joder, ha sido ella la que ha acabado cuadrándolo.

—Es cierto, sí… ¿Qué tienen contra ellos?

—Montaron un follón en el Sant Jordi hace unos años y la madre de ella murió. Además, parece que la geolocalización del móvil los situaba a los dos en el complejo sanitario la tarde que le llevaron los corazones a Jesús Maria Barceló.

A partir de aquí, la conversación giró hacia temas que no tenían nada que ver con el trabajo. Que si coches, que si fútbol, que si series.

Omar ya tenía la información. ¿Y ahora qué? El instinto le pedía a gritos hacer una cosa y, durante el rato que tardó en terminar la comida, colocó todos los elementos en una balanza y el veredicto fue clarísimo: había más contras que pros.

Mientras fregaba la fiambrera y los cubiertos, terminó de decidirse. Al fin y al cabo, era complicado que lo pillaran. Él siempre pasaba inadvertido; era la máxima expresión del perfil bajo, y la recompensa era muy valiosa. Como era analítico, decidió que la dopamina tenía la culpa de lo que iba a hacer. Porque la culpa

siempre era de otro, de un elemento externo, del karma o de lo que fuera. En algún sitio había leído que la dopamina se disparaba cuando la recompensa no era predecible, lo que explicaba por qué muchas personas se sentían más atraídas por relaciones inestables que por vínculos seguros. La respuesta química del cerebro transformaba la incertidumbre amorosa en un estímulo poderoso: ese no saber si llegaría una llamada, un mensaje o un beso. Esto, en el amor, era angustia camuflada de deseo.

Con la fiambrera limpia ya en su taquilla, entró en el lavabo y se encerró en una cabina. Sacó el móvil del bolsillo y escribió un wasap. Definitivamente, a la mierda el pacto.

Omar

Hola! Cómo estás? Han detenido a dos personas por el envío de los corazones al ICIB. He visto cómo los metían en las celdas. Uno de ellos es una bestia que da miedo

Gabriela

Hola! Dónde los han detenido?

En el edificio Saturno

El de la Mina?

Sí

Sabes cómo se llaman?

Yuri Casasín y Honorinda San Isidoro

Qué tienen contra ellos?

La geolocalización del móvil el día que se dejaron los corazones en el ICIB

Muchas gracias, guapo

Y de repente el «En línea» de la parte superior de la pantalla desapareció. Ni un quedemos, ni un triste emoticono de un beso.

Nada de nada. Puta dopamina. Toda la culpa era suya.

27

Aquel rincón de la ciudad, desolado y fantasmagórico, hacía que cualquier ruido amplificara la sensación de vulnerabilidad. Su cuerpo, de manera inconsciente, había adoptado una actitud defensiva. Miraba constantemente a izquierda y derecha, adelante y atrás, con los músculos tensos y la respiración más rápida, más marcada. Y las manos, frías y temblorosas, claro. Es lo que tiene el miedo.

Rai, puntual por naturaleza, tenía que llegar tarde precisamente ese día. Gabriela resopló un poco desesperada. En el ambiente flotaba una mezcla de polvo, hollín del tráfico y humedad que se entrelazaban haciendo el aire tan áspero que costaba respirar.

Un saco de huesos que rondaría los cincuenta años se le acercó con un andar parsimonioso. Tenía los ojos rojizos y la cara chupada, y llevaba un chándal de no sé qué equipo que apestaba a sobaco. Se plantó delante de ella aspirando un cigarrillo que sujetaba con el índice y el pulgar. La miró fijamente y después la repasó de la cabeza a los pies con total impunidad, el muy cerdo. Gabriela sintió que todos los pelos del cuerpo se le erizaban. El hombre sonrió y dejó al descubierto un par de premolares de oro que brillaban en una dentadura renegrida por el tabaco y la falta de higiene bucal. Gabriela pensó que era mejor evitar el contacto visual directo para no provocar conflictos.

—¿Qué haces aquí sola?

—…

—Eh, ¿eres sorda?

—Hemos venido a ver al señor Benancio.

La voz de Rai procedía de detrás del palillo, que dio media vuelta y se topó con una montaña que le sacaba como mínimo dos cabezas y le doblaba el peso.

—Dime, ¿dónde podemos encontrar al señor Benancio? —le preguntó Rai.

—¿De parte de quién?

—¿De verdad quieres saberlo? —Rai hizo el gesto de abrirse la chaqueta para sacar el carnet de prensa, pero el hombre pensó que era la placa y cantó rápido.

—En el sexto cuarta.

El hombre del chándal se marchó corriendo convencido de que dos secretas corrían por el barrio.

—Joder, Rai, ¿tenías que llegar tarde precisamente hoy?

Gabriela y Rai entraron en el edificio Saturno, un monstruo de hormigón con estética de centro penitenciario. La puerta de entrada, roja y llena de grafitis, era de barrotes, y el suelo estaba tan grasiento que los zapatos se pegaban al pavimento.

La portería, medio a oscuras, era un espacio lúgubre que apestaba a moho con paredes que supuraban pringue. Al lado del ascensor había un montón de cartas tiradas por el suelo de las novecientas personas que vivían en el bloque. Agachada, una mujer de más de sesenta años las revisaba por si había alguna a su nombre, que seguro que sería portadora de malas noticias. Allí no

llegaba nada bueno. Facturas, citaciones y embargos eran el pan de cada día.

—Estamos rodeados de mierda. Y de ratas. Nos suben por las piernas —les soltó la mujer en el tono de quien ya no puede más.

Canta de lejos que no somos de aquí, pensó Gabriela, que, tras haber escuchado la palabra «ratas», sentía escalofríos y picor por todo el cuerpo.

Ratas, marginalidad e inseguridad: bienvenida a la realidad de los olvidados de la sociedad.

El panel del ascensor indicaba que la puerta estaba abierta en algún punto del edificio, así que les tocaba hacer piernas. Seis pisos arriba por la escalera fueron la constatación de las condiciones deplorables del lugar. El camino hasta el sexto estaba alfombrado de suciedad: campos de colillas, pieles de plátano, compresas, bolsitas para guardar la droga… De todo. Y de todo era de todo.

En el rellano del tercero, una puerta entreabierta dejaba ver parte del interior de un narcopiso en el que un hombre, tirado por el suelo, tenía los ojos medio aquí, medio allá, la boca desencajada y una jeringa colgando del brazo izquierdo.

Por fin llegaron al rellano del sexto. Una tan fresca y el otro con la lengua fuera. Un hombre alto y fuerte como un roble estaba plantado delante de la puerta número cuatro. Tenía la mirada fija y ni se inmutó al verlos.

—Venimos a ver al señor Benancio.

Gabriela inclinó la cabeza hacia atrás para intentar tener contacto visual, pero el gorila, mudo, miraba al vacío como si oyera llover. Inmóvil, como uno de esos guardias reales británicos. Claro que ni él tenía la misma planta ni aquello era el palacio de Buckingham.

—Somos periodistas de *La Tribuna*. Estamos investigando la muerte de doña Carmen.

Gabriela había tocado la tecla correcta. Al escuchar el nombre de la matriarca, el hombre abandonó la pose hierática, bajó unos grados la cabeza y miró fijamente a la periodista. Había conseguido captar la atención de esa roca con piernas y tenían que aprovecharlo. Rai, curtido en mil batallas, sacó el carnet de prensa y se lo mostró. Gabriela lo imitó. La bestia abrió la boca por fin.

—Esperad aquí.

Entró en el piso y los periodistas se quedaron solos en el rellano. El silencio de ambos escondía un alud de pensamientos intrusivos que les generaba la sensación de peligro inminente. Hasta que volvió el secuaz, los minutos se hicieron más largos que un día sin pan. Al final se abrió la puerta y el hombre asomó la cabeza.

—Seguidme.

Un por favor seguramente era pedir demasiado. Gabriela y Rai, obedientes, siguieron los pasos del musculitos y entraron en el sexto cuarta. El interior del piso desentonaba con el resto del edificio. Todo parecía bastante nuevo: parqué en el suelo, carpintería exterior de aluminio y luces led. En ese entorno, todo un lujo. Cruzaron un largo pasillo y llegaron a una sala de estar donde, sentado en un sofá y con las manos apoyadas en un bastón, estaba el señor Benancio. A primera vista parecía una persona que había vivido mucho. Pelo plateado, piel arrugada y una gran cicatriz que le atravesaba la mejilla de arriba abajo, desde el labio hasta el ojo. A Gabriela se le pasaron por la cabeza mil maneras de habérsela hecho, pero se guardaría mucho de preguntárselo.

El viejo miró a Rai fijamente a los ojos sin pestañear, sin decir ni pío, sin que ninguna fuga en la mirada dejara entrever qué coño se le pasaba por la cabeza. Estuvo así un minuto que se hizo eterno. De nada servía que Gabriela se preguntara por qué se habían metido en ese follón, aunque lo sabía. Ella misma se respondió: para escalar en el periódico y en la profesión, por ego y también por dinero.

—¿Qué hace aquí? —El señor Benancio señaló a Rai con la barbilla.

—Soy Raimon Ventura y ella es Gabriela Palau. Somos periodistas. Estamos investigando la muerte de doña Carmen en el traslado del Hospital Sant Jordi al Vall d'Hebron.

Al oír el nombre de su mujer, el señor Benancio se santiguó y sacó un crucifijo que llevaba colgando por debajo de la camisa para darle un beso. Era grande, de unos diez centímetros. Y de oro, a juego con el anillo de sello que llevaba en el dedo corazón.

—¿Ha dicho Raimon?

—Sí, señor.

—¿Qué quiere investigar, Raimon?

—Si hubo negligencia médica.

—No hace falta que lo investigue. Ya se lo digo yo: sí, la hubo.

Tenía la voz muy grave. Hablaba a cámara lenta, con pausas, como si marcara cada signo de puntuación. Miraba únicamente a Rai e ignoraba a Gabriela, como si no existiera.

—Necesito pruebas para acreditarlo.

—Mi palabra es la prueba.

—Me temo, señor Benancio, que un tribunal necesita algo más.

—El hospital lo tapó todo.

—¿Qué pasó?

El señor Benancio se explayó. A grandes rasgos, la versión de los hechos coincidía con la de Santi Nadal y Helena Soto, pero ya sabemos que cada quien ve las cosas a su manera y que la culpa siempre es de los demás.

—Les acusaron de mala educación y de generar un ambiente irrespirable porque allí se acumulaba un gentío que hacía mucho ruido.

Con el apunte, Gabriela quería formar parte de la conversación, pero el señor Benancio, empeñado en seguir ignorándola, respondió mirando a Rai.

—¿Mala educación? De ninguna manera. Yo, sin tapujos, hablaría de racismo. Ra-cis-mo. Tal como suena. O, siendo generoso, hablaría de desconocimiento de la vida de los que tienen a su lado.

Rai se había quedado con la copla de cuál era el camino que seguir: si quería sacar algo de esa visita, debía hablar solo él.

—¿Por qué lo dice, señor Benancio?

—Para nosotros es un deber acompañar a los familiares o a los miembros de la comunidad cuando están en el hospital. Nosotros creemos que la enfermedad es un paso previo a la muerte, la antesala del cementerio. ¿Quién es el maleducado entonces? El que no respeta las costumbres ni los sentimientos de los demás, creo yo. Y, si nos atacan, tendremos que defendernos. ¿O no?

¿Mala educación o hecho cultural? ¿Salvajes o racistas? ¿Agresión o defensa? Ninguna realidad es absoluta; depende de diferentes factores que se interprete de una manera o de otra.

—Ha dicho que es periodista, ¿no?

—Sí. De *La Tribuna*.

La cara que puso dio a entender que nunca había oído hablar de ese periódico.

—¿Es de los buenos?

—Eso dicen.

—¿De los que cuentan la verdad?

—*La Tribuna* siempre dice la verdad, señor Benancio.

A fuerza de años, Rai había aprendido a decirlo con todo el aplomo del mundo.

Gabriela, en cambio, sintió que su detector de mentiras interno movía la aguja arriba y abajo dibujando un terremoto de magnitud siete en la escala de Richter.

—Pues, Raimon, cuente que Honorinda y Yuri no tienen nada que ver con eso de lo que se les acusa. Que les han cargado con el muerto por lo que pasó hace unos años. —Volvió a santiguarse y a besar el crucifijo.

—Pero, señor Benancio, la geolocalización del móvil los sitúa en el ICIB en el momento en el que se entregó la caja con los corazones.

—Ellos no lo hicieron, créame.

—Aunque las pruebas digan lo contrario.

—Exactamente.

—¿Y entonces por qué se les acusa?

—Porque la gente quiere culpables y quiere encontrarlos rápido. Es más fácil señalar a unos marginados de la sociedad que buscar a los auténticos responsables.

—Como mínimo, dos de las tres personas muertas, Montserrat Casanovas y Olga Mir, eran las que los denunciaron cuando doña Carmen estaba ingresada.

—Esas hijas de puta… Siempre mirando por encima del hombro. Racistas de mierda… Mire, no sabía que ellas eran las víctimas, pero, Dios me perdone, para mí están mejor muertas. —Y otro beso al crucifijo—. Para esa gente nunca dejaremos de ser escoria que sobra en esta sociedad. ¿Usted sabe lo que se siente cuando te miran como si fueras una cucaracha? No, claro que no. Nosotros no tenemos oportunidades, ¿sabe? Cuando naces en la mierda, ya estás condenado. Nadie le da un curro decente a un tipo como yo, y mucho menos uno que pague bien. Te miran el barrio, los antecedentes, la cara…, y ya han decidido quién eres antes de que abras la boca.

—¿Buscarse la vida es delinquir? —A juzgar por la reacción del señor Benancio, aquí Rai se la jugó mucho.

—¿No delinquen los reyes y los políticos y viven en palacios? Sin embargo, nosotros no vivimos en un palacio precisamente. Nosotros crecimos sin un duro, sin apoyo y con todo el mundo señalándonos. Nos hicieron sentir basura desde críos. ¿Y sabe qué pasa cuando apartas a alguien de la sociedad? Que acaba lleno de rabia.

—Entiendo perfectamente lo que me dice, pero Yuri hirió a una enfermera con una navaja.

—Yuri es un buen chico, pero es de mecha corta. A veces lo pierden sus arrebatos. Mire, puede que no seamos hermanitas de la caridad, pero, si eso mismo lo hace un niño de buena familia de Pedralbes, puedo asegurarle que como mínimo tendrá presunción de inocencia.

Touché. Rai no supo qué rebatir.

—Si la geolocalización de los móviles sitúa a Yuri y a Honorinda en el ICIB el día que alguien llevó la caja con los corazones, ¿cómo

puede acreditar que no mataron a Montserrat Casanovas y Olga Mir?

El señor Benancio examinó a Rai de arriba abajo. Como si antes no hubiera tenido suficiente. De repente se levantó del sofá apoyándose en el bastón.

—Dígame, ¿usted es racista?

—No, señor.

—¿Se fía de mí? ¿De un marginado de la sociedad?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Entonces, por primera vez en toda la conversación, el señor Benancio se dirigió a Gabriela.

—Señorita, acompáñeme.

—¿Y yo?

—Usted, Raimon, se queda aquí. Con él. —Señaló con la barbilla al guardaespaldas—. Ha dicho que se fía de mí, ¿no?

—Eh… Sí.

—Pues vamos —dijo el anfitrión dirigiéndose de nuevo a Gabriela.

Rai y Gabriela se miraron nerviosos. Aunque a él no le hacía puñetera gracia, dio la última palabra a Gabriela interrogándola con la mirada. Lo que tú decidas, parecía decir. Ella asintió sin dudarlo. El peso que en esta decisión tuvieron las zanahorias de otra exclusiva y una paga doble solo lo sabía ella.

La puerta retumbó detrás del señor Benancio y de Gabriela con tanta fuerza que a Rai se le heló la sangre.

Ego. Dinero. Malditos sean.

28

Gabriela siguió los pasos del señor Benancio por las tripas del edificio Saturno. Ayudado por el bastón, iba bastante más deprisa de lo que en un principio ella se había imaginado. Bajaron dos pisos, hasta el cuarto, y se plantaron delante de una puerta de la que se desprendían pequeñas láminas de pintura. El hombre se sacó del bolsillo un gran manojo de llaves, tanto de serreta como de puntos. A simple vista, Gabriela habría apostado a que eran unas quince. Después de hacer una selección rápida, cogió una y abrió la puerta del cuarto tercera.

El piso estaba totalmente a oscuras. El viejo y la periodista se adentraron en lo que parecía la boca de un lobo. Después de cerrar la puerta tras de sí, la visión de Gabriela se fundió a negro. Su cuerpo reaccionó poniéndose de nuevo en guardia con el corazón acelerado, la piel de gallina y la respiración contenida a más no poder. La vista había quedado reducida a la nada. El oído se le aguzó al máximo, y su imaginación, traicionera como ella sola, multiplicaba por mil la amenaza de cada ligero ruido.

Oyó los pasos del señor Benancio avanzando. Extendió el brazo hacia delante hasta apoyar la mano en el hombro del patriarca San Isidoro. El hombre podía pasearse por la penumbra con los ojos cerrados, literalmente. A Gabriela se le pasó por la cabeza sacar el

móvil para tener un pequeño haz de luz, pero no era ella la que tenía la sartén por el mango, y hacer enfadar al anfitrión no era una opción. Giraron un par de veces, primero a la izquierda y después a la derecha. De repente, un paso pareció un pequeño salto al vacío. Era un escalón. Luego llegaron varios más. Ya en plano, dieron unos diez pasos seguidos. Debía de ser un pasadizo. Oyó el chirrido de una puerta abriéndose. Inmediatamente después oyó unos pasos correteando en la oscuridad. Algo le rozó el pantalón y al instante su cerebro proyectó a una criatura de pelo corto y rizado, de textura rugosa y aspecto roñoso. Le vino a la mente la mujer que rebuscaba entre las cartas en la entrada de la escalera: «Ratas. Nos suben por las piernas». En una reacción corporal involuntaria, una corriente eléctrica punzante le recorrió la espalda desde la cabeza hasta el culo y, en un acto reflejo, su mano derecha apretó con fuerza el hombro del señor Benancio, que seguía caminando en medio de la negrura más absoluta. De repente, el viejo se detuvo en seco. Gabriela exhaló nerviosa y repetidamente. Notó la falta de circulación del aire y un olor terroso que impregnaba el ambiente.

Tras el clic de unos diferenciales, una bofetada de repentina luz de fluorescente castigó los ojos de Gabriela. Por un momento, el mundo quedó reducido a manchas blancas, círculos luminosos y sombras coloreadas que bailaban delante de ella. Poco a poco fue recuperando la visión, en la que se edificaba la figura del señor Benancio y la de un hombre escuálido. Gabriela se frotó los ojos. La visión difuminada aún tardaría unos segundos en desaparecer.

El señor Benancio tenía a su lado a un tirillas con una camiseta de tirantes y una barba descuidada. La periodista miró al patriarca con incredulidad.

¿Quién era ese hombre?

¿Estaba secuestrado?

¿Y ella?

Si ella lo estaba, ¿Rai también?

Gabriela radiografió el lugar lo más deprisa posible. Habían entrado por una puerta oculta detrás de una estantería falsa en ese zulo donde escondían vete a saber qué. De momento, a una persona. Nada definía mejor el lugar que la palabra «guarida»: unos diez metros cuadrados de paredes, suelo y techo de cemento visto.

Había una cama plegable arrimada a una pared, una manta, una silla y una pequeña mesa de cristal. Encima descansaban un móvil, una botella de agua y los restos de una comida reciente. Todo estaba revuelto, como si nadie hubiera pensado en aquel lugar para vivir durante mucho tiempo.

La falta de luz natural y el olor a encierro resultaban más opresivos que la pobreza del mobiliario. Pensó en Omar y en la urticaria que le daría pasar allí dentro varios días seguidos.

—Tranquilo, Juan, que aún no han venido. ¿Lo tienes todo preparado?

—Sí, tito Benancio.

—Aquí tiene, señorita, la razón por la que Yuri no pudo matar a nadie ni enviar ningún corazón. Juan San Isidoro. J. S. I. Usted es periodista, seguro que ha oído sus iniciales en los medios. Es mi sobrino. Huyó de la cárcel de Picassent durante un partido de fútbol. Parece que cuando hay fútbol se montan unos follones en la cárcel… Y lo aprovechó. La vida es de los espabilados. —A Gabriela le llegó el flash de haber oído la noticia en la radio mientras se dirigía en taxi al Hospital Sant Jordi para hablar con Helena Soto—. Yuri estaba

esperándolo fuera de la cárcel y huyeron de Valencia esa misma noche. Cuando los corazones aparecieron en el ICIB, Yuri y mi sobrino ya llevaban días escondidos en Tarragona, en una casa segura. Y tres semanas después vinieron aquí. Como ve, nosotros cuidamos mucho a la familia. Pero, como comprenderá, estas cosas no podemos contárselas a la policía.

—¿Y la geolocalización del móvil?

—Somos marginados, pero no idiotas. ¿Cree que no sabemos que la pasma puede mirar la posición del móvil? Nosotros también vemos los programas esos sobre crímenes reales en los que sale la policía. Cuando Yuri fue a Valencia, le dejó su móvil a Honorinda. Ella lo llevaba encima para que, llegado el caso, los agentes vieran que había actividad. ¿Cree que no sabemos que si un San Isidoro se fuga de la cárcel sospecharán de nosotros?

—Pero el móvil de Honorinda también estaba en la zona del ICIB.

—Sí, mi hija fue al Hospital Sant Jordi con su cuñada, que tenía una visita. Y justo va y explota ese follón. Ya es puta mala suerte. —Chasqueó la lengua y remató la maldición negando con la cabeza.

La familia San Isidoro, repudiada por la sociedad, no mentía, y dos inocentes estaban en el calabozo cargando con una acusación de triple asesinato. Poca broma. La madre muerta por negligencia médica y además tenían que tragarse este sapo. Cornudos y apaleados. Entre la maraña de pensamientos que asaltaban a Gabriela, uno tronaba con fuerza: la línea de investigación de los Mossos era errónea y ella podía adelantarlos por la derecha.

—¿Por qué no se lo cuentan a la policía, señor Benancio?

—Si lo contamos, Juan tendría que cumplir su condena y le caerían unos añitos más por haberse fugado. A Yuri y a Honorinda,

la colaboración en la fuga de un preso considerado peligroso no les saldría gratis y también irían a la cárcel. *Precisamente*, no pasaron la noche en ningún hotel del que pudieran sacar una factura y enseñársela a la policía. El relato ya está hecho y encaja muy bien con lo que la gente quiere oír: unos quinquis les arrancan el corazón a los que los denunciaron y se los envían al que provocó la muerte de la matriarca de la familia. Una historia que ustedes, los periodistas, pueden vender la mar de bien. El problema es que es mentira. Pero nadie nos creerá y lo sabemos. Ya lo he visto demasiadas veces. ¿Me cree ahora, señorita?

Gabriela consiguió sostenerle la mirada al viejo durante unos largos segundos y al final asintió lentamente.

—Adiós, Juan. Ten todo a punto a la hora que te dije.

El señor Benancio bajó de nuevo el fusible, cerró la puerta oculta detrás de una estantería falsa y la oscuridad volvió a reinar en ese rincón del edificio Saturno.

—En unas horas, mi sobrino se marcha de aquí, y usted y yo no lo hemos visto nunca. ¿Entendido?

—Entendido, señor Benancio.

—Ah, señorita, una última cosa: supongo que se da cuenta de que, si usted o su amigo dicen una palabra de esto, tendremos que ir a por ustedes.

En la negrura más absoluta, la voz del señor Benancio parecía aún más grave y poderosa. Como la del mismo diablo.

29

El Mercedes negro se plantó delante de la puerta del ICIB. El chófer —americana, corbata y espalda como un armario— bajó para abrir la puerta trasera. De ella salió Baltasar Padilla con aires de bruto y a continuación Teresa Alsina con gafas de sol, un pañuelo Gucci perfectamente colocado y el gesto altivo de quien está convencido de que el dinero lo compra todo. Él, con andares de elefante, y ella, con andares de gata presumida, se dirigieron a la puerta de entrada, donde los esperaba Carla Sala al pie de la escalera.

—Señor Padilla, señora Alsina, bienvenidos al ICIB.

Se estrecharon la mano y después la doctora los acompañó al interior.

—Su secretario, señor Padilla, ya se ha encargado de todos los trámites del ingreso.

La mujer estaría ingresada durante un tiempo indeterminado, lo que tardaran en hacer el ensayo clínico de las arritmias ventriculares graves. Su cardiopatía era el hilo del que pendía su vida. Tras remover cielo y tierra (y alguna cosa más), Teresa Alsina entró a formar parte del ensayo. Que un hospital público y de referencia lo llevara a cabo se justificaba por la alta mortalidad asociada, la necesidad de nuevas terapias y la detección y prevención con nuevas tecnologías y biomarcadores.

Aunque el ensayo tendría lugar en el Sant Jordi, la paciente estaría ingresada en el ICIB. Los dos edificios estaban conectados, pero en cuanto a comodidades eran la noche y el día. Las habitaciones del ICIB parecían suites privadas medicalizadas con vistas al parque de la Ciutadella, muebles de diseño, televisor de pantalla curva y un menú dietético elaborado por un chef propio. Nada de compartir habitación, nada de rancho para comer y nada de olor a excrementos cuando un compañero hacía de vientre.

Toni y Jesús se inspiraron en Assisclínic, la parte privada del Hospital Clínic, y, como eran listos, evolucionaron el invento. Por allí habían pasado personas de bolsillo infinito, como miembros de la familia real, empresarios del Ibex y burgueses habituales. La gente atrae a gente, y si son famosos adinerados, aún más.

Baltasar Padilla formaba parte de la flor y nata empresarial del país gracias a Next Energy, la primera comercializadora de energía independiente de España, con filiales en México, Chile, Países Bajos, Panamá, Portugal, Bulgaria y Bélgica. Estaba especializada en la venta de electricidad y gas, con un fuerte enfoque en las energías renovables, el autoconsumo y la digitalización. Baltasar Padilla, fundador y CEO de Next Energy, poseía el cuarenta y cinco por ciento de una compañía que arrojaba buenos dividendos y un sueldo que llegaba a los siete dígitos entre bonificaciones, incentivos a largo plazo y mandangas varias. En fin, que la pasta manaba a cascoporro. ¿Y para qué se quiere el dinero si no es para cuidar la salud?

Carla y el matrimonio Padilla caminaron por las tripas del edificio hasta la habitación que iba a ocupar Teresa Alsina. El ICIB tenía aspecto de hotel boutique más que de hospital. La mujer no podría

sentirse más a gusto. Al llegar, encontró sus maletas, un ramo de flores y un juego de albornoz y zapatillas nuevas a estrenar.

—Les dejo que se acomoden. En los próximos días haremos todo tipo de pruebas: resonancias, ecografías, pruebas de esfuerzo… Dentro de un rato vendrá una enfermera y se lo explicará todo. Pese a su estado de salud, el doctor Barceló me ha pedido que les diga que supervisará su caso personalmente. Cualquier cosa que necesiten, hágannoslo saber.

—Muchas gracias, doctora.

Carla dejó al matrimonio solo en la habitación.

—¿Dónde va esta mujer con ese pelo sin teñir y los zapatos tan gastados?

—Olvídate del pelo y de los zapatos, Tere. Has tenido la suerte de entrar en este ensayo con el mejor cardiólogo del mundo y una gran cirujana. De las mejores del mundo también.

—Más le vale que sea buena. Porque a juzgar por la imagen…

La mujer empezó a deshacer la maleta ajena a las razones reales que la habían llevado a tener la «suerte» de que la eligieran para el ensayo. Teóricamente, cualquier persona podía acceder a un ensayo clínico de un hospital público y de referencia siempre y cuando cumpliera los requisitos específicos establecidos en el protocolo. Estos ensayos tenían criterios muy concretos que podían incluir factores como la edad, el diagnóstico médico, el estado general de salud o el tratamiento que se recibía en ese momento. Mira por dónde, la mujer los cumplía absolutamente todos. Todos. Su marido, Baltasar, sabía por experiencia que la suerte no existe, que es un invento de los mediocres para justificarse ante los fracasos. A él, enamoradísimo de su Tere, le aterraba la idea de quedarse viudo

antes de tiempo, y a golpe de talonario y de tráfico de influencias había conseguido que su mujer entrara en el ensayo. «Que no le falte de nada», especificó Jesús. Pues adelante con los faroles.

Dicen que con dinero baila el perro. Y el perro bailaba gracias al medio millón de euros depositado en el Dubai International Bank a nombre de Nelson Sotomayor. Un buen fajo de euros a cambio de entrar en un ensayo clínico de la sanidad pública que, si iba bien, le salvaría la vida. Ante la ley, quizá, pero ante la sanidad está claro que no todos los ciudadanos son iguales.

30

El otoño, magnánimo, devolvía Mallorca a los autóctonos, que recuperaban la isla usurpada por los turistas y sus euros durante los meses de verano. El calor había hecho las maletas hasta el año siguiente, y Gomila podía por fin volver a disfrutar de la sierra de Tramuntana al amanecer corriendo por caminos rurales. *Trail running*, como lo llamaban los modernillos. Quizá es que en inglés las cosas sonaban mejor, pero para él, terco como una mula, toda la vida sería ir a correr por la montaña. Y punto.

Hacía un año que a Gomila le había dado por el deporte. Un día, la típica foto de grupo circula por el WhatsApp. Qué pintas, joder. ¿Cómo había podido dejarse tanto? Papada, cara de pan de kilo y michelines habían engullido al joven atlético que un día había sido. Los años no pasan en balde, y a partir de los cuarenta cuesta Dios y ayuda desahuciar a los pliegues de grasa alrededor de la cintura. Si además no te cuidas, más te vale que el aspecto físico te importe un bledo, porque estás condenado.

Desde ese día, el de la puta foto, nada de pan, nada de alcohol, nada de picotear, dieta espartana y mucho deporte. En unas semanas (a él se le hicieron larguísimas), Gomila empezó a verse más delgado, y lo mejor era que la gente se lo decía. Poco a poco se enganchó a la droga de mirarse en el espejo y gustarse. Él, gracias a

Dios divorciado, no había dicho su última palabra en el terreno de los sentimientos, y en un mundo de cartón piedra como este, por desgracia todo entra por la vista.

Esa mañana iba como un cohete. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Controlando la respiración, las pulsaciones y el ritmo de carrera. Cada inspiración le llenaba los pulmones de aire limpio y fresco con olor a pino, romero y tierra húmeda. A primera hora, las vistas desde la sierra de Tramuntana eran espectaculares. Solo el sonido de los pasos rítmicos sobre las piedras del camino rompía el silencio. Correr por allí le aportaba una calma profunda que lo ayudaba a mantener los pensamientos y la forma física en armonía.

Después de un rato de subida en el que el corazón le exigía ciento setenta latidos por minuto, empezó a bajar hasta la playa de Repic casi flotando. Ligero como una mariposa y rápido como una liebre.

A las siete y cuarto de la mañana llegaba a la arena de la playa. Deberes hechos. Inspiró el aire de mar para que le impregnara las fosas nasales y exhaló profundamente saboreando el perfume del salitre. No sabría vivir lejos de la costa. No podía creer que hubiera gente que prefiriera el alquitrán y el bullicio de una ciudad.

Después siguió con su ritual diario. Se quitó el calzado deportivo, los calcetines y la ropa empapada de sudor y, totalmente desnudo, entró en el agua. Estaba fresquita, aunque cualquier finolis urbanita habría dicho que estaba helada. Él se bañaba todo el año en el mar. Pero desnudo, como a él le gustaba, solo podía hacerlo en temporada baja, porque si no los señoritos turistas se escandalizaban. De fuera vendrán que de casa nos echarán.

Se zambulló durante unos segundos tejidos de serenidad. Después sacó la cabeza a la superficie, y el eco del agua alrededor

de los oídos se rompió. Tenía un plano privilegiado del litoral de Sóller al amanecer. Con la playa para él solo, dejó que su cuerpo se balanceara al ritmo de las olas. La relajación del vaivén acompasado le desentumecía las piernas y las preocupaciones. Pero la paz tenía los minutos contados.

Se volvió hacia las rocas y no tardó mucho en interpretar lo que estaba viendo. De manera casi instantánea sintió que empezaban a temblarle las piernas. Una figura extendida descansaba bocabajo donde rompían las olas. Enseguida se dio cuenta de que no se movía. Ni un leve gesto. Nada. El corazón de Gomila, poniéndose en el peor de los escenarios, arrancó un galope descontrolado. Se acercó poco a poco. El cuerpo —desnudo e inerte— tenía la espalda casi fuera del agua. El pelo largo se mecía de un lado a otro al compás del vaivén del mar. Tenía la piel pálida. Gomila le apoyó la mano en el hombro; estaba frío. Efectivamente, los ojos no mentían. Esa persona estaba muerta. Dio la vuelta al cuerpo: una mujer, cara desfigurada, cuencas de los ojos vacías. En un gesto espontáneo, Gomila se echó hacia atrás. Su olfato identificó el toque acre de la descomposición. Imposible confundirlo. Inmediatamente, unas náuseas parecieron el preludio de un vómito que pudo controlar. Salió del agua a toda prisa. En la arena se puso la ropa sudada y dio gracias a Dios por coger siempre el móvil cuando salía a correr por la montaña.

El 112 respondió enseguida. Con el habla entrecortada, contó todo el panorama. Al otro lado del teléfono, una voz amable intentó tranquilizarlo. Después le pidió que describiera lo que había visto. Gomila empezó por lo que más le había llamado la atención: entre los dos pechos, a la altura del esternón, el cadáver tenía un cráter

que dejaba a la vista varias capas de tejidos humanos. Era grande, cabía una mano. Cualquiera diría que a esa mujer le habían arrancado el corazón.

31

En la girola que rodea el ábside de la catedral de Barcelona, Helena encendió un cirio a la Virgen del Carmen y se lo ofreció con toda solemnidad. Estuvo unos minutos muda y concentrada en la imagen, abducida por un sentimiento de nostalgia que, el muy puñetero, hurgaba donde sabía que más dolía. Luego, un suspiro, un beso en el puño a modo de ritual y salió de la capilla.

—No sabía que eras religiosa —le susurró Gabriela.

—No lo soy —le contestó Helena con una voz casi imperceptible.

—¿Y qué coño hacemos en la catedral?

—Solo tenía este rato libre y quería pasarme por aquí sí o sí. Hoy era el cumpleaños de mi padre. Él venía una vez por semana a poner un ángelo a la Virgen.

—¿Un ángelo?

—La vela que acabo de poner. En casa siempre la llamaban ángelo. Mi padre era muy religioso. Rezaba todos los días y se santiguaba constantemente. Salía de casa y se santiguaba. Cogía el coche y se santiguaba. Empezaba un partido en la tele y se santiguaba. Y así con todo. Y se cagaba en Dios como mínimo quince veces al día. Era un tío curioso… —Los recuerdos le arrancaron una sonrisa—. De pequeña venía aquí con él. Quiero creer que le alegraría que el día de su cumpleaños lo recordara así.

—Seguro que sí.

Cuando tu padre ya no está, recordar lo que te decía se convierte en el deporte preferido de todo hijo. El vínculo de Helena con su padre ya no podía ser físico, así que la espiritualidad intentaba llenar el vacío. En su caso, la muerte era una buena aliada de la vida. Tenerla presente la ayudaba a vivir mejor.

En el ambiente flotaba un frescor húmedo y un olor polvoriento, como de libros viejos, cera de los ángelos e incienso reseco de alguna misa reciente. Gabriela y Helena conversaban en tono eclesiástico y caminaban con el paso suave que requería la enorme carga simbólica de un lugar que llevaba siglos impregnado de fe.

—¿De qué murió tu padre?

—Una tía que iba borracha y drogada perdida lo atropelló. Tengo grabada aquí la llamada de la policía. —Se tocó la sien con el índice —. De un día para otro ya no estaba. Fue durísimo. De hecho, todavía lo es.

—Ostras, lo siento.

—Gracias. Ya hace siete años, pero a menudo todavía creo que entrará por la puerta de casa. El mismo día que lo enterramos dejé de beber y de drogarme. Se lo juré delante de la lápida. Y nunca he vuelto a hacerlo. Bastante lo hice sufrir en vida al pobre.

—Es el mejor homenaje que puedes hacerle. ¿Cómo lo lleva tu madre?

—Murió cuando yo tenía seis años. Casi no la recuerdo.

Que sí. Que ya se sabe que todo el mundo carga con sus cosas. Que quien no tiene un ajo tiene una cebolla. Pero es que Helena llevaba unos buenos manojos de cada en la mochila. Adicciones, divorcio, muerte trágica de su padre y una infancia sin madre. Todas

las ilusiones de una vida frustradas por la tozuda realidad. La colección de hostias era para enmarcarla. La vida es dura, sí, pero para unos más que para otros.

Helena chasqueó la lengua y negó con la cabeza como si quisiera sacudirse la pena de encima.

—¿Sabías que el nombre de la catedral de Barcelona no es catedral de Barcelona?

—No jodas. ¿Y cómo se llama?

—Catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia. Si alguna vez vas a un concurso de la tele y te llevas una pasta con esta pregunta, acuérdate de mí.

Podía darse el caso de que la nostalgia fuera una buena opción de vida, pero por ese día Helena ya había tenido bastante. Sacar a colación el nombre de la catedral era una excusa como cualquier otra para cambiar de tema, y Gabriela lo aprovechó.

—Te he traído el periódico de la entrevista que te hicieron.

Gabriela se lo tendió con una media sonrisa. No era por el periódico; Helena podía haber leído la entrevista en internet o comprado un ejemplar. Era porque se lo había prometido y esa era la demostración que había cumplido. Un puedes fiarte de mí con todas las de la ley.

—Para eso habíamos quedado, ¿no?

Y para sonsacarle información, pensó Gabriela, pero eso se lo calló.

La enfermera cogió el periódico y pasó la mano por la portada antes de abrirlo. Buscó la entrevista y la leyó de un tirón. Buen titular, buen contenido. Incluso se gustaba en la foto. Todo un diez.

Al alzar la vista, se encontró con Gabriela observándola en silencio. Había llevado el periódico cuando no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Un detalle menor, quizá, pero suficiente para demostrar que cumplía lo que decía.

—Has cumplido. Muchas gracias, Gabriela.

—Ya te dije que siempre cumplo.

—Espero que sirva para que la dirección del hospital nos asigne más recursos.

Helena dobló el periódico por la mitad y se lo colocó debajo de la axila. Sin la bata blanca todavía se la veía más poca cosa. Era tan menuda que habría podido utilizar ropa de talla de niña.

Gabriela sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo. Lo sacó y vio un mensaje emergente publicado por *La Tribuna*: «Encontrado el cadáver de una mujer en la playa de Sóller». Guardó el teléfono y siguió caminando girola abajo con Helena. Tras dejar atrás la sacristía, recorrieron la nave lateral hasta salir al claustro. Ya fuera del templo, por fin podían dejar ese tono de monja de clausura que no le pegaba a ninguna de las dos. El claustro —cuadrado, cerrado y rodeado de una galería cubierta con bóvedas ojivales— era uno de los espacios más serenos de todo el conjunto catedralicio. Nada más entrar se toparon con las ocas que desde hace siglos han hecho de ese lugar su casa.

—¿Sabes por qué hay exactamente trece ocas? —le preguntó Helena señalándolas.

—Estoy segura de que ahora me lo contarás.

—Simbolizan los trece tormentos que sufrió santa Eulalia antes de morir, uno por cada año de su vida. Si alguna vez me dedican una catedral, debería tener un buen rebaño de estos animales.

Helena y Gabriela se sentaron en un banco de piedra frente al jardín enrejado donde las ocas cacareaban en el estanque.

—¿Cómo se encuentra el doctor Barceló?

—Ni idea, la verdad. Lleva días sin aparecer por el Sant Jordi. Y eso que vive al lado. A ver, no soy médica, pero en su estado, con el respirador portátil y la silla de ruedas…, no pinta bien. Encontrar a un donante empieza a ser urgente.

—Si no sale adelante, ¿quién ocupará su puesto?

—¿Ya lo estás matando?

—…

Gabriela sintió una oleada de calor subiéndole por las mejillas y se puso roja como un tomate.

—Tranquila, todo el mundo lo ha pensado. Para qué negarlo. No me atrevería a asegurarlo, pero lo lógico sería que Carla Sala lo sustituyera. Pero descuida, que todos son amigos y se entienden la mar de bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, cuando García estaba vivo, aquello era una guerra civil. Ahora todo es una balsa de aceite.

—El doctor García no tiene muy buena fama.

—De jóvenes, Barceló y García eran amigos. O eso es lo que contaban cuando montaron el ICIB. La historia de los dos amigos de la infancia que revolucionaron la cardiología como mensaje de marketing es insuperable. Siempre decían que incluso tenían el mismo grupo sanguíneo. Como hermanos… En fin, ya se sabe que una cosa es lo que se dice y la otra la verdad… Pero, fuera como fuese, en el Sant Jordi vi muchos enfrentamientos entre ellos. Muchos. Debo decir que conmigo García se portó muy bien. Tanto

cuando mi padre tuvo un problema de corazón como cuando murió. Se portó muy bien. Y eso…, pues mira, no lo olvido. Yo sabía tratarlo, pero era un tío muy complicado. Muy complicado —repitió —. Siempre imponía su criterio y lo llevaba al extremo. Pisaba a quien fuera para que se acabara haciendo lo que él creía que se debía hacer. Y por eso mucha gente lo odiaba.

—Odio es una palabra muy fuerte.

—Cuando digo odio, es odio.

—¿Quién lo odiaba, por ejemplo?

—Sala.

—¿Carla Sala? ¿La cirujana? Si tiene pinta de no haber roto un plato en su vida.

—Venga, no me seas ingenua. Nadie llega a lo más alto de un lugar como el ICIB o el Sant Jordi sin haber roto un plato en su vida. Nadie. Dicho esto, García tenía la gran virtud de sacar lo peor de las personas. Las llevaba al límite.

—¿Qué pasó entre ellos?

—Fueron pareja.

—¿Perdona?

—Esta no te la esperabas, ¿eh? Sí, sí. Fueron pareja durante unos años. Juraría que incluso tenían planes de boda, pero acabaron a matar.

—¿Tan bestia era?

—Más aún. Cuando García murió, Sala abrió una botella de cava. Y no es una forma de hablar. Abrió una botella de cava, literalmente.

—Vaya tela. Eso es odio puro y lo demás son hostias.

—Ni que lo digas. La pasta o la bragueta, Gabriela. Este es el origen de todos los problemas. Es lo que hay. Desde que partió

peras con García, a Sala el tema de las relaciones se le ha hecho bola y no se le ha conocido ninguna otra pareja. Vive solo por el trabajo. Si es feliz así…

Helena puso los ojos en blanco, como si no pretendiera entenderlo. Después su atención se quedó atrapada en la fuente de Sant Jordi, protagonista de la tradición del huevo que baila sobre el surtidor en las fiestas del Corpus. De pequeña, de la mano de su padre, se pasaban horas allí esperando a que el huevo se cayera, pero nunca vieron uno roto. Menos mal que Gabriela estaba allí para disipar todo conato de melancolía. Necesitaba que Helena largara todo lo que sabía.

—¿Quién más se llevaba mal con el doctor García?

—¿Quién más? Ismael Valdés, por ejemplo.

—¿El director de comunicación del ICIB?

—El mismo.

—¿Qué pasó?

—García tenía una obsesión especial con los medios de comunicación y lo presionaba mucho. Era exagerado, hasta donde sé. Buena parte de su fama la consiguió por saber gestionar los medios. Y, si me lo permites, manipularlos. Era insaciable. Si publicaban media página de entrevista, él quería una. Si salía dos minutos en el telediario, él quería cuatro. Si salía cuatro, él quería salir en los titulares. Siempre pedía más y más. La tensión llegó a tal punto que un día lo despidió a gritos.

—Pero si todavía es el director de comunicación…

—Barceló lo repescó después de la muerte de García.

—¿Por qué lo despidió?

—Entrevistaron a García en *El Universal*. Nada menos que Abel Martín. Resulta que leyó la noticia en la web y al día siguiente tenía que salir en la edición de papel. A García no le gustó el titular y exigió a Isma, como responsable de comunicación, que lo cambiaran. Pero Abel Martín dijo que a él no le tocaba un titular ni el santo padre, y por sus huevos no lo cambió. Por lo visto, estas estrellas del periodismo se creen dioses. Bueno, seguro que ya lo sabes. Isma intentó que García lo entendiera, pero no hubo manera. Le pegó una sarta de gritos y lo despidió.

—Y después de morir García recuperó el puesto.

—Así es.

—Joder…

—Sí, joder. ¿Quieres más? La lista es larga.

—Dispara.

—Rosa Vila, claro. Se tiró un montón de años pidiéndole un aumento de sueldo y siempre se la pasó por el forro. —A Helena se le escapó una sonrisa de lo más maliciosa—. Perdona. Ya sabes que esa idiota me cae como el culo. Puedes imaginarte que las argumentaciones de García para negarle el aumento eran expeditivas y no demasiado diplomáticas.

—Me dijiste que lo de la agresión sexual no te cuadraba.

—A mí no. Ya te lo dije. García podía ser un tío difícil, pero creo que de ahí a agresor sexual…

Gabriela pensó que empezaba a ser urgente tener una conversación con Rosa Vila.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—¿A quién? ¿A Rosa? Ni puta idea. Yo, de esa, lo más lejos posible.

—Tú no puedes ni verla, pero a García le tenías cariño.

—Le tenía cariño porque me gustan las personas que van de cara. No puedo con los falsos. Y qué coño, él siempre se portó bien conmigo. No puedo decir lo mismo de los demás. Y eso, qué quieres que te diga, una no lo olvida. También acabo de decirte que García era un tío difícil. Eso también lo sé ver. La gente confunde ser estricto y querer imponer su criterio por el bien de la institución con ser mala persona. Quizá sea sesgado, pero este es mi punto de vista.

—¿Te subieron el sueldo alguna vez?

—Mujer, después de veinticinco años trabajando, pues sí. Merecido, ¿eh? Que me dejo la piel.

—¿Quién aprobó el aumento?

—García.

—¿A ti te lo dio y a Rosa no?

—No compares, por favor. Yo curro mucho mejor que Rosa.

—¿Crees que podría haber sido capaz de denunciarlo por agresión porque nunca le subió el sueldo?

—Conociéndola, no me extrañaría lo más mínimo. Resentida de mierda… Vendería a su madre por un plato de lentejas. Y se vendió. Por supuesto que se vendió. Y mira, al final se salió con la suya. Cuando a Jesús le interesó, la fichó para el ICIB y le duplicó el sueldo. Le habrá quedado una jubilación guapa. Mala puta…

—La verdad es que, de puertas afuera, parecía que todo iba como la seda en el ICIB.

—Tanto Barceló como García tenían clarísimo el tema de las relaciones públicas. Y un objetivo común los unió durante muchos años. Pero García era la oveja negra. Estoy dispuesta a admitir que

era un gilipollas, pero conmigo siempre se portó bien. No puedo decir lo mismo ni de Jesús ni de los demás. Un gilipollas, sí, pero iba de cara. Sin pelos en la lengua. Los demás te la clavaban por la espalda.

—En la denuncia que interpusieron Montse Casanovas y Olga Mir, ¿todos testificaron en su contra?

—Hasta donde sé, sí. Todos.

—¿Incluso Jesús?

—Incluso Jesús.

—Sala, despechada. Isma, resentido por el despido. Rosa, frustrada por las negativas al aumento de sueldo. Jesús, hasta las narices de compartir la dirección. ¿Crees que fueron a cargárselo?

—¿A ti qué te parece? A mi modo de ver, aquello fue una confabulación en toda regla. La gente no acepta las críticas. Como decía mi padre: «Di las verdades y perderás las amistades».

—¿Crees que habría perdido el juicio?

—A ver, ¿tú qué crees? Al menos seis personas testificando en su contra y con acusaciones graves. Claro que habría perdido. Iban a por él.

—Pero no llegaron a juzgarlo.

—No. García murió de covid.

El corazón de Gabriela dio un pequeño salto. De repente, todo lo que hasta entonces era confuso en su cabeza encajaba con una precisión absoluta, como si un velo se hubiera levantado y le hubiera mostrado una imagen nítida que no había sabido ver hasta ese momento. Se quedó atrapada contemplando la fuente de Sant Joan, dándose cuenta de hasta qué punto había sido reveladora esa conversación en el claustro de la catedral. Con las piezas del puzle

en su sitio, necesitaba poder demostrar sus sospechas antes de publicarlo. Sin cuerpo no hay delito, y sin pruebas no había noticia.

—Helena, ¿quieres desenmascarar esta confabulación?

—Ya sabes que no puedo con las injusticias.

—Pues tienes que conseguirme unos documentos. Toma nota.

Las sospechas de Gabriela iban por otro lado, y a Helena, con toda su buena fe, estaban utilizándola como una marioneta una vez más en su vida. Si el pálpito de la periodista era cierto y la enfermera le conseguía la documentación, tendría las pruebas que harían detonar una bomba informativa sin precedentes. Ya imaginaba la portada de *La Tribuna*. Y la paga correspondiente por gentileza de Ernesto Makaroff, claro.

32

Todos habían mentido. Todos. Del primero al último. El director comercial había mentido, la directora de Marketing había mentido y la directora de Suscripciones había mentido. Todos habían inflado los números en las proyecciones de ingresos. Y el director general se los había tragado o se los había querido tragar para poder presentárselos al Consejo de Administración. Patada hacia delante y pan para hoy, hambre para mañana. Pero el mañana ya había llegado. Entrados en el último trimestre del año, el batacazo económico que se vislumbraba era de los que dan vértigo. *La Tribuna* estaba con el agua al cuello.

El director financiero, con la voz ligeramente temblorosa pese al intento de mantener la serenidad, repasaba las cifras. Los ingresos en suscriptores, en publicidad convencional y en publicidad digital no compensaban la caída del papel ni el nivel de gastos. En la sala de juntas, los miembros del Comité de Dirección del periódico miraban los informes con cara de circunstancias. Ceño fruncido, labios apretados y tics nerviosos en la pierna eran la tónica general de unos directivos que habían hecho una gestión desastrosa. Todos estaban con los brazos cruzados, como si intentaran protegerse del temporal que se avecinaba. Ernesto Makaroff rompió por fin el silencio.

—A la administración pública ya no puedo pedirle más subvenciones. Les he sacado un diez por ciento más de lo que pacté a principios de año. Y que conste que este no es mi trabajo, pero lo hago. Esto arregladlo vosotros. —Los ojos del director del periódico estaban llenos de rabia.

—Ernesto, no me negarás que la redacción no ha recortado lo suficiente el gasto en colaboradores —se atrevió a decir el director comercial.

—¿Esto me lo dices tú? Tú, que no has conseguido un puto patrocinio en todo el año. Ni uno solo, ¿eh? ¡Uno! Con todos los especiales que hemos hecho. No hacéis más que desaprovechar el trabajo de la redacción.

—Los anunciantes buscan audiencia, Ernesto. Y hemos bajado. Nuestras noticias no despiertan el mismo interés que antes. Un poco de autocrítica, por favor.

—Llevo muchos años en el negocio. Muchos más que todos vosotros juntos. Y siempre está el típico listillo que no sabe interpretar los datos de audiencia. Veo que en *La Tribuna* eres tú. Sin ir más lejos, no habéis aprovechado la exclusiva de los corazones, que lo reventó en audiencia hace unos días. ¡Haced el puto favor de aprovechar todo lo que hacemos para facturar, joder!

A ver quién le explicaba a todo un director de periódico que, por mucha exclusiva que fuera, ninguna marca quería relacionarse con un tarado que envía órganos a un cardiólogo moribundo. «Red Cola patrocina el envío de tres corazones humanos». Esperpéntico. Qué pereza oceánica explicar algo tan sencillo. Pero la batalla estaba perdida, y el director comercial prefirió agachar la cabeza y ahorrarse la réplica, porque ya sabía de qué iba el tema bajo ese

techo: la fuerza de los galones siempre acababa imponiéndose. Así que a tragarse el sapo y a seguir.

Con cada nueva diapositiva que exponía el director financiero, el silencio se hacía más denso, como si el aire se comprimiera. Todo el mundo quedaba retratado.

—¿Y ahora qué? —Makaroff hizo la pregunta incómoda que nadie se atrevía a verbalizar.

—Lo veíamos venir, pero nadie quiso tomar decisiones cuando tocaba. Vosotros pusisteis la cifra que teníamos que alcanzar en lugar de consultar a los que estamos cada día en la trinchera. Ya os dije que no se puede crecer un veinticinco por ciento de un año para otro. Aquí tenéis las consecuencias. Nuestro problema son los gastos, no los ingresos. —Con este comentario, la directora de Suscripciones se la jugó, y mucho.

—¿Y qué quieres que hagamos? Tenemos que ingresar más para hacer un periódico como Dios manda —le replicó Ernesto.

—Deberíamos haber hecho un presupuesto coherente. Ahora decidid vosotros qué coño hacemos.

—¿Cuánto falta? —Makaroff miró al director financiero.

—Doscientos cincuenta mil.

El silencio cayó sobre la mesa de roble macizo de la sala de reuniones como una losa. Para una empresa como *La Tribuna*, doscientos cincuenta mil euros eran una fortuna. Las miradas entre los miembros del Comité de Dirección lo decían todo. Eran acusadoras, de frustración contenida, de agotamiento mental tras años remando contracorriente en las aguas bravas de un negocio que se apagaba. En el ambiente flotaban las ideas de un ERE, de cerrar alguna delegación y de recortes drásticos, pero nadie se

atrevía a ponerlas en palabras. También flotaba el peso de la responsabilidad no solo sobre los números de la empresa, sino también sobre los trabajadores y sus familias. En esos momentos, la misión del periódico en una sociedad cada vez más desinformada era absolutamente secundaria. El único objetivo era salvar el cuello.

Los segundos se alargaban. Todos los presentes sabían que esta vez no saldrían adelante sin ensuciarse las manos. La tensión era tan espesa que poco faltaba para que fuera tangible.

—Hablad con los bancos para pedirles un crédito, vended a vuestra madre, prostituiros si es necesario, pero la semana que viene quiero un plan realista para conseguir estos doscientos cincuenta mil. Realista. ¿Queda claro?

—Ernesto, doscientos cincuenta mil en tres meses es imposible —protestó la directora de Suscripciones.

—Tranquila, ya no es tu problema. Has dicho que ahora decidamos nosotros qué coño hacer, ¿verdad? Pues la primera decisión es que estás despedida. Ya puedes largarte de aquí.

Solo hay cuatro maneras de marcharse de un trabajo: irse a otra empresa, jubilarse, ser despedido o morirse. Y, en cualquiera de estas situaciones, a las dos semanas la persona solo será un recuerdo lejano y los compañeros habrán olvidado el pedacito de salud que se dejó para sacar el trabajo adelante. El caso de la directora de Suscripciones no sería diferente.

Ernesto Makaroff salió de la sala de reuniones con un objetivo entre ceja y ceja: demostrar a los ineptos del Comité de Dirección cómo se hacen las cosas.

Cuando llegó a la antesala de su despacho, Rai ya estaba esperándolo sentado en el sofá. Un rato antes, el director le había

enviado un mensaje de WhatsApp diciéndole que quería verlo «ahora mismo». Y Rai, amén al capitán de ese buque insignia del periodismo llamado *La Tribuna*, allí estaba. Durante la espera se había sumergido en otro mensaje, el que le había llegado hacía apenas veinte minutos. Un chute de adrenalina de la altura de un campanario. La pantalla le iluminaba la cara con esa luz blanca que siempre parece más sospechosa de lo que es en realidad. Releyó el mensaje y esbozó una sonrisa de esas que llenan la cara. Era tan buena y tan oportuna la información que acababan de darle que parecía hecho expresamente. Hacía mucho que Rai conocía a Makaroff. Cuando quería verte «ahora mismo» era porque pretendía acelerar un tema, y, que supiera el director, él solo tenía el de los tres corazones en curso.

Estaba tan concentrado en el móvil que no se dio cuenta de que tenía a Makaroff plantado delante de él observándolo. No con mala intención (o sí, en el caso de Makaroff nunca se sabía). Fuera como fuese, en ese instante Rai se sintió como si lo hubieran pillado haciendo algo terriblemente comprometedor. El silencio de ese segundo fue eterno. Sintió que se le calentaba la cara; seguro que se había puesto como un tomate. Pero Makaroff, preocupado por la reunión del Comité de Dirección, entró en el despacho. Rai lo siguió sin decir ni pío. No esperaba unas disculpas. ¿Dónde se ha visto que un director de periódico pida perdón por llegar tarde a una reunión?

Rai se había guardado rápidamente el móvil en el bolsillo y había cambiado la sonrisa por una cara de póquer impostada.

El despacho de Makaroff presidía la redacción desde un punto elevado. A través de la inmensa vidriera que hacía de pared podía

ver en todo momento lo que hacían sus periodistas. Desde allí, el director disparó.

—Rai, necesito un bombazo de audiencia. Es urgente. ¿Cómo lleváis el tema de los corazones?

Lo sabía. Sabía que se lo pediría. A Rai estuvo a punto de escapársele una sonrisa, pero de entrada siempre era mejor hacerse el sueco. Decir lo que sabes nunca te beneficia si la partida no está muy avanzada. Jugar con las cartas marcadas asegura la victoria.

—Gabriela y yo estamos en ello. Si me lo pides, lo aceleramos. Ya sabes que, por el periódico, lo que haga falta. ¿Para cuándo lo necesitas?

—Para hoy mejor que para mañana. Necesito petarlo en audiencia para que los de gestión se caguen encima.

—Te digo algo pronto.

Cuando Rai se marchó del puente de mando, por fin pudo soltar una larga sonrisa que al menos se prolongó hasta que llegó a su mesa de la redacción. Delante de él, Gabriela tecleaba concentrada.

—Gabriela.

Pero ella como si nada.

—Gabriela.

—Perdona, acabo llegar. He ido a hablar con Helena Soto y estoy transcribiéndolo todo. Dime —le contestó sin desviar la mirada de la pantalla.

—Ya sé de quién es el tercer corazón.

Gabriela dejó la pantalla de golpe y miró a Rai, que levantaba el móvil que contenía el mensaje que Ricard Pedrola le había enviado desde el laboratorio de Egara.

—¿Recuerdas el cadáver que encontraron en Sóller hace un par de semanas?

—Sí, leí la noticia.

—Le habían arrancado el corazón. Es Rosa Vila. El laboratorio de los Mossos ha confirmado el ADN. Tenemos que preparar una información para mañana. ¡Ah! Y vete pensando en qué te fundirás la paga doble.

33

Eran las cinco y media de la mañana cuando Jesús dejó a Nelson como un tronco en la cama. Llevaba horas sin pegar ojo. De lado hacia la izquierda, hacia la derecha, bocarriba. No había manera. El respirador portátil no ayudaba y el coco no dejaba de dar vueltas a los problemas. Gestionar la amenaza de un zumbado que te envía tres corazones humanos, esperar a un donante para seguir vivo, qué sería de Nelson… No es fácil dormir cuando estás condenado a muerte y cada día que pasa tus opciones de conmutación de la pena se ven reducidas.

Se levantó y se preparó un té con un chorrito de leche. Con la taza humeante, se trasladó con la silla de ruedas y el respirador a la amplia terraza de su casa para contemplar la quietud de la madrugada. Al otro lado de la calle veía el parque de la Ciutadella y el complejo sanitario Antoni Gaudí, con algunas habitaciones del Sant Jordi iluminadas, que componían una partitura irregular en la oscuridad. Se quitó la mascarilla de oxígeno un momento para respirar el aire de la noche. Estaba lejos de ser puro. De hecho, estaba lleno de mierda, pero en la vida hay veces en que tienes que conformarte con sucedáneos.

Hacía un poco de frío y la chaqueta encima del pijama resultó ser mano de santo. En el móvil tenía dos mensajes: uno de Ismael a la

una y media y el otro de Carla hacía apenas diez minutos. Eran idénticos: el enlace a un artículo de *La Tribuna*. Una exclusiva firmada por Gabriela Palau. Este nombre le provocó malos augurios, que en lo que se tarda en leer una noticia se confirmaron.

LAS PERSONAS CUYOS CORAZONES ENVIARON
AL DOCTOR BARCELÓ COINCIDIERON
EN EL HOSPITAL SANT JORDI

Se ha identificado a las tres mujeres cuyos corazones enviaron al doctor Jesús Maria Barceló: Olga Mir, Montserrat Casanovas y Rosa Vila. Según fuentes cercanas a la investigación, las tres coincidieron en el Hospital Sant Jordi, lo que ha despertado el interés de los investigadores. Mir y Casanovas estuvieron ingresadas como pacientes, mientras que Vila trabajaba como enfermera en la misma planta.

Los Mossos d'Esquadra han confirmado que han llevado a cabo dos detenciones en el edificio Saturno de la Mina relacionadas con el caso. *La Tribuna* puede asegurar que la geolocalización del teléfono móvil de los detenidos los situaba en el complejo sanitario Antoni Gaudí el día que se dejó la caja con los tres corazones. Las autoridades consideran que la coincidencia de las tres mujeres podría ser una pieza clave para entender el origen y la motivación del envío. El doctor Barceló, reconocido cardiólogo que hizo pública la noticia de que sufre una insuficiencia aórtica para la que necesita de forma urgente a un donante de corazón, colabora activamente con la policía para esclarecer los hechos e insiste en que no tiene ninguna relación con el paquete recibido.

> ¿Quién envió los corazones? ¿Con qué propósito los enviaron precisamente al médico que espera a un donante? Y, sobre todo, ¿qué vínculo une a estas tres mujeres con el origen del caso? Mientras esperamos respuestas, la investigación sigue abierta bajo secreto de sumario.

Jesús no reaccionó con asombro, pero tampoco con calma. Casanovas, Mir y Rosa. Las dos primeras iniciaron la guerra contra los San Isidoro, y la tercera testificó contra ellos. Por interés, efectivamente, pero lo hizo. Y todo el mundo salió beneficiado.

No había hablado con ninguna de ellas desde el covid. Pocos días antes de que estallara todo y el mundo se detuviera, Rosa se jubiló, y desde entonces ni pío. Conseguido su objetivo, ni un triste mensaje, ni un feliz Navidad, ni un cómo lleváis lo de lidiar con una pandemia mundial. Nada. Aquello había acabado siendo un frío intercambio de favores.

El asunto de los corazones le producía una mezcla de resignación y cansancio. Admitía que sentía cierto alivio por la detención de los San Isidoro. ¿Qué otros habitantes del edificio Saturno de la Mina podían estar relacionados con el caso?

La puerta de la terraza se abrió y la mano gigante de Nelson acarició el hombro de gorrión de Jesús.

—¿No puedes dormir? —Lo cierto era que el interrogante sobraba.

—No, nada…

—¿Qué mirabas en el móvil?

Le pasó el teléfono a Nelson, que, medio dormido, se frotó los ojos antes de leer la noticia.

—No sé de dónde saca la información esta mujer, pero va por delante de todo el mundo. Pobre Rosa… Resultó ser una interesada,

pero, mira, en el fondo lo siento. No puedo evitarlo. —Jesús negó con la cabeza y después bebió un trago de té.

—¿Te imaginabas estos tres nombres?

—La verdad es que se me habían pasado por la cabeza. Al fin y al cabo, todo cuadra. Geolocalizaron el móvil de los San Isidoro, aquí lo dice bien claro. El día que dejaron los corazones en el ICIB estaban allí. El bestia de Yuri y Honorinda. Hijos de…

—Quiero que hoy te quedes en casa y no mires nada. ¿Me oyes, Jesús? Ni tele, ni radio, ni redes. Nada. Se montará un buen follón y quiero que te mantengas alejado. Debes pensar en tu salud. En cuanto amanezca, esto empezará a correr por todas partes.

Nelson tenía más razón que un santo. Unas horas después, Gabriela entró en la redacción de *La Tribuna* y lo primero que hizo fue consultar la pantalla de tamaño XXL que marcaba las audiencias. El titular «Las personas cuyos corazones enviaron al doctor Barceló coincidieron en el Hospital Sant Jordi» encabezaba la lista de las noticias más leídas y tenía el camino allanado para batir récords. A esa hora de la mañana, las diez en punto, ya triplicaba las visitas de todas las demás juntas.

El rostro de Gabriela parecía de hielo, pero por dentro lanzaba cohetes con forma de euro. Y los que llegarían. Había analizado mucho la redacción de la noticia. La había leído y releído una veintena de veces como mínimo. Solo cuando se tiene un control estricto de lo que se cuenta no se dejan ver los auténticos objetivos que se persiguen.

Había ocultado información, cierto.

No había dicho ninguna mentira, cierto.

Quería estirar el chicle y seguir yendo un paso por delante de la policía, cierto.

Cierto, cierto y cierto.

Una información edificada sobre tres pilares que eran verdades absolutas. Periodismo: el contrapoder que garantiza la transparencia. Claro que sí.

Mientras esperaba a que Helena Soto le entregara la documentación que le había pedido, podría publicar información sobre las tres muertes sin que una cosa afectara a la otra. Según los Mossos, que el tercer corazón fuera de Rosa Vila encajaba perfectamente con la línea de investigación que señalaba a los San Isidoro como responsables del triple asesinato.

A las diez y media, Ernesto Makaroff entró en la oficina con su aspecto desaliñado habitual, maletín y barba como un arbusto sin podar. Desde la redacción y escudada tras la pantalla del ordenador, Gabriela lo siguió con la mirada. El director se plantó delante de la pantalla de las audiencias y automáticamente las comisuras de los labios se le arquearon hacia arriba. Bra-vo. Director contento, autopista al cielo.

Pero hay días en que, no sabes por qué, un rayo de sol decide iluminarte. Ese día que acababa de empezar haría otro regalo a Gabriela. Lo descubriría al contestar una llamada de recepción.

—Tengo al teléfono a una mujer que quiere hablar contigo.

—¿Te ha dicho de qué se trata?

—Del ICIB. Dice que es importante.

—Pásamela.

Contestar ese tipo de llamadas era como comprar un billete de lotería: tenías prácticamente la certeza de que era en vano. El

detalle del «prácticamente» era importante, porque siempre hay un afortunado que se hace de oro con el dichoso numerito. Con esta esperanza, se acomodó el teléfono en la oreja y probó suerte comprando su billete.

—Gabriela Palau, dígame.

—Tengo información y pruebas sobre un caso de corrupción de Jesús Maria Barceló. ¿Le interesa?

34

Todo principio tiene un final, y ese era el suyo. Su cuerpo y especialmente su paciencia habían dicho basta. Basta de jornadas interminables, de cargar con la presión de Makaroff, de buscar buenas historias para que el lector las devorara, de tener que demostrar su valía un día tras otro. Una mañana te levantas y te das cuenta de que estás hasta el gorro.

Sí, Rai se jubilaba. Le abría los brazos a la idea de una vida tranquila: clubes de lectura, largos paseos, recuperar las clases de piano y una cerveza frente al mar. Nada del otro mundo.

No temía la soledad. Berta había muerto hacía ya muchos años y todavía no se había acostumbrado a su ausencia. El vacío que había dejado era imposible de llenar y, con periódico o sin él, eso no iba a cambiar.

El centenar de periodistas que abarrotaban la redacción lo miraban fijamente situándolo en el centro del foco por última vez. Había compartido más de media vida con muchas de las personas que en ese momento esperaban sus palabras. A algunas las apreciaba de todo corazón, con otras lo fingía, y a otras, no muchas, no podía verlas ni en pintura. Pero allí estaban, adoptando una expresión emocionada. Eso que llaman hipocresía laboral. Las reglas

de un juego llamado lo-que-sea-por-cobrar-una-nómina-a-final-de-mes-para-poder-poner-un-plato-en-la-mesa.

Había visto de todo entre esas cuatro paredes. Había sido feliz allí, cierto. Pero en ese momento, el del adiós, estaba convencido de que no echaría de menos la redacción. La recorrió con la mirada: Makaroff, Gabriela y los jefes de sección. Incluso los de administración se habían pasado por allí. Con todo listo, carraspeó y pronunció su epitafio profesional.

—Compañeros, compañeras, muchas gracias por venir. Me hace mucha ilusión veros aquí. Hoy cierro una etapa muy importante de mi vida. Después de más cuarenta años de profesión, este es mi último día como trabajador de un medio de comunicación. No creo que pueda decir que dejo de ser periodista, uno nunca deja de serlo. El tiempo ha pasado volando, como un soplido. Hemos vivido muchas cosas juntos, pero sobre todo aquí he aprendido que, aunque la verdad no grita, resiste. Que es terca y que hay que salir a buscarla. A los jóvenes, a los que asumiréis responsabilidades: nunca dejéis de perseguirla, de contrastarla, aunque sintáis que la presión es insoportable. Lo haréis muy bien, estoy convencido.

Como si le pasara el testigo, la mirada a Gabriela estuvo muy bien elegida. Ella dibujó con los labios un «gracias» al que Rai respondió guiñándole un ojo. Después siguió el consejo que un sabio le había dado cuando aún era un chaval: había que marcharse en buenos términos de todas partes, que la vida da muchas vueltas. Era el momento de los agradecimientos y de una frase alentadora para cerrar el discurso.

—*La Tribuna* me lo ha dado todo y he intentado estar a la altura. Gracias a Joan Vidal, que en paz descanse, por haber confiado en

mí. Él me fichó cuando yo era un joven redactor de *El Universal*. Ernesto —lo buscó con la mirada—, gracias por creer en mí estos últimos años. Y a los demás, gracias por el día a día, por el trabajo y por el compañerismo. Os llevaré siempre en mi corazón. El futuro es vuestro. Salid a buscarlo.

Rai se llevó la mano a los labios y lanzó un beso al aire de la redacción, que lo ovacionó largamente.

Pues ya estaba hecho. Adiós y muchas gracias. Rai cortaba la cinta que inauguraba el inicio de una nueva vida.

Cuando los aplausos se apagaron, los periodistas volvieron a sus mesas y la corriente llevó a Rai hasta el despacho del director.

—Te echaremos de menos.

—No digas chorradas. En dos días no os acordaréis de mí. El periódico no se detiene.

—No eres fácil de sustituir.

—Nadie es imprescindible, Ernesto. Además, ya te dije que Gabriela está preparada. Tiene criterio y pisa la calle. Ponle la zanahoria cerca para que llegue y te dará buen resultado.

—No os quejaréis. Para zanahorias, las que os habéis llevado los dos.

—Sí. Tres pagas dobles, para ser exactos. Tú nos retaste y hemos competido. Señal de que lo hemos hecho bien. Ah, y la casa se ha beneficiado. Un pacto es un pacto. Y hemos cumplido. Es buena, créeme.

—De momento será interina hasta que demuestre que vale para el puesto. Que me traiga cosas. Entre nosotros, quiero que sienta la presión desde el primer día. A ver si es capaz de aguantarla.

—Nadie puede demostrar su valía hasta que le dan confianza.

—El tiempo lo dirá, Rai.

A rey muerto, reina interina puesta. Y que espabilara para cumplir con las expectativas. Más le valía, o ya sabía dónde estaba la puerta.

Rai y Ernesto se dieron un apretón de manos. El primero sin la distancia que establecen los galones.

Después, Rai salió del despacho y se marchó sabiendo que la redacción seguía viva. La melancolía llamó a su puerta, pero no consiguió arrancarle ni una sola lágrima. Hay cosas en la vida por las que no merece la pena llorar, y el trabajo es sin duda una de ellas.

35

Bajo el chaparrón, el paraguas resonaba como un tambor suave y constante. Sus pasos, firmes, rompían los charcos y salpicaban agua dejándole los zapatos empapados y la parte baja del pantalón hecha un buñuelo.

Con este panorama, la mar de a gusto se habría quedado al calor de la redacción, pero la exclusiva de un caso de corrupción de Jesús Maria Barceló bien valía transitar por el corazón del barrio gótico aunque lloviera a cántaros.

Dejó atrás la plaza de Sant Josep Oriol, la iglesia de Santa Maria del Pi y recorrió la calle Petritxol hasta el lugar del encuentro. Nada más abrir la puerta tuvo la sensación de haber viajado en el tiempo: olor a café tostado, a brioche recién hecho y a azúcar caramelizado. Nada de la mierda industrial que servían las grandes cadenas que habían conquistado el centro de la ciudad en los últimos tiempos. Esa cafetería era de las buenas, de las de antes.

Levantó la cabeza y, al fondo del local, sola en una mesa de mármol más vieja que Carracuca, una mujer la miraba fijamente. Hizo un ligero gesto con la cabeza que Gabriela captó enseguida. Dejó el paraguas goteando en un cubo de la entrada y avanzó hasta el final del establecimiento manteniendo el contacto visual con su cita, que la esperaba echando azúcar en un cortado.

—Hola, Gabriela.

—Hola. —Se sentó sin darle la mano ni pedir permiso—. ¿Y tú eres…?

—Podría darte un nombre falso, pero no lo haré.

—¿No vas a decirme tu nombre?

—Me juego demasiado. Si me descubren, me voy directa a la cárcel.

—¿Qué querías contarme de Jesús Maria Barceló?

—¿Conoces Next Energy?

—¿La energética? Sí, claro.

—Teresa Alsina, la mujer de Baltasar Padilla, el CEO y fundador, ha entrado a formar parte de un ensayo clínico en el Hospital Sant Jordi que dirige Jesús Maria Barceló. —La mujer sacó un lápiz de memoria USB del bolso y lo dejó en la mesa—. Aquí tienes el historial clínico de Teresa Alsina y las bases del ensayo.

—¿Qué pasa?

—Que son clavados. Las bases del ensayo se redactaron para que pudiera entrar. Hechas a medida. Echa un vistazo a su historial clínico y compáralo con la descripción del ensayo.

Gabriela miró a la mujer fijamente durante unos largos segundos mientras de fondo la cafetera silbaba con fuerza abriéndose paso entre el murmullo de los clientes.

—Puede ser un indicio de corrupción, pero está lejos de ser una prueba. Para poder publicarlo necesito algo más.

—Ahí —señaló el lápiz de memoria con la barbilla— también están los extractos bancarios de las transferencias hechas desde una filial de Next Energy con sede en Panamá a una cuenta del Dubai International Bank.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —El tono de Gabriela ya destilaba curiosidad.

—Quinientos mil euros. El pago salió unos días antes de que Teresa Alsina ingresara en el Hospital Sant Jordi.

Esa música empezaba a sonarle bien. Medio millón de euros, dos paraísos fiscales, un hospital público y un cardiólogo de referencia. Canela en rama.

—¿Y quién está detrás?

—Eso es lo interesante. La cuenta está en Dubái. Sin las coordenadas que nos facilitó Nelson Sotomayor no habríamos llegado hasta ella. Con una búsqueda rápida sabrás quién es.

No era necesario que lo buscara. Como un disparo, por la cabeza de Gabriela apareció la imagen del marido de Jesús Maria Barceló el día que lo entrevistó en el ICIB.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es información robada del departamento financiero de Next Energy.

—¿A quién se la has robado?

—A la directora financiera.

—¿Cómo?

—Eso no voy a decírtelo.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—No me creas. Pregunta. Investiga. Es lo que hacéis los periodistas, ¿no? Cuando lo hayas hecho, verás que lo que hay aquí es tan cierto como que tú y yo estamos hablando.

—¿Por qué a mí?

—Con todo lo que has publicado del ICIB, intuyo que tienes ovarios para publicar algo así.

Tras haber soltado esa bomba, se bebió el cortado de un trago, acercó el lápiz de memoria a Gabriela por encima de la mesa y se levantó para marcharse.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Gabriela.

Podría decirle un montón de cosas la mar de loables. Que no soportaba ver que por pasta se dejaba fuera del ensayo clínico a personas sin recursos. O que había que luchar contra la corrupción. O que creía en la sanidad pública y universal. O, qué coño, cualquier parida de lo más respetable que se le hubiera pasado por la cabeza. Lo que fuera menos la verdad.

Que la directora financiera eres tú.

Que te pidieron que hicieras la transferencia al Dubai International Bank.

Que, mira qué lista, te guardaste una copia del comprobante.

Que tienes una aventura extramatrimonial con la asistente de Baltasar Padilla, que preparó el ingreso de su mujer en el hospital, porque estos señoritos de buena familia lo quieren todo masticado.

Que tu amante hizo una copia de la historia clínica de Teresa Alsina.

Que os han pillado morreándoos en el coche y os han despedido porque la normativa de la empresa prohíbe las relaciones entre directivos y trabajadores.

Que la empresa os ha jodido la vida.

Que la rabia os consume por dentro y que queréis hundir Next Energy aunque sea a costa de una enferma que, dicho sea de paso, merece pudrirse en el infierno.

Todo esto, ve y cuéntaselo a una periodista.

—¿Que por qué lo hago? Tengo mis razones, pero prefiero guardármelas para mí.

36

Helena terminó su turno en el hospital a las ocho de la tarde con esa sensación de agotamiento que solo deja el final de una jornada interminable. El trabajo dignifica, decía el sabio. Te honra, te realiza, te pule y te abrillanta. El trabajo es la hostia. Pero al sabio se le escapaba una sonrisa irónica cuando lo afirmaba. Que de tonto no tenía un pelo.

A Helena su trabajo le importaba un bledo desde hacía tiempo, pero, como la inmensa mayoría de las personas, era esclava del dinero, y por desgracia lo sería siempre. A pesar de la jornada laboral, tenía el cuerpo cargado de electricidad, una especie de temblor suave que la hacía caminar más deprisa por el Born bajo la luz dorada de las farolas que iluminaban las calles.

Llegó al paseo del Born, donde al otro extremo la esperaba Gabriela. Se miraron y la periodista levantó una ceja, cómplice.

—Mírala, de veintiún botones… Venga, dime, ¿qué te traes entre manos?

—He quedado con un tío —admitió medio vergonzosa, medio orgullosa.

—Vaya, me alegro. ¿Os estáis conociendo?

—¿Conociendo? Calla, loca. En la cama quiero conocerlo. Si cae un polvo, ya habré hecho el agosto. Y si además es bueno, habré

hecho el año entero. No vuelvo a poner una lavadora con calzoncillos ni para Dios.

—También pueden ponerlas ellos.

—Quita, quita. Ni así.

Un hombre para una noche loca. Sin preguntas ni promesas. Sin pasado ni futuro. Gabriela soltó una carcajada. Quería creer que con Omar era algo parecido, pero en el fondo sabía que no era del todo así. Ella a Omar lo quería. Encantada de la vida pondría lavadoras con sus calzoncillos. Lástima que todo fuera tan complicado.

Caminaron juntas un rato, rodeadas por el bullicio del Born, en dirección al bar donde el tío esperaba a Helena.

—Mira por dónde, los corazones eran del trío de arpías.

—Joder, qué fuerte, Helena.

—Eh, que me la trae floja. Muy floja. Y Rosa… Que le arrancaran el corazón no la convierte en buena persona. Qué callado te lo tenías, ¿eh?

—De algo así, si no estás segura…

—Sí, sí, mejor no decir nada. Lo entiendo. Por cierto, aquí tienes lo que me pediste.

Helena extendió el brazo con un sobre en la mano. Gabriela lo cogió y se lo metió en el bolso. Si su instinto periodístico no le fallaba, ahí estaba la llave para abrir la puerta de una bomba informativa que la catapultaría al Olimpo de la profesión.

—Muchas gracias.

—De nada. No creas, algún favor he tenido que hacer. Pero si pienso en García… Lo que le hicieron no tiene nombre. A ver si esto sirve para algo.

—Esperemos que sí. —Con el primer objetivo conseguido, Gabriela fue a por el segundo—. Por cierto, Helena, por el periódico corre el rumor de que tenéis ingresada a la mujer de un pez gordo, Baltasar Padilla, de Next Energy.

—Una tía muy esnob, ¿verdad?

—Se llama Teresa Alsina.

—Ah, claro… La marquesa. Sí que está, sí. Menuda señoritinga. Esta peña me saca la vena más radical.

—¿Por qué lo dices?

—A la señora no le gusta estar en un hospital público, ni compartir habitación ni la comida. Debe de ir cada semana a un restaurante con estrellas Michelin… Está en la mejor habitación del ICIB. Poderoso caballero es don dinero. Puta medicina privada.

—Pero las pruebas del ensayo clínico se hacen en el Sant Jordi, ¿no?

—¿Y tú cómo sabes que está en un ensayo clínico?

—Corre por la redacción del periódico.

—Sí, el ensayo es en el Sant Jordi. A mí me da la impresión de que aquí hay gato encerrado.

—¿Por?

—Un ingreso rápido, aceleraron los papeles de un día para otro, le permiten estar en el ICIB a todo lujo… Y lo que más apesta es que la descripción de su cuadro clínico coincide al cien por cien con el objeto del ensayo. Qué casualidad… Para los ricos la vida está llena de ellas.

El rostro de la misteriosa mujer que le había dado el USB en la cafetería de la calle Petritxol ocupó los pensamientos de Gabriela. «No me creas. Pregunta. Investiga». Pues bingo.

Ahí había tela. Segundo objetivo conseguido.

—Es aquí. —Helena señaló un bar con la barbilla.

—Muchas gracias por todo.

La mujer le guiñó un ojo, abrió la puerta del local y dejó que la música y la promesa de una noche intensa la envolvieran.

Media hora después, Gabriela llegaba a casa. Emma y Paula ya estaban durmiendo y Kilian, tirado en el sofá, veía un partido de no sé qué. Se encerró en el despacho para escudriñar el botín conseguido. Abrió el sobre con delicadeza; DIN A4, blanco, grueso y áspero. A ojo de buen cubero diría que ahí había medio kilo de papel. Tela a mansalva. Al ver el contenido, su rostro dibujó gestos de concentración: ceño fruncido, labios apretados, mandíbula rígida y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

Esos papeles contenían un resumen de lo que había sucedido en el Hospital Sant Jordi las semanas anterior y posterior al 4 de abril de 2020, el día de la muerte de Toni García en pleno pico de la primera oleada de la pandemia. Por esas fechas se registraban entre trescientas y cuatrocientas muertes diarias por un virus desconocido que procedía de China y que había puesto el mundo patas arriba. Un caos para el que ni el sistema sanitario ni la sociedad estaban preparados y del que decían que la sociedad saldría más humana y fraternal. Luego resultó que había fiestas ilegales, paseos de tres horas con perros y certificados de empresa falsos, esenciales para ahuecar el ala mientras en los hospitales se rifaban los respiradores. La condición humana nunca decepciona.

Helena había cumplido llevándole los dos bloques de información que Gabriela le había pedido. El primero, una lista de todas las personas ingresadas en el Sant Jordi entre el 26 de marzo y el 12 de

abril de 2020 con nombre, fecha de nacimiento, DNI, teléfono, correo electrónico, fecha de ingreso y fecha de salida o de defunción. El segundo, todos los certificados médicos de defunción firmados durante aquellas dos fatídicas semanas de locura, entre ellos el de Toni García.

Desde la visita al edificio Saturno, Gabriela tenía la certeza de que los San Isidoro no estaban detrás del envío de los tres corazones. En su interior había crecido la sospecha de que alguien quería vengar la muerte de Toni García y hacer pagar a Montse Casanovas, Santi Nadal, Olga Mir, Carla Sala, Ismael Valdés y Jesús Maria Barceló la confabulación para mandarlo a un juicio en el que tenía las de perder y que muy probablemente habría acabado con él en la cárcel durante como mínimo cinco años. Si habían montado esos fuegos artificiales, bien habrían podido mentir sobre las circunstancias de su muerte. Gabriela confiaba en que entre esos papeles estuviera la respuesta.

37

Entrada la madrugada, esa franja de horas en las que el silencio es la banda sonora que reina por encima de todo, Emma, Paula y Kilian dormían como troncos. Bajo la luz cálida de una lámpara, Gabriela buscaba alguna grieta en el relato oficial entre los dos tochos de papeles que le había entregado Helena: la lista de los pacientes ingresados entre finales de marzo y principios de abril del 2020 y los certificados médicos de defunción emitidos en estas fechas. Por aquello de tener una visión más global, prefirió empezar por el listado de los pacientes ingresados. Leía cada nombre y cada caso poniendo los cinco sentidos. Sabía por experiencia que cualquier distracción podía mandar al traste toda la investigación.

El olor terroso del papel reciclado le subía hasta la garganta para recordarle que llevaba un buen rato sin beber ni un trago de agua. Pero su sed era de otra cosa: del ansiado ascenso al Olimpo de la profesión. Con las últimas publicaciones había subido varios escalones de golpe; ahora le faltaba rematar el trabajo.

Una página, otra y otra más. Y ya eran unas cuantas. A treinta líneas por página. Pero a tozuda no la ganaba ni Dios. No era de las que esperaban la suerte sentadas en una silla. Salía a buscarla con el cuchillo entre los dientes.

Levantó la cabeza. Ahora sí, dio un largo trago de agua. Sintió cómo bajaba por la garganta hasta el estómago. Cuando volvió a mirar los papeles, de manera instintiva alineó los tres bolígrafos que tenía en la mesa: en horizontal, la marca BIC hacia arriba y el tapón a la derecha. Todo perfecto. Cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer, una reacción espontánea le dibujó una sonrisa. Eso lo habría firmado quien ella sabía.

Otra página. Y otra. Línea por línea. Hasta que llegó la buena. Esa en la que la nariz te dice «eh, aquí hay algo». Fue entonces cuando el corazón le dio un vuelco. Creía haber encontrado la llave que podría abrir, quién sabe, la puerta de secretos que llevaban años escondidos. Bolígrafo en mano, siguió la línea con delicadeza, como si tuviera miedo de que el simple gesto hiciera desaparecer por arte de magia lo que estaba escrito. Después lo subrayó con fluorescente amarillo.

4 de abril de 2020. En pleno pico de la primera oleada de covid, cuando en los hospitales un respirador era un bien imprescindible para no morir ahogado, un hombre, David Blanc Fernández, abandonó el Hospital Sant Jordi sin decir ni pío. «Ausencia voluntaria no autorizada». Simplemente, se levantó de la cama, adiós muy buenas y hasta nunca. Esto ocurrió, mira por dónde, justo el día de la muerte de Toni García.

Gabriela había aprendido hacía tiempo que creer en las coincidencias era ser una ingenua, y ella no se lo consideraba. Revisó detenidamente los datos del paciente.

Nombre: David Blanc Fernández
DNI: 46.743.535 S
Fecha de nacimiento: 17 de junio de 1969

Fecha de ingreso: 23 de marzo de 2020
Fecha de alta: 4 de abril de 2020
Observaciones: ausencia voluntaria no autorizada
Dirección: calle Bonavista 7, 2.º 2.ª, 08012, Barcelona
Teléfono: 100 78 77 74
Correo electrónico: David.Blanc@gmail.com

Gabriela tecleó «David Blanc Fernández» en Google y pulsó Enter. El buscador tardó menos de un segundo en responder.

—Mierda…

Un desierto. Ningún rastro de un hombre que, si había nacido en 1969, debía de tener el aspecto de un hombre que navega entre los cincuenta y los sesenta años. Luego entró en Instagram, Facebook, X, TikTok, LinkedIn y Snapchat, pero tampoco hubo suerte. En ninguna de las redes sociales había un perfil que coincidiera con esos parámetros.

El cansancio del día empezaba a asomar la cabeza, y las persianas de los ojos amenazaban con cerrar el tenderete. Se los frotó y después, en un acto reflejo, miró la hora. En cuestión de minutos serían las seis. Miró por la ventana. Todavía estaba oscuro, pero en el horizonte el cielo estaba teñido del leve tono azul grisáceo del amanecer que se acercaba. Durante el día que en breve empezaría tendría que cargar con una nebulosa que no se disiparía ni con siete cafés, pero eso no la detendría. Dormiría un par de horas, llevaría a las niñas a la escuela y vuelta a la carga.

Iría a calle Bonavista 7. La dirección de David Blanc Fernández. Debía seguir picando piedra. Sin esfuerzo no hay recompensa.

38

Gabriela llevaba ya tres cafés en el cuerpo cuando dejó a Emma y a Paula en la escuela. Un rato después llegaba a los Jardinets de Gràcia, donde compró un cuarto que humeaba muchísimo. Uno por cada hora de sueño perdida. Se suponía que la sobredosis de cafeína paliaría la falta de sueño y de rebote el frío; el calor en las manos la ayudaba a combatir las temperaturas glaciales de diciembre, que le atravesaban el abrigo como puñaladas.

Durante el trayecto había llamado tres veces al teléfono que figuraba en la ficha hospitalaria de David Blanc. Pero, al otro lado de la línea, la vocecita arrogante de una grabación anunciaba que el número marcado no correspondía a ningún cliente.

Después de haber dejado atrás los Jardinets, el ruido de la ciudad parecía lejano, casi silencioso. Se ajustó la bufanda mientras contemplaba el número 7 de la calle Bonavista. La dirección de David Blanc que constaba en los datos del Hospital Sant Jordi era un bloque de pisos nuevos. Un alquiler allí debía de costar un huevo y parte del otro cada mes.

Una vecina salió y Gabriela aprovechó para entrar en la portería. Según los papeles que le había entregado Helena, David Blanc vivía en el segundo segunda. Peinó los buzones con la mirada, pero no encontró el nombre que buscaba. En su lugar estaba un tal Mathias

Gidsel. Gabriela reaccionó con un gruñido. Demasiado fácil habría sido.

Después de echar un vistazo a los buzones, la imagen que se obtenía era un reflejo de cuánto había cambiado Barcelona en los últimos años. Apellidos como Møller, Hansen, Andersson, Lagarde, Prandi o Nielsen eran mayoritarios. Si llegaban con pasta gansa, se los llamaba *expats* y, si lo hacían con una mano delante y la otra detrás, se los llamaba inmigrantes.

Subió al primer piso y llamó a la primera puerta. Abrió una mujer blanca como la leche, albina y con los ojos de un azul vivo como el mar. Con cierta resignación, se dirigió a ella directamente en inglés. Para qué perder el tiempo, pensó.

—Buenos días. Estoy buscando a un vecino, David Blanc Fernández.

—Ah… —La mujer se rascó la cabeza, confundida—. Disculpe. No sé de quién me habla.

Muchas gracias, buenos días tenga usted, vaya a prepararse su magnífico brunch y que le aproveche. Probaría suerte con el vecino de al lado.

En la segunda planta, llamó uno tras otro a todos los timbres del rellano. Al final, en el segundo cuarta abrió la puerta un pelirrojo alto como un pino y, de nuevo en inglés, Gabriela repitió la pregunta.

—¿David Blanc? No me suena.

—Vivía aquí. —Gabriela señaló el segundo segunda.

—No, no lo conozco. —Hablaba con un marcado acento francés—. Hace poco que me trasladaron a Barcelona. Aún soy nuevo aquí.

Gabriela subió a la tercera planta y después a la cuarta, pero nada. Era como si el edificio hubiera engullido a David Blanc, como

si hubiera desaparecido sin dejar rastro.

Cuando llegó a la última puerta de la última planta, llamó con la convicción de quien ya se ha rendido, y un hombre muy bajito con gafas pasadas de moda, tirantes colgando y mirada viva abrió la puerta.

—¿Busca a David Blanc? Dejó de pagar hace tiempo y alquilé el piso a otra persona.

—¿Usted es el propietario?

—Sí. De todo el edificio.

—¿Cuándo dejó de tener noticias de David?

—Perdone, ¿quién es usted?

—Me llamo Gabriela Palau. Soy periodista de *La Tribuna*. —Le mostró el carnet de prensa como si fuera una placa de policía, como si diera derecho a algo—. Estamos haciendo un reportaje sobre personas que estuvieron ingresadas por covid. Como la epidemia estalló por estas fechas, quería saber cómo lo recuerdan las personas que estuvieron ingresadas en la UCI.

—No sabía que había estado ingresado. Casi nunca lo veía. ¿Y sobrevivió?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque todavía estoy esperando a que vuelva por aquí.

—¿Cómo dice?

—Desapareció justo en la época del covid. Fueron pasando los meses y no pagaba el alquiler. Después de haberlo llamado un montón de veces, opté por entrar en el piso. Debo decir que apenas tenía nada. Algo de ropa y nada más. Ni utensilios de cocina. Utilizaba los que pongo yo para los inquilinos. Cortesía mía, ¿eh? Aunque la mayoría prefieren los suyos.

—¿Qué recuerda de él?

—Era un hombre solitario. Una de las pocas cosas que me contó fue que no tenía mujer ni hijos y que no se hablaba con nadie de su familia. Un tío raro. Educado, eso sí, pero con pinta de amargado. Aquí estuvo poco más de tres meses.

—Y dice que dejó a deber el alquiler.

—Sí, coincidiendo con el covid, como le he dicho. A ver, podría haberme dicho algo. Al fin y al cabo, no habría sido el único. Mucha gente quería dejar de pagar el alquiler. Que si no se podía trabajar, que si no se cobraba, que si el mundo se había parado… Usted me perdonará, pero no era mi problema. Hay quien vende manzanas, y yo alquilo pisos. Gestiono mi patrimonio. Vivo de esto, coño. Que también pago facturas y tengo que llegar a final de mes.

Gabriela le habría soltado una fresca, pero saltaba a la vista que ese pesetero profesional no perdonaría un euro ni a la madre Teresa de Calcuta. Mejor reconducir la conversación y no desviarse de su objetivo.

—Y David Blanc simplemente dejó de pagar… —insistió Gabriela para corroborar la historia.

—Sí, sí. No dijo ni pío y no volví a tener noticias de él. De hecho, desde que se marchó, el piso ya ha tenido tres inquilinos. —Se encogió de hombros—. Hoy en día Barcelona es así: dinámica. La gente viene y va. Ahora vive un danés que trabaja para no sé qué multinacional. Estos sí que no dan problemas. Pagan el alquiler a tocateja y no rechistan por el precio.

—¿Guardó las pertenencias de David Blanc?

—¿Quién, yo? —Chasqueó la lengua—. No. ¿Qué coño iba a hacer yo con sus cosas? Lo tiré todo en el contenedor. Ya le he dicho que

no había gran cosa. Dos cajas como mucho. Mire que he visto cosas en este negocio, pero esto todavía no me había pasado. Simplemente desapareció. Joder, ni que fuera un asesino.

Ni que fuera un asesino.

Asesino.

A-se-si-no.

A-SE-SI-NO.

La palabra le estalló en la cabeza como un diagnóstico repentino. Por la mente de Gabriela desfilaron las imágenes del aparcamiento del tanatorio de Collserola reconvertido en un gran depósito de ataúdes de personas muertas por coronavirus. Tres plantas llenas de féretros. Y lo mismo sucedía en todo el mundo, literalmente. Un escenario ideal para cometer un asesinato y desaparecer engullido por la niebla del caos. Una confabulación entre Montse Casanovas, Santi Nadal, Rosa Vila, Olga Mir, Carla Sala y Jesús Maria Barceló encajaba a la perfección en el descontrol de aquellos días. Justicia paralela, fría y calculada. Una sentencia colegiada y ejecutada por un tercero: David Blanc. Quizá ni siquiera estaba enfermo. Puede que el covid solo fuera una coartada. La hipótesis de Gabriela se apoyaba en una intuición y en sombras. Necesitaba pruebas.

Sintió una mezcla de calma y euforia discreta. Se despidió del propietario. No estaba nada mal lo que había cantado. Bajó al portal y se quedó un rato allí, bajo el cielo gris ceniza de Gràcia y sus árboles desnudos de hojas por el frío. Pensó en David Blanc, en quién podía ser y en el rastro de puertas cerradas que había dejado detrás de él.

El viento le mordió la cara. La vida de la ciudad seguía su curso mientras Gabriela se daba cuenta de que la desaparición de David

Blanc quizá decía más que cualquier testigo.

Llegados a este punto, solo le quedaba un camino. Había esperado a llegar a ese callejón sin salida para que la voz de la conciencia no le lanzara los platos a la cabeza. Cogió el móvil para escribir un mensaje a Omar.

39

Cuando cerró la puerta de casa, Jesús pensó que si las cosas venían mal dadas no volvería nunca más. Aquello era una buena hostia, de esas con la mano abierta que hacen que todo se tambalee. Un buen baño de realidad. Y ya pueden decirte que no te preocupes, pero, si necesitas un trasplante para salvar el pellejo, a ver cómo demonios te lo montas para no darle vueltas todo el santo día.

Desde hacía un tiempo el corazón le latía a un ritmo irregular, cansado, como un motor viejo que había dado demasiado de sí. La insuficiencia aórtica había empeorado en silencio, semana tras semana, hasta que aquella mañana, al recibir los informes y después de hablarlo con Carla, él mismo pronunció las palabras que en los últimos tiempos resonaban con fuerza en su interior: código 1. Implicaba, esta vez sí, ir al Sant Jordi y quedarse ingresado hasta que apareciera un donante. Desear la muerte de otra persona para evitar la suya era de esas cosas que demostraban hasta qué punto es retorcida la vida.

Tenía la válvula aórtica bicúspide y, en consecuencia, las paredes de la aorta más frágiles. Los velos no eran perfectos, y las bacterias, las muy cabronas, se enganchaban en ellos. El cierre, la pared con pared, no era liso, sino rugoso, lo que provocaba que la sangre se colara de vuelta hacia el ventrículo izquierdo. Al no funcionar bien la

arteria, se generaba cal, así que, cuando la válvula quería cerrarse, no solo no podía, sino que al abrirse se quedaba rígida, de modo que Jesús empezó a sufrir el fenómeno contrario: una estenosis aórtica. Si no quieres caldo, dos tazas. Había acabado con una doble lesión, y eso aceleraba la cuenta atrás.

¿La causa de haber llegado hasta aquí? Vete a saber. Podría ser de las amigdalitis mal curadas de pequeño, pero a estas alturas ¿qué importaba? El hecho era que necesitaba utilizar en todo momento un respirador hospitalario para que cada respiración no fuera un esfuerzo negociado con el dolor y la fatiga. Su cuerpo había llegado a un límite peligroso y no aguantaría más de tres meses. Quizá menos, según cómo se desarrollaran las cosas. Hacía solo unas semanas, el tiempo era una idea abstracta, pero ahora que se escurría entre los dedos se había convertido en una unidad medible, amenazadora y angustiosa. Llevaban meses viviendo pendientes de un teléfono que no sonaba, esperando a un donante que podría llegar en cualquier momento o no llegar nunca.

A pesar de que vivía a escasos trescientos metros del hospital, una ambulancia lo trasladó. A Nelson, siempre a su lado, no le salían las palabras, pero se guardaría muy bien de llorar delante de él. Jesús era un hombre de ciencia y un agnóstico de tomo y lomo, así que no le fueras con cuentos sobre la suerte y sobre Dios porque podía mandarte a tomar por saco en menos que canta un gallo. Cada uno se forja su futuro, decía siempre.

Durante el trayecto hacia el hospital, Jesús pensaba en las cosas que dejaba atrás y en cómo había ido todo. Teniendo en cuenta los resultados de la carretada de pruebas que le habían hecho y analizando los últimos años de su vida, era evidente que su corazón

había empezado a deteriorarse avanzados los cuarenta años. Al conocer a Nelson, empezó una especie de luna de miel con la vida. Con él a su lado, y por primera vez, aprendió a ser un *bon vivant*, a disfrutar de una buena comida, a salir, a reírse y a tener autoestima. En definitiva, a ser feliz. Y nunca se pasó de la raya; las drogas no las había tocado en su vida. Jesús vivía de su cerebro, y como médico sabía de qué iba el percal cuando te metías según qué mierdas en el cuerpo. Al fin y al cabo, la droga entra por el culo de una mula y vete a saber qué potingues le añadían para cortarla. En cuanto a abusar de medicamentos, ya era harina de otro costal. Él mismo podía hacerse las recetas, así que la respuesta era evidente.

Y así fue tirando hasta que un día, en medio de una intervención con Carla, las cosas empezaron a torcerse y sintió los primeros síntomas: dolor en los maxilares, sudor frío y molestia cervical. Intentó negarlo y esconder la cabeza bajo el ala, pero un problema así no se solucionaba solo. Cuando se enfrentó a él, el corazón ya se le había pasado de vueltas y no había más tratamiento que un trasplante. Los niveles de insuficiencia y de estenosis aórtica eran graves. El ventrículo izquierdo se le había ido agrandando y el corazón se le había ido deformando hasta adoptar forma de garrafa, lo que provocó que fuera perdiendo fuerza y capacidad para contraerse y se quedase como un globo deshinchado.

Jesús sabía que el ingreso era inevitable. El corazón no podía sostener una vida que ya no era normal. Su futuro inmediato se vería reducido a una habitación de hospital donde la dobutamina, la milrinona, la noradrenalina, la heparina sódica y la amiodarona lo esperaban rodeadas de monitores que marcarían cada uno de sus latidos. Tendría también soporte vital avanzado, el ECMO, oxigenación

por membrana extracorpórea, que ayudaría a mantener funciones vitales del cuerpo cuando los órganos fallaran, en especial el corazón y los pulmones. A partir de ese momento, todo eso sería su pan de cada día.

En urgencias todo fue rápido. Alfombra roja para el doctor Barceló. Protocolos, miradas serias y voces bajas pero eficientes. Estaba claro como el agua. El propio Jesús se había autodiagnosticado. Lo que dijeran sus subordinados era un mero trámite. Código 1 significaba prioridad absoluta, una carrera contra el reloj. El trasplante ya no era deseable, sino absolutamente imprescindible. Aún no estaba intubado, pero la frontera era frágil. Cada decisión buscaba ganar horas, días y semanas.

Cuando por fin lo instalaron en la habitación, Nelson se sentó al lado de la cama, le cogió la mano y le dio un beso. En ese gesto había miedo, amor y una esperanza obstinada. Su cuerpo quizá no aguantaría mucho más, pero, mientras el corazón siguiera latiendo, tenía un clavo ardiendo al que agarrarse.

40

Omar y Gabriela habían quedado en el Michael Collins, uno de los pubs irlandeses más populares de Barcelona, muy cerca de la Sagrada Família. Que se encontraran precisamente allí no era casual. Allí se conocieron hacía ya veinte años. Fue el escenario de su primer beso, del primer te quiero. Veinte años habían pasado muy deprisa y, de la mano del paso del tiempo, llegaron los obstáculos que la vida siempre te regala para ponerte a prueba. Cuando se mira por el retrovisor del tiempo, todo el mundo cambiaría cosas del pasado, y quien no lo reconozca o es un soberbio o es un mentiroso como la copa de un pino.

Partieron peras y decidieron que cada uno seguiría su camino. Pero un día, con familias ya formadas, volvieron. Una noche, poco antes de Navidad, semana de cenas de empresa, coincidieron; qué haces por aquí, cuánto tiempo, una copa, otra, el alcohol y su virtud de teñir la realidad de color de rosa, ese no sé qué que te lo remueve todo por dentro y ya estamos otra vez. Los sentimientos no pueden reprimirse para siempre. En algún momento acaban aflorando.

Alba, la hija de Omar, y Emma, la primera hija de Gabriela, ya habían nacido. Tumbados en la cama, después de haberles puesto los cuernos a Maria y a Kilian, decidieron que una vez al año

tendrían su dosis de amor prohibido. No querían renunciar el uno al otro, pero tampoco podían renunciar a sus familias. Una vez al año, el premio de consolación.

Desde ese pacto ya habían pasado diez años; diez años de contigo pero sin ti. De ver cómo compartes con otra persona la vida que va pasando, que se escapa entre los dedos y que va empantanándose con nuevas hipotecas. Porque de estas cosas nunca hay menos. Pero qué les cuentas a los celos; lo de las mochilas les importa una mierda. Los muy jodidos son la más egoísta de las emociones.

Omar llevaba todo el día con un nudo en el estómago, desde la llamada de Gabriela. Era una sensación dulce, triste, emocionante, inquietante, bonita y cabrona como ella sola. Gabriela le alteró todo el día y pasó por delante de cualquier cosa. Había salido puntual de la comisaría para pasar por casa y tener tiempo para ducharse, afeitarse y probarse todo el armario para que el espejo dictara su veredicto. Probarse, dudar, doblar y guardar. Y así hasta que se vio lo bastante bien para la ocasión, que, qué coño, se lo merecía.

Durante el trayecto hasta el pub llamó a Alba para decirle que en la comisaría la tarde se había complicado. Lo cierto es que los polis no tienen que romperse demasiado la cabeza con las excusas. Tienen follones para dar y vender.

Nada más entrar en el Michael Collins, a Omar lo engulló una luz tenue y cálida que rebotaba en la madera oscura de las barras y las mesas. En el aire se mezclaba el olor a cerveza impregnada por el suelo y un toque de malta y cebada tostada que se escapaba de las pintas de Guinness.

Peinó el pub con la mirada y en una mesa del fondo vio a Gabriela concentrada en el móvil. Tenía que ser precisamente esa. Estaba claro que no la había elegido al azar. De repente sintió las mejillas como brasas y martillazos en el corazón, que latía contento y nervioso a la vez. Para recordar los viejos tiempos, se acercó a la barra y pidió un par de Guinness. El camarero, una zanahoria con patas, siguió el ceremonial: primera tirada con el vaso en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados hasta llenar tres cuartas partes de la pinta, reposo de sesenta segundos mientras sube lentamente y, por último, con el vaso recto, lo completa hasta conseguir una capa de espuma de unos dieciocho milímetros, redondeada y perfecta, sin burbujas grandes.

Mientras el camarero llevaba a cabo el ritual, él paseó la mirada por la pared llena de fotografías antiguas, banderas, instrumentos tradicionales y referencias a vete a saber qué condado de Irlanda. Un par de cuadros torcidos y una bandera arrugada le hacían la puñeta, pero hizo un esfuerzo por ignorarlos. No era el momento de dar protagonismo a sus manías.

Con una Guinness en cada mano, Omar se dirigió a la mesa donde estaba Gabriela entre un murmullo constante de conversaciones en catalán, castellano e inglés. De fondo, la música tradicional irlandesa animaba el ambiente. Mucho violín, mucha flauta y mucha gaita. Plantó las pintas perfectamente alineadas una al lado de la otra. Al oír el golpe del vidrio en la madera, Gabriela levantó la vista y esbozó esa sonrisa que a Omar le hacía perder algo más que el norte.

—He pensado que quizá querrías una.

—O quizá dos… Los chicos no suelen traerme bebidas como si jugaran al «tráeme una birra y gana una sonrisa».

—Si hubiera sabido que había un juego, habría venido con palomitas y un ramo de brócoli.

—¿De brócoli?

—Es que las flores duran poco y son cursis. El brócoli es práctico, es vitamina pura. Vaya, como yo.

—¿Te funciona esta estrategia?

—Lo sabré cuando vea si me pides mi número de teléfono o me mandas a paseo.

—De momento, ni lo uno ni lo otro. Pero puedes seguir hablando.

—¡Perfecto! ¿Te gusta la cerveza?

Ella dio un largo trago que le pintó un bigote de espuma blanca que se limpió con la lengua.

—Pues sí. Pero me gusta más ver cómo te pones nervioso intentando impresionarme.

—No estoy poniéndome nervioso… Solo… estoy respirando mal por motivos ajenos a mi control.

—Ah, sí. El síndrome de la respiración de tirar la caña a una chica.

—¡Exacto! Es muy frecuente cuando conoces a una chica que te parece… muy guapa.

—Pues tranquilo. Puedes respirar normal. No muerdo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Omar. ¿Y tú?

—Gabriela.

Reprodujeron frase por frase su primera conversación en el mismo sitio. Justo ahí, en esa mesa. Se la sabían de memoria. La habían reproducido mil veces. Terminado el teatro, se abrazaron

largamente. Gabriela sintió el peso agradable de Omar sobre los hombros, y su cuerpo entró en estado de calma durante esos segundos, casi como si flotara.

Omar sabía que, para que Gabriela hubiera roto el pacto y le hubiera propuesto quedar en un lugar público, había una razón de peso. Hasta que llegara, que llegaría, pasaron un buen rato riéndose de anécdotas y batallitas. Pero con la entrada en escena de la nostalgia, la conversación transitó por el camino doloroso de los recuerdos.

—Quién nos ha visto y quién nos ve, ¿eh? Veinte años después y tres críos de por medio.

—De hecho, han sido cuatro —puntualizó Omar.

—Bueno, sí, cuatro. —El tono de Gabriela se marchitó de golpe.

—¿Cómo se habría llamado?

—Ostras, no lo sé. Nunca me lo he planteado. —Para verbalizar esa mentira flagrante, Gabriela tuvo que desviar la mirada—. Pero no quiero hablar de este tema. Ahora no.

—Han pasado muchos años.

—Me duele pensar que rompimos por eso.

—Abortaste sin decírmelo.

—No hay día en que lo no piense.

—Éramos muy jóvenes, Gabriela. Poco más de veinte años. Pero yo quería a ese niño. Habríamos salido adelante.

—Yo no estaba preparada.

—Y lo he entendido, créeme. Con el paso del tiempo lo he entendido. Pero me habría gustado mucho tener un hijo contigo.

Estas palabras provocaron que a Gabriela le temblara la barbilla y se le desencajara la cara mientras la mirada se le volvía vidriosa.

Maldito sea el sentimiento de culpa. Gabriela siempre se había prometido que algún día Omar sabría toda la verdad. Algún día.

—Cambiemos de tema, que no quiero que llores. Me has dicho que podía ayudarte en una investigación para el periódico. —Lo último que quería era que la cita acabara siendo una lista de reproches.

Ella asintió con la cabeza mientras se secaba con el puño del jersey las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Tenían el sabor amargo de la culpabilidad y del miedo a desenterrar el pasado. Por el bien de todos, había secretos que era mejor que siguieran ocultos.

—Venga, dime. ¿En qué puedo ayudarte?

El cambio de tema actuó a modo de punto. A partir de ese momento, la investigación adquirió todo el protagonismo.

—Necesito encontrar a una persona.

—¿A quién? ¿Sobre qué caso?

—No puedo decírtelo.

—Gabriela, si tengo que meterme en un follón, necesito saber de qué va.

—¿Te meterías?

—Por ti sabes que sí.

—Júrame que lo que voy a decirte quedará entre nosotros.

—Te lo juro —le contestó sin hacer demasiado teatro.

Gabriela cogió impulso para soltarlo. Al fin y al cabo, si no se lo contaba a Omar, ¿a quién iba a contárselo?

—¿Recuerdas a Toni García?

—¿El cardiólogo del ICIB?

—Sí. Tengo la sospecha de que lo mataron.

—Pero si murió de covid…

—Oficialmente sí. El caso es que, exactamente el mismo día que murió, un hombre ingresado también por covid se marchó por voluntad propia del Hospital Sant Jordi.

—¡Hostia! Esto hay que denun…

—Me lo has jurado —lo cortó Gabriela levantando el índice.

—Está bien. Está bien. —Omar levantó las palmas de las manos como quien se rinde—. ¿Crees que puede estar relacionado con el envío de los tres corazones?

—Eso lo hicieron los San Isidoro, ¿no? —Esta respuesta era merecedora del premio a la mejor actriz. Se habría aplaudido a sí misma.

—Sí. Bueno, en la comisaría lo dan por hecho. ¿Y en qué te basas para decir que se lo cargaron?

—Dos pacientes y una enfermera acusaron a Toni García de agresión sexual y digamos que Jesús Maria Barceló y Carla Sala se pusieron de su lado. El caso iba a ir a juicio, pero, ups, estalló el covid y Toni García murió. Y precisamente el día que muere, un tal David Blanc Fernández se marcha del hospital y no vuelve a su casa.

—Espera, espera. ¿Estás diciéndome que crees que la dirección del ICIB conspiró para asesinar a uno de los fundadores? Muy bestia, ¿no?

—Lo es. Incluso testificaron en su contra. Pero fuentes del hospital muy cercanas a Toni García no se tragan las acusaciones de agresión sexual. El caso es que todos los implicados tenían cuentas pendientes con él.

—O sea, crees que aprovecharon el descontrol de aquellos días…

—Para hacer justicia por su cuenta. Menos follón mediático que un juicio que seguro que habría afectado al ICIB.

Gabriela sacó del bolso una hoja en la que destacaba un subrayado con fluorescente y se la entregó a Omar.

—¿Qué es esto?

—Tengo la lista de los pacientes ingresados entre el 26 de marzo y el 12 de abril de 2020. Datos personales y fecha de alta o de defunción.

Omar siguió con el índice la frase subrayada en amarillo fluorescente.

—Y el doctor García murió el…

—El día 4 de abril.

—David Blanc Fernández, «ausencia voluntaria no autorizada».

—El número de teléfono no pertenece a ningún cliente, en la dirección vive un tío danés y no hay rastro de él en las redes sociales.

—Veo que has hecho los deberes.

—También tengo los certificados médicos de defunción emitidos entre esas fechas.

—¿Tienes el de Toni García?

Gabriela pasó las hojas con la velocidad de un empleado de banca contando billetes hasta encontrar la que buscaba. Se la tendió a Omar, que la leyó de arriba abajo.

> Organización médica colegial de España
> Número de certificado 70376041
> Sr. Josep Solé Asensio
> N.º de colegiado 31828
> Certifica la defunción de Antonio García García
> Fecha de nacimiento: 12 de septiembre de 1975
> Hora y fecha de defunción: 04.15 h, 4 de abril de 2020
> Causas de defunción:

- Causa inmediata: disfunción multiorgánica
- Causa intermedia: neumonía SARS-CoV-2
- Causa inicial: infección covid-19

—¿Qué sabes de Josep Solé Asensio, el doctor que firma el certificado?

Gabriela había buscado su historial laboral en internet. Y hoy en día nada mejor que LinkedIn: teatro del postureo laboral, meca de inflar el currículum y capital del me como una y cuento cien.

—Nació en 1992. Es pediatra. Y bastante bueno, por lo que parece.

—Si es del 92, en abril de 2020 era muy joven.

—Por lo que he visto, durante la pandemia apenas hacía un par de meses que había terminado la residencia.

—Es decir, que si alguien podía verse superado por la locura que se vivía en los hospitales durante el covid era precisamente un médico como él.

Solo de escucharlo hablar se le caía la baba. Hostia, es que le haría el amor ahí mismo. Se moría de ganas… Pero maldito sea su lado más racional. Ahora que la conversación estaba encaminada al trabajo, no era momento de desviarla.

—Dame todos los certificados firmados por él que tengas. ¿Pedimos otra mientras seguimos? —Omar señaló los vasos vacíos con la barbilla.

—¿Creías que me conformaría con solo una?

Mientras Omar fue a por la segunda ronda, Gabriela buscó entre los papeles los certificados médicos de defunción firmados por el doctor Solé. Encontró doce, que colocó en la mesa. A la izquierda, el

de Toni García. A la derecha, los otros doce bien apilados y sobre todo sin que ninguna punta sobresaliera.

Con las dos nuevas pintas en la mesa, Omar empezó a examinar los certificados y a compararlos uno a uno con el de Toni García. La música celta de fondo no le rompió la concentración ni un segundo. Cada detalle importaba. Palabras, vocabulario, fechas, causas de defunción. Todo. Movía los papeles adelante y atrás.

—Antonio García García. Joder, debe de haber un millón.

—Sí. En el hospital era Toni García, el doctor García o directamente García.

Omar siguió leyendo y comparando documentos con los ojos entrecerrados hasta que de repente movió la cabeza y verbalizó la conclusión a la que había llegado.

—Creo que deberías pedir un peritaje caligráfico para analizar la morfología del trazo de la caligrafía.

—¿Para qué?

—Para certificar si Josep Solé fue quien realmente firmó el certificado médico de defunción.

Lo haría. Sin duda lo haría. Por un momento visualizó la portada de *La Tribuna*, la entrevista al perito caligráfico, el titular llamativo a cinco columnas, su nombre en lo más alto del ranking de audiencias… Hasta que un chasquido de dedos imaginario la devolvió a la conversación.

—¿Y cómo encuentro a David Blanc si solo tengo un correo electrónico? ¿No puedes consultar la base de datos del DNI?

—Sin una autorización judicial no puedo. Y si por lo que sea alguien de investigación criminal la pidiera, te jodería el caso. Se lo quedaría la poli. Y antes de que me lo preguntes, por un tema de

protección de datos, en España no existe ningún censo público ni ningún directorio online en el que puedas buscar un nombre y saber automáticamente si la persona está viva o muerta.

—¿Y qué coño puedo hacer para encontrar a este hombre?

Omar buscó en su móvil y después escribió en una servilleta un nombre y un correo electrónico con una caligrafía de matrícula de honor.

—Escribe a este mail de mi parte. Seguro que puede ayudarte.

41

La calle del Gran Capità hacía de línea divisoria entre el cuartel de El Bruch y la Universidad Politécnica de Cataluña. A Gabriela le habían dicho que estuviera a las once en la parada de autobús situada en la frontera entre esas dos realidades aparentemente antagónicas: la militar y la universitaria. En punto, le dijeron. Pues amén y allí como un clavo. Por si acaso, un cuarto de hora antes ya había llegado. Que nunca se sabe. Mejor quince minutos antes que tres después.

La mañana era agradable. La chaqueta era casi un estorbo, y los más osados se atrevían con ropa primaveral. Un autobús se detuvo en la parada y bajaron un montón de jóvenes dispuestos a formarse para comerse el futuro. Seguían el manual que les habían inculcado: estudia, sacrifícate, encuentra un trabajo —primero de mierda, no quieras correr—, haz más horas que un reloj, cobra menos que un esclavo, demuestra lo mucho que vales y ya verás como la vida te recompensará independizándote y sintiéndote realizado. Pobres ilusos.

Detrás de ellos bajó una mujer de cuarenta y tantos años —ojos oscuros que no paraban quietos y pelo negro como el carbón recogido en una cola de caballo que dejaba a la vista la decena de pendientes que le colgaban de cada oreja—. Se acercó a ella y la miró fijamente durante unos largos segundos.

—Eres Gabriela Palau —aseguró como quien dice una verdad indiscutible.

—¿Y tú eres…?

—Gemma Paz. El contacto que te dio Omar. Ven conmigo.

Un por favor no habría estado de más, pero claro que sí, mujer, a sus órdenes. Dejaron atrás el cuartel de El Bruch y avanzaron por la calle Jordi Girona bordeando el recinto de la Politécnica. Gemma Paz llevaba una camisa remangada hasta los codos con tres botones desabrochados que dejaban ver un piercing dermal y un montón de tatuajes que asomaban.

—¿Te importa que me fume un piti?

La pregunta sonó a mera cortesía. Antes de que Gabriela hubiera podido responder ya se había encendido un cigarrillo.

—Omar me ha dicho que eres periodista…, pero que puedo fiarme de ti.

—Los periodistas callamos mucho más de lo que la gente cree. ¿De qué lo conoces?

—A veces la policía, si quiere avanzar en una investigación y necesita encontrar cosas o a personas en la red, no puede seguir los canales oficiales.

—Y entonces entra en juego gente como tú.

—Exacto.

—Eres hacker.

—Si quieres ponerle una etiqueta… Dejémoslo en que alguna vez los he ayudado. Y ahora supongo que quieres que te ayude a ti. —La señaló con la barbilla.

—Necesito encontrar a una persona.

La hacker levantó una ceja, divertida.

—Todo el mundo necesita encontrar a una persona en esta vida. ¿Qué tienes?

—Solo un correo electrónico.

Gemma Paz esbozó una sonrisa breve y afilada.

—Es mucho más de lo que parece. ¿Quién es?

Gabriela respiró hondo. Era su única opción, así que tenía que confiar en ella y, como si hubiera ido al médico, le contó lo que sabía: que en el momento más álgido de la pandemia un tal David Blanc Fernández se había esfumado del Hospital Sant Jordi y que necesitaba encontrarlo. Hasta aquí. Decidió que el trasfondo de la historia podía seguir bajo llave. No le dijo por qué lo buscaba ni lo que quizá había hecho. Tampoco dramatizó ni recurrió a esa cara de tonta con la que tantas cosas conseguía. No era necesario, y lo cierto es que no habría servido de absolutamente nada: la hacker, larga y con mucho mundo, la habría calado a la primera. Aquello era un intercambio, un servicio. Ella encontraba a ese tío y Gabriela pagaba. Bajo mano o con una factura con el concepto que le diera la gana. Eso ya era cosa suya.

Siguieron caminando en silencio unos metros. Gemma Paz parecía pensar mientras miraba a un punto indeterminado del horizonte, más allá de los jardines del Palau Reial de Pedralbes. A esa hora, media mañana, solo se oía el tráfico, que escupía su cacofonía incomprensible. Pensaba en lo que acababa de contarle la periodista y en cómo se lo montaría para conseguir el objetivo, en cómo el asunto podía dejar de ser una sombra y convertirse en un mapa para encontrar a David Blanc Fernández.

Al girar hacia la calle John Maynard Keynes, la hacker recuperó el habla.

—¿Le has pedido algo a alguien más?

—¿Qué quieres decir?

—No estarás trabajando con dos a la vez, ¿no? Porque entonces lo que he pensado se va a la mierda.

—Solo he pedido un peritaje.

—¿A quién?

—A un perito caligráfico.

—Pero a ningún hacker…

—A ninguno.

—Perfecto. Y dices que ese tío se esfumó durante la época más jodida de la pandemia, ¿verdad?

—Sí, exacto. Se largó del hospital sin decir ni pío a los médicos.

—¿Puedes publicar una noticia en *La Tribuna* que despierte su curiosidad?

—¿Por ejemplo?

—Hostia, pues no sé, algo del tipo «La policía investiga a desaparecidos de los hospitales catalanes durante el covid».

—Pero no es verdad.

—Olvídate de si es verdad o no. ¿Quieres encontrarlo? Pues hazlo. Escóndela en la web para que no se vea demasiado. Solo tiene que verla él. Ya le haremos llegar el enlace para que lo clique. Será un señuelo, pero para que sea creíble el tío tiene que dar la noticia por buena. Tranquila, si todo va bien, en unos días te diré que la retires.

Gabriela pensó que, como decía la hacker, podía esconder la noticia en la web, en un rincón de una subsección de la sección menos visitada de *La Tribuna*. La firmaría como «Redacción», que es lo que hacen los periodistas cuando no quieren dar la cara. La siguiente pregunta era inevitable.

—¿Y qué vas a hacer?

Gemma lo había organizado en su cabeza como una especie de Tetris que había dejado caer piezas a toda pastilla y que ella había encajado a la misma velocidad hasta trazar el plan.

Crearía un servidor Ubuntu. En este servidor alojaría una página utilizando XAMPP en la que estaría el código que establece los parámetros de la web. XAMPP era una herramienta que cogería el código y lo colocaría en otro servidor, este, de la hacker. En la página web con certificado https, Gemma crearía un boletín informativo idéntico a los que hacía *La Tribuna* para difundir las noticias destacadas y lo enviaría al mail David.Blanc@gmail.com. Hasta aquí, coser y cantar.

Después configuraría una API, un servicio web que hace de intermediario y que permite que dos programas o servicios se comuniquen entre sí e intercambien datos. Cogería la IP y devolvería la información que a Gabriela le interesaba. El servidor registraría la IP, Gemma Paz la consultaría y listos. En bandeja de plata y con un lacito. Vería la zona desde donde se había conectado. El círculo de ubicación aproximado lo fijan tres puntos, tres repetidores, y dentro estaría la persona a la que Gabriela estaba buscando. La API registraría información como la IP y la hora a la que se había clicado el boletín informativo supuestamente publicado por *La Tribuna*. Aunque, contado así, a la periodista le sonaría a chino. A ver cómo demonios se lo contaba a esa analfabeta informática para que lo entendiera.

—A ver, intentaré simplificarlo para que lo entiendas.

—¿No crees que sea capaz?

—Aunque vosotros creáis que sí, los periodistas no lo sabéis todo, cariño. Y de esto, créeme… —Una calada al cigarrillo sustituyó el «no tenéis ni puta idea» con el que habría terminado la frase.

—Vale, vale. Dispara.

—Crearé una *newsletter* idéntica a las que hacéis en *La Tribuna*. Estoy suscrita, sé cómo son. Pondremos el titular que te he dicho en tamaño muy grande para que llame la atención. Lo interpelamos sin decirle «oye, tú, idiota, clica aquí, que queremos saber por dónde coño andas». Lo entiendes, ¿verdad? Si el tío clica, tendremos la ubicación aproximada. No te prometo una dirección exacta, pero sí un radio en un mapa. Si clica, claro. Envíame la noticia. Ponle todo tu arte. Solo si clica podremos saber algo. Si no, la hemos cagado. En cuanto la reciba, me pongo. Por cierto, serán mil euros. A tocateja en un sobre, por supuesto. ¿Te parece bien?

Hizo una rápida valoración de daños: no podía pedir mil euros en negro al periódico. Ni de coña. Pero había cobrado un buen pellizco con las tres pagas dobles, y ese podía ser el caso que deslumbrara a Makaroff y que tachara la palabra «interina» de su cargo. Sería una inversión de futuro. De hecho, no tenía ningún otro as bajo la manga para dejar boquiabierto al director, así que tenía que jugárselo todo a la carta de esa investigación.

Gabriela asintió con la cabeza y se estrecharon la mano para certificar que la cacería había empezado.

La periodista y la hacker llegaron a la entrada de la Facultad de Informática. Gemma se detuvo, se quitó la colección de pendientes que llevaba colgando y se soltó la cola de caballo para que la melena negra le cubriera las orejas. Después se abrochó los tres botones de

la camisa, se bajó las mangas hasta la muñeca y se abrochó los puños. Ni rastro de piercings ni de tatuajes.

—¿Qué haces?

—Parezco otra, ¿eh? Más formalita. Nada, el rector, que cree que esto es Harvard y no deja de tocar las pelotas con lo de la imagen. Ya me ha echado la bulla varias veces.

—¿Todavía estudias en la universidad?

—Soy profesora de algoritmos y estructuras de datos. —La miró con una condescendencia insultante—. Una de las asignaturas más jodidas de la carrera, por cierto.

—¿Eres profesora y haces de hacker?

—¿Crees que en este país llegas a fin de mes con el sueldo de profesora?

42

Al lado de la cama, una ristra de máquinas hacía de corazón auxiliar de Jesús. Había pantallas con líneas de diferentes colores danzando arriba y abajo al compás de un bip repetitivo que marcaba cada constante. A su alrededor, tubos, bolsas con líquido que colgaban y cables esparcidos por todas partes como raíces que buscaban un lugar al que agarrarse. Todo tenía una etiqueta, un código de barras, una fecha y una hora. En código 1 la vida se contaba y se registraba.

Por suerte, las habitaciones de hospital no cuentan historias. Muy pocas veces se viven alegrías en ellas, y lo que Jesús se disponía a hablar con Nelson y Carla tampoco era para lanzar cohetes.

—Quiero dejarlo todo listo para cuando me muera.

—No digas tonterías, Jesús.

—He visto a demasiados pacientes pasar por aquí y prefiero ponerme en el peor escenario. Ya sabes cómo soy. Ostras, qué rápido ha pasado la vida.

Detrás de la mascarilla de oxígeno, el labio de Jesús empezó a temblar, pero supo controlar el llanto. Él era quien siempre mantenía el tipo cuando las cosas se torcían y mantendría este papel hasta el día que se marchara.

—Carla, dile algo, por favor. —Esta súplica fueron las únicas palabras que supo encontrar Nelson.

El problema era que Carla, como Jesús, miraba la vida a través de los prismáticos de la ciencia, con los pros y los contras que comporta. Saber demasiado te confronta con la realidad, lo que no siempre es una ventaja. Ella entendía a Jesús. Las opciones disminuían cada día que pasaba y, como lo habían parido pragmático, necesitaba saber que todo estaba en orden para marcharse en paz. Que pudiera cerrar los ojos por última vez con la tranquilidad de que la vida seguiría igual sin él.

—Nelson, la cosa está jodida —admitió Carla—. Tenemos que seguir luchando hasta el final, esperar a que llegue un donante, pero no podemos esconder la cabeza debajo del ala.

—Espera lo mejor, pero prepárate para lo peor, ¿verdad?

—Eso es, cariño.

A Nelson le resbaló una lágrima por la mejilla. Ver a Jesús en medio de esa jungla de plástico y metal, envuelto por sábanas ásperas y con la piel marcada por adhesivos, hacía que se le cayera el alma a los pies.

—Si no apareciera ningún donante y no saliera adelante, quiero tener claro que lo dejo todo atado.

Dos condicionales en la misma frase fue la brecha de esperanza que Jesús concedió a Nelson. El lenguaje daba estas herramientas para suavizar una hipótesis probable, y en ese caso más que segura, si el azar no ofrecía un golpe de suerte.

—He revisado papeles y, como sabes, te he puesto como cotitular en todas mis cuentas. Tengo un seguro de vida y… Bueno, aquello.

Se calló para no mencionar lo de Dubái delante de Carla. Dubái era igual a paraíso fiscal, paraíso fiscal era igual a dinero opaco, y dinero opaco era igual a conducta delictiva. Después vendrían las preguntas y, conociéndola, los reproches.

Jesús también quería dejar atada la custodia de su criatura. Y ya puestos, ese era un buen momento.

—Carla, tú y yo tenemos una conversación pendiente, ¿no crees?

Una especie de temblor suave recorrió el pecho de la cirujana, que enseguida se mezcló con una capa de nervios. Las conversaciones que tardan demasiado en llegar corren el riesgo de envenenarse, y aquella tenía la fecha de caducidad muy cerca.

—Sé que quizá se daba por hecho, pero tenemos que hablarlo. Si yo faltara —condicional—, querría que asumieras la dirección del ICIB. Así lo he dejado dispuesto en mi testamento. Me gustaría que aceptaras.

Carla ya creía que nunca iba a pedírselo, por previsor que fuera. La propuesta se había hecho esperar. Vaya si se había hecho esperar. Si Jesús no salía adelante, ella ocuparía su puesto. Los instantes que dura un chasquido de dedos bastaron para convencerse de que las oportunidades llegan cuando llegan y de que el destino, cruel como él solo, puede ser tan cabrón que hace que cumplas tu sueño con la muerte de un amigo.

Siempre había estado a la sombra de Jesús y Toni, los dos grandes genios de la cardiología. Silenciada por uno y agobiada por el otro. Quizá pronto llegaría su momento. Alguna vez se había imaginado dirigiendo la nave del ICIB. Por mucho que de puertas afuera lo hubiera negado, estaba claro que lo había hecho. Eso supondría el salto definitivo en su carrera, se convertiría en uno de

los referentes de la profesión. El tema de las relaciones públicas, el circo de la gala De Todo Corazón y otras mandangas serían el precio que pagar por conseguir reconocimiento.

Era la heredera, estaba decidido. Anunciado con Nelson como testigo y sellado ante el notario en un testamento.

Supo contener bastante bien la sonrisa que le pedía el cuerpo y le contestó con toda solemnidad.

—Si llegara el caso, y si las cosas no fueran bien, puedes contar conmigo, Jesús. Sería un honor. Pero solo mientras te estuvieras recuperando.

Con tres condicionales, por aquello de no adelantar acontecimientos, que queda feo. Y mientras estuviera recuperándose.

43

Gabriela salió de *La Tribuna*, en pleno centro del Portal de l'Àngel, como si transitara en una corriente de histerismo empujada por el afán de gastar, gastar y gastar. Sin sentido, que de eso se trata. Black Friday, Cyber Monday, Navidad, Reyes, rebajas de invierno, días sin IVA y, por si aún quedara algo de dinero en el bolsillo, las grandes superficies anunciaban a bombo y platillo que ya era primavera —gracias por informar— con ofertas para caerse de culo. Vivan las tradiciones importadas o autóctonas si todo euro que vuela va a la cazuela.

Te lo mereces, cuídate, tú lo vales, te sentirás mejor. Cualquier eslogan que levantara la autoestima hacía diana en el objetivo de ablandar al consumidor para que dejara las tarjetas de crédito más secas que la mojama. Las marcas, que de estas cosas saben mucho, aderezaban las tiendas con escaparates impecables, promesas de novedad y música repetitiva a todo trapo para fomentar las compras impulsivas. Neuromarketing, así lo llamaban. Y a los trabajadores que se pasaban ocho horas encerrados en la tienda por cuatro duros (o tres) que los zurzan.

Gabriela caminaba a contracorriente. Gemma, la hacker, le había pedido que se vieran. Trae la pasta, añadió. Así que el trabajo ya estaba hecho. Faltaba saber si había salido cara o cruz.

Tiró por la calle Santa Anna hasta las Ramblas y, después de cruzarlas, se adentró por las calles estrechas y laberínticas del Raval: una mezcla constante de culturas, olores, comercios tradicionales y arte urbano con una densidad de población equiparable a la de Manila y Hong Kong, y que superaba de largo a la de Manhattan, que se dice pronto.

Tras recorrer las calles Bonsuccés, Elisabets y Montalegre, entró en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, uno de los recintos más importantes de la ciudad, dedicado a la difusión de la cultura y el pensamiento contemporáneos, situado en la Antiga Casa de la Caritat. Al entrar, el ruido y el bullicio se quedaron atrás. El Pati de les Dones, en forma de U, la recibió con una quietud inesperada. La rodeaban tres paredes decoradas con cerámicas novecentistas y un cuerpo prismático acristalado e inclinado que se alzaba treinta metros. Avanzó por el patio oyendo sus propios pasos resonar hasta que, al fondo, sentada en un banco de piedra, encontró a Gemma, que la esperaba.

—Llegas estresada.

—Es lo que tiene atravesar el centro. ¿Por qué hemos quedado aquí?

Gemma señaló con la barbilla un cartel de la exposición «Tatuaje. Arte sobre la piel» y levantó sus dos brazos tatuados. Gabriela asintió y se sentó a su lado.

—Quería venir y he visto que *La Tribuna* estaba cerca de aquí, así que…

—¿Ha clicado? —A Gabriela se la comía la curiosidad.

La hacker se quedó con la mano suspendida, abriendo y cerrando los dedos con insistencia. La periodista sacó un sobre del bolsillo y

aflojó la pasta. El dinero es el que manda. Maldito sea. Hay cosas que siempre serán igual.

—¿Ha clicado? —insistió.

Gemma asintió con la cabeza, y una sensación de alivio recorrió a Gabriela por dentro. Estaba un paso más cerca de eliminar el término «interina» de su cargo en el periódico.

—Cuéntame cómo ha ido.

Qué manía la de esa periodista de hablar de cosas de las que no sabía absolutamente nada. Gemma habría podido explicarle que la API tenía una base de datos que filtraba hasta encontrar una ubicación aproximada. Pero la hacker optó de nuevo por la condescendencia.

—A ver, para que lo entiendas, como si fueras una niña de cinco años…

—Dime… —Por el tono no lo pareció, pero a Gabriela esa puntualización le tocó bastante la pera.

—No tengo tiempo para explicarte nociones básicas de ciberseguridad, ni qué es un servidor Ubuntu, el XAMPP o una API. Yendo al grano, lo que te interesa: tengo una ubicación bastante aproximada. David Blanc Fernández está en la zona de Montpellier.

—¿En Montpellier?

—Francia.

—Ya sé dónde está Montpellier.

La hacker buscó en su bolso y sacó una hoja DIN A3 con un mapa de la ciudad occitana.

—Tu hombre clicó la noticia dos veces. La primera desde aquí. —Señaló en el mapa—. Vailhauquès, una zona residencial de las afueras, poco poblada. Desde esta ubicación, si miramos la ventana

temporal, se conectó por la noche. Creo que será facilísimo encontrarlo. He mirado la zona en Google Maps. Es solitaria y hay varios chalés, pero no muchos. Calles tranquilas, nada de multitudes.

—¿Y la segunda ubicación?

Gemma señaló con el dedo otro círculo dibujado en el otro extremo del mapa.

—Desde aquí se conectó por la mañana. En esta zona hay un IKEA, un McDonald's, un centro comercial… Pero, por lo que buscas, creo que ya sé dónde está tu hombre.

—¿Dónde?

—Aquí. —Clavó el índice en el papel—. En el Hôpital du Millénaire.

Un hospital de Montpellier. Un barrio residencial de Vailhauquès. El círculo se había estrechado.

44

Barcelona-Montpellier. Un trayecto de unas tres horas y media que Gabriela, que no pasaba de los ciento diez kilómetros por hora, seguro que alargaría hasta cuatro y pico. Después de dejar a Paula y a Emma en la escuela, carretera y manta rumbo a Occitania. Kilian se encargaría de las niñas. Unos días, le dijo. Dos, tres, cuatro. Depende. Ya veremos, según cómo vaya todo. Él, como siempre, amén, buena cara y tarifa plana.

Cuatro horas al volante eran una invitación formal a comerse la cabeza con la maraña sentimental que vivía. Pensó en Kilian, en Omar y en el jardín en el que estaba metida desde hacía ya unos años. Kilian era un buen hombre y un buen padre. Las niñas lo adoraban y ella lo quería. Sí, le ponía los cuernos; físicamente una vez al año y mentalmente cada puto día de su vida. Pero lo quería. Era un buen compañero de viaje. Nunca le había fallado. En cualquier caso, poniéndolo todo en una balanza, no estaba dispuesta a plantearse la posibilidad de dejar de ver a Omar. Aunque fuera una vez al año.

Había procrastinado de forma sistemática lo de decidir qué camino seguir, y en ese momento, en la carretera, con un objetivo claro, tampoco iba a arreglar su vida. Así que, una vez más, guardó el tema en el cajón de las decisiones pendientes. Quería concentrar

su energía en el asunto que tenía entre manos. El lado oscuro del Sant Jordi y del ICIB serían el golpe de timón definitivo para consolidarse como la directora de Investigación de *La Tribuna* después del reinado de Rai. Sabía que su figura tenía una sombra alargadísima y que sustituirlo no sería nada fácil. No habían vuelto a hablar desde que se había jubilado, y lo cierto era que en un caso como el que tenía entre manos echaba de menos su visión. Por primera vez no tenía a su mentor al lado y, quieras o no, afrontar sola una investigación sin esa red de seguridad llenaba la maleta de las dudas. Podía llamarlo, quedar con él para tomar un café, contarle la situación y pedirle consejo, pero sabía que probablemente Rai y Makaroff seguían en contacto. Si Gabriela trasladaba sus dudas a su antiguo jefe, no tenía la certeza de que no llegarían al director del periódico. Con Rai tenía que mostrarse como una amiga, pero debía actuar como una espía.

Dominar el arte de la oportunidad.

Jugar con la necesidad y las fantasías de las personas.

Reglas de oro del poder. Y ella quería poder. Solo tenía que jugar bien sus cartas. Si Makaroff necesitaba audiencia, ella se la daría. Si existía la oportunidad de deslumbrarlo, ella lo haría. Si tenía la fantasía de que las audiencias hicieran viable el periódico, ella sería la maga que lo haría posible. Cuando todo esto ocurriera, se convertiría en la indiscutible directora de Investigación de *La Tribuna*. Unos años y daría el salto a una gran cadena de televisión. Reconocimiento profesional y pasta gansa. Pero para conseguirlo debía ser eficaz en la ejecución de lo que tenía entre manos.

Las maquinaciones la acompañaron hasta que se encontró transitando por las carreteras estrechas y los campos amplísimos de

las afueras de Vailhauquès, muy cerca de Montpellier. Era la zona que le había indicado la hacker y que ella misma había seguido con el dedo en Google Maps. Estaba casi despoblada. Una especie de vacío al margen de la ciudad. Las únicas construcciones visibles eran una serie de chalés idénticos, alineados como soldados en formación. Contó veinte de un extremo al otro de la calle. Luego miró la hora. La una y media. David Blanc había clicado la newsletter desde esa zona en la franja horaria de la noche. Si seguía el mismo patrón temporal, tenía tiempo para estudiar el terreno.

Aparcó lejos, con prudencia, y subió a una pequeña colina desde donde podía vigilar toda la zona residencial. Ninguna tienda, ni un alma por la calle. Nada. Una vez ubicada, bajó hasta los chalés. Veinte. Solo veinte. Será facilísimo, le había dicho Gemma. Cruzaba los dedos.

Se situó al principio de la calle y empezó a desfilar por delante de los chalés, uno detrás del otro. Cada casa era una fotocopia de la anterior: construcciones sin alma, idénticas, con la misma distancia exacta entre puertas y ventanas, como si alguien —el promotor inmobiliario en este caso— hubiera querido borrar todo rastro de personalidad.

La verja que las rodeaba dejaba entrever fragmentos de jardín y parte del interior de las viviendas. Se acercó a la puerta de la primera casa. Tal como esperaba, los buzones mostraban los nombres de los habitantes. Aquel detalle podía ayudarle a orientarse. Era como encontrar una leyenda en un mapa.

Empezó a revisar las placas una a una: Dupont, Roux, Fabre, Giraud, Mistral, Arnaud, Vidal, Sabatier, Pujol… Y así llegó a la decimonovena casa de la calle. En los escasos metros que la

separaban de la última puerta, su cabeza se situó en el peor escenario. No puedes ser más ingenua, se dijo a sí misma. Pero, cuando se plantó delante de la última puerta de la calle, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo; un buzón desnudo, sin placa con el nombre. Esbozó una sonrisa maliciosa. Si eres un fugitivo, ¿pondrías tu nombre en un buzón?

45

Gabriela empezó la guardia desde lo alto de la colina, con el cuerpo encogido dentro del abrigo y las manos enterradas en los bolsillos, como si así pudiera protegerse no solo del frío, sino también de la sensación absurda de estar perdiendo el tiempo. La monotonía se rompió hacia las cinco de la tarde, cuando el paisaje se movió: una mujer con dos niños, una pareja joven, la compra del súper a domicilio. Movimientos breves y rutinarios, pero ninguno que encajara con la descripción de David Blanc, el hombre de más de cincuenta años que había huido del hospital Sant Jordi en pleno pico de la pandemia.

El tiempo se alargaba con una lentitud irritante y la noche iba cayendo poco a poco. El silencio se volvía más denso a medida que el cielo se oscurecía, pasó de gris ceniza a negro, y las farolas se encendieron proyectando círculos de luz amarillenta sobre el asfalto húmedo. Gabriela resopló y un vaho apareció como una nube breve y suave que se deshizo de inmediato tragada por el aire frío.

El tiempo pasaba y Gabriela volvió a decirse de todo. Idiota fue lo más suave. Justo cuando empezaba a dudar, vio unos faros acercándose a la última casa de la calle. El coche, un monovolumen negro, aparcó delante. Gabriela sintió que los latidos del corazón le golpeaban las sienes. Cogió la cámara a toda prisa. A través del

objetivo vio que un hombre bajaba del vehículo y lo cerraba de un portazo. Estatura media, atlético, gafas, greñas y barba plateadas. Se ajustaba perfectamente al perfil. El obturador de la cámara fotográfica empezó a sonar.

—Date la vuelta, vamos, date la vuelta… —susurró para sí misma casi como una súplica.

Y los ruegos de Gabriela se hicieron realidad. El hombre se giró, miró el mando del coche y pulsó un botón. Lo cazó de lleno justo cuando los cuatro intermitentes se iluminaban. Dios se lo pague. Después entró sin prisas en la casa. Desde la colina, Gabriela vio que las luces se encendían, una tras otra, y el interior de la vivienda cobraba vida.

Revisó las fotos en la pantalla de la cámara. Una, dos, tres… Todas eran bastante nítidas. De repente, una intuición llamó a su puerta y su afilado olfato periodístico arrugó la nariz. Hizo zoom en la foto que le había hecho de frente, mientras David Blanc cerraba el coche. Examinó la imagen con detenimiento, concentrada, entrecerrando los ojos y fijando la mirada en cada detalle. Comparó esas facciones con el catálogo de rostros conocidos que su memoria le ofrecía y una sacudida le recorrió cada centímetro de la columna vertebral. Contuvo la respiración antes de quedarse un segundo en shock. Un chasquido de dedos interior la hizo reaccionar. La adrenalina, tal vez. Rebuscó en el bolsillo hasta encontrar el móvil. Una rápida búsqueda le bastó para confirmar que sus sospechas eran ciertas.

Dado que últimamente se había documentado para redactar las noticias sobre el ICIB, era un rostro que tenía muy presente. Comparó imágenes una vez más colocando la pantalla del teléfono y

la de la cámara digital una al lado de la otra. Estaba cambiado, sí. El pelo largo, la barba y las gafas le daban un aire diferente, pero tenía la misma mirada, la misma pose, la misma nariz y el mismo lunar rojo por encima de la ceja. Todo coincidía. El caso adquiría una nueva dimensión.

El hallazgo le cayó encima con todo el peso de un muerto que vuelve. De repente, la realidad era mucho más oscura de lo que había imaginado.

—Veo que estás vivo, doctor Toni García.

46

Un carrusel de imágenes se paseó por la cabeza de Gabriela: el busto en la entrada del ICIB, el comunicado de la alcaldesa de Barcelona anunciando que una calle llevaría el nombre de Toni García, Jesús Maria Barceló homenajeándolo en la gala De Todo Corazón y, por supuesto, la portada de *La Tribuna* informando de su muerte en pleno pico de la pandemia de covid. Y después de las imágenes llegó el turno de las suposiciones, claro. En esos instantes Gabriela dio un buen puñado por ciertas: que David Blanc Fernández estaba muerto, que habían suplantado su identidad, que las acusaciones de Olga Mir, Montserrat Casanovas y Rosa Vila contra Toni García se ajustaban a la realidad y que el doctor estaba detrás del envío de los tres corazones a Jesús Maria Barceló. Según Helena Soto, ambos se odiaban a muerte. Todas las piezas encajaban.

El aire de la noche le cortaba la respiración en cada bocanada y le resecaba la garganta hasta dejarla como si fuera de metal oxidado. Gabriela dirigió la mirada hacia la casa. La luz de lo que intuía que era la sala de estar se apagó y se encendió otra en una esquina. Desde su posición en la colina no podía ver lo que pasaba en el interior. El trabajo allí arriba, hasta entonces refugio y mirador, había terminado. Pero quería más; quería dejar a Makaroff sin palabras, y para eso necesitaba más imágenes.

Gabriela dejó la cámara de fotos bajo la cubierta de la rueda de repuesto, en el portaequipajes del coche. Con una cámara de profesional no podría disimular si la pillaban rondando por allí. Se ajustó el abrigo, palpó el bolsillo para comprobar que llevaba el móvil y empezó a bajar la colina. Sus pasos, cortos y seguros, no hacían ruido sobre el césped húmedo, pero Gabriela los oía como si se ramificaran piernas arriba hasta cada rincón de su cuerpo.

Se plantó delante de la casa. La verja, delgada, parecía más ornamental que defensiva. La rodeó sin prisas, como lo haría una persona que ha sacado a pasear al perro para desconectar de una larga jornada laboral. Caminó hasta la esquina de la casa. Como era la última de la calle, allí no la vería ningún vecino. No estaba a la vista de nadie. Detrás de ella solo había bosque.

Se acercó silenciosa como una serpiente. Protegida por la oscuridad y desde detrás de la verja, vio al doctor a través de la ventana de la cocina iluminada. Lo tenía a unos quince metros como máximo. Aunque llevaba el pelo más largo, por los hombros, la barba un poco descuidada y las gafas, era él sin ninguna duda. Toni García se movía con calma. Llevaba una camiseta oscura remangada. Un hombre cualquiera en una noche cualquiera preparando la cena. Una situación cotidiana que se repetía en ese mismo momento en millones de hogares de Europa. Gabriela levantó el móvil con cuidado, se aseguró de no tener el flash conectado y la cámara enfocó. Después disparó una ráfaga de fotos, una detrás de otra.

En la cocina había una olla en el fuego. De ella ascendía lentamente vapor hacia la campana extractora. De repente, Toni García se quedó quieto, como si un ruido lo hubiera alertado de

algo. Gabriela, camuflada en la oscuridad, contuvo la respiración. Entonces, con un gesto brusco, el doctor se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil. Miró el teléfono unos segundos, concentrado. Deslizó el dedo por la pantalla. Movió los labios, pero Gabriela no podía oír nada desde fuera.

Se dio la vuelta y salió de la cocina. Gabriela mantuvo su posición. No movió ni una pestaña, por si acaso. El instante iba sumando segundos y Toni García no volvía a la cocina.

Un minuto.

Dos.

La calle seguía vacía y en silencio. Solo el susurro del viento entre las vallas parecía tener derecho a pronunciarse.

Fue de repente, por detrás, a traición. El frío metálico del cañón de una pistola contra su sien. Gabriela se quedó petrificada y el mundo se redujo a ese punto de hielo sobre su piel.

47

Gabriela se encontró atada en una silla, en una habitación con las persianas bajadas y la puerta cerrada. Solo una lámpara de sobremesa dejaba en penumbra el rostro del resucitado doctor Toni García.

—Me habrás visto mirando el móvil.

Gabriela asintió.

—Me ha saltado la alarma —le dijo levantando el aparato—. Tengo cámaras fuera. Como has podido comprobar, aquí es difícil que alguien te oiga. Además, los de al lado no están. Aun así, si gritas o montas un espectáculo, te amordazo. ¿Entendido?

Gabriela volvió a asentir con la cabeza.

—¿Estás más tranquila?

Y se lo preguntaba un tío pistola en mano. Tranquilísima, no te jode. Aunque se sentía incapaz de controlar el temblor, Gabriela volvió a asentir. No tenía demasiada elección.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gabriela Palau. Soy periodista de *La Tribuna*.

—Supongo que si estás aquí es porque sabes quién soy.

—El doctor Toni García. —La voz le tembló mucho más de lo que habría querido.

—Tú eres la que entrevistó a Jesús, ¿verdad? —El médico no había tardado en atar cabos.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Jodido. Muy jodido, la verdad. Está ingresado en el Sant Jordi.

—«Misma estatura, mismo grupo sanguíneo. Somos iguales. Como gemelos» —recitó en tono burlón—. Se ha pasado la vida diciendo que éramos iguales, pero él siempre fue el débil de los dos… Dime, ¿cómo has sabido que estaba vivo?

—Acabo de descubrirlo.

—¿Cómo has localizado este sitio?

Gabriela sopesó mentir, pero era absurdo improvisar una historia verosímil que Toni García se tragara.

—Gracias a una hacker. Tranquilo, no sabe quién eres. Hace unos días recibiste un boletín informativo de *La Tribuna* con varias noticias. La principal decía que la policía investigaba desapariciones de personas en los hospitales durante el covid.

—Y cliqué… Era un anzuelo y lo mordí.

—Te conectaste desde aquí y desde el hospital. Reducir el radio en una zona tan despoblada como esta ha sido relativamente fácil.

—Así que sabes que trabajo en el hospital.

—Al verte he atado cabos. ¿Puedo preguntarte qué haces allí?

—Pues de cardiólogo, que es lo que soy. Es un hospital privado. Habría preferido uno público donde poder investigar, pero no sé si habría colado la historia de David Blanc con papeles falsificados. Digamos que los controles en unos y otros son diferentes. Cuéntame qué haces aquí.

—Todo empezó por casualidad. Me enteré al mismo tiempo que la policía de que Jesús Maria Barceló había recibido tres corazones humanos por su cumpleaños.

—No creo en las casualidades. ¿Cómo te enteraste a la vez que la policía? —Levantó la pistola.

—Me estaba follando a un mosso cuando dieron la alerta. ¿De acuerdo?

—Sigue. —La respuesta pareció convencer a Toni.

—Negocié con el ICIB suavizar la noticia a cambio de una entrevista. El caso es que seguí con la investigación y descubrí que un tal David Blanc Fernández se había marchado por voluntad propia del Sant Jordi en pleno pico de la primera oleada del covid, y que fue precisamente el día de tu muerte.

—Y eso te hizo sospechar… Como puedes suponer, David Blanc está muerto.

Gabriela asintió con el corazón en un puño.

—No lo maté yo. Murió de covid en el hospital. Pero, una vez muerto, todo encajaba para que yo adoptara su identidad. Pillé covid, sí. Y estuve ingresado como uno más. Estuve jodido. Mucho. Supe desde el primer momento que tenía que luchar por mi vida para sobrevivir a ese mal bicho. A mi lado estaba David Blanc. Cuando aún podía hablar, las enfermeras le ofrecieron hacer una videollamada a sus familiares. Era como decirle: chato, despídete, que te quedan dos días. Pero él dijo que no. Y eso me llamó la atención. Dijo que apenas tenía familia, que con la poca que le quedaba no se hablaba y que sus amigos le habían dado la espalda. Gracias a una conversación entendí que había estafado a todo su entorno por una deuda de juego. El caso es que los días fueron

pasando y el covid fue avanzando. Durante el primer pico de la primera oleada, la situación en el Sant Jordi, como en todos los hospitales, era de una tensión extrema y casi insostenible. En urgencias estaban desbordados, con una entrada constante de pacientes con graves dificultades respiratorias. La UCI llegó rápidamente al límite y hubo que improvisar otros espacios, incluso en los pasillos, para poder atender los casos más críticos. El personal sanitario trabajaba en condiciones muy duras: jornadas interminables, sin descanso y con una tensión emocional enorme por la cantidad de enfermos y sobre todo de muertos. Todo estaba saturado. Todo. Aquello era un infierno. Y, lo más importante, todos los sanitarios iban con aquellos EPI. No se les veía la cara.

La mente de Gabriela recuperó imágenes de los sanitarios durante la pandemia con los equipos de protección individual, con mascarilla, pantalla facial, gafas de protección, mono protector, guantes desechables, gorro para cubrir el pelo y cubrezapatos. Un disfraz necesario.

—Yo estaba jodido, pero al principio de la pandemia había pacientes que un día estaban bien y al siguiente morían.

—Y resultó que tú estabas mejor y David Blanc murió.

—Exacto. Me di cuenta de que había muerto y pensé que era mi oportunidad. Éramos más o menos de la misma edad y teníamos un parecido razonable… Y por allí andaba un doctor nuevo, muy jovencito, un tal Josep Solé…

—Asensio.

—Correcto, Josep Solé Asensio. Veo que has hecho los deberes.

—Era pediatra —puntualizó Gabriela corroborando que efectivamente los había hecho.

—Exacto. Aunque en esos momentos no había especialidades. Todo el mundo se dedicaba al covid. Daba igual que fueras cardiólogo, pediatra o estomatólogo. Me fijé en el garabato con el que firmaba y en su número de colegiado. Hice mi certificado de defunción con su nombre. En aquellos días se firmaban como churros. Era más probable que él, joven y pediatra, tuviera presentes los nombres de pediatras de referencia, no de cardiólogos. Que mi nombre fuera tan común, Antonio García García, seguro que ayudó. Solo tuve que esperar a que lo metieran en una bolsa mortuoria, falsifiqué el certificado médico de defunción, cambié mi documentación por la suya y me largué de allí. Con el EPI, no me reconoció nadie.

—¿Así? ¿Sin más?

—¿Sabes el puto caos que había allí? Tenían un certificado en el que ponía Antonio García, la documentación, y ni Dios abría las bolsas mortuorias una vez cerradas para que no se esparciera el virus. No sé cómo es una guerra, pero poco le faltaba. Puedo garantizarte que hay un montón de personas enterradas donde no les corresponde. O incineradas sin que tuvieran que estarlo. Aquello era el fin del mundo, te lo puedo asegurar. Había cuatrocientas muertes diarias, los hospitales no daban abasto y todo el mundo estaba acojonado.

—¿Y el cuerpo de David Blanc?

—Pues lo que hacían con todos los cuerpos. Lo metieron en una bolsa mortuoria y después en un ataúd. En aquella fase de la pandemia no se abrían los ataúdes por miedo a que se extendiera el virus. No se hacían autopsias. No se aceptaban donaciones de órganos. Recuerda que se decretó el estado de alarma. Era un

regalo para alguien que quería huir. Robé un montón de medicinas del hospital, pasé por mi casa, cogí todo lo necesario y me largué.

—Y vives como David Blanc.

—Exacto. Él tenía el pelo largo, barba y llevaba gafas. A mí, sinceramente, ya me va bien para pasar desapercibido.

—¿Y si alguien descubre quién eres en realidad?

—No lo hará. Llevo años moviéndome con identidades falsas. Tengo documentación para cruzar fronteras, alquilar pisos, abrir cuentas bancarias… Lo necesario para desaparecer cuando conviene.

—Y entonces te instalaste en Francia.

—Exacto. De chaval estudié en el Liceo Francés. Hablo el idioma perfectamente. Incluso puedo hablarte en *patois* o *bourgeois* con toda naturalidad.

—¿Por qué huiste?

—A estas alturas seguramente ya sabes que no me llevaba nada bien con Jesús y Carla. Ellos dos engatusaron a Rosa Vila, Olga Mir, Montserrat Casanovas y al idiota de su marido, Santi Nadal, para que me denunciaran. Dos médicos, una enfermera, dos pacientes y un familiar con una misma versión. Admito que no lo vi a venir. Hijos de puta… Utilizaron a los San Isidoro como moneda de cambio. Trasladamos a la matriarca y os quitamos al tarado de Yuri Casasín de en medio, que os tiene a todos acojonados, pero a cambio declaráis en contra del desgraciado de Toni García.

—Las acusaciones eran muy graves.

—Jesús y Carla querían borrarme del mapa enviándome a chirona. Después de que yo huyera, pasó algo que nunca podré perdonar. Nunca.

—¿El qué?

—Jesús me robó mi descubrimiento: el algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto. Todos los premios, los reconocimientos… eran míos. Jesús es un puto farsante.

Toni negó lentamente con la cabeza. Demasiados años sacrificados para la gloria de otro. Todo aquello se extendía a cámara lenta como una pesadilla de la que no podía escapar. Pero siguió hablando con una voz que le salía de un lugar más tenebroso y profundo que el rencor.

—Me birló el algoritmo, el muy hijo de puta. Era mío y se lo agenció. Siempre se creyó el listo de los dos y resulta que el descubrimiento lo había hecho yo, pero… yo había muerto, así que no podía hacer nada. Me lo robó delante de mis narices. Y Carla, mi ex…, por putearme estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Querían quedarse como amos y dueños de todo. Con las acusaciones que tenía en mi contra, sabía que tenía las de perder, pero estalló el covid y lo cambió todo.

Gabriela prefirió no preguntar si las acusaciones eran ciertas o no. No jugaría a esa ruleta.

—Y decidiste huir.

—Si me moría, sabía que Jesús lo dejaría correr por el bien del ICIB. Si me hizo un busto y todo, el desgraciado. Y mira, ahora van a dedicarme una calle. En cambio, si me quedaba y me enfrentaba al juicio, perdería. Demasiada gente testificando en mi contra, y todos decían lo mismo. Me tenían pillado. En el fondo sabía que no tenía nada que hacer. Cárcel, habría salido en todos los telediarios, mi reputación a la mierda… Mínimo cinco años de cárcel solo por este asunto no me los quitaba ni Dios.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay algún otro asunto?

—Tú que presumes de haber hecho los deberes, dime: ¿sabes algo de la inspección fiscal?

El doctor evitó deliberadamente mencionar CardioAdvance. Dejó que el silencio ganara peso hasta que Gabriela lo rompió.

—No sé de qué me hablas. Te lo juro.

Toni examinó la cara de la periodista y no supo encontrarle ningún delator que le hiciera saltar las alarmas anunciando una mentira. Su dinero en las Islas Caimán podía seguir durmiendo bajo la cálida manta del anonimato.

—Te lo juro —le repitió—. Solo sé que además tenías denuncias por maltrato psicológico.

—A mí me pagaban por arreglarles el corazón, no por ser simpático. ¿Quién ha dicho que un médico deba tener empatía con sus pacientes? ¿Querían a un cómico la mar de amable o a una persona que les salvara la vida? Si tenían problemas mentales, que hubieran ido al psicólogo y que a mí me hubieran dejado en paz.

—Y por la denuncia que te pusieron, mataste a Rosa, Olga y Montserrat, y le enviaste sus corazones a Jesús.

—Si creían que hundirme la vida iba a salirles gratis, estaban muy equivocadas.

Gabriela evitó sacar el tema de que aún quedaban dos corazones para completar el juego. En este punto de la conversación, decidió que lo mejor era intentar salvar el cuello jugando la única carta que tenía.

—Hagamos un pacto.

—¿Contigo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tengo pruebas de corrupción que implican a Jesús Maria Barceló.

En la mirada del doctor se encendió una chispa. Como si tanto tiempo después las circunstancias se alinearan con su pensamiento. No pudo evitar esbozar una sonrisa de lo más cabrona. Con un gesto de la cabeza invitó a Gabriela a contarle lo que sabía.

—Baltasar Padilla, el empresario, el de Next Energy.

—Sí, ¿qué?

—Ha pagado quinientos mil euros para que hicieran un ensayo clínico a la medida de su mujer, Teresa Alsina.

—Hostia, Baltasar, menudo pieza. Lo capté como patrocinador para De Todo Corazón. ¿Su mujer está jodida?

—Sí. Ha entrado a formar parte de ese ensayo clínico, que dirige Jesús Maria Barceló. Tengo su historial clínico y las bases del ensayo.

—Son idénticos, supongo.

—Supones bien. Las bases del ensayo eran un traje a medida para ella. Tengo los documentos y también los extractos bancarios de las transferencias que hicieron desde una filial de Next Energy con sede en Panamá a una cuenta del Dubai International Bank propiedad de Nelson Sotomayor, el marido de Jesús.

—Esto me suena a gloria.

—Tengo las fotos en el teléfono.

Gabriela se señaló el bolsillo con la barbilla, y Toni García se levantó para cogerle el móvil.

—7778.

El doctor tecleó el código de desbloqueo y el móvil se despertó.

—Busca en las imágenes.

El doctor le acercó el móvil y delante de ella empezó a deslizar el dedo por la pantalla.

—Aquí.

Toni García leyó toda la documentación. Después examinó los extractos bancarios y no pudo evitar soltar una carcajada que llenó la sala. Con el montón de reproches que había tenido que oír… De repente, CardioAdvance y el dinero escondido parecían un poco más limpios.

—Vaya con Jesús… Tan ético, tan incorruptible… La madre que lo parió.

El doctor miró a Gabriela y le soltó una que la dejó helada.

—Me lo has contado para que no te mate, ¿verdad? —Toni García cogió la pistola y apuntó a la prisionera—. ¿Sabes?, aunque te cueste entenderlo, no soy un asesino. El caso es que ahora sabes quién soy.

—Por favor, tengo dos hijas…

—Y yo tenía una vida que me robaron. Ahora tengo otra y no quiero perderla también.

Le colocó el cañón de la pistola en la frente. El contacto frío del acero en la piel le puso los pelos de punta. Sentía el corazón tan embalado que parecía que quería huir del pecho. De repente tuvo mucho frío y sintió miedo como nunca antes en su vida. Un miedo extremo que le apretaba el pecho. Hiperventilaba como si corriera sin moverse de esa silla en la que estaba atada, suplicando por su vida. El aire entraba demasiado rápido, en bocanadas cortas y nerviosas. Pensaba en Paula y en Emma. También en Omar.

Toni García apretó el gatillo y un clic seco, metálico y vacío resonó brevemente en el aire y se quedó flotando. El silencio que siguió fue más denso de lo que habría sido un disparo. El miedo, limpio y primario, traicionó a Gabriela, que sintió un calor repentino que se

extendió rápidamente entre las piernas. Una sensación humillante e involuntaria pero liberadora. Estaba viva. El cargador no tenía balas.

—Te he dicho que no soy un asesino. Y, qué coño, puedes serme mucho más útil viva. Ahora que has probado el sabor de la muerte, te propongo un pacto.

48

Eran más de las doce de la noche y Gabriela seguía atada a la silla. Tenía los brazos entumecidos y la cabeza no dejaba de darle vueltas anticipando escenarios que apenas unas horas antes le habrían parecido inverosímiles.

Toni García pasó un buen rato escudriñando el móvil de la periodista y apuntando un montón de cosas en su portátil. El silencio se prolongó, no sabría decir cuánto. A Gabriela se le hizo eterno. Al final, el doctor cerró el portátil y con un gesto teatral dejó un lápiz de memoria en la mesa.

—Aquí —lo señaló con el dedo— tienes las pruebas de dos noticias que quiero que publiques. La primera, que la autoría del descubrimiento del algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto es del «difunto» doctor Toni García, no de Jesús Maria Barceló, como él falsamente ha ido proclamando. Encontrarás muchísimos documentos que lo acreditan.

—¿Y la segunda?

—El ICIB ha recibido una morterada en subvenciones desde que Sara Mauri es la consejera de Sanidad. No es porque a esta mujer le interese mucho la cardiología. Ni empezó a dárnoslas porque le cayéramos especialmente simpáticos. De hecho, no podía vernos ni en pintura. Pero monté un plan para tenerla bien pillada… Y

funcionó. Joder si funcionó… Todos tenemos una debilidad. Yo solo tuve que encontrar la de Sara Mauri. Aquí —levantó el lápiz de memoria esbozando una sonrisa que ríete tú de Maquiavelo— también está la grabación clandestina de una fiesta sexual en la que no se ve a su marido por ninguna parte y en la que ella está bastante entretenida y digamos que activa. Ya lo verás tú misma. La guinda del pastel es que a la señora perfecta se la ve metiéndose unas rayas de cocaína de la hostia. Esta mujer, tú lo sabrás mejor que yo, apunta a presidenta. Pero, a juzgar por vuestra línea editorial, no sé si es mucho de la cuerda de *La Tribuna*. Para vosotros será fácil. ¿Queda claro?

—Como el agua.

—Publica estas dos noticias y no te pasará nada. Recuerda que ahora lo sé todo de ti. —Toni volvió a meterle el teléfono en el bolsillo—. Y ya sabes cómo las gasto con quien me la juega. ¿Me has entendido?

Lo había entendido, evidentemente. Los términos del pacto estaban muy claros. Todavía con la pistola en la mano, Toni la desató, le dio el lápiz de memoria y la acompañó hasta la entrada de la casa.

—Lárgate de aquí.

Entonces, de repente, la puerta se abrió y Gabriela salió disparada, corriendo como si no hubiera un mañana. Sin mirar atrás, con el corazón desbocado, con los pulmones ardiéndole en el pecho, que hasta entonces había encerrado su miedo. Las piernas, temblorosas, se movían tan deprisa que los talones le tocaban el culo. Había pasado horas atada a una silla con el cañón de una

pistola apuntándola como un ojo negro que todo lo ve y que todo lo sabe.

Toni García le había registrado el móvil y lo sabía todo de ella: dónde vivía, dónde trabajaba ella, dónde Kilian, dónde vivían sus padres, a qué escuela iban sus hijas, su número de cuenta corriente, el del DNI... Todo. La privacidad hecha pedazos. Y, a partir de esa noche, una amenaza sobre ella.

En plena madrugada, en Vailhauquès el silencio era granítico. Había dejado media calle de chalés atrás y seguía corriendo sin freno. La niebla baja había teñido la noche y daba un tono blanquecino a la luz de las farolas. De la boca le salía vaho de un aliento que tenía sabor a resurrección gracias a un pacto con el diablo. Un diablo renacido y misericordioso que le había perdonado la vida. A otras les había arrancado el corazón. La caja de regalo tenía cinco espacios, pero solo tres corazones. Seguramente dos estaban en camino.

Siguió corriendo sin mirar atrás. No pensaba hacerlo.

Había estado a un palmo de la muerte. Le habían abierto la puerta para mostrarle lo que había al otro lado. Era feo. Angustioso. Por la manera en que se habría marchado, por todo lo que habría dejado. Paula y Emma, huérfanas de madre. Las tenía en la cabeza en todo momento; risueñas, dormidas, soplando las velas de cumpleaños. Las vería cumplir años a cambio de publicar lo que le había dicho, de hundir dos vidas. Un precio bajo por salvar la de sus hijas. Durante mucho rato había creído que era el final. También había pensado en Omar, en su voz, su olor, en la sensación cuando la rodeaba con sus brazos. Lo quería, hostia. Mucho.

Cuando empezó a subir la colina, se dio cuenta de algo y fue como si le clavaran la aguja de los remordimientos en medio del corazón: en ningún momento había pensado en Kilian. Como si el miedo hubiera borrado su nombre. El nombre de un buen hombre, de un buen padre.

Llegó al coche. Entró, cerró la puerta de un golpe, lo puso en marcha deprisa, primera y gas a fondo para largarse de ese infierno. La goma de las ruedas luchó unos instantes por encontrar adherencia en el asfalto húmedo. Cuando dejó de chirriar, el coche se estabilizó hasta coger velocidad en la carretera.

Con las manos rígidas en el volante, todavía hiperventilaba, pero cada vez con menor intensidad. Había salvado el pellejo. Lo que había vivido esa noche era fuerte. Muy fuerte. Quizá lo más fuerte de su vida. Si eso no era periodismo, ¿qué lo era?

Se palpó el pantalón por encima del bolsillo. Notó que estaba húmedo e instantáneamente el olor a orina escaló hasta sus fosas nasales. El resultado fue un escalofrío de esos que ella, tan escrupulosa, tardaría en olvidar. Sacó el móvil del bolsillo y lo dejó en la bandeja de delante del cambio de marchas. Tenía el móvil. Menos mal. Toni, eso sí, había borrado delante de ella todas las fotos que le había hecho en la cocina desde el exterior. Gabriela pensó que en el portaequipajes tenía la cámara de fotos, y en ella un magnífico primer plano del renacido doctor. Un buen as en la manga. Que nunca se sabe.

Toni quería que ella fuera su caballo de Troya. No pensaba desperdiciar el regalo que le había hecho el destino para conseguir sus objetivos desde un altavoz de reputación inmaculada como *La Tribuna*. La lista era corta. Objetivo uno: destruir la principal fuente

de financiación del ICIB cargándose a Sara Mauri y la labor de su gobierno. Entre los efectos de su caída estaba el fin de las subvenciones desmedidas que recibía el instituto a cambio de mantener oculta la grabación de la fiesta sexual con cocaína. Adiós carrera política, adiós chantaje. Objetivo dos: destruir la imagen pública de Jesús como cardiólogo de referencia mundial. Dos bombas informativas. Dos ejecuciones públicas. Y una promesa: si hablaba con la policía, tanto ella como su familia lo pagarían muy caro.

El cardiólogo huido podría haber seguido con su vida tranquilamente en la piel de David Blanc, pero ¿qué me dices del afán de venganza? Eso sí mueve montañas, tanto o más que la fe. Era demasiado poderoso. Lo cierto es que a cada uno le aprieta el zapato en un sitio diferente.

No quería pasar ni un minuto más de los necesarios en Francia. Necesitaba volver esa misma noche. Eran las dos y media de la madrugada y la carretera oscura se eternizaba ante ella, pero no pararía en ningún hotel de carretera. Quería llegar a Barcelona cuanto antes. Necesitaba hacer algo que no podía esperar.

49

Mirar a la muerte a los ojos hace que te lo replantees todo y que las convicciones que tenías grabadas a fuego se conviertan en papel mojado.

Conduciendo por la autopista A9 en dirección sur de regreso a Barcelona, todavía sentía la adrenalina corriéndole por las venas y las manos sudadas en el volante. Esa noche, por primera vez en la vida, se dio cuenta de que eso del *tempus fugit* es una verdad como un templo, de que el tiempo se desliza tan rápido que ni te das cuenta. Nada como estar a un paso del hoyo para convencerte de que la vida es un periodo limitado y preciado, y esto despertó en Gabriela la necesidad imperiosa de aprovechar sus oportunidades para ser feliz.

Profesionalmente, de ese mal trago había sacado información lo bastante valiosa para que Makaroff reafirmara la apuesta por ella y hacer realidad su sueño de ser directora de Investigación de *La Tribuna*. No rompería el pacto con Toni, por descontado. No era idiota. Pero simplemente cumpliéndolo ya tenía más que suficiente para conseguir su objetivo. Volvía de Francia con un buen botín: los trapos sucios de una consejera y los de una eminencia médica. Dos tótems de la ciudad. Cuando Makaroff viera el material que llevaba, se lo metería en el bolsillo.

En el plano sentimental, la cosa era bastante más enrevesada. En el fondo siempre lo es; el corazón no hace más que complicarle la vida a la razón. Las cosas son así y no van a cambiar.

Durante todo el tiempo que había pasado al borde del precipicio, atada en la silla, había pensado mucho en Paula y en Emma. ¿Cómo lo vivirían? ¿Qué recordarían de ella? ¿Qué sería de ellas? ¿Quién las cuidaría? El momento de responder a esta última pregunta fue el único instante de la noche en el que tuvo presente a Kilian. Era un buen padre, un buen marido, una buena persona, pero allí, encañonada y viéndole las orejas al lobo, Gabriela solo pensó en Omar. Su marido había sido un actor secundario en esa tragedia. El mejor, sin duda, pero actor secundario al fin y al cabo.

Quedar una vez al año en un hotel para follar como conejos y después doce meses de silencio y ausencia era una manera ordenada de domesticar el deseo y al mismo tiempo una manera cobarde de no romper nada. Pero esa madrugada en la carretera, con la resaca de lo que había vivido, se dio cuenta de que ese pacto no tenía sentido. Había visto el final de la vida tan cerca que estaba convencida de que tendría el aliento de la muerte pegado a la nuca durante mucho tiempo. Y, cuando has asomado la cabeza por el abismo, las prioridades y los calendarios cambian.

Llegó a Barcelona cuando la mañana empezaba a despertarse y el cielo mutaba a un anaranjado como brasa viva que encendía el día. Decidió que no volvería a casa y se dirigió hacia la zona del Fòrum. Una vez allí, entró en el parking del Hilton Diagonal Mar, delante del centro comercial y a cuatro pasos de la playa. En Barcelona, sin reserva y en un hotel de cuatro estrellas, el sablazo sería de los

buenos, pero ¿para qué existían las tarjetas de crédito si no era para situaciones como esa?

Mientras subía en el ascensor, sentía esas cosquillas en la boca del estómago. Sí, esas. Quien las ha vivido, aunque sea una vez, ya sabe cuáles son. Caminó por el pasillo alfombrado hasta la habitación. Una vez dentro, dejó el bolso en el suelo y envió un mensaje breve a Omar.

> Estoy en la habitación 2178 del Hilton
> Diagonal Mar Barcelona. Ven ahora
> mismo, por favor. Necesito verte.
> Es urgente

Después se preparó un café muy cargado y pidió que le subieran algo de comer. Ese día no podría dormir y lo sabía. Demasiados nervios, demasiada tensión, demasiadas ganas de recuperar unos ratos que nunca debería haber dejado escapar. De vez en cuando la vida ofrece segundas oportunidades, y ella, que se había quedado a un paso de no contarlo, iba a aprovecharlas.

Se duchó muy despacio, dejándose envolver por el vapor. El agua caliente le resbalaba cuerpo abajo: por la espalda, por el vientre, por los muslos, como si quisiera deshacerse del miedo pegado a la piel. Pero sabía que no era cuestión de una simple ducha. Estas cosas exigen más tiempo.

Con el pelo empapado y un albornoz por encima, esperaba con el corazón acelerado, tumbada en la cama y con el Canal 24 horas en la televisión. Lo oía, pero no lo escuchaba. Estaba pendiente de la puerta.

Cogió el móvil para ponerse al día de los mensajes. WhatsApp, nada. Telegram, nada. Aunque en el correo electrónico sí tenía novedades. Parecía una broma de mal gusto que precisamente esa mañana, después de la noche que había pasado, recibiera la respuesta del perito caligráfico atestando que el certificado médico de defunción de David Blanc no lo escribió el doctor Josep Solé Asensio porque la grafía no coincidía con la de los demás certificados. Resopló negando con la cabeza. Habría agradecido saberlo antes, pero al menos tenía la prueba. En ese momento no se planteó si el documento le sería útil porque oyó los dos golpes en la puerta que estaba esperando. Eso sí era realmente importante.

Dejó el albornoz en el lavabo y, totalmente desnuda, abrió la puerta. Durante una fracción de segundo, Gabriela y Omar se miraron como si quisieran comprobar que el otro era real, que estaba allí, que iba a pasar lo que iba a pasar, aunque no hubiera transcurrido un año desde la última vez.

—¿Qué pasa? ¿Qué es tan urgente?

La respuesta de ella fue cogerlo por la pechera y arrastrarlo hacia dentro plantándole un beso en los morros casi desesperado. Sin dejarle hablar, lo llevó hasta la cama mientras lo desnudaba a toda prisa. Follar. Eso era tan urgente.

50

Se pasaron todo el santo día follando, como si quisieran recuperar cada año de silencio de una tacada. Con un hambre y una pasión antiguas y a la vez renovadas. A media tarde, el sol entraba por la ventana de la habitación del Hilton Diagonal Mar para dibujar sombras suaves sobre las sábanas arrugadas. Omar le apartó un mechón de pelo de la mejilla con una delicadeza que contrastaba con la voracidad de hacía solo un rato. Ese pequeño gesto abrió una grieta en Gabriela, que por fin se soltó.

—He estado a punto de morir —le confesó casi susurrando.

—¡¿Qué dices?!

Ella respiró hondo y se lo contó todo punto por punto, sin ahorrarse ningún detalle. Que Toni García estaba vivo, que había enviado los tres corazones al ICIB, que los dos cardiólogos más reputados del mundo no podían verse ni en pintura y que había salvado el pellejo a cambio de un pacto que en cuestión de días se cobraría la primera víctima. Omar se quedó de piedra. El rostro se le endureció y en sus ojos creció una sombra densa de rabia e impotencia. La idea de que alguien hubiera podido matar a Gabriela le quemaba por dentro.

—No puedes decir nada. ¿Me oyes? Te lo he contado como Omar, no como mosso —le dijo cogiéndole la mano con fuerza—. Ese tío

les ha arrancado el corazón a tres mujeres y lo sabe todo de mí. Todo. Me puede liquidar a mí y a las niñas. No es como me lo habían pintado… Es un tarado. Muy peligroso. Así que… —Remató la frase pasándose el índice y el pulgar por los labios como si cerrara una cremallera.

—Vale, vale. Estoy pasándome la placa de policía por los cojones, pero…

—Prométemelo.

—Prometido. —Levantó la mano derecha como si jurara sobre una Biblia imaginaria—. Por lo que me has contado, te fiaste demasiado de lo que te dijo la enfermera del Sant Jordi.

—¿Helena Soto? Me ha dado mucha información valiosa, pero, visto con perspectiva, sí. Me he fiado demasiado de ella. Toni García se portó bien con su padre y ella lo adoraba… Su relato me lo distorsionó todo.

—Tendrías que haberlo contrastado con más fuentes.

Ella soltó un suspiro que fue casi una confesión. No quería admitir que el ansia de impresionar a Makaroff con un gran caso la había cegado, que la ambición le había empañado el criterio. Esa obsesión por demostrarle al director que era la mejor para dirigir la Sección de Investigación de *La Tribuna* casi le cuesta la vida. Como si hiciera un punto y aparte, cambió de tema.

—He tenido miedo.

Omar no respondió. Sabía que la frase era solo el titular.

—Mucho miedo. Miedo a morir, a dejar a las niñas sin madre, a que todo se acabara en cualquier momento, a acabar enterrada en ese bosque y que nunca encontraran mi cuerpo. La vida puede

terminarse en un segundo, Omar. ¿Y sabes qué? Hay cosas que no quiero perderme.

Él la escuchaba en silencio, dejando que se desahogara, que escupiera lo que llevaba dentro desde hacía años.

—No quiero verte solo una vez al año. No me conformo. No soporto un año entero de ausencia.

El silencio que siguió fue denso. Él la miraba como si el cielo estuviera a punto de abrirse ante él. Sorpresa, incredulidad y una emoción profunda le enturbiaban la voz cuando por fin decidió abrir la boca.

—¿Estás pidiéndome que seamos pareja? ¿Estás diciéndome que vas a dejar a Kilian y que estaremos juntos?

Gabriela estaba preparada para esa pregunta. Era cíclica. Volvía siempre, puntual, como una estación del año. Y tenía la respuesta perfectamente ensayada. Una respuesta que atravesaría el alma de Omar como un estilete.

—No puedo dejar a Kilian. Les haría una putada a las niñas y creo que nunca me lo perdonarían. No puedo.

—Pero ¿lo quieres?

Esa jodida pregunta era la madre del cordero. ¿Quería a Kilian? Claro que sí. Compartían una vida que, de cara a la galería, era Hollywood: buena planta, dos niñas preciosas, piso de ciento veinte metros cuadrados en una zona acomodada, buenos trabajos, buenos sueldos, vacaciones en Semana Santa, verano y Navidad, barra libre de caprichos y así una larga lista para ir tirando hasta vete a saber cuándo. Una vida llana y confortable que avanzaba con la inercia suave de los días ordenados. Así pues, ¿por qué elegir otra vida si podía tener las dos?

—Las niñas adoran a su padre y no me lo perdonarían —repitió como un mantra—. No podría vivir con eso. Más adelante quizá, pero ahora no.

—¿Y mientras tanto?

—Seguiremos viéndonos. Mucho más que hasta ahora. Te lo prometo.

—¿De verdad quieres llevar una doble vida?

Ella sonrió con una tristeza que le rasgó los labios.

—¿No es lo que ya hago? No es que me sienta orgullosa, pero te quiero mucho, Omar. Mucho más de lo que te imaginas. Allí, en Francia, con una pistola delante, me he dado cuenta con una claridad brutal.

—Me quieres, pero no quieres dejar a Kilian para estar conmigo.

—La cobardía me puede, supongo. —Por fin una verdad. Tal vez de las pocas de esa conversación.

—¿Dentro de unos años? ¿Cuando las niñas sean mayores?

—Dentro de unos años. Cuando todo sea más fácil.

A Omar le tembló la barbilla antes de que los ojos se le llenaran de lágrimas. Tendría que conformarse con los restos del pan, con los ratos furtivos y con el amor a medias. Hasta dentro de unos años. A Gabriela también se le rompía el corazón. Pero, fríamente, era lo mejor. Al menos para ella.

Antes de que Omar entrara en la habitación, ella había decidido contarle un secreto que llevaba años guardando. Creía que, si ella moría, él debía saber que era el padre de Paula. Ya es mala suerte hacerlo una vez al año y dar en la diana. Pero así fue. Y ella, después del aborto con poco más de veinte años que hizo saltar por los aires su historia, decidió tener a la hija de Omar, que Kilian le

hiciera de padre y que ninguno de los dos supiera nada. De hecho, ella era la única persona en el mundo que lo sabía. Si secreto de dos, sábelo Dios, y secreto de tres, de todos es, Gabriela prefirió no asumir ningún riesgo.

No tenía sentido remover el pasado. Omar ni siquiera se había atrevido a contarle a Alba que, una vez al año, quedaba con una mujer para echar un polvo. ¿Qué iba a hacer con la noticia de una hija adolescente a la que no había visto crecer?

«Me habría gustado mucho tener un hijo contigo», le había dicho Omar en el Michael Collins, y ella se hartó de llorar. Ahora era él el que lloraba. Al verlo abatido y entender el terremoto que le había provocado, decidió que esa verdad tan incómoda de contar e imposible de justificar siguiera guardada bajo la llave de su silencio. Era lo mejor. De nuevo, lo mejor al menos para ella.

51

El día empezaba a marchitarse cuando Nelson salió del Sant Jordi para volver a casa. «Vete. Hazme caso. Duerme, descansa. No te preocupes, tranquilo, que si pasa algo te lo dirán», le había dicho Jesús. Y con ese pesar que no te lo quitas de encima por más que quieras, le hizo caso.

Eran las nueve y media y noche cerrada cuando atravesó el paseo de Sant Joan con el Arc de Triomf en el horizonte. Volvía a casa triste, con esa pesadez sobre los hombros con la que los problemas de salud saben obsequiar. Los días iban pasando y de forma inconsciente el cerebro iba acostumbrándose a la rutina de llegar a casa y no encontrar a nadie. La madre que parió a la manía de adelantar acontecimientos.

Ya en casa, entró y cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. Todavía le llegaba el olor a desinfectante impregnado en la piel después de todo el santo día en el hospital, sentado al lado de Jesús y de la sarta de máquinas que respiraban por él con ruidos constantes y luces suaves. Una parafernalia que les recordaba que su marido era un paciente especialmente vulnerable. Maldita realidad. Cada día que pasaba, las posibilidades de que apareciera un donante de corazón disminuían. Una matemática cruel. Aunque

Nelson se aferraba a la esperanza, los días se escapaban a una velocidad de vértigo.

Dejó las llaves en el mueble del recibidor y suspiró largamente. Entonces lo vio. Un paquete. Allí, en el suelo, perfectamente colocado. Pensó en Dori, la mujer que les limpiaba la casa; seguramente ella había recogido el paquete, como tantas otras veces. Era una caja de cartón. Solo el nombre de Jesús Maria Barceló impreso en una etiqueta adhesiva. Sin logotipos ni remitente. De repente sintió una llamarada en las mejillas y le abrió la ventana a un mal augurio. Sus dos metros de altura y sus ciento diez kilos de peso se agacharon intentando convencerse de que era un paquete cualquiera. Pero en el fondo sabía que no, y por eso le temblaban los dedos. Con una lentitud que le pareció eterna, rompió la cinta adhesiva y lo abrió. Al ver el contenido el presagio se confirmó y el mundo se congeló.

Nelson sintió que se le revolvía el estómago. Quiso gritar, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta. El olor metálico a sangre empezó a llenarle los pulmones. Dentro, envuelto en plástico transparente, había un corazón humano. Era rojo oscuro, estaba húmedo, tenía un aspecto seroso y medía menos de un palmo. Era real. Vaya si lo era. El cuarto corazón.

Levantó la mirada, furioso. Alguien seguía empeñado en hacerles la vida imposible. Como si no tuvieran bastante. Apretó el puño con fuerza y el bíceps se le hinchó hasta poner a prueba las costuras de la camiseta. Si alguna vez tenía ante sí al hijo de puta que estaba detrás de todo aquello, lo pagaría muy caro. Sentía que el corazón le martilleaba las sienes de rabia, de nervios, de impotencia, de ver

cómo se ensañan contigo y no las ves venir. Empujado por el instinto más que por la razón, supo que debía mantener la calma.

Volvió a dirigir la mirada a la caja. Al lado del corazón había un sobre blanco. Con letras negras, una frase escrita a modo de advertencia.

«Si vas a la policía, esta información saldrá en los medios de comunicación».

Dentro había papeles. Documentación. Entrecerró los ojos para fijar la vista. Enseguida reconoció los extractos del Dubai International Bank con sus quinientos mil euros en el centro del escenario. A nombre de Nelson Sotomayor, para que no quedara la menor duda. Su medio kilo, su plan de pensiones. Después, las bases de un ensayo clínico y el historial médico de una tal Teresa Alsina.

La primera vez que Jesús se salía del camino correcto y lo habían pillado. Pero en la vida basta con una vez. Prevaricación, soborno y tráfico de influencias: una carretada de razones para hacerles un juicio público a él y a Jesús, si es que llegaba a verlo. Una pistola los encañonaba directamente. Tenían el punto de mira encima. Solo debían disparar, así que mejor tener la boca cerradita y nada de denunciarlo a la policía. Debía actuar en consecuencia. Cada uno forja su futuro. Palabra de Jesús.

Volvió a mirar la caja. Al fondo, al lado del corazón, vio una tarjeta. Era pequeña, sencilla, amenazadora y con letra mecanografiada. Se la acercó a un par de palmos de la cara.

«El quinto corazón será el tuyo, Jesús».

52

Desde que la habían nombrado directora de Investigación, la palabra «interina» colgaba por encima de ella como una espada de Damocles. El periodo de prueba había pasado volando y Gabriela entraba en el despacho de Makaroff con el convencimiento de que esa reunión sería un antes y un después. Llegaba con buen material, el que había conseguido en Francia. Entraba con la sensación de haber hecho cuanto estaba en su mano.

El despacho del director estaba al final de la redacción. Era enorme y tenía unas cortinas que, cuando estaban bajadas, era señal de que algo se estaba cociendo. No todo el mundo podía pisar ese despacho. Se necesitaban narices y aplomo; siempre se necesitan para enfrentarse a la mano de hierro del poder. Cuando algún miembro de la redacción entraba, no era raro que los gritos llegaran hasta sus compañeros; un montón de valientes habían salido de allí con los ojos llorosos, la cabeza gacha y la dignidad hecha pedazos. Aun así, ella estaba dispuesta a jugar en la liga de los osados.

Uno de los argumentos que esgrimiría era el chute de audiencia que ella, una vez más, aportaría al diario. Al final, los rumores de que *La Tribuna* estaba con el agua al cuello debido a los números rojos habían llegado a una redacción que siempre había vivido de

espaldas a la cuenta de resultados. Pero, aunque sea para hacer algo tan noble como el periodismo, el dinero no cae del cielo.

Pese a su giro hacia el pragmatismo empresarial, Makaroff era de los que creían que, por muy jodidos que estuvieran los medios, seguían conservando el poder de derribar gobiernos y destapar basura. Esto generaba audiencia. Y cuanta más audiencia, más publicidad. Y si no funcionaba, siempre podría culpar a los comerciales. Un relato impulsado desde los galones siempre tiene más opciones de triunfar, y en el arte de la manipulación Makaroff era cinturón negro.

—Gabriela, entra.

Mientras se acomodaban en los sofás, Makaroff pulsó el botón para bajar las cortinas.

—Dime, ¿por qué querías verme?

—Mira estas imágenes, Ernesto.

Gabriela giró el portátil hacia el director y pulsó el Play. En la pantalla, hombres y mujeres en una fiesta sexual.

—¿Qué coño es esto?

—Mira quién está.

Efectivamente, en el centro de las imágenes, la consejera de Sanidad, Sara Mauri, participaba de forma activa en la fiesta. Se la reconocía con claridad. Makaroff esbozó una sonrisa maliciosa y soltó un silbido a modo de exclamación.

—Espera, mira esto.

En las imágenes, la consejera se acercó a una mesa para esnifar una generosa raya de cocaína. Luego, trago a un vaso de tubo y vuelta a la carga. La grabación terminó y el silencio flotó unos instantes en el despacho.

—Con esto basta para hacerla caer y dejar el gobierno pendiendo de un hilo. La audiencia se nos disparará. —Para un director, el titular de Gabriela era imbatible.

Makaroff se quedó mirando al vacío. Pensando. Lo que se le pasaba por la cabeza era una incógnita. Él, consumado experto en el oficio de verlas venir, no se dejaría deslumbrar con tanta facilidad.

—¿De dónde lo has sacado?

—No te lo puedo decir, Ernesto.

—Oh, claro que puedes. ¿O crees que me chupo el dedo? No llevo dos días metido en estos fangales. Derribar un gobierno es muy goloso. Sí. Y sobre todo si es de los que no te quieren. Pero, si me meto en un follón como este, quiero saberlo todo.

En la cabeza de Gabriela apareció la imagen de Toni García apuntándola con una pistola, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Sin tiempo para que la hubiera digerido, el director aumentó aún más la presión.

—Cuando te nombré, te dije que serías interina hasta que me demostraras que podías con esto. Se vivía muy bien al lado de Rai. Pero ya no tienes ningún paraguas que te proteja. O me dices de dónde ha salido o ya sabes dónde está la puerta.

—Pero Ernesto…

—Ni Ernesto ni hostias. Es muy sencillo. ¿De dónde coño ha salido? ¿Quién lo tenía? ¿Por qué?

El cerebro de Gabriela daba vueltas en busca de una salida que no conseguía encontrar. La mirada de Makaroff era de hielo. El director no tenía fama de paciente. Ahora entendía tantos años viendo a periodistas desfilando con el rabo entre las piernas. Menudas espaldas tenía Rai. La admiración por su mentor aumentó

exponencialmente en cuestión de segundos. En su interior se mezclaron el miedo y la impotencia hasta que una lucidez forzada asomó la cabeza: o reaccionaba o su carrera en *La Tribuna* se iba de cabeza al abismo. En el rato que llevaba bajo ese techo, Gabriela supo sin lugar a dudas que su cara de tonta no funcionaría con el director. Y también supo que, si intentaba engañarlo o manipularlo, la ira de ese hombre caería sobre ella. Ofender a la persona equivocada es un error monumental. Hay que saber elegir con quién se puede y con quién no.

—Te cuento el origen, pero si esto sale a la luz, mi seguridad correrá peligro.

El rostro del Makaroff cambió radicalmente, como si de repente hubiera entendido algo.

—Ostras, Gabriela, no me jodas. Haber empezado por ahí. Te entiendo perfectamente. ¿Qué te crees, que Rai no pasó por esto varias veces? ¿O yo mismo? Todos los que nos hemos dedicado a la investigación sabemos que estas cosas pasan.

—¿Lo que te diga quedará entre nosotros?

—No tengas la menor duda.

—Tengo tu palabra.

—Tienes mi palabra. Puedes confiar en mí.

En un chasquido de dedos, la mirada del director se había vuelto cálida, y el tono, paternal. En Vailhauquès había pasado miedo. Miedo de verdad. Pero, cuando en una de las bandejas de la balanza pones la ambición desmedida, las justificaciones se fabrican como quien no quiere la cosa. Forma parte de la vida. Al fin y al cabo, ¿cuántas cosas saben los medios y se quedan escondidas en el cajón de los secretos?

—He descubierto que el doctor Toni García, el cardiólogo del ICIB, fingió su muerte y está vivo.

53

Makaroff, mudo, examinó a Gabriela clavándole una mirada inquisitiva, como si intentara desmontarla pieza a pieza. Prolongó deliberadamente el silencio, que llegó al punto de ser incómodo, pero ella no perdió el contacto visual en ningún momento. Sin parpadear. Sin agachar la mirada. Con la espalda recta. Sabía que ese juego formaba parte del examen. Y, qué coño, no estaba mintiendo. De repente, Gabriela rebuscó en una carpeta con papeles y con un gesto comedido, casi ceremonial, entregó una foto al director.

—Aquí tienes su aspecto actual.

Makaroff levantó la fotografía hasta acercársela a un palmo de la cara. Se levantó las gafas, entrecerró los ojos e hizo una mueca. Allí estaba la constatación. Los ojos se le agrandaron y, para satisfacción íntima de Gabriela, abrió mucho la boca.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Todavía necesitó algunos más para reordenar sus pensamientos. Al final carraspeó antes de hablar.

—Rai ya me dijo que eras buena.

Música para los oídos. Adiós, interinaje. Hola, carrera meteórica.

—Ahora me contarás cómo has llegado hasta aquí.

Y así fue. Gabriela le contó la historia punto por punto. Los tres corazones, los San Isidoro, Jesús Maria Barceló, Carla Sala, las víctimas, Helena Soto, Vailhauquès, la publicación del auténtico autor del descubrimiento del algoritmo y la fiesta sexual de Sara Mauri. El puzle encajaba y, una vez finalizado, dibujaba la resurrección de Toni García.

A medida que avanzaba la narración, la cara de fascinación de Makaroff iba en aumento frase tras frase. Gabriela no solo se introducía en las aguas más turbias del periodismo, sino que se sumergía sin miedo y salía con la cabeza bien alta.

—Por eso no podemos publicar que Toni García está vivo, Ernesto. Me juego el pellejo.

Esa última frase era como rematar la exposición presentándose como una víctima que se ha sacrificado por el periódico.

Makaroff asintió lentamente.

—Gabriela, no puedo hacer otra cosa que felicitarte. Los comienzos no son fáciles. Pero hace tres meses que se jubiló Rai y tú me has demostrado que puedes con este puesto.

—Muchas gracias, Ernesto.

—De momento, publicaremos el tema de Sara Mauri. Tendremos que pixelar las caras de los demás, pero la consejera tendrá que verse. Es la gracia. Ve preparando la pieza. La sacaremos en portada. Puedes explayarte tanto como quieras. Una consejera de Sanidad metiéndose cocaína y sin utilizar preservativo… —Chasqueó la lengua y soltó una breve carcajada.

El director iba siempre hasta las cejas de suficiencia.

—¿Y el tema de la autoría del descubrimiento del algoritmo?

—Vamos por partes. Primero preparemos este tema. Lo venderemos bien. No queremos que un tema se coma al otro, ¿verdad?

Gabriela asintió y pensó que había llegado el momento de retirarse. Makaroff le había comprado todo el relato.

—Ernesto, lo de Toni García se queda entre nosotros, ¿no?

—Por favor. Claro. Eso ni se pregunta. —Levantó la fotografía—. Esto va directo a la caja fuerte.

Gabriela oyó el sonido de sus pasos mientras salía del despacho. En cuanto cerró la puerta, la sonrisa de Makaroff se diluyó. Volvió a mirar la fotografía. Era él, sin duda. Con barba, con el pelo largo y con gafas, pero era él. La cabeza le iba a mil por hora. De repente buscó en su teléfono móvil. Cuando encontró el contacto que buscaba, pulsó el botón verde sin pensárselo. Descolgaron, y al otro lado del teléfono respondió una voz débil.

—Doctor Barceló, siento molestarle en su estado, pero es urgente que hablemos.

54

Jesús respiraba con dificultad bajo la luz fría del fluorescente. El pecho se le levantaba lentamente con cada bocanada de aire, que le costaba Dios y ayuda completar. Tenía la piel de un tono ceniciento y el labio leporino muy delgado, casi perfilado. La pantalla que monitorizaba sus constantes las veinticuatro horas del día dibujaba una línea irregular que subía y bajaba con periodicidad matemática.

Nelson y Carla estaban a un lado de la cama. Los tres centraban toda su atención en el móvil de Carla, donde la voz impostada de la presentadora del Canal 24 horas anunciaba una bomba informativa.

«La consejera de Salud, Sara Mauri, comparece ahora mismo, después de que el periódico *La Tribuna* publicara esta mañana un vídeo comprometido donde se la ve consumiendo sustancias en un ámbito privado…».

Llámalo sustancias, llámalo cocaína. Llámalo ámbito privado, llámalo orgía donde eres la protagonista estrella. La locución podía suavizarse tanto como se quisiera, pero los hechos eran los que eran y, en ese caso, eso de que una imagen vale más que mil palabras se convertía en una verdad incuestionable. En la pantalla del móvil de Carla, la presentadora dio paso a la comparecencia de Sara Mauri ante los medios: detrás de un atril sin logotipo institucional, sin las siglas del partido y sin nadie a su lado. Ningún miembro del

gobierno detrás de ella. Ningún consejero. Ningún jefe de gabinete. Ningún compañero de partido. Nadie, ella sola. Tampoco su marido, Robert Piqué, siempre tan presente en los *photocalls* con legiones de fotoperiodistas. Cuando se deja caer a alguien, hay que escenificarlo con toda la pompa, y en estas cosas los hilos que mueven la política tienen muchas tablas. Se le llama escarnio público. El linchamiento y el ostracismo llegarían después.

Estaba pálida, con kilos de maquillaje que pretendían disimular la noche sin dormir y el disgusto, aún por digerir, de haber tirado su carrera política por un precipicio. Un día de mierda. El primero de una larga lista; de algo así tardas una buena temporada en recuperarte.

«Presento mi dimisión irrevocable como consejera y abandono la política».

Llega un momento en la vida en el que todas te vienen mal dadas. Pocas salidas más le quedaban. Tocaba capear el mogollón de hostias que iban a caerle y esperar a que el temporal amainara. Mientras tanto, le tocaría comerse ella sola las consecuencias de todo aquello. A Sara Mauri, con toneladas de autoestima y suficiencia entre pecho y espalda, incluso le temblaba la voz. Quién la había visto y quién la veía. De futura presidenta a adiós muy buenas con el rabo entre las piernas.

—Es una putada de las gordas, Carla. Tendrás que hacer un gran esfuerzo para mantener la inversión. —Jesús ponía deberes como si ya no estuviera allí, y a Nelson eso lo sacaba de quicio.

Carla asintió con la cabeza sin demasiada convicción. Quería sentarse en el trono del ICIB, claro que sí, pero lo de negociar subvenciones con políticos le parecía la sublimación del tedio. Esa

sería de largo la peor parte, la de estar al frente del negocio. Porque, no nos engañemos, a fin de cuentas el ICIB y la medicina eran negocios. De los que salvaban vidas, sí, pero negocios al fin y al cabo. Con presión comercial, con marketing agresivo de medicamentos, con privatizaciones e incentivos perversos y con pruebas y tratamientos innecesarios que aumentaban la facturación. Para ella sería un mal necesario, el peaje para acceder al Olimpo de la cardiología.

Nelson soltó un suspiro casi imperceptible, pero aun así hizo que Carla volviera a un presente en el que Jesús aún estaba vivo y en el que ella aún ostentaba el título de princesa heredera del trono. Lo del rey ha muerto, larga vida a la reina todavía se haría esperar.

—¿Cómo coño le habrá llegado el vídeo a *La Tribuna*?

—Ni idea, Carla, pero estoy seguro de que la llamada de Ernesto Makaroff para decirme que quería venir a verme no es casual.

—¿Sabías que había más copias?

—No. Yo tenía controlada la que tenemos en la caja fuerte. Nada más. Este tema lo montó Toni… —Jesús resopló—. La verdad es que ha salido a la luz en muy mal momento. A Mauri la teníamos controlada precisamente con esto. Y la pasta que nos soltaba no era poca.

Cuando Toni García se enteró de las aficiones de Sara Mauri, urdió el plan. Lo pusieron de vuelta y media. Carla y Jesús lo llamaban de tirano para arriba. Que si no queremos ser una mafia, que si esas no eran formas de hacer medicina. Toni les respondía que era la manera de hacer negocios y de tener dinero a tocateja para investigar. Ese dinero contribuyó al descubrimiento del algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto que tantas alegrías

(y reconocimiento) le había dado a Jesús. Lo cierto era que Carla y él le habían cogido el gusto a eso de añadir ceros a la derecha de la subvención, así que después de la desaparición de Toni García la extorsión continuó.

La pantalla del móvil se fundió a negro y Carla se lo guardó en el bolsillo. La comparecencia había terminado y la presentadora del Canal 24 horas dio paso a la tertulia. Qué dura es la vida del tertuliano. No está al alcance de todo el mundo opinar con convicción y vehemencia, muchas veces sin tener la más remota idea ni formación sobre el tema. Expertos de cabecera en lo que haga falta. Todo un arte, hay que decirlo. Conspiración, filtración y guerra interna fueron las palabras más repetidas. Muy golosas para titulares llamativos.

De repente se oyeron un par de golpes fuertes en la puerta de la habitación. Nelson sintió que se le helaba la espalda cuando vio a una mujer con una placa policial en la mano que entraba con paso contenido.

—Disculpen la interrupción. Soy la cabo Sandra Rovira, del cuerpo de Mossos d'Esquadra. ¿Se acuerda de mí, doctor Barceló?

Jesús asintió con la cabeza, y la mascarilla de oxígeno se movió al compás.

—Siento mucho molestarle, pero es de vital importancia. Seré breve. He venido por el asunto de los tres corazones que recibió en septiembre.

Aunque sintió una sacudida interna, Jesús actuó como si nada y levantó la barbilla como quien espera una explicación.

—¿Ha recibido algún otro corazón?

—No —intervino Nelson ligeramente a la defensiva.

—Si lo hubiéramos recibido, ¿de verdad cree que no lo habríamos denunciado a la policía?

A pesar de que a través de la mascarilla de oxígeno su voz era un susurro, Jesús consiguió que el tono de sus palabras transmitiera enfado. Acompañó la mentira flagrante con gestos de desaprobación con la mano. Mientras tanto, la voz de Nelson, leyéndole nervioso por teléfono la nota que acompañaba al cuarto corazón, resonó en su interior.

«Si vas a la policía, esta información saldrá en los medios de comunicación». Los papeles de Dubái y el trato de favor a Teresa Alsina. Desviarse del camino correcto tenía un precio.

Carla, inquieta, observaba a Nelson y a Jesús. Sus ojos se movían entre los dos buscando una fisura que no encontró. Envidiaba esa complicidad; ella nunca la había encontrado en ninguna pareja.

—¿Están seguros? —volvió a preguntarles Sandra Rovira.

—Sí, cabo. Estamos seguros —le confirmó Nelson.

—Está bien, de acuerdo.

—¿Por qué lo pregunta? —Carla supo enmascarar el temblor de sus manos.

—Porque esta mañana el director de la oficina del Banco de Barcelona de la calle Beethoven ha presentado una denuncia en la comisaría de Les Corts. El señor Santiago Nadal, el marido de una de las mujeres a las que pertenecían los corazones, lleva tres días desaparecido.

55

A Ernesto Makaroff se le había metido entre ceja y ceja salvar las cuentas anuales de *La Tribuna*. No le importaba nada más en este mundo, ni la ética, ni el cuello de la exagerada de Gabriela, ni la verdad. Este era su único objetivo. El periódico no tendría pérdidas por primera vez en su historia bajo su dirección, porque eso comportaría la ira del Consejo de Administración y el consiguiente expediente de regulación de empleo. Y ya se sabe que lidiar con amenazas, huelgas y listas de bajas es feo y cansado. Además, en el sector le colgarían un sambenito que después le costaría Dios y ayuda quitarse de encima. Tampoco nos engañemos: la prioridad del director en ningún caso era evitar que un puñado de familias se vieran abocadas al pacto del hambre. Su objetivo era salvar su prestigio profesional. En realidad, era un tema de relato. El relato siempre es más importante que la verdad. En la prensa, en la política, en la empresa y en la vida en general. Y quien no lo vea así no sabe en qué mierda de mundo vive.

A las diez y media, le habían dicho. Pues allí estaba, como un clavo y con una propuesta con la que podía salir ganando prácticamente todo el mundo. Claro que ese «prácticamente» tenía truco. Habría damnificados y daños colaterales, pero, cuando los de

arriba se ponen a cortar el bacalao, siempre las hay. La vida la inventaron así.

Makaroff entró en la habitación de la UCI sin prisas, con ese paso estudiado que utilizaba tanto en los pasillos de un ministerio como en los momentos más tensos en la redacción de *La Tribuna*. Iba desaliñado, con una camisa hecha un desastre, nada nuevo, y llevaba la americana colgada del brazo. No pensaba quedarse mucho tiempo; había ido a visitar a un hombre que caminaba al borde del precipicio, y aunque su intención no era empujarlo, sí pretendía ponerlo contra las cuerdas. Si Makaroff no era de por sí un angelito, con el agua al cuello podía vestirse de Satanás y ser el rey del infierno.

Miró a Jesús con una mezcla de piedad y cálculo, como quien observa una presa. A su lado, Nelson tenía el rostro cansado después de tantos días esperando el desenlace.

—¿Cómo está, doctor?

—Pues mire, me pilla a punto de ir a jugar un partido de balonmano.

—Dicen que en los peores momentos solo los inteligentes conservan el sentido del humor.

—Muchas gracias por el cumplido, Ernesto. Dígame, su visita no será para cotillear sobre las aficiones de nuestra querida exconsejera, ¿no? Se ha anotado un buen tanto frente a la clase política. ¿Sabe?, no creo en las casualidades e intuyo que el hecho de que usted esté aquí puede tener alguna relación con la noticia que publicó ayer. No sé de dónde ha sacado las imágenes, pero le felicito.

—Muchas gracias.

Makaroff se imaginó a Toni García partiéndose de risa a trescientos cincuenta kilómetros de distancia viendo a Sara Mauri levantando la bandera de la rendición. Pero en esa tragedia todavía no había reído el último. Y ya se sabe que el último es el que ríe mejor.

—Quisiera hablar con usted en privado. —No fue necesario que mencionara a Nelson.

—Lo que tenga que decirme puede decírmelo delante de mi marido.

Al verlos cogidos de la mano, Makaroff tuvo claro que no iban a ceder.

—Como quieran.

—Dígame qué quiere, Ernesto.

—Sé quién le envió los tres corazones al ICIB el día de su cumpleaños.

—La policía ya los identificó. Fueron los San Isidoro.

—No, doctor. No fue el clan de los San Isidoro. La policía siguió una pista equivocada. Han metido en la cárcel a dos inocentes.

—¿Está seguro? —le preguntó Nelson.

—No es que esté seguro, es que tengo la absoluta certeza y las pruebas.

Vocalizó con claridad para disipar toda duda. Después de esta sentencia de Makaroff, durante unos instantes solo se oyó el ritmo acelerado del corazón de Jesús en la pantalla. Con el cuerpo anclado en la cama, abrió los ojos como platos. Si lo que acababan de decirle era cierto, tendría que cuestionárselo todo de arriba abajo. Miró al director de *La Tribuna* con expresión interrogante.

Los San Isidoro eran lo bastante animales para haber enviado el cuarto corazón, cierto. Lo había dado por sentado. Así lo había asegurado la policía, caray. Pero en ese momento, escuchando a Makaroff, lo puso en cuarentena y de repente se preguntó cómo demonios habrían podido conseguir los documentos del ensayo clínico y las copias de las transferencias.

Aunque con dificultad, el doctor intentó incorporarse como buscando complicidad, pero Makaroff, perro viejo en eso de generar expectativas, no terminaba de decir las palabras mágicas.

—Dígame quién es. —La voz de Jesús a través de la mascarilla era débil pero decidida.

—Esta es la gran pregunta, doctor. Y yo tengo la respuesta. Sé quién es. Y sé dónde encontrarlo. Es una persona cercana a usted. Mucho más cercana de lo que cree. Quiere destruirlo. Tiene motivos, tiene pruebas en su contra y no se detendrá hasta conseguirlo.

El cuarto corazón, los documentos y los extractos bancarios de las transferencias al Dubai International Bank a nombre de Nelson parecían un rótulo luminoso en la mente de Jesús.

—¿Y qué haría usted con esta información, Ernesto? —Nelson hizo la pregunta que Makaroff estaba esperando. Muchas gracias.

—Podría publicarla. —A pesar del cinismo, el tono del periodista era casi amable—. Fotografías, testimonios, filtraciones… Ya sabe cómo funcionan estas cosas. Publicarla corregiría el error de la policía y yo me marcaría un buen tanto ante los lectores y la competencia, pero, entre nosotros, prefiero marcármelo ante el Consejo de Administración. Si ustedes aceptan que pactemos… —dejó la frase en suspenso durante unos segundos para dar peso al momento—, los inocentes seguirán donde están y ustedes seguirán

mucho más tranquilos. Después de haber pasado tanto tiempo en la cárcel, la venganza podría ser terrible. ¿No cree que ya se ha enterado de demasiadas cosas por *La Tribuna*? Esta vez quizá le interesaría otra vía.

—Otra vía…

—Una vía mucho más favorable para ustedes, sin duda. Una vía que les permitiría convertir la actual prisión provisional de los San Isidoro que decretó el juez de instrucción en una larga temporada en chirona. —He aquí los daños colaterales—. Han salido indemnes mil veces… Digamos que en el fondo no sería del todo injusto. No tengo dudas de que con esa gente entre rejas el mundo será un lugar mejor. A cambio, usted sabrá quién fue la persona que en realidad le envió los tres corazones. Forma parte de su pasado y estoy convencido de que saber su nombre no le dejará indiferente.

—A mí me quedan dos telediarios, Ernesto. ¿Qué gano?

—Estoy seguro de que quiere dejarlo todo bien atado y que nada de lo que haya hecho usted se convierta en una prueba contra su marido. —La mirada a Nelson estaba perfectamente estudiada—. Imagine una cuenta corriente en un paraíso fiscal a nombre de él, por poner un ejemplo como cualquier otro. Algo que, permítame decírselo, sería también de interés periodístico.

—¿Es una amenaza?

—Dejémoslo en una advertencia. En diversas entrevistas a lo largo de los años le he oído decir que cada uno se forja su futuro, doctor. Estoy brindándole esa oportunidad.

—¿Y se puede saber cuánto me costará?

—Doscientos cincuenta mil euros en publicidad del ICIB en *La Tribuna*. Una campaña limpia, visible e impecable. Nada para mí. Lo

hago por el periódico y por ustedes. A cambio, yo les digo el nombre de la persona y dónde encontrarla. Tengo la dirección exacta. Lo que hagan después… ya es cosa suya.

Jesús se quitó la mascarilla de la cara para que su hilo de voz se oyera con total claridad.

—Dígame-quién-es.

Makaroff le tendió la mano. Desde la cama, Jesús la miró con la desconfianza que genera una necesidad del presente, pero que suponía firmar una hipoteca para un futuro que probablemente él no vería. Estrechársela equivalía a comprometerse con el diablo.

—¿Trato hecho, doctor?

56

Quizá porque hay momentos en la vida en los que sabes que no te queda otra opción o quizá porque necesitaba sentirse útil en esa causa, Nelson, adelante con los faroles, lo había aceptado sin decir ni pío. Conducía por la AP-7 hacia Francia con las manos firmes en el volante y los ojos clavados en el horizonte, centrado en su objetivo.

El viaje por carretera se prolongó unas cuatro horas. Aparte de los interrogantes, en la furgoneta llevaba algo de comida, cuerdas y el cuerpo de un jabalí. Con un poco de suerte, estaría apenas unas horas en territorio francés. Solo Jesús y Carla sabían de esa excursión. Cuanta menos gente, mejor.

Sentía sobre los hombros la presión de los últimos meses, como si cargara un saco de piedras de forma permanente. En el centro de sus pensamientos siempre estaba Jesús, la persona que le había cambiado la vida. No quería preguntarse cómo se las arreglaría sin él si las cosas salían mal. Se aferraba a lo del clavo ardiendo y a que muy de vez en cuando la vida incluso puede sonreírte.

Quería mucho a Jesús. A diferencia de lo que había oído decir un montón de veces, no había abandonado Cuba para dejar de ser un muerto de hambre. Lo había hecho por amor. Al fin y al cabo, como capitán de las Fuerzas Armadas Revolucionarias no vivía mal. No tenía una vida de lujo, cierto, pero sí privilegios, estabilidad y poder

dentro del sistema cubano, y tal como estaba el patio no era poco. El sueldo no era alto en términos internacionales, pero tenía vivienda asignada en un buen barrio, vehículo oficial, circuitos de consumo con mejor abastecimiento y, lo más importante, posibilidad de viajar al extranjero. Al otro lado de la balanza, el gran control ideológico y la lealtad obligada al régimen hacían que la carrera dependiera en gran medida de la fidelidad política. Si a este guiso le añades ser homosexual en un cuerpo militar, pues en Barcelona, casado con el mejor cardiólogo del mundo, estaba la mar de bien, la verdad. En la vida de toda persona llega un punto en el que ya no compensa seguir mintiendo.

Continuó dándole vueltas al coco hasta que llegó a Vailhauquès. Sin saberlo, Nelson aparcó la furgoneta en la misma colina que Gabriela unos días antes. A vista de pájaro, la urbanización era exactamente como les había contado Makaroff en la habitación de la UCI: una única calle que parecía dibujada con regla en medio del bosque. El atardecer se deshilachaba por encima de los tejados y la niebla baja se arrastraba por el suelo acompañada por un silencio de granito.

Según las indicaciones, la casa de Toni se alzaba al final de la calle. Nelson consultó el reloj. Por lo que les había dicho el director de *La Tribuna*, faltaban unos quince minutos para que Toni llegara. El doctor siempre había sido un hombre de rutinas obsesivas y de seguir un horario. Cruzaba los dedos para que fuera el mismo que cuando estuvo allí Gabriela o el plan se iría directo al garete. Si todo iba bien, en esos instantes debía de estar volviendo a casa en coche desde el Hôpital du Millénaire de Montpellier y, por lo tanto, no

estaría atento a las imágenes de las cámaras de seguridad, que controlaba desde el móvil.

El cielo ya había transitado del atardecer a la oscuridad y por fin había llegado el momento de sacar el cuerpo de jabalí que había llevado consigo: una hembra de cincuenta kilos, lo bastante grande para que cumpliera con el objetivo. Lo dejó delante de la puerta de entrada de la casa.

Se fundió con el entorno, escondido justo donde empezaba el bosque, muy cerca de la valla de la casa de Toni. La oscuridad lo engulló con naturalidad. Desde allí veía la puerta principal con el jabalí. Inspiró y espiró profundamente, y el aire con olor a tierra mojada le llenó los pulmones. Ya era noche cerrada y las farolas de la calle eran la única iluminación. Confiaba en que algo le hubiera quedado de sus tiempos en el ejército cubano, hacía ya un montón de años. Esperaba que fuera verdad eso de que quien tuvo retuvo, y que el cuerpo recordara lo que la voluntad fingía haber olvidado.

El coche de Toni apareció por fin al final de la calle con los faros abriéndose paso a través de la niebla espesa. Había llegado el momento.

Al ver el cuerpo del jabalí tendido a la entrada de la casa, Toni frenó y detuvo el motor unos metros antes. Durante unos segundos solo se oyó el tic-tac metálico del motor enfriándose. La puerta se abrió y el falso David Blanc Fernández bajó del vehículo. Nelson sintió una punzada al verlo. Era el de la fotografía que les había mostrado Makaroff. Sí, era él, hostia. En décimas de segundo repasó mentalmente la larga lista de humillaciones y comentarios homófobos de Toni e instintivamente fue apretando los puños y los maxilares cada vez con más fuerza.

El doctor se acercó al animal y resopló contrariado. Fue entonces cuando Nelson se bajó el pasamontañas. Avanzó silenciosamente por detrás evitando el enfrentamiento directo, calculando al milímetro cada paso y cada palmo de distancia. Cuando se hubo acercado lo suficiente, actuó sin titubear: con una mano inmovilizó el brazo derecho de Toni, el dominante, y con un golpe rápido y preciso en la rodilla hizo que perdiera el equilibrio. En menos de dos segundos ya lo tenía bocabajo contra el asfalto. Antes de que hubiera podido reaccionar, un puñetazo seco, que dejó un crujido sordo flotando en el aire, le castigó la mandíbula. Toni gemía. Tenía la vista empañada y un dolor punzante le atravesaba la cabeza y la rodilla. Sin darle la menor opción a reaccionar, le hundió la rodilla en el omóplato para inmovilizarlo. Primero aseguró el brazo derecho y después el izquierdo. Con movimientos mecánicos y precisos, le ató las muñecas con bridas de plástico. Otro golpe seco, esta vez en las lumbares, le arrancó un grito ahogado antes de que le atara también los tobillos. En un abrir y cerrar de ojos, Toni estaba completamente reducido. Con una persona que arranca cuatro corazones humanos y te chantajea, contemplaciones, las justas.

Nelson sacó un pañuelo del bolsillo y se lo metió en la boca para silenciarlo. Después, con una cinta de pelo lo privó de visión. Antes de levantarlo le pegó otro puñetazo, ahora en el estómago. Si le hubiera dado uno por cada vejación sufrida, Nelson habría acabado con su vida allí mismo. Pero no. De esa forma no se haría justicia.

Después todo fue muy deprisa. Corrió hasta el coche del doctor, cogió las llaves, abrió el maletero y cargó el cuerpo inmovilizado, que se retorcía de dolor. Cerró de un golpe. Por último, arrastró el

cuerpo del jabalí y lo lanzó al bosque. La niebla densa engulló la escena y allí no había pasado nada.

Pero, antes de marcharse, muy importante: le cogió la cartera y el móvil. El móvil era fundamental. Cerró el portaequipajes y subió al coche. Antes de arrancar abrió la cartera para comprobar que llevaba toda la documentación: DNI español, tarjeta sanitaria, carnet de conducir y tarjeta del Hôpital du Millénaire. Todo a nombre de David Blanc Fernández. Cuando comprobó que lo tenía todo, arrancó.

Tenía que deshacerse del coche y volver a Barcelona con Toni reducido en la furgoneta. Por fin se haría justicia. Esta vez no se escaparía.

57

La furgoneta avanzaba con un zumbido constante. Dentro, en el suelo metálico de la parte de atrás, estaba Toni, amordazado y atado de pies y manos. Le habían pegado tal paliza que cada traqueteo le provocaba un nuevo pinchazo en todo el cuerpo: las costillas, la espalda y la mandíbula. Habría jurado que incluso en las pestañas. Sentía el goteo caliente de la sangre bajándole por la nariz hasta los labios y el sabor metálico le llenaba la boca. Intentó moverse, pero las bridas le cortaban la piel de las muñecas.

Llevaban mucho rato en la carretera; no sabría decir cuánto exactamente, pero habría apostado que como mínimo un par horas. Aunque, con la somanta de palos que llevaba encima, era fácil que el tiempo dejara de percibirse con claridad y se volviera confuso. Gritó con todas sus fuerzas, pero la mordaza solo dejó escapar un bramido sordo como testigo de su desesperación.

—No te molestes en gritar, Toni. Nadie va a oírte.

Desde el volante, la voz de Nelson le llegaba clara y fría. Cambió de marcha y el motor rugió.

—Paciencia, todavía tenemos para un rato. Cuando lleguemos, la justicia te espera con los brazos abiertos.

Toni cerró los ojos con fuerza. Justicia. La palabra retumbó en su interior como una burla.

Un silencio que se prolongó otras dos horas acompañó a Nelson y a Toni hasta que las luces de la ciudad empezaron a desfilar ante ellos. Toni estaba apoyado contra la pared lateral, medio incorporado. Aunque el cuerpo se le caía hacia un lado en cada curva, se obligó a mirar, aprovechando que se le había desplazado la cinta de los ojos, por la pequeña ventana trasera y reconoció perfectamente lo que vio: el castillo de Torre Baró. Estaban entrando en Barcelona por la C-58. El corazón empezó a galoparle con martillazos que resonaban en cada rincón de su cuerpo. Desde su huida como David Blanc a un exilio forzado por las circunstancias, acorralado por Jesús, Carla y CardioAdvance, había regresado a Barcelona varias veces a escondidas para ajusticiar a las tres arpías que lo habían señalado y a Santi Nadal. Pero esa vez, cazado como un conejo, era diferente.

La furgoneta se adentró en la ciudad y poco después en la ronda litoral. Baró de Viver. Bon Pastor. Había hecho ese trayecto millones de veces en su vida. Reconocía las señales, los puentes y los muros grises que se sucedían al otro lado de la ventana.

Se acercaban a la salida veintisiete. Justo al lado estaba la comisaría de los Mossos de Sant Adrià de Besòs, la más cercana a esa entrada a Barcelona. El fin de la fuga, supuso. Seguramente, fruto de la desesperación, volvió a gritar a través de la mordaza e intentó forzar las bridas, pero aquello no había Dios que lo rompiera.

Ninguna respuesta. Solo el motor y el asfalto. Estaban ya muy cerca de la salida veintisiete. La señal verde apareció a la derecha, pero la furgoneta pasó de largo. Toni se quedó helado. Giró la cabeza intentando ver mejor mientras el vehículo seguía avanzando por la ronda litoral, paralelo a las playas de Llevant, la Mar Bella, el

Bogatell y la Nova Icària. Nelson seguía mudo, y entonces lo entendió: su clandestinidad no estaba terminando, solo estaba cambiando de forma.

La furgoneta siguió por la B-10 unos minutos más y después cogió la salida veintidós, la Barceloneta. Rodearon la estación de França, calle Doctor Aiguader, Pla de Palau, avenida Marquès de l'Argentera, paseo Picasso, paseo Pujades, complejo sanitario Antoni Gaudí, calle Wellington arriba y parque de la estación del Nord, una zona verde equivalente a dos manzanas del ensanche. Casi veintiséis mil metros cuadrados. Grande de narices.

En el parque no había nadie. Ni una voz. Nada. Raro en una ciudad enferma crónica de sinhogarismo. Nelson frenó con suavidad y apagó el motor. El silencio era absoluto. Durante unos segundos no pasó nada. Luego se oyó el ruido de la puerta del conductor abriéndose y a continuación unos pasos acercándose. Al momento, la puerta trasera se abrió con un chirrido. La luz amarillenta de una farola entró en la furgoneta y en un chasquido de dedos Nelson subió y cerró. Sin decir una palabra, cogió a Toni por debajo de los brazos y lo incorporó; su cuerpo protestó con un dolor punzante que le arrancó un gemido apagado. Nelson lo apoyó contra la pared metálica de la furgoneta y sacó de su bolsillo el móvil de Toni.

—Ahora te quitaré la mordaza. Si no quieres saber lo que es sufrir de verdad, me dirás el pin de tu teléfono.

Nelson procedió, pero la respuesta que recibió no le gustó lo más mínimo.

—Que te den por el culo, marica de mierda.

Nelson volvió a ponerle la mordaza. Era el momento del disco dedicado que le habían pedido. Cogió un papel de lija y lo pasó por

encima del característico lunar rojo que Toni tenía por encima de la ceja. Este bramó bajo la mordaza mientras le arrancaban la piel y el lunar quedaba borrado. Acto seguido, Nelson cogió la llave de la furgoneta y la hundió con todas sus fuerzas entre el menisco y la rótula de Toni. El trapo en la boca amortiguaba los gritos de dolor. Fue solo un minuto, pero un minuto de dolor intento se hace eterno. Ríete tú de un día sin pan. Se detuvo y, cuando los bramidos se calmaron, le repitió la orden y luego le quitó la mordaza.

—El pin de tu teléfono.

—774421.

Y, patapam, el móvil se desbloqueó. Volvió a taparle la boca y se zambulló en el teléfono de Toni. Las instrucciones habían sido claras y fue sencillo encontrar la app. La toqueteó y en un momento estaba hecho. Nelson sonrió satisfecho. No se permitió mucho rato de autocomplacencia. Aún le quedaba mucho por hacer. La noche sería larga.

Paso siguiente: desplegar un trípode. Lo dejó delante de Toni, que contemplaba la escena desconcertado. En el cabezal del trípode colocó un teléfono y comprobó el encuadre mientras los ojos de Toni, hinchados y rojos, seguían todos sus movimientos sin entender qué demonios iba a pasar.

Nelson se acercó a él, con un gesto brusco le arrancó la mordaza y el aire frío llenó los pulmones de Toni, que respiró profundamente.

—Ya sabes lo que pasa si me tocas los cojones. —Levantó la llave de la furgoneta y le señaló la rodilla.

Antes de que Toni hubiera podido contestarle, Nelson estaba ya mirando la pantalla del móvil en el trípode y pulsó el botón verde de videollamada. Miró la hora. Todo iba según lo previsto. La cámara

enfocaba directamente el rostro destrozado de Toni. Al segundo tono, descolgaron y la pantalla se iluminó.

—Hola, Toni.

58

No recordaba el asco que le daba verlo. Su imagen, aunque fuera pequeña en la pantalla del móvil, despertó la repulsión que hibernaba en el rincón de la memoria reservado a las pesadillas. La barba, las greñas y las gafas le daban un aspecto diferente, sí, pero la mirada de serpiente era exactamente la misma. No sintió la más mínima compasión al verlo ensangrentado y con la cara hecha un mapa. Ni siquiera una pizca. Nada.

Sola, sentada en su despacho del ICIB en plena madrugada, la frialdad era absoluta. Le había pedido a Nelson y a Jesús esa videollamada para ajustar las cuentas de un pasado lleno de agravios. La lista era larga.

—Debería haber supuesto que estabas detrás de todo esto.

—Después de toda una vida maltratándome, podrías habértelo imaginado, sí.

—Toda una vida, dice… Mira que eres dramática.

—¿Dramática? Sí, cariño, sí. Un maltratador, eso es lo que eres. ¿Sabes?, al malestar que me generaste, a la angustia…, durante años no supe ponerle nombre. Creía que era cosa mía. Que exageraba. Que era demasiado sensible.

—Veo que las cosas no han cambiado. Sigues igual de…

—¡Cállate! —lo cortó Carla—. Hoy no vas a interrumpirme. Hoy vas a escucharme. Sabes perfectamente lo que me hiciste durante todos esos años.

—Venga, no te hagas la víctima ahora. Discutíamos, como cualquier pareja.

—¡Y una mierda, Toni! ¡Y una mierda! No eran discusiones, eran humillaciones constantes.

—Ya estás exagerando, como siempre.

—Veo que estos años en la clandestinidad no te han cambiado, que no han servido de nada. ¿Quieres que te recuerde algunas cosas? El congreso de Lisboa, por ejemplo. Cuando presenté la reconstrucción microvascular del miocardio después de isquemia prolongada y delante de todo el mundo dijiste que era una interpretación interesante, pero que le faltaba perspectiva clínica. Lo dijiste con esa sonrisa condescendiente… ¡Ah, qué asco!

—Es que le faltaba perspectiva clínica.

—Lo dijiste como si fuera una corrección amable. Toda la sala se rio. Y después, en la cena, evidentemente, me dijiste aquello de «no te lo tomes así, forma parte del aprendizaje». —El tono burlón le salió de las entrañas.

—Era una discusión científica.

—Era ponerme por debajo de ti. Que es donde siempre has querido tenerme. Sometida, venerándote.

—Estás reinterpretando cosas de hace años.

—No, Toni. Simplemente las estoy recordando. Recuerdo cuando en casa intentaba hablarte de un paciente que me preocupaba y tú me decías que pensaba como una residente. Como una residente —repitió indignada—. Después de diez años de ejercicio.

—Era una forma de decir que estabas complicándote la vida.

—Era una forma de decir que yo no estaba a tu nivel. Al nivel del gran doctor Toni García. El eminente cardiólogo. —Unos segundos de silencio hicieron que sonara como un escupitajo—. ¿Recuerdas cuántas veces dijiste delante de otros médicos lo de «todavía está desarrollando su criterio»? Lo decías con esa voz tranquila, pedagógica. Como si fueras mi mentor. No mi pareja. Mi mentor.

—No veo el problema de ser exigente.

—¿Exigente? Tú no eres exigente, eres condescendiente. Cuando yo discrepaba, decías que no había entendido el caso. Cuando me emocionaba, decías que estaba reaccionando emocionalmente. Cuando insistía, decías que estaba complicando algo sencillo. Cuando me callaba, decías que me faltaba criterio. Dime una sola vez en la que mi criterio fuera simplemente… válido. ¡UNA! ¡SOLO UNA!

—Veo que estos años tampoco te han cambiado a ti… Siempre te lo llevas todo al terreno personal.

—¡Porque lo es, hostia! Porque tú convertiste la cardiología en un arma. Cuando discutíamos en casa, siempre acababa igual. Yo decía: «Esto me duele». Y tú decías que reaccionaba de forma visceral. No me escuchabas. En tu vida me escuchaste.

—Te faltaba distancia. Te lo digo yo, que sé un poquito más que tú de todo esto.

—¿Lo ves? Lo has vuelto a hacer. Siempre igual. Como si yo fuera un caso clínico defectuoso.

—Es muy cansado discutir contigo. En serio. No creo que esto sea justo.

—Lo que no era justo era vivir con una persona que cada día me hacía sentir más pequeña. Cada corrección tuya, cada «no exactamente», cada «no es tan complejo», cada vez que delante de los demás decías: «Ella lo ve desde un punto de vista más académico»… ¿Sabes lo que sentía yo cuando decías estas cosas? Que me estabas borrando.

—¿De verdad no te das cuenta de que estás exagerando muchísimo?

—El problema es que tú no te das cuenta de nada. Para ti era normal. Tú siempre eras el referente, el que lo sabía todo, el que corregía, el que ponía orden, y yo…, yo siempre era la que aún tenía que aprender. Cuando por fin me alejé de ti, llegué a ser lo que soy ahora: una gran cirujana, mal que te pese. De las mejores del mundo. Sin ti he publicado estudios en el *European Heart Journal* y en la *Nature Reviews Cardiology*, soy miembro de la European Society of Cardiology, he participado en ensayos clínicos pioneros…

—De nada, Carla. De nada. Te aplaudiría, pero estoy atado. ¿De verdad crees que sin los años a mi lado habrías llegado tan alto? Ya te lo digo yo: no. ¿Crees que yo tenía el más mínimo interés en que te sintieras así? Nunca lo quise. No te des tanta importancia, chata.

—Creo que en el fondo sí lo querías. Lo hiciste durante años. Y lo más triste es que acabé creyéndote. Dudé de todo. De mi criterio. De mis decisiones. Incluso de lo que sentía con un bisturí en la mano ante un paciente abierto en canal en la mesa de operaciones. En mi cabeza sonaba tu voz diciendo: «No es tan difícil». ¿Sabes cuándo empecé a darme cuenta de todo? El día que un residente me contó un caso y yo lo escuché. Sin corregirlo. Sin ponerme por encima. Solo escuchando.

En la furgoneta solo entraba un pequeño haz de luz procedente de una farola del parque de la estación del Nord. En la penumbra, Nelson observaba la conversación con ademán hierático.

—Todo esto que estás vomitando es muy injusto.

—Lo que es injusto es que durante años yo compartí mi vida con una persona que nunca me miró como a un igual. Ni en casa ni en el trabajo. El problema nunca ha sido la cardiología. El problema ha sido vivir a tu sombra. Me anulaste.

—Ni Jesús ni tú soportasteis nunca que yo fuera mejor que vosotros en todo y por eso me pusisteis aquella trampa.

—En el tema de CardioAdvance te metiste tú solito, rey. A mí no me digas nada. Menos mal que te «moriste», porque la inspección fiscal habría acabado con el ICIB.

—Y ahora me habéis secuestrado porque queréis el dinero.

—Esto no va de dinero, Toni; va de justicia —replicó Carla—. Esta vez no vas a escaparte. Cuando Rosa Vila y Montserrat Casanovas nos lo contaron, tuve clarísimo que había llegado el momento de ir a por ti.

—Queríais deshaceros de mí. Las engatusasteis.

—Las apoyamos, Toni. Es muy diferente. Y sí, yo fui muy clara con Jesús. Teníamos que apoyar a esas mujeres.

—Para joderme.

—Para ayudarlas… y para perderte de vista. Las acusaciones eran ciertas, y lo sabes.

—Venga, hombre. Dos muertas de hambre, eso es lo que eran. Y encima se quejan si les tocas una teta o quieres echar un polvo. Putas estrechas.

—¿Y por eso les arrancaste el corazón?

—Si creían que podían acusarme y salirse de rositas, lo llevaban claro. Si hubiera sabido lo que acabas de decirme, la que se habría quedado sin corazón habrías sido tú.

—Ya me lo arrancaste hace unos años. ¿O es que no lo recuerdas?

—Ya estamos otra vez…

—No quería que esas mujeres hicieran como yo.

—Estás como una cabra.

—No soy yo la que va por el mundo arrancando corazones a la gente. Y sí, Toni. Quería que pagaras por haberme violado. Violado. Eso es lo que me hiciste. ¿Por qué crees que las creí desde el principio? ¿Por qué crees que decidí ayudarlas? Porque me violaste.

—Éramos pareja, ¿no? Íbamos a casarnos, vivíamos juntos.

—Ser pareja no te daba ningún derecho sobre mí. Ninguno. Ni antes, ni esa noche, ni nunca.

—No lo veo así… Yo creía que… Bueno, en todo caso, no pretendía hacerte daño.

—Pero me lo hiciste y lo arrastro cada día desde entonces… Eres un hijo de puta, Toni. Lo peor que me ha pasado nunca.

Carla colgó. Por primera vez en su vida lo dejó con la palabra en la boca y sin derecho a réplica. Llevaba años esperando ese momento.

La conversación le sirvió para darse cuenta de que odiaba a Toni con todas sus fuerzas. Era una palabra muy dura, pero «odio» describía a la perfección el sentimiento que le corría por dentro. Y no, no quería dejar de sentirlo. Al menos no del todo. Le recordaba lo frágil que era su dignidad y mantenía a raya la tentación de volver a perderla. Se juró que no volvería a suceder. Con nadie, en ninguna circunstancia. Nunca.

Listo. Se había desahogado. Había dicho todo lo que en otra vida no había podido expresar, pero tenía trabajo por delante. Salió de su despacho del ICIB a toda prisa y se dirigió a la UCI del Sant Jordi. Cinco minutos mal contados. Si el corazón de Jesús se aceleraba, lo primero que se alteraría sería la señal acústica del monitor que controlaba las constantes; sería más rápido e irregular. La línea del electrocardiograma se pondría nerviosa, dejaría de ser uniforme y los picos se irían acumulando. Si todo esto sucedía, una enfermera iría disparada a la habitación, pero Carla echaría mano de sus galones para decirle que ella controlaba la situación y ninguna enfermera sería testigo de la resurrección del doctor García.

Atravesó los pasillos del hospital con una expresión que reflejaba satisfacción y empoderamiento a partes iguales. Para ella, la sensación era difícil de describir e imposible de olvidar. Después de tantos años tragando bilis, le apetecía saborear el momento y recrearse un buen rato en él, pero ya habría tiempo para eso; la noche debía continuar.

59

La tensión silenciosa que se respiraba en la UCI tenía los minutos contados. No todos los días se reencuentra a un antiguo enemigo que ha vuelto a la vida. Jesús estaba nervioso a más no poder, no sin razón. Era muy consciente de lo que lo esperaba. Durante la conversación saldrían cosas feas, cosas que exigirían una explicación detallada si Carla se enteraba de ellas. Pero en ese punto de su vida, con los instrumentos bien afinados para tocar su réquiem, no quería sacar la mierda a pasear por tener que dar un montón de explicaciones. Y qué caray, no se arrepentía de nada, que cada uno se forja su futuro.

Aun así, quería tener esa conversación. Se lo debía. Al Jesús actual y al Jesús de hacía diez, veinte, treinta años. A aquel Jesús que tanto había sufrido. Si todo iba mal, se marcharía de la vida habiéndose quitado ese peso de encima.

La videollamada de Nelson iluminó por fin su pantalla. Había llegado el momento. Tras dos tonos, Jesús descolgó y vio en el centro a la persona con la que había compartido toda una vida.

—Hola, Toni.

En la pantalla, un Jesús muy deteriorado, rodeado de cables y monitores, centró toda su atención en la parte trasera de la furgoneta aparcada en el parque de la estación del Nord.

—Joder, Jesús. Estás hecho un cromo. No puedo decir que lo sienta, la verdad.

—Tú tampoco estás para tirar cohetes.

—Dime, ¿qué quieres?

—Decirte todo lo que no pude en su momento.

Carla, silenciosa, entró en ese momento en la habitación. Desde el pequeño recibidor que hacía de antesala oyó la voz débil de Jesús y la de Toni al teléfono.

—Si quieres empiezo yo: eres un puto ladrón, Jesús. Eres un ladrón y lo sabes.

Carla sintió como si le tiraran un cubo de agua helada por la espalda. Ladrón. La palabra, por mucho que la hubiera dicho Toni, la puso en alerta. De manera instintiva, se quedó plantada en la antesala de la habitación, fuera del ángulo visual de Jesús, que creía que estaba solo.

—No sé de qué me hablas, Toni.

—Para empezar, del medio kilo que te has metido en el bolsillo con la mujer de Baltasar Padilla.

Una descarga castigó la espina dorsal de Carla. Que Toni era un narcisista y un manipulador estaba más claro que el agua. Que en cuestiones de dinero sabía de lo que hablaba, también. Esas acusaciones merecían al menos ser escuchadas. Y Carla, en la clandestinidad, lo haría.

—Lo dice el que se embolsó un millón de euros con CardioAdvance… A Teresa Alsina le hemos detectado una histiocitosis cardiaca. Le hemos salvado la vida. Sabes perfectamente que es una enfermedad muy rara y muy difícil de diagnosticar. En cambio, tú falsificabas informes clínicos para

justificar operaciones inútiles: pagos a través de una consultoría fantasma, viajes, honorarios por ponencias inexistentes… y transferencias a una sociedad instrumental en el extranjero. Me lo sé de memoria. Según Hacienda, un milloncito. En las Islas Caimán, ¿verdad?

—Y tú en Dubái. No me vengas de íntegro ahora. Supongo que querías dejar a tu maridito apañado antes de palmarla.

—Yo no lo he hecho por avaricia.

—¿Y Carla lo sabe?

—A ella no la metas en esto.

—Tendría que haber empezado por vosotros dos, no por esas tres desgraciadas y el títere de Santi Nadal. Pero imaginar cómo te cagarías en los calzoncillos era demasiado divertido. —Toni sonrió. Esa sonrisa afilada y cínica a partes iguales, siempre un escalón por encima del resto del mundo.

En la antesala, Carla puso los ojos en blanco; el infierno tendría que guardarle un lugar de honor a Toni. Estaba como un cencerro.

—Me humillaste. Me humillasteis, Jesús. ¡Los dos! ¡Tanto tú como Carla! Y yo no tenía más cojones que callarme y aguantar en la clandestinidad mientras tú te llevabas el reconocimiento de toda la comunidad científica por mi trabajo. No tienes ni puta idea del rencor que llevo dentro.

—Para arrancar el corazón a cuatro personas y enviarlos en cajas de regalo hay que estar muy zumbado.

—Quince años, Jesús. Quince años acumulando datos, pacientes, secuencias genéticas… hasta encontrar el algoritmo. Quince años. Y tú creías que no lo conseguiría. Te parecía una obsesión mía. —Toni escupía las palabras a la pantalla del móvil con odio en los ojos.

—Pero cuando hubo que presentarlo… Ups, te moriste. Puto covid… —Chasqueó la lengua con ironía por debajo de la mascarilla de oxígeno.

—Y te atribuiste el descubrimiento, puto farsante.

Una sarta de imágenes de Jesús como doctor *honoris causa* por Stanford, recibiendo el Premio Lasker y concediendo entrevistas como candidato al Nobel de Medicina desfiló por la mente de Carla. La vida siempre acaba mostrándote cosas que preferirías no saber.

—Como tú te habías atribuido el ICIB, Toni. En aquellos tiempos lo presentabas como «mi proyecto» y alguna vez me habías presentado como «tu ayudante». ¡Ayudante! Manda huevos… Dime, ¿quién es el ideólogo médico del ICIB?

—¿Y quién consiguió el dinero para financiarlo? ¿Y quién convenció a las administraciones? ¿Y quién tenía pillada a Sara Mauri para que no cerraran el grifo de las subvenciones?

—Lo que tú quieras, pero la historia recordará que yo descubrí el algoritmo para prevenir la muerte por infarto. —La sonrisa que esbozó Jesús destilaba toneladas de desprecio—. Resulta que, al final, en esta guerra no declarada que siempre hemos tenido he ganado yo, Toni. Entiendo que te dé rabia.

—Eres un hijo de puta.

—Un hijo de puta igualito a ti, cariño. Nacidos el mismo día, con el mismo grupo sanguíneo, la misma estatura, la misma escuela, la misma pasión por la cardiología, familias amigas de toda la vida… Vendimos muy bien lo de los dos genios «gemelos». ¿Lo recuerdas, Toni? Como hermanos, decíamos. ¿Y hay algo más bonito que ver cómo tu hermano pasa a la historia?

—No entiendo cómo has podido caer tan bajo, Jesús.

—No lo entiendo, dice… Es increíble. ¿Tan poca memoria tienes? Si quieres te lo explico. De hecho, es el objetivo de esta llamada. Hablar del pasado y de cómo hemos llegado hasta aquí. Te propongo que retrocedamos unos años. Nada menos que treinta y tres, cuando teníamos diecisiete. ¿Quién le dijo a mi madre que yo era gay?

—Quieres decir marica.

Carla se tapó la cara con la mano mientras negaba con la cabeza. ¿Como había podido enamorarse de ese primate?

—No puedes evitarlo, la homofobia y tú siempre vais de la mano. ¿Recuerdas quién se lo dijo a mi madre? Pues sí, fuiste tú. Por joder, claro. «¿Sabes que a Jesús le gustan los chicos? Que tenga cuidado con el sida». Tomando café el día de Navidad. Aún tengo aquí clavada la cara de mi madre y tu sonrisa cínica. —Se señaló la sien con el dedo entre cables colgando.

—Eres la segunda persona de la noche que me habla de mi sonrisa.

—Es de las que no se olvidan, rey. Evidentemente, no tienes ni puta idea de lo que significa salir del armario ni de lo jodido que era hacerlo hace treinta y tres años. Menos mal que mi madre era una santa.

—Treinta y tres años, chaval. Hace ya treinta y tres años. Sí que tenemos la piel fina…

—No he hecho más que empezar. Volvamos atrás, Toni. Ahora treinta años, cuando teníamos veinte. Ya habíamos dejado el Liceo Francés y estábamos estudiando medicina en la facultad. Nuestro sueño desde pequeños, ¿eh? ¿Recuerdas por qué empecé a estudiar medicina? Para ser cardiólogo. ¿Y por qué quería ser cardiólogo?

Porque mi padre había muerto de un ataque al corazón cuando yo tenía meses y aquello había marcado toda mi infancia.

—Te repites más que el ajo, Jesús. Siempre cuentas lo mismo.

—Una mentira piadosa. Incluso bonita. Pero tú sabes la verdad. Una verdad que te encargaste de contar delante de nuestros compañeros de facultad. Una verdad que yo no sabía y de la que me enteré allí mismo por tu boca: que mi padre era un alcohólico y un drogadicto que abandonó a mi madre cuando estaba preñada. Toda una vida ocultándomelo para que yo fuera más feliz, para que no tuviera que cargar con esa mierda. Pero tú lo sabías y lo soltaste delante de todos.

—Ya eras mayorcito para saber la verdad. Que la vida no es de color de rosa.

—¿Desde cuándo te importa la verdad? Lo que querías era tenerme por debajo de ti a cualquier precio. Joderme. Siempre me has querido sumiso como un corderito. Mi madre nunca se recuperó, le daba vergüenza mirarme a la cara. Nunca te lo perdonaré, Toni. Jamás.

—…

El silencio de Toni confirmó la suposición.

—Ahora retrocedamos solo diez años. Congreso mundial de medicina en Buenos Aires, en la cena con el equipo de cardiólogos del Mount Sinai de Nueva York. ¿Lo recuerdas?

—Lo siento, Jesús, pero no ocupas un lugar preferente en mis recuerdos.

—Te refrescaré la memoria, no te preocupes. «Jesús se ha ligado a un negro que es un armario, una bestia, alto como un pino. No quiero ni imaginar cómo le deja el culo». —Nelson, en la furgoneta,

tensó la mandíbula—. ¿Lo recuerdas ahora? Valentí Fuster no sabía dónde meterse.

—Ya sabes cómo son mis bromas.

En la clandestinidad de la antesala, Carla miró el reloj nerviosa. Se les acababa el tiempo.

—Una psicóloga me explicó que humillar a alguien en público es una manera de debilitarlo. De asegurarte de que siempre se sienta por debajo de ti.

—Lo que diga cualquier loquero de pacotilla me la trae floja, pero, vaya, que el resumen es mucho más sencillo. Soy así. Si tanto daño te he hecho, ¿por qué estuviste siempre a mi lado?

—¿Y tú por qué estabas al mío, si tanto asco te daba?

—Un matrimonio de conveniencia, supongo.

—Y yo supongo que, si convives con un tirano, lo mínimo que puedes esperar es una dictadura, que es lo que viví a tu lado. Al principio lo aguantaba por nuestras familias. Por la infancia. Pero tus padres y mi madre murieron. Y nuestra relación era tóxica. —A Jesús, agotado, empezaba a costarle Dios y ayuda seguir hablando. Carla miraba constantemente los marcadores de los monitores, que subían peligrosamente—. Cuando me enteré de que estabas vivo, la pesadilla que creía enterrada volvió. Pero esta vez se acabó. Por aquí no paso. Ya he tenido bastante con toda una vida. Adiós, Toni. ¡Ah! Y muchas gracias.

—¿Muchas gracias? ¿Muchas gracias por qué?

Jesús desapareció de la pantalla. En la penumbra de la furgoneta, Nelson, bate de béisbol en mano, le asestó a Toni un golpe fortísimo en la parte posterior del cráneo. Fue preciso: entre el parietal y el occipital, exactamente donde le habían dicho Jesús y Carla. El sonido

fue seco, y el crujido, intenso. El cuerpo de Toni se desplomó en el suelo de la furgoneta. Hasta el último momento, su rostro conservó esa expresión de superioridad. Como si aún estuviera convencido de que tenía el control, pero ya no era así. Por fin se haría justicia.

60

4.13 h. Pocos minutos después del ingreso de Toni

—¿Qué dice el TAC craneal?

La radióloga dejó que el lenguaje corporal hablara por ella y negó con la cabeza.

—¿Por?

—Es una hemorragia del tronco del encéfalo.

Inmóvil, mudo, con la sonrisa borrada y las horas contadas. Una sinfonía para los sentidos de Carla. Definitivamente, el fin justificaba los medios. Pero en determinadas situaciones las apariencias lo son todo, así que debía seguir el protocolo de forma estricta.

—¿Estamos a tiempo de tratar la hipertensión intracraneal?

—No, Carla. —La radióloga volvió a negar con la cabeza—. Está clínicamente muerto. No hay nada que hacer, créeme. Deberíamos avisar a la coordinadora de trasplantes para que lo valore.

—¿Qué ha dicho el neurólogo?

—Lo mismo que yo: que es irreversible.

I-rre-ver-si-ble. Sonaba de maravilla. Carla saboreó cada sílaba con una lentitud casi reverencial.

Si te pegan un garrotazo como el que había recibido Toni, la presión en el cerebro empieza a aumentar. Si aumenta demasiado, el

cerebro no tiene espacio para aumentar de volumen, porque el cráneo no se expande, lo que provoca un fenómeno llamado «enclavamiento». El cerebro se hernia por el agujero occipital. Si no se trata de forma muy activa a tiempo, la hipertensión intracraneal que provoca el enclavamiento cerebral acelera todo el proceso. La demora de la llamada de Nelson a urgencias estaba perfectamente calculada. Clínicamente muerto. Hasta nunca, Toni. Que te zurzan.

Carla observó la pantalla y después el reloj. Sabía lo que sucedería a continuación. El proceso se había puesto en marcha y sería un recorrido lleno de escollos que deberían ir esquivando.

—Activad la coordinación de trasplantes.

Carla verbalizó la orden con el regusto de quien anuncia la capitulación del enemigo, aunque nadie se dio cuenta. Disimulaba de fábula. Su mente proyectó a Nelson entrando en el móvil de David Blanc para convertirlo en donante de órganos. Un tanto por ciento elevadísimo de médicos lo son. Toni siempre lo había sido, era de los convencidos, pero había que asegurarse de que su alter ego también. A partir de ahí, las horas se convertirían en un sprint que ya había empezado.

4.40 h. Treinta minutos después del ingreso de Toni

Las apariencias, decíamos. Son importantísimas. Vitales. Había que cumplir estrictamente con la normativa, ser más papista que el papa. Todo lo que sucediera esa noche debía poder justificarse ante un juez si alguna vez, por lo que fuera, vinieran mal dadas. No se podía dejar el menor resquicio de duda.

La carrera de obstáculos seguía adelante. Siguiente paso: a David Blanc lo examinaron dos médicos independientes. Este adjetivo era

clave. Las apariencias.

Luz en los ojos sin respuesta y después revisión de las pruebas en silencio. Carla los miraba expectante desde una distancia prudencial. Este paso era imprescindible para seguir con el plan. Si no, tararí que te vi, y Jesús perdería su oportunidad, seguramente la última, de burlar la condena a muerte que pesaba sobre él.

Los dos médicos susurraron, gesticularon, señalaron la pantalla, negaron con la cabeza, hicieron muecas y resoplaron. Vaya, lo que se hace cuando ves que la vida de una persona se desvanece y no puedes hacer nada. Al final, uno de ellos anunció el veredicto.

—Muerte encefálica confirmada. —El tono fue casi solemne.

Pulgar abajo. Muerte. Aunque por dentro bailara una conga, Carla asintió con cara de mármol.

Ahora sí era oficial. Se acababa de dar el pistoletazo de salida a una carrera contrarreloj.

5.10 h. Una hora después del ingreso de Toni

La coordinadora de trasplantes, Núria Sánchez Coll, tenía fama de antipática. Su humor negro era conocido en todo el hospital y demostraba que veía los cuerpos como su herramienta de trabajo. Con la espalda recta como una tabla de planchar y una carpeta bajo el brazo, entró y habló con voz firme.

—¿Edad?

—Cincuenta y siete.

—¿Cincuenta y siete, este tío? Joder, qué mal llevados. Además, tiene la cara hecha un mapa.

Pues claro que la tenía. Era una verdad como un templo; y que la gente se olvida rápidamente de las muertes que no le son cercanas

también lo era. Si a eso se le sumaba la barba, el pelo largo, los moratones, la hinchazón, la nariz destrozada, los ojos morados y el lunar rojo borrado con papel de lija, era imposible pensar que tenían ante sí a un ilustre doctor muerto hacía seis años.

—Parece que lo han atracado. Debe de haberse resistido, vete a saber —dijo Carla.

—He visto que es donante de órganos.

—Magnífica noticia, Núria.

—Llamaremos a la familia.

—No han encontrado ningún contacto en su teléfono.

La doctora Sánchez Coll miró el cuerpo con la indiferencia que te dan los años. Para ella, que no podía ser más fría, ese era un día más en el trabajo.

—El problema es que no tenemos documento de voluntades anticipadas en el que este tío manifieste que es donante.

Carla decidió colocar sus galones en el centro del escenario.

—Si me lo permites, Núria, el estado de este hombre es irreversible, al parecer no tiene familiares, es donante, según dice su perfil del portal digital del sistema sanitario público, y en la UCI tenemos a Jesús esperando un corazón. Podría ser compatible. Deben de ser de la misma edad.

—Los órganos no están asignados, Carla.

—Lo sé, coño. Pero si tenemos aquí, a diez metros, a una persona en código 1 con un pie en el otro barrio esperando un corazón…

Blanco y en botella. La doctora Sánchez Coll miró largamente el cuerpo de ese infeliz; aguantaría vivo lo que ellos decidieran. Ni más ni menos. Cuando lo desconectaran, adiós órganos, y de rebote adiós Jesús.

—Sin el documento de voluntades anticipadas y si solo lo tiene marcado en el portal digital, el caso no está claro jurídicamente.

—Puede ser, pero debemos respetar la voluntad de esta persona. Y el tiempo corre muy deprisa para Jesús. A este hombre el tiempo ya se le ha terminado.

Era una decisión jodida de narices. La doctora Sánchez Coll sopesaba mentalmente los pros y los contras imaginando consecuencias y escenarios. Cada opción parecía tener algo que chirriaba. Una opción, eso sí, pesaba más que la otra: la que salvaba a un compañero y cumplía la voluntad de ese hombre desahuciado.

—Está bien. Adelante.

61

5.40 h. Una hora y media después del ingreso de Toni

Con las analíticas, las pruebas serológicas y la ecocardiografía hechas, el corazón de Toni latía con fuerza mecánica, mantenido por fármacos y máquinas. La función ventricular era buena; el grupo sanguíneo, AB+, era receptor universal; y sus setenta y cinco kilos y una larga lista de métricas convertían ese corazón en compatible. Lo que Jesús intuía pasaba a ser oficial.

Carla sería la cirujana encargada de hacer la intervención. Que precisamente ese día estuviera de guardia no era cosa de la divina providencia, por supuesto. De cara a la galería, conocía perfectamente el caso y era el mejor bisturí del Sant Jordi. Así que dos y dos serían cuatro y tendría en sus manos la posibilidad de salvar a Jesús de una muerte segura.

6.40 h. Dos horas y media después del ingreso de Toni

Carla entró en la habitación de la UCI acompañada de la coordinadora de trasplantes. Jesús se incorporó al verlas entrar. Las noticias con las que llegaran serían decisivas para que ese jarrón de porcelana fina que era el plan no se rompiera en mil pedazos.

—Jesús, traemos buenas noticias. Tenemos a un posible donante.

—Posible —repitió él.

—Posible, sí. Ya sabes cómo van estas cosas. Aún no es seguro.

—Lo sé, Núria. ¿Han salido bien las analíticas y la radiografía?

—Ninguna enfermedad y ninguna infección activa. La analítica es aceptable. Ya sabes que con una infección, un cáncer, una drogadicción o cualquier cosa similar todo se habría ido al garete, pero has tenido suerte.

Carla pensó que la suerte se busca, pero verbalizarlo seguramente habría estado fuera de lugar.

—¿Qué dice el anestesiólogo?

—Que adelante.

—Entonces ¿vamos a quirófano?

—Sí, vamos a quirófano.

Carla y él se miraron y, esta vez sí, se permitieron esbozar una sonrisa. A Jesús no era necesario que le contaran los riesgos que comportaba una operación como esa. Tampoco es que tuviera otra elección. Ese era su último tren para agarrarse a la vida.

La doctora Sánchez Coll le tendió todos los documentos, que firmó sin pensárselo.

—Carla, avisa a Nelson.

—Ahora mismo lo aviso, no te preocupes.

Como si Nelson no supiera nada… Pero delante de la doctora Sánchez Coll tenían que representar su papel hasta el final.

8.10 h. Cuatro horas después del ingreso de Toni

La camilla que trasladaba a Jesús avanzaba por el pasillo. En plano nadir, desde abajo hacia arriba, veía el desfile de fluorescentes empotrados en el techo, que pasaban uno tras otro ante sus ojos.

Había vivido esa situación muchísimas veces, pero intercambiar los papeles ofrecía una visión radicalmente distinta. Miedo, esperanza, incertidumbre y vulnerabilidad campaban en su interior sin ningún control.

Justo antes de entrar se encontró con Nelson, al que habían dejado pasar. En las últimas cuatro horas había limpiado la furgoneta hasta el último rincón, le había puesto de nuevo las matrículas con las que la había alquilado, la había devuelto y allí estaba, quizá para decirle adiós para siempre.

—Todo irá bien, ya lo verás. —Jesús le cogió la mano y le dio un beso.

—Soy yo el que debería animarte. El que entra en el quirófano eres tú.

—Siempre has hecho más de lo que yo habría podido pedirte. Te quiero mucho, Nelson.

La barbilla de Nelson empezó a temblar y a continuación una lágrima tras otra. Llevaba toda la vida sabiendo que en momentos así se derrumbaba, y Jesús llevaba los mejores años de su vida sabiendo que en momentos así a Nelson había que echarle una mano.

Cuando por fin se separaron, los dos sintieron un gran vacío interior, como si les hubieran arrancado algo a cada uno de ellos.

9.10 h. Cinco horas después del ingreso de Toni

El equipo del Hospital Sant Jordi preparó dos quirófanos a la vez: uno para Jesús y otro para Toni. En estas situaciones no se extrae el corazón del donante hasta que el receptor está preparado.

Una vez anestesiado Jesús, le practicaron una esternotomía: una incisión quirúrgica vertical para dividir el esternón por la mitad, abrirlo y dejar al descubierto el corazón del paciente. Después lo conectaron a la máquina de circulación extracorpórea, que asumiría temporalmente las funciones de oxigenación y bombeo sanguíneo.

Con Jesús abierto, conectado a la máquina y listo para la recepción, era el momento de extraer el corazón de Toni. Su cuerpo estaba caliente. El corazón latía, pero ya no le pertenecía.

—Empezamos —anunció Carla.

Alea jacta est. El futuro ya estaba en marcha. Cada uno se lo forja, ¿verdad?

62

9.40 h. Cinco horas y media después del ingreso de Toni

El equipo médico había mantenido vivo a Toni de forma artificial. Presión arterial controlada, oxigenación óptima y cóctel de fármacos vía intravenosa para mantener los órganos vivos. Llegaba el momento de la verdad. El de extraer el órgano que iban a trasplantar. Todas las oraciones no rezadas, todos los cirios no puestos y todos los buenos augurios no deseados llegaban tarde.

Con Toni tumbado bocarriba y con el tórax abierto, Carla pudo verle por primera vez el corazón. Nada de pantallas, nada de informes, solo la realidad. Y sí, contrariamente a lo que llevaba años pensando, sí tenía corazón. Metafóricamente, lo veía podrido. Médicamente, no observó zonas necróticas y no era más grande ni más pequeño de lo normal. La inspección ocular confirmó las conclusiones extraídas de la ecografía: que tenía buen color, que el órgano no había sufrido, que era el corazón de una persona que se había cuidado, que había hecho deporte y que no había sufrido isquemia, es decir, falta de riego.

—El aspecto es correcto. Procedemos a la extracción.

10.20 h. Seis horas y diez minutos después del ingreso de Toni

Tener el corazón de Toni en sus manos era una sensación de lo más extraña. Vaya que si lo era. Ahora sí que ya no había vuelta atrás. Si no hubiera sido por lo que vendría después, Carla lo habría estampado contra la pared encantada de la vida. Cuántas veces había dicho que le arrancaría el corazón y, mira por dónde, la vida había acabado brindándole la oportunidad. Cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que…

Carla lo sumergió en una solución de preservación cardiopléjica fría. El corazón de Toni dejó de latir y, consciente de lo que significaba, bajo el flequillo sus ojos se iluminaron de satisfacción. Hasta nunca.

10.50 h. Seis horas y cuarenta minutos después del ingreso de Toni

Jesús ya estaba bajo los efectos de la anestesia y una máquina había tomado el control de su cuerpo; el bypass estaba establecido. Allí mismo, el corazón de Toni esperaba a su nuevo propietario.

Carla trabajó con precisión y extrajo el corazón dañado de Jesús. Observó la dilatación de la aorta y el ventrículo izquierdo abultado por hipertrofia. Si podía apreciarse a simple vista, sin duda era un caso extremo. Ese órgano ya no daba para más.

El cuerpo de Jesús quedó a la espera, literalmente. Un silencio consistente llenó el quirófano mientras los monitores marcaban un ritmo artificial, sostenido. Ese instante era un puente entre dos vidas, una que se apagaba y otra que quizá estaba a punto de tener una segunda oportunidad.

12.10 h. Ocho horas después del ingreso de Toni

El tiempo isquémico, el que pasa desde que se corta el flujo sanguíneo en el órgano del donante hasta que se restablece en el receptor, estaba dentro de los límites. Todo iba bien.

—Empezamos la implementación.

Carla metió el corazón de Toni en el tórax de Jesús y ajustó la posición. Lo colocó en el mismo lugar anatómico donde había estado el corazón nativo. Era clave orientarlo bien para que las aurículas, las venas cavas y los grandes vasos no quedaran con torsión ni tensionados. Después, en este orden, suturó la aurícula izquierda, las venas cavas inferior y superior, la arteria pulmonar y por último la aorta. Con estas conexiones completadas, el corazón quedó integrado en el circuito vascular de Jesús.

Antes de restablecer por completo la circulación, el equipo médico eliminó el aire de las cavidades cardiacas y de los vasos. Después comprobó que las suturas no sangraran.

13.10 h. Nueve horas después del ingreso de Toni

—Vamos.

Carla dio la orden para que dejaran pasar la sangre de nuevo por el corazón implantado, lo que puso fin al tiempo isquémico del órgano. Entre el equipo médico había una mezcla de tensión y esperanza, como si un redoble de tambores imaginario flotara en el ambiente.

Por fin, un latido.

Otro latido.

Otro.

Y otro.

El corazón bombeaba bien y las presiones eran correctas. Carla ordenó que redujeran progresivamente el soporte de la máquina de bypass.

A continuación, el equipo comprobó la función ventricular, el ritmo, el sangrado y la estabilidad hemodinámica. Por último, la desconectaron del todo. El corazón aguantaba.

14.10 h. Diez horas después del ingreso de Toni

El equipo revisó las anastomosis, el sangrado, el ritmo y la función del corazón. Todo sobre ruedas. Seguidamente cerraron el esternón con alambres de acero inoxidable y cosieron la herida quirúrgica.

—Hemos terminado —anunció una voz al cabo de un rato.

Carla cerró los ojos y resopló largamente para soltar toda la tensión acumulada. Fue su momento de descompresión. Todo había ido bien. Dentro de Jesús ya latía el quinto corazón.

Seis meses después

63

Mientras durara la recuperación de Jesús, aquel había sido el pacto. Se lo prometieron el uno al otro, estrechándose la mano con fuerza y mirándose a los ojos, como hacen las personas de las que te puedes fiar.

Seis meses habían pasado en un santiamén. Por suerte, todo había salido bien y, con la perspectiva que daba el paso del tiempo, Carla estaba convencida de que había actuado de la manera correcta.

—Ya está aquí, doctora —le dijeron desde recepción.

—Muchas gracias. Ahora voy.

Colgó el teléfono del despacho con una calma casi solemne. Era un día importante. Contempló el entorno brevemente con la certeza de tenerlo todo bajo control. Misión cumplida. Futuro abierto. El miedo, esa vieja rémora durante años enquistada en ella, ya no estaba. Efectivamente, era una persona nueva.

En el ascensor, bajando desde la planta noble hasta la recepción, dejó que los últimos meses desfilaran por su mente como una retrospectiva acelerada. Desde la baja de Jesús había lidiado con cosas a las que nunca se habría creído capaz de enfrentarse. Y no solo lo había hecho; había aprobado con nota. Había redefinido el ICIB, había borrado todo rastro del paso de Teresa Alsina y sobre

todo había garantizado la viabilidad económica del instituto manteniendo la subvención de la consejería de Sanidad tras la sonada dimisión de Sara Mauri.

El ascensor tintineó y las puertas se abrieron con suavidad. Carla avanzó por el vestíbulo con paso tranquilo hasta detenerse frente al busto de Toni. Lo observó en silencio durante largos segundos. Demasiado largos, quizá. Una sucesión de recuerdos le cruzó el pensamiento y en sus labios apareció la sonrisa de quien ríe último, de quien sabe que ha ganado. Los restos de un enemigo pueden reavivarse como el fuego o un cáncer, así que, cuando Jesús le contó el plan, no tuvo ninguna duda porque sabía de sobra que las serpientes saben aprovechar las segundas oportunidades. Medio año después de haber visto el cadáver de Toni sin corazón, todavía sentía la dulce anestesia del descanso. Y sí, también algo más oscuro. Qué coño.

Con el busto de Toni delante de ella, pensó en lo azaroso que es el destino. No se arrepentía, la verdad. Volvería a hacerlo.

De repente, una mano en el hombro la hizo volver al presente.

—Nelson, has venido.

—Me dijiste que hoy podría verlo.

—Sí. Justo ahora acaban de traerlo. —Carla hizo un gesto con la mano—. Míralo, aquí lo tienes.

Al lado del busto de Toni se alzaba el de Jesús. Todavía reciente, todavía demasiado nuevo. Al día siguiente harían el descubrimiento oficial en el primer gran acto de homenaje. Nelson se quedó inmóvil mirándolo. Y una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Ostras, Carla, la operación fue bien… —Nelson negó incrédulo con la cabeza.

—Sí, fue un éxito. Los primeros días todo indicaba que estaba recuperándose —le dijo ella con voz suave—. Pero confundimos algunos signos con el cansancio habitual. En el ecocardiograma empezamos a ver una disfunción ventricular. El corazón se contraía, pero no con la fuerza adecuada. Y después detectamos líquido en los pulmones.

—¿Eso lo visteis cuando hicisteis la biopsia?

—Sí, cuando hicimos la biopsia endomiocárdica. Al principio no era concluyente. Solo signos incipientes. Pero en estos casos la línea es muy fina.

Nelson bajó la mirada.

—Los niveles de inmunosupresión estaban dentro del margen —añadió Carla—. En el límite bajo, pero eran aceptables. Actuamos enseguida con corticoides, anticuerpos… Seguimos estrictamente el protocolo. Pero el corazón dejó de responder. Él mismo aprobó el tratamiento, ya lo sabes. Y yo estuve al pie del cañón todos los días, animándolo, administrándole todos y cada uno de los medicamentos. Qué menos podía hacer por Jesús.

—Y te estaré agradecido toda la vida, Carla.

—Es lo mínimo que podía hacer por un amigo.

El trasplante había sido un éxito. Eso era una verdad absoluta. Carla tenía unas manos de oro para operar y así lo demostró. Pero en el postoperatorio todo se complicó. Y no. No había sido mala suerte. De manera consciente, Carla retrasó el tratamiento necesario y, al pie del cañón al lado de su amigo, ella misma le administró una dosis incorrecta de inmunosupresores, diferente de la que indicaba la pauta. Una ligera desviación fue más que suficiente. Sutil. Ningún gran sabotaje evidente. Nada inmediato. Cosa de días. De días

contados. El cuerpo hizo lo demás. El corazón falló, y con él todo el resto.

El resultado fue un rápido rechazo del corazón trasplantado, y en un par de semanas Carla borró del mapa a los dos hombres a los que había estado sometida durante años. Estar en el momento equivocado y en el lugar equivocado tuvo consecuencias imprevisibles, y escuchar aquella conversación entre Jesús y Toni escondida en la antesala de la habitación de la UCI lo cambió todo. Después de años con Hacienda echándole el aliento en la nuca por el caso CardioAdvance, Jesús había repetido el patrón con Baltasar Padilla a espaldas de Carla. Rabia, menosprecio, manipulación, desilusión, injusticia: echa todo esto en una coctelera, agítala y verás qué te sale. Una aprende de las hostias. Y a lo largo de su vida había acumulado las suficientes para hacer una antología.

Cuando pones tu vida en manos de una persona, antes debes asegurarte de no haberla herido. Había pasado el tiempo suficiente para que supiera que cargar con esas muertes no le pesaba en la conciencia.

Carla había intentado justificarse a sí misma con todo tipo de argumentos; del primero al último, todos mentira. Pero cuando se miraba en el espejo salía la verdad: estaba harta. Harta de quedar por detrás, de ser invisible y de vivir a la sombra. Quería reinar. Tras toda una vida menospreciada por ese par, había llegado su momento. El del reconocimiento público, ser una voz autorizada, cabeza de cartel en los congresos, referencia en los medios, recibir premios, salir en la foto, investigar, descubrir, mandar, decidir y ser libre. En definitiva, brillar con luz propia. Siempre le habían dicho

que cada uno se forja su futuro. Pues eso es exactamente lo que ella había hecho con el suyo.

Agradecimientos

A ti, por haber invertido una parte de tu tiempo en leer *El quinto corazón*. Si has pasado un buen rato, me has hecho inmensamente feliz. Si te apetece, estaré encantado de comentar el libro contigo; me encontrarás en @oriolcanals (X, Instagram y Facebook).

A mi querida Núria Puyuelo, por confiar en esta historia, por guiarme, por estar siempre ahí, por las críticas constructivas y por ese buen humor que hace que todo parezca la mar de sencillo. Eres la mejor. Muchas gracias también a TODO el equipazo de Penguin Random House por su trabajo. Para que un libro vea la luz y llegue a las librerías, tiene que haber detrás un montón de gente currando en el anonimato. De todo corazón, gracias a todos.

A Neus Chordà, por su profesionalidad, su amistad y una implicación que ha ido siempre mucho más allá del deber. Gracias por estar siempre ahí.

A Noemí Sobregués, por una traducción a la que resulta imposible encontrarle un solo pero y por una dedicación que sobrepasa con creces lo que cualquier obligación profesional podría exigir.

A mi amiga de la infancia, compañera del C, la doctora Sandra Rovira. Gracias por contarme los secretos hospitalarios, cómo cargarme a alguien (literariamente) con una hemorragia del tronco del encéfalo y cómo se desarrolla el proceso de trasplante de órganos. ¡Ah! Y gracias por ceder su nombre a la cabo Sandra Rovira ☺.

A la doctora Georgia Sarquella, sin la cual no habría podido escribir este libro. Gracias infinitas por ayudarme a crear a Jesús Maria Barceló, por explicarme los secretos de su enfermedad y por inventarse el algoritmo genético clave para identificar el riesgo de infarto. Cada minuto de charla con ella fue oro.

A Roger Torres, por poner sus conocimientos sobre ciberseguridad al servicio de la novela y ayudarme a entender un ámbito complejo y a menudo invisible. Sus aportaciones han sido clave para dotar a la historia de realismo y precisión y para que los aspectos tecnológicos tengan solidez y credibilidad en el relato.

A David Miró, por guiarme con generosidad y rigor por la parte científica de la investigación policial y ayudarme a entender procesos, detalles y matices que han sido importantes para darle verosimilitud.

A Toni Sicart, por estar ahí desde el primer día que empecé a escribir y por ser mi teléfono rojo capaz de resolver cualquier duda sobre investigación policial.

Sandra, Georgia, Roger, David y Toni: infinitas gracias. Todo error que pueda haber en el texto solo puede atribuirse al autor.

A los amigos del C, porque, cuarenta y cinco años después, siempre siempre siempre están ahí.

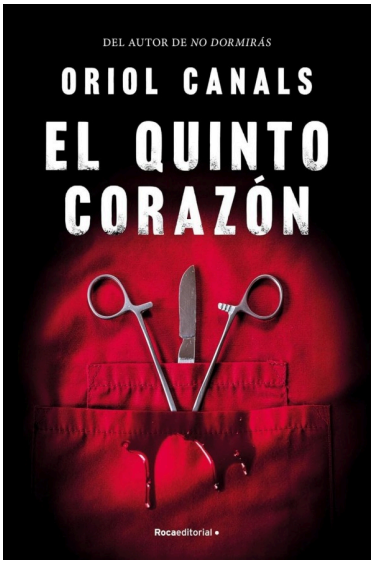
Al balonmano y su gente, que me lo han dado todo.

A Patri, Marian, Ángeles y a todas las personas que luchan cada día contra las enfermedades raras, las RDC (raras de cojones), como Olga Mir, demasiado a menudo incomprendidas. Y también a sus familiares, que caminan a su lado sin rendirse, sosteniendo, queriendo y luchando en silencio. Gracias por vuestro ejemplo y por vuestra luz.

A Max, Patri, Roger, Susanna, Maria, Anna, Guillem, Martí, Montse, Cristóbal, Roger, Sergio, la punky de Amparo, Enric, Elena, Sara, Ramon, Marc, Laia y Lina, por acompañarme en este viaje tan especial que representa para mí la escritura.

Y a mi padre, Salvador, que habría flipado con esto de los libros.

Un macabro regalo, una caja que contiene tres corazones humanos, saca a la luz una trama de corrupción médica y venganzas del pasado



El día que cumple cincuenta años, al doctor Jesús María Barceló —el cardiólogo más prestigioso del mundo— le dan una noticia devastadora: necesita un trasplante de corazón en menos de un año o morirá a causa de la cardiopatía que padece. Ese mismo día recibe un inquietante regalo: una caja con tres corazones humanos y un par de espacios vacíos reservados para otros dos. Además, lo acompaña una tarjeta con un mensaje que le hiela la sangre: «Feliz cumpleaños, Jesús. Bienvenido a la realidad».

Los Mossos d'Esquadra y la periodista Gabriela Palau se embarcarán en una carrera contrarreloj con investigaciones paralelas para descubrir a quiénes pertenecen los tres corazones y quién está detrás del espeluznante envío. La verdad destapará una trama de

venganza, silencios, secretos, intereses ocultos y corrupción dentro del sistema sanitario.

Con un ritmo trepidante y giros constantes, *El quinto corazón* es un thriller intenso y adictivo que te mantendrá en vilo desde la primera hasta la última página. Tras el éxito de *No dormirás*, Oriol Canals regresa con una historia que pone a prueba los límites de la ética y en la que cada latido podría ser el último.

Oriol Canals (Barcelona, 1978) es autor de las novelas *Fill de mare mare*, *Diví*, *Els sentinelles de la llibertat* y *No dormirás*, que obtuvieron espléndidas reseñas. Es amante de la novela negra, los thrillers y los giros argumentales que dejan al lector con la boca abierta.

Licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Barcelona, cuenta con una larga trayectoria profesional en el mundo de la comunicación, desarrollada en el departamento de prensa de la multinacional estadounidense Nike y en los departamentos de marketing del diario Sport y de *El Periódico de Catalunya*. Actualmente es director de negocios del diario *Ara*. Durante los últimos veinticinco años ha vivido desde los medios los hechos que han cambiado nuestra historia reciente.

Título original: *El cinquè cor*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Oriol Canals Vaquer
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Noemí Sobregués Arias, por la traducción
La edición de esta obra ha contado con el apoyo del Institut Ramon Llull.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo Sánchez
Imagen de la cubierta: © Arcangel

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistema de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-86-6

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: penguincrimen
X: @penguincrimen
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El quinto corazón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Seis meses después

Capítulo 63

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Oriol Roca Vaquer

Créditos